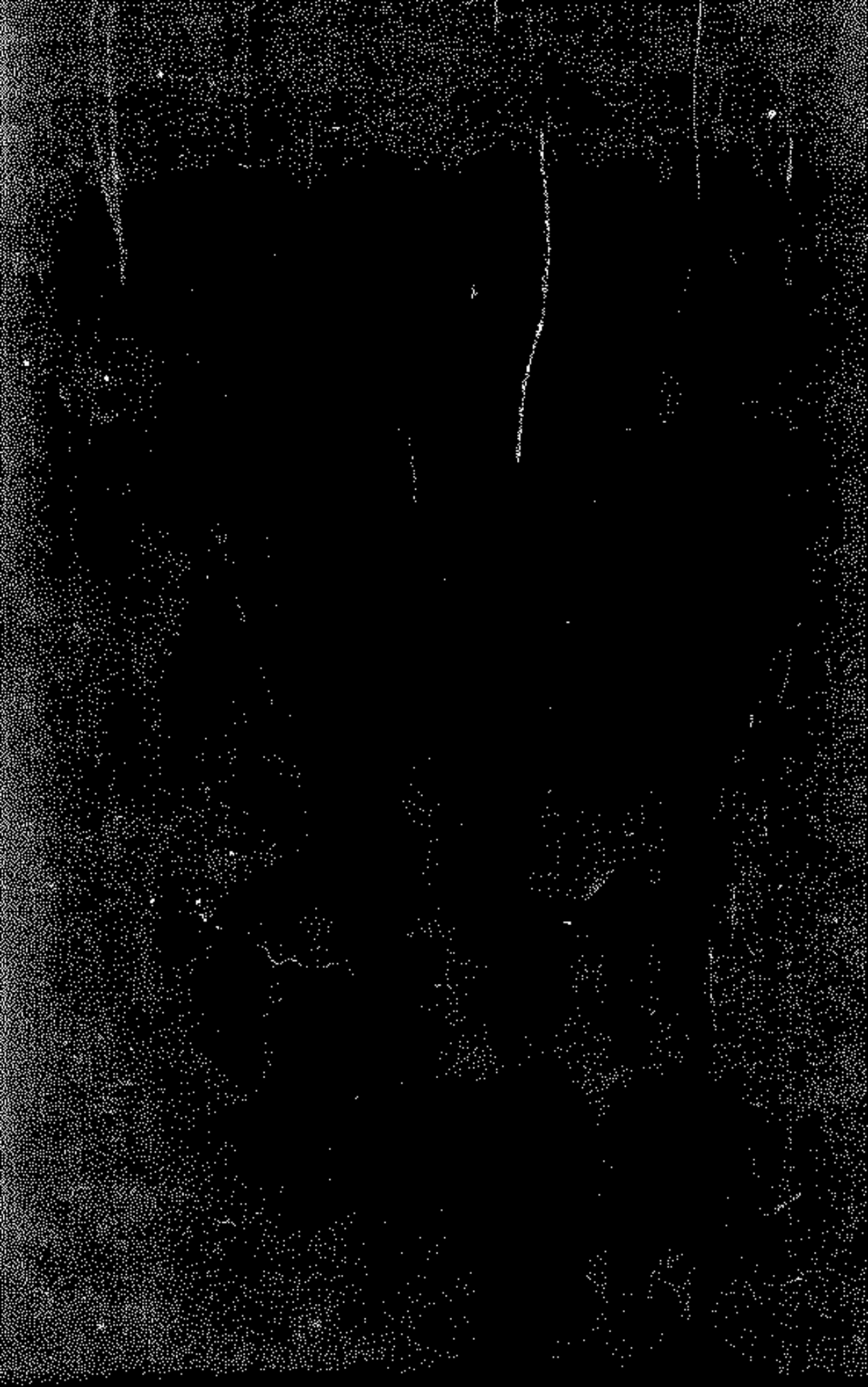
ANT
XIX
31



R-43571

# FILIPINA DE FLANDES.

## ó

# LOS PRESOS DEL LOUVRE.

### NOVELA HISTORICA.

## Tomo I.

SEVILLA.

Imprenta del PORVENIR c. de las Sierpes núm. 13. – 1851.

# I.

En una época en que la capital de Francia estaba muy distante de tener la estension y esplendor que actualmente, cubrian las orillas del Sena y las colinas de Montreuil bosques antiguos, tan espesos, sombrios y vastos como los que se hallan ahora á quince ó veinte leguas de distancia. El forastero que llegaba de las provincias del Oeste, apenas descubria á Paris en el centro de su profundo valle, hasta que se hállaba á la distancia de algunos centenares de pasos de la terrible fortaleza del Louvre, y al alcan-

ce del tiro de las máquinas de guerra, colocadas en las murallas y en las plataformas de sus torreones. Al salir del bosque se percibian á un mismo tiempo el castillo, el Sena y la ciudad, presentando un no sé que de imponente aquella perspectiva inesperada. No se veian entonces en Paris las magníficas cúpulas que de lejos escitan la admiracion del forastero; pero su inmensa catedral, que se elevaba sola sobre las casas de la ciudad, como una añosa encina en medio de débiles arbustos, parecia mas magestuosa por su solitaria grandeza. La muralla que rodeaba la ciudad era bastante álta, almenada y defendida por varias torres, dos de las cuales estaban como colgadas sobre el Sena, para impedir el paso por el rio. La de la orilla derecha se unia á las fortificaciones de una puerta muy antigua, pero la de la orilla izquierda tocaba á un edificio de arquitectura mas moderna, la casa de Neelle, que se hallaba por aquel lado fuera de las murallas, y cuyas inmediaciones, plantadas de sauces, eran

el paseo favorito de los habitantes de Paris. Aquel hermoso edificio, con sus estensos y amenos jardines, formaba un agradable contraste con la monotonia de las murallas y fortificaciones, que se estendian por las dos márgenes del rio.

Aun iluminaban parte de estos edificios los rayos del sol poniente, y como que doraban las almenas de las torres, cuando un caballero jóven que venia por el camino de Ruan se detuvo al salir del bosque, para contemplar el espectáculo que se presentaba á su vista, y facilmente se echaba de ver que era forastero por la atencion con que miraba sucesivamente todas las partes de aquel paisage. Pendia de sus hombros, cubriendo la grupa del caballo, una gran capa de paño azul claro, de una forma semejante á los capotes de nuestros soldados de caballeria, pero no ocultaba la larga espada, ni la maza que llevaba colgada de la silla, ni el tejido de mallas de hierro que le cubria los brazos y manos. Su gorra de terciopelo negro llevaba por adorno,

y al propio tiempo por defensa, algunas varillas de acero en forma de semicírculos, que le cruzaban por cima de la cabeza. Subíanle hasta las rodillas gruesas botas de cuero, de que solo usaban entonces los habitantes de las provincias marítimas, y se veian colocadas en ellas unas espuelas que en vez de rosetas tenian una sola punta larga, pero obtusa. El polvo que las cubria no permitia distinguir si eran doradas ó plateadas, circunstancia que, aunque muy insignificante en el dia, hubiera dado entonces á conocer si aquel viajante era simple escudero, ó habia recibido la órden de caballeria. Nada en él denotaba de una manera evidente cual fuese su clase y riquezas, y tan solo su caballo normando, negro como el ébano, grande, robusto y fogoso, manifestaba desde luego ser caballo de batalla, mostrando en la belleza de sus formas y en su impaciente ardor, la riqueza del dueño que le habia comprado, ó el valor del brazo que le conquistára.

El rostro de aquel jóven era her-

moso, pero se notaba cierta melancolía en la espresion de sus miradas, que indicaba, ó bien que habia sufrido desgracias en la primavera de su vida, ó bien que se sentia movido á compasion al contemplar el famoso castillo del Louvre, fatal á tantos ilustres presos, pues aun prescindiendo de los recuerdos que escitaba aquel edificio, su aspecto solo bastaba para inspirar pensamientos de tristeza y de terror. Su primer recinto, formado de piedra gris como la de la torre de Vincennes, tenia una forma rectangular; estaban abiertas en sus muros varias ventanillas ó troneras, y se hallaba defendido por un gran número de torres, y rodeado de fosos anchos y profundos. Sobre aquella primera fortificacion se elevaba magestuosamente la torre mayor, ó como entonces se llamaba la *torre grande*, que servia al propio tiempo de tesoreria y de prision de estado, y que construida con proporciones colosales, aplastaba, por decirlo asi, el resto del edificio. Solo entraba la luz á los diversos pisos del

interior por algunas lumbreras bien cerradas con rejas, y en la plataforma se divisaban diferentes maquinas de guerra y varias garitas para los centinelas del castillo. Solo hácia un lado salia mas que el resto del muro una enorme piedra, sostenida por una especie de arco, en la cual estaba fijo un enorme gancho de hierro, siniestro emblema de la justicia señorial, que estando cubierto en algunos puntos de orin rojizo, parecia como si estuviese ensangrentado.

El caballero fijó largo rato los ojos en aquel edificio imponente pero lúgubre, como si algun interés particular le llamase hácia aquel sitio; y dirigiendo luego su caballo á la entrada del castillo, preguntó á los soldados que la guardaban si era en Louvre aquella fortaleza. Las personas á quienes hizo la pregunta eran hombres sumamente fornidos, cubiertos de hierro desde los piés á la cabeza, y cuyas facciones groseras y feroces manifestaban el brutal atrevimiento de los aventureros de aquella época, los cuales pertenecian á la cla-

se inferior de la milicia, que eran la única que hacia el servicio de infantería regular. Sus rostros, tomados del sol, recibian, por decirlo asi, del metal bronceado que formaba su armadura una tinta negruzca y lívida, y en las miradas que dirigian al forastero se notaba cierto desden amenazador, al paso que la pregunta que les hizo escitó en ellos una sonrisa casi de desprecio, como si hubiese sido una cosa imperdonable el no conocer aquel sitio, Solo uno de ellos, cuya barba empezaba ya á blanquear, manifestó mas moderacion que los otros, y respondió á la pregunta del jóven con aquella grosera franqueza que suele caracterizar á los soldados viejos.

—Si, amigo mio, contestó meneando la cabeza;—ese es el Louvre, de que sin duda habreis oido hablar muchas veces .. y que no es bueno estar mirando mucho tiempo.

Estas palabras parece que causaron al jóven cierta pena interior, pues repitió con tono grave y solemne, y con la pronunciacion suave, aunque lenta, que es propia de los normandos:—Con-

que este es el Louvre! He llegado al término de mi viáge.—Y tocó al caballo para pasar el puente levadizo.

—¡Alto!—gritaron los soldados, poniéndose delante de él con la pica en la mano.—No se entra de esa manera en el castillo.

—Tengo que hablar al gobernador—dijo el forastero.

—Pues echad pié á tierra y se os guiará á su habitacion, porque en la plaza de armas del Louvre solo entran á caballo el Rey y el gobernador.

El forastero echó pié á tierra prontamente, y suplicó al veterano que tuviese su caballo por unos cuantos minutos. Dejó en la silla y grupa el capote que le cubria, y los soldados le miraron ya de distinto modo, cuando se les presentó en un trage que marcaba perfectamente su magestuoso talle, y hacia brillar la nobleza de sus facciones. Llevaba el cuello descubierto, y adornado tan solo por algunos rizos de cabellos castaños, y desde él hasta las rodillas vestia una túnica negra sin mangas, de un raso muy fuerte que entonces se llamaba *cendale*. Sujetaba esta

túnica un ancho cinturon de plata, del cual colgaba á un lado la larga espada, y al otro una especie de daga pequeña, semejante al puñal de los orientales, á que comunmente daban el nombre de la *misericordia*, ó el cuchillo de cruz. En la parte superior de la túnica estaba estampado un escudo de forma cuadrada, como el de las familias mas antiguas, dividido en cuatro cuarteles, primero y cuarto de plata con una águila negra, y segundo y tercero negros con una torre de plata; pero no era necesario ver aquellos blasones para reconocer la nobleza del que los llevaba, pues parecia que brillaba en todos sus movimientos. Alto, airoso, y muy bien proporcionado, unia á las gracias de la adolescencia el continente firme y altivo de un hombre egercitado ya en los combates; y aunque era enteramente desconocido para los soldados de la guardia del Louvre, les pareció tan imponente su aspecto, que dieron un paso atrás, á fin de dejarle entrar.

Dos de ellos se separáron de los demas para conducirle al interior, y

despues de haberle guiado por una bóveda baja y oscura, en que tuvo que inclinar tres veces la cabeza, para no tocar con las puntas agudas de los rastrillos que solo estaban medio levantados, salieron por fin al patio ó plaza de armas del castillo. Bastóle un instante para ver que en todas partes se hallaban colocados centinelas, armados de picas ó ballestas, y para oir los ladridos de una multitud de perros que, durante el dia, estaban encadenados y metidos en huecos ó nichos construidos en la misma muralla. Otro foso interior aislaba esta torre; mas estaba seco, y dividido por medio de empalizadas guarnecidas de punta de hierro, en diferentes partes, cada una de las cuales servia de prision á un oso, leon, tigre ú otra fiera, que habria hecho pedazos á cualquiera que hubiese bajado allá. Solo se podia entrar en la torre por un puente levadizo, que se hallaba levantado, y que jamás se bajaba sino por órden espresa del gobernador. ¡Tan necesario habian creido multiplicar las precauciones en

aquel sitio de dolor y desconfianza!

Al aviso de los soldados que acompañaban al forastero, fué uno de los que estaban en lo interior á dar parte á su gefe, y un momento despues se presentó en la lumbrera un rostro curtido, que apenas se podia ver pues se hallaba oculto entre los hierros de la ventanilla, y el yelmo que llevaba puesto. Aquel personage era el mismo gobernador que, segun su costumbre, queria examinar al recien llegado antes de permitirle la entrada en lo interior. Miróle un instante, estregó los ojos con la mano para mirarle mejor, y reconociendo á un mismo tiempo sus facciones y sus armas, empezó á dar con su manopla de acero en los hierros de lá reja, y á gritar con voz ronca y destemplada:

—Viva, viva! Bien venido seas, Malegreve. Abajo el puente. ¡Viva! ¡Viva!..

Al oir aquellos acentos de una alegria agreste y grosera, alargó el jóven los brazos hácia la reja y dió un paso adelante; pero poco faltó para

que aquel movimiento impensado le precipitase en el foso; donde infaliblemente hubiese hallado la muerte entre las garras de un oso enorme, que ya *le* estaba acechando. Al punto perdió el color, y á la satisfaccion que brilló un momento en sus ojos, se siguió un profundo abatimiento; no porque tuviese miedo á la muerte, sino porque los siniestros presagios que por todas partes se presentaban á su vista habian helado su corazon.

Bajaron el rechinante puente, y salió el gobernador á recibir al jóven forastero.

Era aquel un caballero ya viejo, que habia ganado las espuelas en tiempo de San Luis, y armado de pies á cabeza, como los guerreros de aquella época, apenas ofrecia á la vista una forma humana.

Solo se veian chapitas de hierro colocadas una sobre otra, y guarnecidas de clavos; pues faltába aun mas de un siglo para que las armaduras comunes adquiriesen las formas mas ó menos elegantes, que han servido

despues de tipo á nuestros pintores y escultores.

Sobre todo el yelmo se parecia menos a los cascos que hoy llevan nuestros dragones que á un pedazo de cañon de estufa, pues estaba abierto por arriba, siendo igualmente ancho por todas partes, y en lugar de visera tenia una varilla vertical de hierro, que bajaba desde la frente á la barba y ocultaba casi totalmente la nariz y la boca. No se distinguia, pues, en el rostro del gobernador otra cosa que los ojillos pardos, las mejillas encarnadas, y los grandes bigotes en que abundaban ya los pelos blancos. Pero aunque medio enmascarado, su fisonomía era sumamente espresiva; y sus facciones, que solo se descubrian imperfectamente, pero cuyo caracter de fuerza y aspereza no podia ocultarse del todo, parecia que estaban en completa armonía con aquel cuerpo, que en su forma y movimientos tenia algo de irregular, metido entre las pesadas planchas de metal que oprimian todos sus miembros; y hasta su voz adquiria un sonído que no

parecia de criatura humana, al herir la varilla de hierro que atravesaba por delante de la boca. En una palabra, el hombre que la naturaleza habia formado casi desaparecia, para no dejar visible mas que el soldado autómata de un siglo bárbaro.

—Bien venido seas, querido sobrino,—gritaba en tanto que bajaban rechinando las gruesas vigas del puente levadizo.—Seguramente no pensabas que tu tio el bastardo te recibiera en una torre como esta: pero si la costumbre de Normandía me ha privado de la antigua mansion de mis padres, el rey de Francia y mi espada me han dado una herencia mucho mejor. ¡Bendita sea nuestra señora de Gracia, que tanta fortuna me ha dado! Dale tu tambien las gracias Guidon, pues cuando me muera te dejaré buenas tierras y muy buenos escudos de oro.

Entre tanto el jóven habia atravesado el puente con paso incierto, y póniendo una rodilla en tierra ante el guerrero, le dijo:—Tio mio: doy las gracias á Dios de que me han per-

mitido que vuelva á veros y á manifestaros mi agradecimiento Si por vos no fuese, aun estaria prisionero en Gascuña, pues por nada en el mundo hubiera yo empeñado mis antiguas torres de Malegreve á los usureros de Caen.

El veterano hizo un gesto al oir la palabra usureros, como quien los conocia ya de muy antiguo, y respondió:—Vive Dios, que pronto te hubieran lanzado como á mi de la casa de tus padres, si hubieses recurrido á esos judios; porque seria preciso ser el diablo mismo en persona para sacar una prenda de entre sus uñas. Tu fortuna es que has tenido un tio que pague tu rescate... pero lo que yo acabo de hacer por tí, lo hizo por mi tu padre, (pobre caballero, Dios le tenga en descanso,) y asi no hablemos mas de eso. Levántate, y déjame que vea si te pareces a él en el cuerpo como en la cara. Sí; bien; pero él era mas alto y mas robusto. Ea, vaya, dadme un abrazo. El jóven obedeció y le estrechó entre sus brazos.

—Bueno está, basta; nos estan mirando todos estos soldados,—dijo entre dientes el gobernador dirigiendo al rededor de sí una mirada.—Ven por aquí, Guidon. Vosotros, levantad el puente.

Subieron algunos anchos escalones de piedra, en que la clavazon que adornaba los zapatos de soldados y criados habia hecho á fuerza de tiempo profundas señales, y llegaron á la habitacion del gobernador. Era esta una pieza estrecha y oscura, sin mas adorno ni aparato que las piedras parduscas de que estaban formadas las paredes y bóveda. Una mesa, algunos banquillos, una mala cama, y diferentes piezas de armadura colgadas de varios clavos, componian todo el ajuar, pues el bastardo de Barfleur (que asi se llamaba el caballero, debiendo advertir que el nombre de bastardo no llevaba entonces consigo ninguna idea degradante), era un soldado aventurero que habia pasado la mitad de su vida entre las fatigas de un empleo subalterno, y conservaba sus costumbres sencillas y gro-

seras en el nuevo puesto que debia á su valor, y tal vez un poco á la sagacidad que ya entonces caracterizaba á sus compatriotas.

Quitóse el yelmo, que colocó encima de la mesa, tomó un banquillo, hizo una seña á su sobrino para que hiciese otro tanto, y levantando un cantarillo que estaba cerca de la mesa, llenó de vino un vaso de plata que estaba sujeto a la mesa con una cadenilla del mismo metal. En tanto que desempeñaba de este modo las funciones de page, conservaba su fisonomia toda su espresion áspera y dura, pero brillaba la alegria en sus ojos medio cerrados, y su labio superior se elevaba un poco, como si hubiera querido sonreirse, moviendose al propio tiempo sus grandes bigotes.

—A tu salud, hijo mio,—dijo á Guidon.—En Gascuña debes haber aprendido á beber otra cosa que cidra.

El jóven le dió las gracias con una ligera inclinacion de cabeza, llegó el vino á los lábios y devolvió á su tio el vaso casi lleno, vacióle este de un

solo trago, y como si le hubiese ocurrido de pronto, preguntó á su sobrino:

—¿Y dónde has dejado tus criados?

—He venido solo, tio.

—Al oir manifestó el veterano el mayor asombro.

—¡Solo! —esclamó en voz baja y mirando á Guidon con ademan severo.—Pues yo te envié mas dinero del que necesitabas para tu rescate. Acaso los dados..,

—¡Qué decís, tio!—interrumpió Malegreve, poniendose colorado.

—¿O tal vez los caballos?

—No tengo mas que uno, y ese le he ganado con toda legalidad en un torneo. Pero ya que se habla de él os suplico que, si pensais detenerme aquí algun tiempo, mandeis llevar á la cuadra á mi pobre bestia, pues le he dejado á los soldados que estan de guardia á la puerta del castillo.

Agradó mucho al bastardo este cuidado que al jóven manifestaba, y con frente risueña contestó:—Tienes razon, es muy mal hecho que el ginete se

olvide de su caballo. Diciendo estas palabras dió un golpe en la mesa con el púño cerrado, y habiendo venido á la señal un criado, le dió la órden de que cuidase del caballo de Guidon. Hecho esto, continuó el guerrero su interrogatorio, mirando á su sobrino con una atencion muy propia para perturbarle, si acaso era culpable.

—Segun eso,—le dijo,—habrán sido los ojos hermosos de alguna bordalesa. ¡Válgame Dios! En mi tiempo un muchacho de tu edad no se atrevia á levantar la vista para mirar a una muger; pero hoy hasta los niños se hacen galantes, y así no se hallan ya aquellos hombres de antaño.

—Pero tio,—contestó el jóven avergonzado,—¿cómo habia yo de pensar en muger alguna, cuando no hace todavía un año que perdí á la que me llevó en el seno? El dolor de la muerte de mi madre llenaba enteramente mi corazon.

—¡Bravo muchacho!—esclamó el gobernador alargando el brazo y dándole un golpecito en el hombro.—

En verdad era una buena madre.... ¡y buena hermana! ¿Quién puede sabelo mejor que el bastardo de Barfleur?

El recuerdo de una hermana que tanto le habia querido, á pesar de la ilegitimidad de su nacimiento, contristó por un instante la fisonomía del veterano; pero esta espresion pasagera se disipó al momento, y volviendo al objeto que le ocupaba, preguntó á su sobrino:—Pues entónces, ¿qué has hecho de tu dinero, si no te le han llevado los dados, ni los caballos, ni las mugeres?

—Aun conservo alguna parte de él.

—¡Y te has venido solo! ¡Sin un criado siquiera! ¡El legítimo heredero de los Malegreves! Si fueses bastardo como yo, vaya; ¡pero tú!

—Querido tio,—respondió el jóven, —no quería yo tomar un criado desconocido, y los jóvenes de nuestro señorio, que quedan bien pocos, todos tenian ó padres, ó esposa, ó amantes. En todo el pais no habia nadie, sino yo, dispuesto á abandonar

su nido, y no he querido turbar la felicidad de los demas.

Aquel soldado viejo no era capaz de apreciar la delicadeza del modo de pensar de su sobrino; asi es que la respuesta de este solo escitó su admiracion, pero no quiso replicarle.

—Escucha, Malegreve,—le dijo en tono grave y como de autoridad:—puesto que no tienes ya mas pariente inmediato que yo, no conviene que tan pronto te separes de mí. Has venido á darme las gracias porque he pagado tu rescate; pues ahora quiero que antes que se acabe el año tengas que dármelas por otro servicio mas importante. No necesitas saber mas por ahora. Quédate conmigo, y me ayudarás á desempeñar mi empleo de gobernador, capitan y conserge del castillo y torre del Louvre.

Estas palabras hicieron estremecer al joven, cuya noble alma se resentia de tener que hacer el papel de carcelero de una prision de Estado; y mucho mas cuando habia ya visto bastante para estar completamente digustado de aquel Louvre, en donde

tanto se evanecia su tio de mandar.

—Pero tio,—replicó, aun no he ganado mas que á medias las espuelas de caballero; ¡y pensais detenerme en Paris!

—Si, si,— dijo el bastardo restregándose las manos con la sonrisa propia de un hombre á quien cuesta trabajo callar un oculto designio — Quiero que hagas bajo mis órdenes una campaña contra los flamencos que guardo en esta torre. Me voy haciendo viejo, y pudieran escapárseme.

—¿Y creeis, tio, que esa campaña me proporcionará mucha honra y provecho?—preguntó Guidon, sin poder por mas tiempo disimular su disgusto.

—Mas provecho que el que á tí te parece,— contestó el tio, — y honra tambien si Dios quiere.

—Vos me habeis rescatado, y por lo mismo os pertenezco,—replicó el jóven que se hallaba en estremo mortificado;—sin embargo, no puedo menos de deciros que mas quisiera estar prisionero en Gascuña, que aqui libre y guardando á otros.

—Calla y dejame,—dijo bastardo.—Yo sé mejor que tú lo que te conviene.

—Haré lo que querais,—pronunció Guidon con voz apagada, en tanto que se enjugaba una lágrima de despecho y cubrian su noble frente algunas arrugas hijas del disgusto. El gobernador casi se ofendió de un sentimiento que le parecia inesplicable, y arqueando las cejas le contestó:

—¡Vive Dios! No te aflijas sin motivo, que no te tendré mucho tiempo contra tu voluntad en el noble castillo del Louvre. Pero no te lo puedo decir todo. Los Malegreves teneis la cabeza de hierro, y basta que os enseñen la fortuna, para que le volvais la espalda. Ven conmigo, que ya es hora de hacer la ronda, y quiero que conozcas á los presos.

—Diciendo estas palabras volvió á ponerse el yelmo, que se habia quitado para conversar con su sobrino, y dirigiéndose hácia otro punto de la torre le hizo una seña indicándole que le siguiese.

—Guidon obedeció aunque con repugnancia, pues en aquel momento casi echaba de menos la esclavitud de que su tio le habia sacado.

## II.

Habia en el centro de la torre una escalera de caracol, por la cual se subia á la sala del tesoro (sala que siempre estuvo vacía en aquel reinado), y á los pisos superiores que servian de prision. En tanto que subian muy despacio tio y sobrino, dijo el primero.

—Sin duda habrás oido hablar del conde de Flandes.

—Si señor,—respondió Guidon.—Me acuerdo muy bien de que el bailio de Caux hizo publicar que ese vasallo desleal se habia rebelado con-

tra el Rey, y que se podia acometer á sus barcos. Los habitantes de las rocas de Malegreve no hemos dejado de hacerlo, pero los malditos flamencos iban siempre reunidos, y defendian sus paños y especias tan bien como su pellejo y sangre.

—Pues aquí le tenemos preso,—replicó el gobernador.

—Lo sé tambien; y aunque, á la verdad, no deseo mal á nadie, me parece que ha merecido cualquier desgracia. ¡Rebelarse contra el Rey! ¡Unirse con los ingleses! ¡Qué horror! Preciso es que no tenga ni una gota de sangre noble en sus venas.

—Muy bien, muy bien,—dijo el bastardo—Me agrada mucho verte pensar así. Seguramente lo merece, y vive Dios que no se nos escapará de la torre del Louvre.

Guidon solo respondió con un suspiro, que le arrancaron estas palabras, recordándole que iba á hacer el papel de carcelero.

—Tambien están sus hijos con él, —continuó el tio.—El Rey ha tenido la bondad de permitirles que habi-

ten en la misma prision, no porque mereciesen tanta condescendencia, sino porque en ninguna parte podian estar mas seguros que en esta torre, y bajo mi vigilancia. Por aquí, sobrino, que ya llegamos.

En esto se hallaban en una plataforma pequeña, custodiada por algunos soldados armados de pié á cabeza, y á la cual daba una puerta de hierro, cuya llave tenia el gobernador. Abrióla este, y Guidon se halló en presencia de los presos.

Al estremo de una sala bastante espaciosa, pero oscura y al parecer algo húmeda, estaba reunida aquella familia desgraciada, que habia pasado del trono á un calabozo. Las paredes de piedra, las ventanas pequeñas y enrejadas, y un gran crucifijo que estaba sobre la mesa, daban á aquella prision el aspecto mas lúgubre. Los presos, reunidos junto á la única ventana por donde podian ver la puesta del sol, estaban de rodillas y rezando juntos. Uno de ellos, anciano y encorbado por el peso de los años, recitaba las palabras de la ora-

cion, que en seguida repetian todos sus hijos; y por sencilla que fuese aquella escena, la tristeza del sitio, la resignacion de los presos, y el prestigio de los recuerdos que escita siempre la grandeza abatida, la hacian sumamente interesante.

El bastardo, tan inaccesible á la compasion como al temor, no esperimentó emocion alguna al verla, antes volviéndose friamente hacia su sobrino, y marcándoselos con el dedo, le dijo:—Ahí los tienes todos. Aquel viejo es el conde Guí de Flandes, los dos jóvenes que le sostienen á derecha é izquierda son sus hijos; el rubio se llama Guillermo, y el otro que nos mira con tanta altivez es Roberto de Flandes, el mismo diablo en persona. La jóven que está á sus pies, y cuyo velo nos oculta desgraciadamente el rostro, se llama Filipina, y estaba destinada para esposa del príncipe de Gales, que va á casarse ahora con la hija del Rey.

Mientras se espresaba de este modo el gobernador del Louvre, con el tono indiferente de un hombre en-

durecido á fuerza de años y de costumbre, el jóven Malegreve sentia interiormente un respeto involuntario á los nobles cautivos que se hallaban á su vista. Eran tan poco conformes con la idea que se habia formado de antemano, que al desprecio que habia manifestado anteriormente, sucedió la verguenza de haberlos condenado con tanta ligereza.

El anciano conde de Flandes, contra quien acababa de pronunciar palabras injuriosas, se presentaba á sus miradas revestido de toda la magestad propia de la vejez y de la desgracia. Su rostro venerable, á que daban un carácter imponente sus cabellos blancos y su barba larga del mismo color, se hallaba fuertemente iluminado por el último rayo del sol, que atravesaba por entre los hierros de la reja Su ancho vestido de terciopelo negro y la actitud en que estaba, no permitian observar lo mucho que le habian debilitado los años; pero era fácil conocerlo por el modo con que le sostenian sus dos hijos, que estaban de rodillas á sus lados. Uno de

ellos parecia modesto y afable; el otro, que tenia ya algunos años mas, manifestaba en su rostro la espresion de un profundo resentimiento, y de un orgullo estraordinario, que solo conseguia modificar su amor filial. Por lo que hace á Filipina, habia dejado caer su velo desde que sintió al gobernador de la torre, y sus vestidos, negros como los de todos sus parientes, eran en estremo sencillos, y solo marcaban muy imperfectamente las bellezas de su talle

La llegada de los franceses no interrumpió el rezo de los presos, que se hallaban en el penúltimo versículo de la oracion dominical. Perdonanos nuestras deudas,—dijo el anciano y lo repitieron sus hijos;—asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

Estas últimas palabras solo las pronunciaron Guillermo y Filipina, en tanto que Roberto guardaba un triste silencio.

Es imposible espresar lo que pasaba en el interior de Malegreve. Jóven, vivo, entusiasta, se dejaba llevar

de la impresion del momento con todo el fuego propio de su edad; y el silencioso dolor de los presos, aquella mezcla de tristeza y resignacion, de altivez y ternura que se advertia en sus nobles y espresivos rostros, le habia conmovido en estremo. Al contemplarlos, olvidó el crimen que él mismo habia imputado al conde, ó mas bien no se atrevió á persuadirse de que aquel anciano fuese culpable. Su magestad, sus padecimientos, el perdon que de lo íntimo del corazon parecia conceder á los que tan desgraciado le habian hecho, todo le justificaba á los ojos del noble jóven. ¡Y qué emocion le causaba el pensar en el cambio de fortuna de toda áquella ilustre familia. Aquel conde encerrado para siempre en una oscura prision, habia sido soberano del pais mas rico del mundo; aquellos jóvenes que yacian cautivos, habian pasado su adolescencia rodeados de honores y fiestas, y ya no les quedaba ni aun el bien de que goza el hombre mas pobre, la libertad de respirar un aire puro, y con-

templar la azul bóveda del cielo. Un calabozo era el asilo de una princesa, cuya mano habia sido destinada al príncipe de Gales; debió haberse unido al hijo de un monarca á quien habia prometido su fé, y sin duda entregado su corazon, y otra la reemplazaba en el lecho nupcial, en tanto que ella encerrada en aquella hora rorosa torre, parecia destinada á sufrir el dolor de todos sus parientes. Pero el que mas vivo interés inspiraba á Guidon, era el altivo Roberto de Flandes, á quien la desgracia no habia podido obligar á que humillase la cerviz, y que estaba dotado de aquella hermosura varonil que inspira al mismo tiempo el respeto y la admiracion. Todas sus facciones espresaban el valor, la indignacion, y la esperanza de la vindicta; solo cuando miraba á su padre se dulcificaba la espresion de sus rasgados ojos negros, y hacia un esfuerzo para no parecer tan desgraciado.

Fuese que el bastardo de Barfleur, á pesar de su aspereza; sintiese algun respeto á sus presos, ó ya que qui-

siese dar tiempo á su sobrino para que los reconociera bien y fijase en la memoria sus facciones, se mantuvo en silencio, como esperando á que acabasen de orar. Terminaron con el último rayo del sol poniente, y levantándose entonces sin hablar palabra ninguno de ellos manifestó que hubiese advertido la llegada de los dos franceses.

Mordióse los lábios de cólera el gobernador; arrugó el entrecejo, y acabándosele la paciencia dió una patada en el suelo y dijo á media voz: —Los paganos parece que no quieren verme.—Y añadió levantando el tono y alargando el brazo con ademan imperioso:

Señorita, ya es hora.

Esta palabra resonó en los oidos de los desgraciados presos como una sentencia de muerte, pues anunciaba el momento en que la condesita debia separarse de sus parientes para pasar la noche: y aunque es cierto que el dia siguiente volverian á reunirse todos, una noche sin sueño al descanso les parecia un intérvalo ro-

go y cruel. El anciano conde, á quien sus hijos habian colocado en un sitial, cruzó las manos sobre el pecho, en ademan triste, pero resignado; Guillermo de Flandes, de pié detrás de él, dirigia una dolorosa mirada al gobernador, como reconviniéndole de su demasiada exactitud, y acaso esperando obtener de él alguna dilacion; pero Roberto, á quien animaba un varonil orgullo, cogió la mano de su hermana y estrechándola entre las suyas de un modo convulsivo, dijo:
—Despacha, Filipina; no permitas que ese francés pueda nunca alabarse de que se ha concedido un favor.

La condesita, cuyas facciones ocultaba un velo bastante espeso, manifestó su consentimiento doblando una rodilla delante de su padre. Apoyáronse en su cabeza las manos trémulas del buen viejo, mientras le echaba la bendicion, y ninguna otra señal esterior de afecto hicieron el padre ni la hija, como si el pudor de la noble cautiva hubiese querido ocultar á la vista de los que la guardaban hasta las castas caricias del amor

filial. Levantóse en silencio, y se dirigió hácia la puerta.

—Guidon,—dijo el bastardo á su sobrino,—quiero ahora que veas su cara. ¿Qué dice el refran? «Espadas de Burdeos, caballos de Normandía y mugeres de Flandes.»

—Tio mio,—respondió el jóven con timidez:—no quisiera yo ser causa de que esa desgracia sufriese alguna nueva humillacion.

—¡Alguna humillacion!—repitió el gobernador sonriéndose como con desprecío.—Es preciso que la conozcas si has de guardarla. Vamos, señorita, levantad vuestro velo, á fin de que os vea y conozca mi sobrino Guidon de Malegreve, cuya autoridad aqui es igual á la mia.

Hubiera deseado Guidon hallarse á siete estadios debajo de tierra. Veia que Roberto y Guillermo de Flandes fijaban en él la vista con una mezcla de cólera y desden, mientras que la prisionera retrocedia temblando, pero sin decir una palabra, y fué preciso que recordase en aquel momento que el bastardo de Barfleur era

hermano de su madre, para no responderle con la enérgica sencillez de los hombres de su tiempo: «Mientes, que yo no soy, ni quiero ser nada en esta maldita prision.» Pero si pudo contenerse lo bastante para guardar silencio, sus ojos bajos, sus mejillas cubiertas del color que ocasiona la vergüenza, y el dolor que se advertia en todas sus facciones, manifestaron demasiado cuán mal le parecia la conducta de su tio.

Aunque el bastardo estaba muy distante de tener una gran capacidad, no pudo menos de conocer que su sobrino desaprobaba su modo de obrar y esta defeccion inesperada, por parte de aquel á quien miraba como su aliado natural, le picó tanto, que ya no pudo contenerse mas y esclamó: —¡Por la capa de San Martin! ¡Bueno estará que el gobernador del Louvre no pueda ver la cara á las personas que tiene á su cuidado! Y diciendo asi se adelantó como queriendo levantar él mismo el velo de la jóven.

—Deteneos, tio,—dijo Guidon po-

niéndose delante de él; pero el bastardo le rechazó asperamente, y perseverando en su brutal intencion, alargo el brazo para coger el velo. La cautiva temblaba y Guillermo de Flandes lanzó un grito amenazador; pero Roberto se precipitó de un solo salto sobre el temerario que se atrevia á ofender á su hermana, y ligero como el rayo agarró al gobernador por el cuello con tanta fuerza que abolló el gorjal con la mano, y trayéndole hacia sí del primer ímpetu, le arrojó despues hácia atrás, dejándole caer de espaldas casi al otro estremo de la sala.

Siguióse á la caida del bastardo un momento de silencio y estupor general, pero á los gritos que el gobernador daba queriendo levantarse, corrieron con las armas en la mano los soldados que estaban á la puerta de la prision. Entonces aquel oscuro recinto presento un espectáculo verdaderamente terible. Los soldados que ignoraban lo que habia sucedido, pero veian á su gefe manchado con la sangre que le corria de las narices; se

disponian ya á vengarse degollando á todos los presos; y aun el mismo Guidon, que habia olvidado las faltas de su tio al verle rodar por el suelo, sacó la espada y se preparaba á tomar, respecto á aquel ultraje, la única satisfaccion que debia dar y recibir un caballero. Guillermo de Flandes se adelantó á coger la espada del bastardo, que con el sacudimiento de la caida se habia salido de la vaina; Filipina, de rodillas, dirigia hácia Roberto sus brazos, como si quisiera defenderle ó morir cubriéndole con su cuerpo; y él solo, de pié en medio de la prision, con los brazos cruzados, estaba tan tranquilo como si hubiera cedido á algun poder mágico para evitar los golpes de sus enemigos.

—Toma, hermano,—dijo Guillermo presentándole la espada del gobernador;—tú harás de ella mejor uso que yo...

Esta señal de confianza y amor de un hermano que se desarmaba por él, conmovió á aquel hombre que hasta entonces se habia manifestado insensible á las emociones humanas,

y asomó una lágrima en sus negros y hermosos ojos: mas rehusando el arma que su hermano le ofrecia, le contesto:

—Te doy las gracias, Guillermo; pero deja que me asesinen esos franceses.

Por mas feroces que fuesen los soldados de la guardia del Louvre, no carecian totalmente de una especie de honor militar, y asi se detuvieron tan luego como observaron que el preso manifestaba la resolucion de no defenderse. El gobernador mismo, á quien dos de sus soldados habian ayudado á levantar, esclamó:— No; vive Dios, no le toqueis; eso no ha de ser asi. Franqueza y lealtad. Es preciso que corra sangre, señor Roberto, pero tambien lo es que el partido sea igual.

—Y volviéndose hacia Cuidon continuó:—Sobrino, ¿estas en favor mio ó contra mi?

En aquel instante en que el bastardo de Barfieur se hallaba en su esfera natural, y en que no tenia que hacer otro pápel que el de soldado,

desapareció su groseria, y solo se notaba en él un carácter fuerte, una voluntad enérgica, y un corazon endurecido en los peligros, en términos que Guidon quedó admirado de encontrar cierta especie de nobleza en su continente y lenguaje.

—Vuestro soy hasta la muerte,—respondió,—y yo pelearé, si vos me lo permitis.

—Sí, hijo mio, te lo permito con mucho gusto, porque siento que tengo lastimado un hombro. Dios te asista, y Nuestra Señora te de fortuna. Vosotros, soldados, volved á vuestro puesto, porque esto no es otra cosa que un lance de honor.

Salieronse con efecto los soldados, y solo uno de ellos se acercó á Roberto, y presentándole su espada le dijo: Servios de ella, señor, y servios bien, que es espada de vuestro pais.

El preso manifestaba estar dudoso entre el deseo de pelear, y el temor de alarmar demasiado a su hermana y á su anciano padre; sin embargo, aceptó el arma que el soldado le

ofrecia. Pero en aquel mismo momento, haciendo un esfuerzo el anciano conde se levantó y se puso de repente entre su hijo y los dos franceses, que quedaron como cortados al aspecto de aquel viejo venerable, á quien los años y padecimientos no habian podido privar del caracter de magestad que brilla en el rostro de los soberanos.

—Deteneos,—dijo, y Guidon bajó la punta de la espada al mismo tiempo que Roberto, en tanto que Guillermo entregaba al bastardo la suya. Una orden del mismo Rey no hubiera sido tan poderosa para el jóven Malegreve y el gobernador del Louvre, como fué en aquel momento la voz del conde prisionero.

—Roberto,—(dijo, dirigiendo á este una mirada en que, tal vez á pesar suyo, brillaba el orgullo paterno),—Dios nos castiga y es preciso someternos. Y vos, señor de Barfleur, perdonad á uno que toda su vida ha sido príncipe, el que haya olvidado un momento que no es sino un miserable cautivo.

Dichas estas palabras, se volvió para enjugar una lágrima que el recuerdo de su desgracia le habia arrancado. Apoyó un instante la trémula mano en la arrugada frente, como si quisiese alejar pensamientos demasiado crueles, y sintiéndose desfallecer, se reclinó en el hombro de su hija.

Ningun pintor es capaz de representar dignamente aquella escena de dolor silencioso y mortal. Inclinado el anciano hácia su hija, parecia entregado á una emocion dolorosa que no lle permitia ver ni aun pensar. No agitaban su rostro las convulsiones del sufrimiento, antes bien sus facciones parecian tranquilas; pero diria cualquiera que les faltaba la vida. Mirábale Guillermo con dolor y ternura, pero Roberto, con los ojos bajos, y blanco como un papel, presentaba la imágen de una triste desesperacion, al paso que Guidon separaba la vista para no ser testigo de aquella larga agonía.

El bartardo de Barfleur era un soldado duro y grosero, como hemos dicho varias veces; pero aunque in-

sensible á la mayor parte de las escenas ordinarias de la vida, las emociones mas fuertes se oian llegar á su corazon, y este no era malo. El dolor de aquel anciano le hizo olvidar enteramente lo que no hubiera perdonado por todo el oro del mundo, esto es, el golpe que Roberto le habia dado, y acercándose á Guidon de Flandes, lleno de confusion, le dijo:
—¡Que no hubiese yo recibido mas bien veinte estocadas! Pero no os aflijais por eso, conde; por mas que hagan siempre sereis conde de Flandes, mientras Dios sea superior á los reyes.

Estas palabras hicieron volver en sí al anciano, que se avergonzó al observar que habia descubierto el secreto de su dolor. Roberto, que adivinó lo que su padre sufria, cogió la mano del gobernador y le dijo conmovido:
—Perdonadme y retiraos.

El veterano permaneció un momento sin responder, pero al fin le dijo:—¿Y qué pensais hacer de esa espada?

El preso ató un bolsillo alrededor

del puño del arma, y se la devolvió al que se la habia dado; hecho lo cual volvió á rogar con los ojos al gobernador que se retirase.

—Vente, Guidon, vente;—dijo aquel; —pues no le hemos de consolar nosotros.

El diablo me lleve si no quisiera en este momento poder abrirle la puerta para que se fuera á su pais.

El jóven miró complacido á su tio satisfecho de hallar al fin en él sentimientos propios de un corazon generoso. Pero á todo esto el rostro del soldado viejo habia vuelto á adquirir su acostumbrada espresion de dureza, y volviéndose hácia Filipina, le dijo en tono seco:

—Señorita venid conmigo.

La desdichada princesa abrazó de nuevo á su padre, y haciendo un penoso esfuerzo para separarse de el, salio de la prision cuya herrada puerta se cerró, dejando dentro á los que tanto amaba. El gobernador y Guidon la condujeron en silencio á una de las torres del recinto esterior del castillo, la cual le servia de prision par-

ticular en que la recogian todas las noches, y donde se hallaban siempre las mugeres que la servian

Por una alusion cruel á un sitio favorito de su padre, los soldados habian puesto á aquella torre el nombre de Winendale, y asi le conservó muchos años aunque al fin ligeramente desfigurado, pues la llamaban la torre de Windal, y era la primera del lado de poniente, en la fachada que caia al Sena.

# III.

—¿Sabes, Guidon,—dijo el gobernador al escalera de la torre donde habia dejada enterrada á la princesa, —que me hierve la sangre todavia, cuando pienso que el tal flamenco me ha puesto la mano encima y no me he vengado? Preciso es que ese viejo nos haya hechizado á entrambos; porque el diablo me lleve si no creia yo en aquel instante que era el ofensor; y tú parecias enteramente un criminal.

—Y lo era, tio,—respondió el jó-

ven,—pues habia olvidado lo que se debe á la desgracia.

—¡Paciencia!—esclamó el bastardo encogiéndose de hombros.—Nos hemos dejado engañar con palabras; pero á fé que no nos lo podrán echar en cara, pues ya saben ellos que á cualquiera se le puede hacer que caiga en el garlito. A bien que ellos han caido dos veces, y han de rascarse mucho antes que se vean libres.

Admirado Guidon de aquel lenguaje, miró á su tio como pidiéndole que le esplicase qué queria decir aquello.

—Por supuesto,—continuó el bastardo,—han caido en el lazo. ¿Crees tu, acaso, que se hubieran dejado coger en una batalla? En cuanto al conde viejo y á su hijo Guillermo.... ¡vaya! pero á Roberto de Flandes, antes le hubieran hecho pedazos.

No por cierto, no; se ha entendido mejor eso; se les dió un salvo conducto para que viniesen los tres á París, y como no tuvieron la prudencia de exigir que estuviese firmado por el mismo Rey, se les cogió sin ninguna dificultad.

Inmutóse Guidon al escuchar estas palabras, y sintió que se le erizaban en la cabeza los cabellos. Francés, lleno de amor á su patria y de entusiasmo por su rey, jamas se habia presentado á su pensamiento la treta de una traicion semejante, cuya vergüenza recaia en la corona de Francia; y ningun crédito le hubiera dado, si lo hubiese sabido por otra boca qne la de su tio.

Digo,—continuó el gobernador,—¿tendrán derecho á burlarse de nosotros? Pero no lo sabes todo aun, Guidon. ¿Querras creer que esas cabezas de plomo habian cometido ya otra vez la misma falta? La condesita que acabamos de encerrar, tampoco ha sido presa en tiempo de guerra. Estaba para casarse con el príncipe de Gales, y no tenia mas que hacer que atravesar un poco de mar, (pues dicen que Inglaterra está enfrente de su Flandes, aunque no lo creo, pues sé que está hácia nuestras costas de Normandia:) pero viendo su Magestad que estas gentes de Flandes se iban á engrandecer demasiado, les convidó

á que pasasen por París para recibir sus felicitaciones, y luego que llegaron se encargó de guardar á la novia. Desde entonces no ha podido tener miedo de que la roben los corsarios de España ó de Escocia.

Estremecióse involuntariamente el jóven y no pudo menos de esclamar en voz baja:

—¡Oh patria mia! ¡Antiguo honor de Francia! ¿Te has estinguido totalmente en el corazon de los Reyes? ¡Pluguiera al cielo que á lo menos lo hubiese yo ignorado siempre!

—Ahora te diré, Guidon,—prosiguió el gobernador, sin hacer caso de la turbacion de su sobrino, que seria una gran fortuna para cualquier caballero el agradar á esta condesita. Es casi seguro que el Rey la mandaria poner en libertad luego que no pudiera casarse con el príncipe de Gales, que debe dar su mano á nuestra princesa Isabel. Pero ¿en qué piensas? Ya veo que la fatiga del viaje te tiene muy abatido. Vaya, vaya, anímate y vamos á cenar.

Ya se hallaba servida la cena, que

entonces era la principal comida del dia, en el único cuarto que servia de habitacion al gobernador; y á pesar de los tristes pensamientos que le agitaban hacia algunos momentos, hízole honor Guidon, como que él camino le habia abierto el apetito; pero al lado de su tío parecia un hombre sumamente parco, pues este, que mas de una vez habia esperimentado en sus campañas los rigores del hambre, queria desquitarse ahora que le sonreía la fortuna.

—Si hubieses hecho la guerra como yo,—decia á su sobrino,—en las áridas llanuras de Champaña, conocerias mejor lo que vale un buen alimento para hombres y caballos; y si hubieses ido á la cruzada contra los malditos sarracenos, que no comen puerco ni beben vino, te aprovecharias de un jamon como este y de lo que contiene este cantarillo.

A pesar de todo, y aunque unia á los preceptos el ejemplo, Guidon dejó pronto de acompañarle en comer; y atribuyendo el gobernador al cansancio sus frecuentes distracciones,

le permitió que se retirase al lecho que ya le habian preparado.

Sin embargo, no eran causas físicas las que abatian el ánimo de aquel jóven. Su cuerpo era robusto y endurecido en el trabajo, pero eran enteramente nuevas para su alma las emociones de vergüenza y arrepentimiento. Desde que vió á los presos, á cuya custodia queria asociarle su tio, sentia muchísimo haber comprometido su palabra. El papel de carcelero era por sí mismo bastante odioso para inspirarle una profunda aversion; pero ser carcelero de aquella noble familia, le parecia que era hacerse cómplice de la traicion de que era víctima; y este pensamiento hacia estremecer su corazon. Sus ideas de honor caballeresco que eran para él como una segunda religion, repugnaban semejante papel, y se avergonzaba de pensar que su Rey se hubiese manchado con una perfidia, como si el oprobio de su falta de fé hubiese recaido sobre todos los caballeros de Francia.

Agitado por tales pensamientos, no

pudo dormirse en mucho tiempo; y en el penoso estado de un hombre á quien los tormentos del espíritu impiden percibir la fatiga del cuerpo, aplicó el oido, como por distraerse, á la voz de los soldados, cuyo cuerpo de guardia estaba casi contiguo á su lecho; y habiendo escitado poco á poco su curiosidad la conversacion de aquellos hombres, se levantó, entreabrió la ventana, y se halló en disposicion de escucharlos, sin perder ni una palabra.

El soldado á quien Roberto dió el bolsillo habia ya puesto en circulacion alguna de las monedas de oro que aquel contenia, y el vino entretenia á la tropa, dulcificando el fastidio del servicio de noche. La conversacion era acerca de los presos, en cuyo pais habia estado un soldado de los presentes, el cual escitaba la admiracion de todos sus compañeros con la narracion de las maravillas que habia visto.

—Sí, amigos mios,—decia el soldado,—puedo aseguraros que era el conde mas rico del mundo, y que su

pais, aunque un poco frio, es el verdadero pais del oro. Pero esa es una cosa que no podreis comprender vosotros, no habiendo visto jamás nada que se le parezca. Vaya, dadme de beber, y os diré cómo hice conocimiento con esos compañeros.

Una corta interrupcion manifestó claramente que el orador tomaba fuerzas, con el jarro que circulaba de mano en mano, y despues de haber tosido dos ó tres veces, continuó asi:

—Yo era escudero del valiente caballero Simon de Beauquesne, cuando le mandaron pasar al condado de Flandes, á donde le acompañé, tanto porque creí que era de mi obligacion, cuanto porque estaba muy distante de pensar en lo que íbamos á hacer. El primer dia que llegamos al pais, tuvimos que observar muy pocas cosas; solo vimos que el terreno estaba tan llano como una era de trillar, y atravesado por fosos y rios.

—Oiga,—dijo interrumpiendole uno de los que le escuchaban.—¿Y cómo corrian esos rios en un pais tan llano como una era de trillar?

—Os lo diré,—respondió el veterano,—pero no lo vais á comprender, ni yo tampoco. Los hacian correr abriendo y cerrando unas puertas muy grandes.

Algunas esclamaciones, entremezcladas con juramentos denotaron la sorpresa de los soldados; y ciertamente era preciso que tuviesen una gran confianza en la veracidad de su camarada para no dudar de una cosa tan singular.

—Lo que me admiró aun mas,—prosiguió el viagero,—fué ver el gran número de casas que cubren el pais. Dicen que en cualquier punto de aquel condado donde un hombre dé un grito de alarma, está seguro de que alguien le oye. ¡Tan proximas estan las habitaciones unas á otras!

—¿Y de qué viven?—preguntó otro. —¿Acaso una fanega de tierra basta en ese pais para alimentar á toda una familia?

—Viven de su oficio,—replico el veterano.—¿No sabes que los flamencos son los qne hacen el paño? Al ver en aquel pais una carreta ó una

barquilla )y se ven por cualquier parte que se dirija la vista), se puede estar seguro de que en en ellas hay centenares ó millares de pieles de carnero.

Despues de haber confundido de este modo al que le habia interrumpido con su réplica, creyó el soldado que debia humedecer otra vez las fauces, y su narracion habia escitado de tal modo la atencion de sus compañeros, que todos guardaban el mayor silencio, y ninguna conversacion particular perturbaba al orador.

—¿Y qué direis—(repuso este),—si os aseguro que el segundo dia vimos una torre, encima de la cual habia unos hombres de hierro, que señalaban la hora á martillazos? (1) Os digo, camaradas, que al ver aquella

---

(1) El famoso reloj de torre de Courtray, que pasaba por el mas hermoso del Universo. En 1382 se quitó de allí por órden del duque de Borgoña, y se llevó á Dijon, donde se colocó en una de las torres de la catedral.

obra mágica me persigné muy devotamente, y me alejé con muchísimo gusto de un pueblo que contenia semejante diablura. Nos dijeron que era la villa de Courtray; pero yo mas bien habia creido que era la ciudad de Toledo, donde dicen que van los hechiceros á la escuela.

—Despues de haber visto eso,— dijo uno de los soldados,— me parece que no debias ya admirarte de nada.

—Sin embargo,—respondió el veterano,— cuanto mas se interna uno en aquel pais, tanto mas le parece que está en otro mundo. ¡Figúrate tú que un dia estuvimos marchando mas de una hora á son de música, sin que percibiésemos músico alguno! Yo hubiera creido que estaba hechizado, si no me hubiesen dicho que todo aquello venia de otra torre, en que las campanas tocan una música que se oye á dos leguas al rededor.

—¿Qué será como un repique en un dia de fiesta?—dijo una voz:

—¡Qué repique! Parecia que se oian las flautas y los tambores, y toca-

ban todas las tocatas de la misa mayor, y entre ellas un *Vexilla Regis*, tan claro y armonioso como pueden ser los coros de los ángeles. Esto era en una ciudad que llaman Brugge que es tres veces mayor que Paris. Alli nos enseñaron tambien un mercado en que entraban cargados los navios, como si se hiciera pasar el rio por medio de la iglesia de Nuestra Señora.

—¿Y qué ibais á hacer á esa ciudad?

—Ibamos buscando al conde, pero estaba un poco mas lejos, en su palacio de Winendale, defendido por doce torres. Cuando fuimos allá, pedimos permiso para verle, y nos digeron que cuando volviese de misa podriamos hablarle, porque alli todo el mundo puede hacerlo.

—Pues es un pobre conde, —dijo uno de los oyentes,—si ha de hablar á todos los patanes. En su lugar, no haria yo otro tanto, pues solo hablaria á los señores y á mis soldados.

—Eso seria bueno en un pais co-

mo el nuestro, donde cada buen Juan vive en la tierra de su señor; pero estos pañeros no son como nuestros aldeanos. Miran á su señor cara á cara; y como se la ponga mala cara, cierra la bolsa el flamenco.

—De poco les serviria el cerrarla: bien pronto veria yo el fondo de ella.

—¿Y cómo lo harias, camarada?

—¡Toma! montária á caballo con mis soldados y pegaria fuego á sus cabañas, á fin de hacerlos mas dóciles para otra vez.

—¡Ola, hermano! ¿Y sabes tú lo que es un godendae?

—¿Acaso alguna otra diablura?

—*Godendae* quiero decir en su lengua buenos dias, y llaman de este modo á una buena pica de siete pies de largo con un hierro de tres pies á la punta. Hay en el pais unos cuarenta mil telares de paño, y al lado de cada uno es tan seguro encontrar un godendae como una lanzadera.

—A pesar de todo,—dijo otro soldado,—lo cierto es que hemos conquistado su pais.

—Pero no sabes tú en que consiste, camarada. Mas de la mitad de esos tegedores estaban en favor nuestro, porque les parecia que su conde era demasiado orgulloso; y ademas habia tenido algunas desgracias, pues el rey de Inglaterra, que habia venido demasiado tarde para pelear con nosotros, quiso recompensar á sus soldados permitiendoles que saqueasen la ciudad en que estaban alojados, á que llaman en el pais Gheint Pero cuando los habitantes de Gheint, que no son de los mas moderados, vieron que les robaban sus paños y prendian fuego á sus casas, hicieron su deber los *godendaes* y el Rey de Inglaterra debió la vida á la intercesion del conde en favor suyo y de sus soldados. Desde aquel tiempo el pobre conde tuvo muchísimos mas enemigos, pues el pueblo le miraba como causa del mal que los ingleses habian hecho á los de Gheint.

—¿Y cómo os recibió en su castillo defendido por doce torres?—preguntó el mismo á quien acababa de refutar.

—En cuanto á eso os diré que con nosotros iba otro caballero, llamado Juan de Beaujeu, y oí en el camino que hablaban no sé qué de prender al conde de Flandes en el centro de su mismo país. Esta noticia me hizo abrir tanto ojo, y me parece que otros muchos hubieran tratado de huir el cuerpo á la comision. Mas ya era tarde para retroceder, y seguí á los caballeros al castillo de Winendale, poniendo la mejor cara que pude.

—Vaya, vaya, Raimonet; todo el mundo sabe que eres valiente, y no hubieras querido que aquellos flamencos conocieran que un francés tenia miedo.

—No por cierto; y te aseguro que no percibieron nada; pero Dios sabe lo que pasaba dentro de mi. Entramos al fin en una sala grande, donde nos enseñaron, para que pasásemos el tiempo, diez clavos muy gruesos metidos en una viga, de la cual, decian, un antiguo conde llamado Balduino habia mandado ahorcar en su presencia á diez caballeros porque habian puesto preso á un platero.

Cuando nos los enseñaban, decia yo entre mí mismo:—¿Qué hubiera hecho con los que pusiesen preso á un cónde?—Pero ya conoces que me guardé bien de hacer semejante pregunta.

—Sin embargo, tú has vuelto sano y salvo.

—Es verdad, y os aseguro que de todo lo que ví en Flándes lo que me admiró mas. Figuraos que cuando el conde volvió de misa con todos sus caballeros, los señores Simon de Beauquesne y Juan de Beaujen se dirigieron á él, y poniendo la mano en su túnica de terciopelo, guarnecido de armiños, le declararon prisionero, y le notificaron en nombre del Rey que viniese con ellos á Paris.

—¡Ah ah! ¿Y que dijeron á eso los flamencos?

—No entendí bien lo que decian; pero, segun las miradas que nos echaban, me pareció que lo mejor que podia hacer era encomendar mi alma á Dios. El primero que habló fué Roberto de Flandes, y su discurso no fué muy largo.

—Señores,—dijo sacando la espada,—habeis puesto la mano en un hombre demasiado escelso, y es preciso que quede en el sitio.

—¿Y les cortó la mano?

—No, gracias á Dios. Ya habeis visto á Roberto de Flandes; sabeis qué clase de hombre es, y que cuando llega el caso hace tan poco aprecio de su sangre como de su dinero.

Pues en medio de la furia en que se hallaba le contuvo una sola mirada de su padre. Hijo mio, le dijo el conde, no es justo castigar á estas pobres gentes, que no hacen mas que cumplir con su deber; y mandó que nos tratasen con toda consideracion y honor, como se debia á caballeros intrépidos, y a los valientes de su comitiva.

—¿Y vino á Paris?

—Vino un poco mas tarde, cuando ya era muy desgraciado, y porque le ofrecieron un salvo conducto. Yo le ví llegar y pasar por debajo del balcon de la Reina; venian con el sus hijos y hasta cincuenta

caballeros flamencos; estaban vencidos, abandonados de su pueblo y entregados á la clemencia del Rey; pues el diablo me lleve si Guillermo de Flandes no fué el único que se quitó el sombrerillo para saludar á la Reyna; los demas volvieron la cara con desprecio, pues decian que ella era la causa de su infortunio, y del de la princesa de Flandes. Pero nosotros no debemos hablar de eso; somos franceses y ¡viva el Rey!

Calló el veterano luego que dijo esto; la conversacion de los soldados mudó de objeto y no interesó ya á Guidon, que se volvió á su cama: mas aunque entonces consiguió dormir un poco, fué un sueño muy ligero é interrumpido por ensueños desagradables.

## IV.

Despertóse Guidon el dia siguiente al ruido que hizo un cofre inmenso que algunos soldados habian venido á colocar al lado de su cama.

—Levántate, sobrino,—gritó su tio que entró al mismo tiempo.—Quiero que te vistas bien, como conviene á un Malegreve, que tiene derecho á enarbolar pendon, si se halla con suficientes medios para sostener veinte y cinco lanzas. No tengo mas vestidos que los puestos, pero en cuanto á armaduras las hallarás en este cofre, desde los turbantes sarracenos, hasta

los cascos de última moda, que hemos tomado de los griegos de Constantinopla.

Con efecto, el espacioso cofre estaba lleno de despojos de guerreros de todas las naciones, parte de los cuales habia ganado el bastardo con su espada, y parte que habia comprado á sus soldados. Mostrólos, no sin orgullo, á los ojos de su sobrino, y le dijo:—Toma, ponte este casco y este gorjal de plata sobredorada, y consiento en que me declaren inválido, si la princesa flamenca ha visto en su vida hombre de mejor presencia que tú. Pasa por cima de la cota de seda este tahalí encarnado con borlas de oro; póntele, dijo, que no sabes tú lo bien que parece un guerrero con un rico tahalí.

Preparóse Guidon á obedecer por dar gusto á su tio, aunque bien convencido de que aquel aparato, tan ridículo como costoso, no podia menos de desfigurar su rostro y ocultar sus gracias naturales. Ocupaban su imaginacion ideas demasiado tristes y importantes, para dar ningun valor á

cosa tan frivola como la eleccion de aquellos objetos; mas habiendo fijado la vista por acaso en una inscripcion que tenia el casco, se avergonzó al leer en él una antigua divisa que decia *Haz lo que debes y suceda lo que sucediese.* Pareciole que esta era una advertencia del honor que le prohibia envilecerse, permaneciendo mas tiempo en aquel funesto castillo, y soltando inmediatamente de la mano el casco y el tahalí, se negó abiertamente á ponérselos, pretestando que un equipage tan magnífico no era propio para ir á dar una vuelta por las calles de Paris, como pensaba hacer.

—Ola! Ola!=contestó el gobernador.—¡Vas á salir del castillo! En ese caso no necesitas pensar en adornarte. En fin, es una curiosidad muy natural, puesto que nunca has estado en Paris. ¿Quieres que mande á alguno que te acompañe?

Una secreta sensacion de tristeza y una necesidad inesplicable de estar solo, aun en medio de la ciudad, se decidieron á responder que pre-

feria que nadie le acompañase..

—Como quieras, sobrino, —dijo el bastardo.—Pues si ves al paso en alguna parte telas bonitas, te aconsejo que elijas algunas para hacerte jubones y ferreruelos de todos colores, porque eso gusta mucho á las mugeres, y dicen que es costumbre de los flamencos llevar vestidos magníficos.

Algunos momentos despues de haber tenido esta conversacion, tomó Guidon, solo y á pié, el camino de la capital de Francia, pues habia entonces mas de un tiro de ballesta desde el Louvre hasta las murallas esteriores de la ciudad. ¡Y hoy se halla el Louvre en el centro de París!

Aquella ciudad ha ofrecido en todos tiempos el singular contraste de grandes edificios y casucas indecentes, de palacios y calles estrechas llenas de lodo, de monumentos asombrosos al lado de ruinas, de magnificencia y miseria; pero nada de esto chocó al jóven Malégreve, porque todo ello sucedia tambien en las ciudades grandes de Normandia, y sobre todo en la

de Ruan. Lo que sí le admiró bastante fueron los multiplicados gritos de toda especie que resonaron en sus oidos, á medida que atravesaba las calles de la capital. No solo chillaban en diversos tonos anunciando sus varias mercaderías los panaderos, polleros, carniceros, pescaderos y verduleros, sino que no se podia dar un paso sin encontrar pobres, estudiantes, peregrinos, frailes, religiosas y penitentes de todos colores, que pedian limosna gritando en altas voces:

—Pan para los niños de Montaigu.

—Pan para los peregrinos.

—Pan para los presos de la cárcel.

—Pan para el convento de tal ó cual.

Era muy difícil seguir directamente el camino, por medio de la multitud de gentes que se apiñaban en aquellas calles estrechas y tortuosas, porque entonces existian muy pocos ó ningun reglamento de policía, y los puesto ambulantes de los mercaderes estrechaban las calles aun mas de lo que ya eran. El carácter de los parisienses, cuya curiosidad escita cual-

quier cosa, detenia tambien la circulacion. Aqui estorvaba el paso un corrillo que se juntaba con motivo de una riña; alli el numeroso grupo de los que escuchaban á un charlatan; un poco mas distante habia una reunion de devotos oyendo la narracion de un peregrino que volvia de la Tierra Santa; algunas mugeres que se agolpaban á la entrada de una tienda de quincalleria, y en fin muchísimas gentes que se detenian solo porque veian paradas á otras, y que se miraban entre sí con ademan estúpido, y tratando de descubrir, porqué se habia parado su vecino. Como Guidon no seguia camino alguno determinado, le era indiferente volverse á la derecha ó á la izquierda, adelantar ó retroceder, segun se le proporcionaba pasar por uno ú otro lado. Su natural urbanidad le obligaba á tener cuidado para no empujar á nadie, y no dejaba de sorprenderle que los demás, tanto hombres como mugeres, no tuviesen igual consideracion con él. Pero lo que le admiró estraordinariamente fué verse

detenido por un mercader obstinado que tirándole del ferreruelo queria obligarle á que le comprase algun paño.

—Escuchad un momento, caballero,—le decia el astuto mercader, deteniéndole con toda su fuerza.

Tengo yo lo que necesitais, que es un ferruelo de paño verde, ¿no es así?

—¡Yo!—respondió Guidon casi cortado.—Sin duda me equivocais con otro.

—Nada de eso, caballero.—respondió el mercader, á pesar de que no creia decir la verdad dándole este título, pues el trage que Guidon llevaba era mas propio de un escudero ó un criado, que de un hombre de clase superior, pero sabia que mas se gana en adular á los parroquianos, que en venderles buenos generos.

—En verdad es una cosa bien rara, —dijo Guidon en voz muy baja.— ¿Será este, acaso el mercader de mi tio?»

—Sí señor, de vuestro tio y de toda vuestra familia,—contestó el pañe-

ro, cuyo oido perspicaz habia percibido las palabras de Guidon; y como al mismo tiempo que le hablaba no dejaba de tirarle, se halló por fin Guidon metido en una tienda muy estrecha, sin que supiese verdaderamente cómo habia entrado en ella.

En el dia, en que la capital de Francia ha llegado á adquirir un rango tan distinguido entre las ciudades industriosas y comerciales, seria muy difícil formar una idea exacta de los mercaderes de Paris, tales como entonces eran, á lo menos en lo general, pobres, y espuestos á las rapiñas de toda especie, desde las exacciones de los empleados del rey hasta las alteraciones de la moneda, que se notaban mucho mas en la capital que en las provincias del reino, é interrumpian no pocas veces las relaciones comerciales. El pañero, que se habia apoderado del jóven Malegreve, tenia menos semejanza con el grueso Mr. Guillaume, que es el pañero mas antiguo que se conoce en la historia, que con el pálido y flaco abogado Patclin, de cuya astucia y descaro par-

ticipaba bastante. Su tienda estaba muy mal provista, pero su charla era inagotable, y poseia tan bien como el mas imperturbable vendedor de feria, el talento de confundir á los compradores.

Como halló en Guidon el hombre del mundo mas á propósito para dejarse engañar, era un singular contraste el de aquellos dos interlocutores, uno que se defendia con mucha negligencia de comprar cosa en que no pensaba, y otro que le instaba con las acciones, palabras y miradas, pero con tanta destreza, que parecia que solo trataba de obedecerle. Nuestro jóven no pudo luchar largo tiempo contra un antagonista que tanta esperiencia tenia en aquel género de combate, y tan luego como prestó un medio consentimiento estaban ya abiertas las grandes tijeras del mercader para empezar la pieza de paño que tenia estendida sobre el mostrador.

Brillaba la alegria en los ojos del vendedor, que ya estaba calculando la utilidad que le quedaria, y el comprador esperimentaba aquel movi-

miento de impaciencia que siente el que acaba de hacer una cosa contra su voluntad, cuando una voz, cuya pronunciacion era estranjera, preguntó al mercader por detrás de Guidon.

—Amigo, ¿vendeis ese paño por pardo?

Guidon y el pañero volvieron admirados hácia la persona que acababa de entrar en la tienda, y que se espresaba de aquel modo, y vieron que era un hombre de cincuenta á sesenta años, con un vestido largo azul, y cubierta la cabeza con una gorra de algodon. Era pequeño y tuerto; pero se notaba en su fisonomía tanta inteligencia y resolucion, que parecia que hubiese nacido para mandar.

El mercader le miró de pies á cabeza, y viendo que su trage anunciaba mas bien que fuese pobre que rico, le respondió con tono aspero:—Pronto estarás enteramente ciego, si no puedes distinguir mejor los colores.

El estrangero se sonrió con desden,

y replicó en mal francés: Todavia veo lo bastante para decirte que ese paño nunca se ha teñido de azul, como deberia estarlo para que el tinte fuese sólido. Ah! y la marca de la pieza es falsa: con que, amigo, este paño pertenece al Rey.

Luego que el pañero oyó estas palabras perdió el color; y se apresuró á reemplazar aquella pieza con otra. Pero habia encontrado en el desconocido un temible censor, que le probó ya que el paño estaba quemado, ya que la lana no estaba bien lavada, ya que la trama en vez de tener, como debia, setecientos cincuenta hilos no tenia mas que quinientos. Aunque se esplicaba muy incorrectamente, manifestaba un conocimiento tan perfecto de las mercancias, que confundido el parisiense tuvo al fin que callar, y dejó caer tristemente las tigeras, bien convencido de que ya nada habia de vender. Sin embargo contuvo su cólera hasta tanto que su detructor y Guidon salieron de la tienda, y entonces la descargó en un torrente de imprecaciones contra aquel

tuerto de mal agüero, que queria que un pobre pañero pudiese pagar los impuestos y contribuciones, y vender paño de buena marca.

Entretanto Guidon y el estranjero iban caminando juntos, y segun el modo con que el desconocido miraba á nuestro jóven, era lácil colegir que iba acechando la ocasion de dirigirle la palabra.

—Señor caballero, le dijo al fin,—nadie puede ofreceros lo que necesiteis mejor que yo.»

—Os doy gracias, amigo,—contestó Guidon, pero nada necesito.

El estrangero se detuvo tan turbado y confuso como si aquella corta respuesta contuviese un sentido misterioso, y como si hubiese cometido alguna falta imperdonable, ó le agoviase una terrible desgracia. Sin duda debió sorprenderle que habiendo encontrado á Guidon en una tienda de mercader digese que nada tenia que comprar; mas no se atrevió á hacer observacion alguna, y permaneció mudo y consternado. El jóven atribuyó su emocion á la necesidad que ten-

dria de vender sus mercaderias, y sintiendo un movimiento de compasion: Vaya, se dijo á sí mismo,—este pobre hombre necesita, sin duda, encontrar algun comprador, y yo creo que no me ha de engañar mas que el otro.

¿Por qué no he de emplear algunas libras tornesas?—Y volviéndose hácia aquel hombre, á quien tenia por un miserable, añadió:—Vamos, amigo, veamos qué teneis que venderme.

Sorprendióse mas entonces al ver que el desconocido arrugó las cejas, mirándole como con desconfianza; pero volviendo aquel á adquirir su calma y tranquilidad anterior, respondió con ademan de satisfaccion: Seguidme; me fio en vos.

Asi atravesaron algunas calles, y como Guidon seguia al estrangero observando su talle y figura, le pareció que habia ya visto alguna vez á aquel hombre: pero no pudo acordarse de cuándo ó dónde. Las congeturas vagas que habia formado acerca de él y de los motivos de su conducta, le parecieron igualmente fa-

nbles cuando se detuvieron á la puerta, no de una mala casucha, sino de una de las mejores posadas de la capital. Observó en ella el jóven, con sorpresa, que recibian á su compañero como á un personage distinguido, porque hasta el posadero, olvidando con él la dignidad de dueño de la casa, vino personalmente á recibir sus órdenes, con ademan respetuoso —¿Quereis alguna cosa, señor huésped?-le dijo.-¿Traigo el desayuno, señor veedor? Permitidme que os quite las botas.

El estrangero le dió las gracias con bastante trialdad, y llevó á Malegreve al mejor aposento de la casa, que era el que ocupaba. Mas espacioso y elevado que la mayor parte de los que hay en las posadas modernas de Paris, se hallaba en recompensa completamente falto de muebles, pues su único adorno consistia en algunas vidrieras de colores que cerraban las largas y estrechas ventanas, tan cuidosamente enrejadas, que los hierros interceptaban una gran parte de la luz.

Hallábanse varios fardos en la sala, cuya puerta tenia buenas cerraduras, y estaba en lo mas retirado de la casa.

Abriólos el desconocido, y fué sacando de ellos sucesivamente varias piezas de telas muy hermosas; pero lo que llamó mayormente la atencion del jóven normando fueron algunas cotas y jubones, que las modas sencillas y un poco groseras de aquel tiempo, permitian que estuviesen hechos de antemano, pues sin tomar medida podia servir á cualquiera comprador, no exigiendo el gusto del siglo que se ajustase bien el talle del que los llevaba.

El brillo de los colores, la mezcla de hilos de seda y metal, y el arte, poco conocido aun, del bordado, igualaban, ó por decir mejor, sobrepujaban á lo mas magnífico que habia visto Guidon, ya en el pais ya Caux, ya en las ciudades grandes de Gascuña. Apenas podia separar la vista de aquellas obras admirables, aunque nunca habia hecho gran caso de los adornos y de su persona, no pudo

menos de desear con ardor poseer alguna de aquellas armaduras y vestidos. Pero aquel deseo fue muy pasagero, pues inmediatamente recordó que su riqueza propia no alcanzaba á comprar lo que le presentaban, y que no podia estimar bastante á su tio para resolverse á deberle grandes favores; asi que, sin exhalar siquiera un suspiro, se propuso renunciar á todos aquellos objetos de un lujo inútil.

—La palabra es palabra,—dijo el mercader despues de haberle enseñado todo lo que contenian sus fardos: ¿no he cumplido la mia, y no tuve razon para decir que tenia lo que necesitábais?

—No lo niego,—respondió el jóven; pero ¿no debeis imaginar que yo sea bastante rico para comprar una cota que acaso valdrá mas libras tornesas que mallas puedo yo gastar?

Miróle el estrangero sonriéndose, y replicó:

—No señor: os aseguro que os costará bien poco. Pero ¡qué necio soy! —esclamó de repente, tomando sus enérgicas facciones una espresion mas

animada. No he de llegar al corazon de un hombre de bien con semejantes bagatelas por ricas y brillantes que sean. Venid por aquí, caballero, y escuchadme.

Diciendo así, dejó en el suelo todas las telas y efectos que habia mostrado á Guidon, y le llevó junto á una ventana, como si donde habia mas luz quisiese descubrir lo que pasaba en lo interior de su alma.

—No os conozco, jóven,—continuó allí con voz moderada,—pero vuestros años no son todavia los de la insensibilidad, y vuestras facciones parece que denotan mas franqueza que la que hemos encontrado en algunos de vuestros conciudadanos. Respondedme, pues, con sinceridad: ¿podeis comprender que un hombre que ha contribuido á la desgracia de otro sienta la necesidad de manifestar su arrepentimiento? O mas bien, porque es muy difícil que os dé una idea exacta de lo que pasa aquí, (y apoyó sus dos manos sobre el pecho, como si le devorase un fuego secreto), suponed que hubieseis abandonado á vues-

tro soberano en el momento de su desgracia, y manifestadme qué bariais por que se os permitiese decir á aquel desgraciado príncipe: He delinquido contra vos y contra la patria.

Era tal la violencia de la pasion que agitaba al estrangero mientras pronunciaba estas palabras, que bañaba su frente un sudor frío; y un movimiento convulsivo agitaba todos sus miembros. Guidon se sintió sumamente conmovido; y dirigiendo el pensamiento al conde preso, conoció cuánto debia sufrir un hombre que habia abandonado á su soberano en el momento del peligro.

—Os compadezco,—le contestó en tono grave y melancólico:—he visto á un príncipe cautivo y conozco cuáles pueden ser vuestros remordimientos.

La vergüenza y la alegría, la esperanza y la inquietud, aparecieron sucesivamente en el rostro del desconocido.—Está bien,—prosiguió casi sin poder respirar,—pues dejadme que bese el polvo que pisan sus piés.—Y se arrodilló delante del jóven, que dio

un paso hácia atrás.— Flamenco,—le dijo, pues ya no le quedaba duda acerca del pais de aquel estrangero, —no esta en mi mano el concederos lo que me pedis.

—Bien podeis,—esclamó el estrangero.—Ayer os he visto entrar en el Louvre, y he sabido por los soldados quién sois; os he estado esperando desde que salió el sol, y cuando habeis venido á Paris, os he seguido constantemente, creyendo hallar un francés que no sea implacable. ¿Me habré engañado acaso?

—Levantaos,—replicó Malegreve.— Es cierto que no soy enemigo del conde de Flandes, y acaso nadie en el mundo le compadece mas que yo si la compasion no me obligará á no hacer cosa alguna que me prohiba mi deber. ¿Quién me asegura que no sois agente de alguna secreta intriga.

—Mi honor,—respondió el flamenco levantándose con la dignidad propia de un hombre libre.

—Para fiarme en vuestro honor, —repuso el francés, en quien habian

hecho mucha impresion el lenguage y modales del estrangero,—seria preciso que supiera á lo menos quién sois.

—Soy un tegedor de paños,—dijo el estrangero;—Pedro de Koning, veedor de los tegedores de Brujas; y aunque esta calidad sea muy poca cosa á vuestros ojos, señor de Malegreve, la palabra de un artesano de mi pais es tan sagrada como puede serlo la de un caballero del vuestro.

—Supongo que decis la verdad; pero siendo tegedor de paños, ¿qué perjuicio habeis podido causar al conde de Flandes, ni qué importancia puede él dar á vuestro arrepentimiento?

Pedro de Koning no se dió por ofendido de esta pregunta, y respondió en tono sencillo y modesto:—Debia haberle socorrido con diez mil picas, y aun pudiera...—Pero no acabó la frase.

—Señor de Koning,—continuó el jóven,—he oido contar cosas tan estraordinarias de vuestro pais, que no pongo duda en lo que me decís; y

si pudiera creer que el anciano conde hallase algun consuelo en sus desgracias, al saber de vuestra boca que los vasallos que le abandonaron sienten hoy vivamente su falta, acaso no rehusaria el noble viejo esa satisfaccion. Pero decidme, por la salud de vuestra alma: ¿no abusariais de mi confianza?

—No le diria ni una palabra que no pudieseis oir vos mismo.

—¿Y ninguna le diriais contra el servicio del Rey mi señor?

—No por cierto; á menos que no mireis como contrarios á su servicio los votos que un pobre hombre puede hacer por la libertad de su pais.

—Por lo que hace á eso,—replicó Guidon sonriéndose,—nada tiene el Rey que temer; y vos hariais mejor en tratar de vuestros paños, que en imaginar proyectos quiméricos. Los habitantes de un condado no deben figurarse que podrán hacer frente al reino entero de Francia.

—¡Si lo deseasen todos con la misma energia que yo...!—esclamó Koning dando una patada en el suelo.

—Nuestros abuelos, caballero, han combatido con feliz éxito contra Francia é Inglaterra reunidas.

—¿Y quién reinaba en Normandia entonces?—preguntó el jóven normando, que no podia creer que nacion alguna se hallase en el caso de sostenerse con fuerzas iguales contra sus compatriotas.

—El Rey de Francia como soberano,—respondió friamente Koning,—y el de Inglaterra con título de duque.

Y entre las lórigas doradas de vuestro pais que cayeron al golpe de nuestras picas, se hallaba la de Fitz-Osbert, el compañero favorito de Guillermo el conquistador. El jóven se mordió los labios y dijo:

—A fé mia, flamenco, que si tal hicieron vuestros abuelos, descendeis de buena raza, y es lástima que os ocupeis en tejer telas. En cuanto á lo que me habeis pedido, no me negaria á permitiros que vieseis un momento á vuestro anciano conde; pero no encuentro el medio de conseguirlo.

—Yo he pensado, respondiò Koning, que podriais hacerme pasar por médico.

Pero puede transcurrir mucho tiempo antes que encuentre la ocasion de necesitaros.

—Aunque sea dentro de un año.

—Está bien; lo pensaré, y pronto recibireis mi respuesta.

—Os lo agradezco,—dijo Koning, sin añadir mas palabra, pero con el tono de un hombre que conoce el favor que acababa de recibir.

Separáronse luego, y por órden del rico veedor de los tegedores, se encargó el dueño de la posada de conducir al jóven hasta la puerta mas inmediata al Louvre. Por el camino cuidó Guidon de que el posadero le repitiese varias veces su nombre y el de su casa con el objeto de poderse proporcionar una nueva conversacion con Pedro de Koning, si lo juzgaba conveniente.

Aquella vez le causó alguna menor tristeza el aspecto de la torre, pues aunque no habia tomado aun ninguna resolucion definitiva acerca de los

medios que emplearia para abandonar aquel sitio funesto, sin faltar á la palabra que habia dado á su tio, la idea de que iba á honrar su empleo momentaneo dulcificando los padecimientos del anciano conde, le reconsiliaba en aquel instante con su destino.

—Sí por cierto,—se decia á sí mismo,—quiero proporcionar á ese buen viejo el consuelo de saber que todavia le aman. Podrá hablar de su pais y llorar con un compatriota suyo, y al mismo tiempo le haré ver que tambien nosotros sabemos detestar la perfidia de que ha sido victima.

# V.

Esperaba á Guidon una nueva sorpresa al llegar de vuelta al Louvre; pues su tio, que se paseaba por la plaza de armas del castillo, apenas le vió salir por la puerta de la bóveda, cuando esclamó con ademan satisfecho:

—¡Buena eleccion, sobrino, muy buena! Pero, vive Dios, que no has reparado mucho en el gasto cuando tanto reparas para viajar solo.

Atónito quedó el jóven sin sospechar siquiera lo que su tio queria decirle, y este continuó:

—Pero es dinero bien empleado, y espero que no ha de haber sido en valde, pues te ha de traer honra y provecho.

—No os entiendo, tio,— dijo Guidon.

Miróle el bastardo á la cara como incomodado y le dijo:

—¿En qué estás pensando? El mercader no ha sido tan distraido como tú, y ha traido todos los vestidos; aunque á la verdad, has hecho mal en haberle pagado adelantado, porque no estamos ya en el siglo en que el brazalete de oro de Rollon estuvo todo un año colgado de un árbol, sin que nadie le tocase. Desde la última cruzada se ha hecho muy malo todo el mundo.

Estas palabras dieron á conocer al jóven la astucia de que se habia valido Pedro de Koning, para obligarle á que admitiese un regalo suyo. Avergonzóse, y su primer pensamiento fué devolverle lo que habia recibido; pero no podia hacerlo, sin dar cuenta á su tio de la especie de relaciones que habia entablado con aquel estrangero

y su dificultad se aumentó en fuerza de las instancias que le hacia su tio, para que se pusiese aquellos trages, á fin de ver qué tal estaba con ellos.

No encontró, pues, otro medio sino el de usar los vestidos que el flamenco le habia enviado contra su voluntad, y pagárselos tan luego como pudiese.

Con esta resolucion acompañó á su tio al interior de la torre, y encontró colocados encima de su cama los vestidos que habian traído durante su ausencia, los cuales formaban, con efecto, un trage magnífico, y aun mas elegante que rico. Una especie de pantalon blanco, de punto de seda, y como tal, elástico y ligero, un jabon de terciopelo, de color de violeta bordado de plata, y un ferreruelo de paño negro de primera calidad, que entonces se llamaba escarlata (cuya voz significa propiamente paño tendido), componian el presente que Koning habia elegido; y aunque solo el ferreruelo era de la fábrica de su casa, no habia pieza alguna que no pudie-

ra considerarse como una obra admirable. Cuando el bastardo obligó á su sobrino á que se lo pusiese todo, no pudo el mismo Guidon evitar un movimiento de complacencia al notar que aquel trage parecia hecho espresamente para él; y su tio, que podia juzgarlo mejor que él mismo, empezó á dar palmadas en todo lo que hallaba á mano para manifestar su contento.

—Ahora quiero que te vea la condesa francesa,—dijo.—¡Válgame la Virgen! Bueno es que forme de tí una idea ventajosa. ¡Quién sabe cuánto tiempo habreis de estar juntos!

—Segun eso, tio.—preguntó Malegreve,—suponeis que su cautiverio durará mucho tiempo.

—El padre no saldrá de aqui en su vida,—respondió el gobernador con tono indiferente;—pero por lo que hace á la hija, en su mano estaria el ir á vivir al palacio de la Reina; pero qué! quiere demasiado al pobre viejo para hacerlo. ¿En qué diablos estás pensando? Me parece que te acomete el mal del pais, y será preciso

que te vuelva á enviar á Malegreve.

Bajó el jóven la cabeza ocultando lo mejor que pudo la emocion que esperimentaba, pues ya habia visto demasiado para no conocer que su tio era muy poco susceptible de compasion, y sabia que no le habia de comprender.

—Vamos,—continuó el bastardo,—ponte el mejor de mis yelmos y ven conmigo.

—Pero tio, si estoy desarmado, ¿por qué me he de poner yelmo?

—Pues á lo menos, ponte este tahalí bordado,—replicó el tio, que parecia que se hubiese propuesto que su sobrino brillara á toda costa, y no conocia, cuán ridículo era adornarse tanto para guardar una prision.

Felizmente llegó en aquel instante á los oidos del bastardo un ruido que no esperaba, pues oyó muy distintamente rechinar los goznes del puente levadizo.

—Traicion,—esclamó al punto echando mano á la espada. Pero siendo esto en mitad del dia, y no habiendo entonces guerra alguna ni fac-

cion en el reino, dudó un momento, sin saber si correria al puente, ó si primero llamaria á las armas á sus soldados. Estando en aquella incertidumbre, oyó gritar á lo lejos: la Reina, la Reina, cuyas voces le hicieron mudar de pensamiento. Envainó su espada, corrió á la puerta grande y la mando abrir al momento, en tanto que la tropa se formaba en batalla en la plaza de armas al agudo sonido de lo corneta militar.

Juana de Navarra, esposa de Felipe el Hermoso, que entonces reinaba en Francia, ejercia tan conocidamente su poderoso influjo con el Rey en los negocios públicos y particulares, que su nombre causaba mas terror que el del mismo monarca. Intrépida y dotada de un gran talento, aunque vana, envidiosa y vengativa, ha encontrado panegiristas en algunos historiadores, que no han querido creer los vicios que le echaban en cara sus contemporáneos; pero sea lo que quiera acerca de las infamias que le atribuyen las tradiciones populares, lo cierto es que aquella fogosa muger

hacia temblar á todo el reino, y aun á su mismo esposo.

Su llegada al Louvre en un momento en que nadie la esperaba, y en que se hallaba el Rey fuera de Paris, sorprendió é inquietó no solo al gobernador, sino aun á los simples soldados, que sabian odiaba mortalmente á los que se hallaban presos en aquella torre, y que castigaria con la mayor severidad el menor descuido de los que los guardaban.

Corrió, pues, cada uno á su puesto con una prisa tumultuosa, y Guidon de Malegreve fué acaso el único que solo esperimentó curiosidad. Dejó en el cofre el tahalí bordado de su tio, y fué á colocarse á la entrada de la torre grande, desde donde podia ver á su gusto el acompañamiento de la Reina. Oianse ya los clarines de la tropa de á caballo, que desfilaba entre el Sena y el castillo, y que muy pronto se presentó delante de la puerta Componíase esta escolta de hombres escogidos, montados en hermosos caballos, y cubiertos de armas resplandecientes; pero la eclipsaba

totalmente un destacamento, ó para hablar segun la costumbre de aquella época, un pendon de caballeros que le seguia. Es dificil formar una justa idea de la vista que presentaban aquellos grandes caballos de Flandes ó Normandia, cubiertos con mantillas que les arrastraban, y defendido el pretal y el pecho con escamas de acero, y los caballeros con sus doradas corazas, escudos cubiertos de blasones, yelmos adornados de plumas, y lanzas cuyas banderolas de mil colores ondeaban graciosamente por el aire.

Seguíanse las damas de la Reina, montadas en hermosos caballos españoles, cuyas mantillas de seda les cubrian hasta los pies, pues era entonces tan comun aquella especie de lujo, que hasta los perros que corrian por medio de la comitiva, traian bandas muy vistosas atadas al cuello. La mayor parte de las telas eran azules y bordadas con flores de oro; pero habia una gran variedad en el pormenor de los adornos.

Esta primera parte de la escolta de la soberana se quedó fuera del castillo;

pero los pages, los correos, los guardias de corps, los empleados de la casa de la princesa con sus vestidos de terciopelo forrados de pieles, entraron en el primer recinto, despues de haber echado pié á tierra. Acaso habria en aquella comitiva menos riqueza y magnificencia que la que presentan algunas veces los monarcas de nuestros dias; pero a lo menos reinaba en ella una diversidad mas vistosa, no solo porque los trages presentaban una especie de mezcolanza casi totalmente desconocida en el día, desde la túnica blanca y gorra verde de los bufones de la Reina, hasta las oscuras lórigas de los soldados y sus capacetes negros con la visera echada, sino porque hasta el modo de llevar la barba y los cabellos parece que caracterizaba enérgicamente los rostros. Asi que realmente era un espectáculo hermoso el que en aquel momento presentaba la plaza de armas del Louvre, y Guidon lo estaba mirando sumamente complacido, cuando de repente oyó detrás de si la voz del soldadoviejo que decia:

—Vaya! Hace tiempo que nuestros

presos viven á su gusto. Que los dé á guard ar á alguno de sus navarros, y no ha de suceder otro tanto.

La triste impresion que estas palabras produgeron en Malegreve se disipó muy pronto, luego que se presentó á sus miradas la persona de la Reina. Juana de Navarra pasaba por una de las mugeres mas hermosas de su reino, y su hermosura era de aquella clase que acaso conviene mejor con el fausto y el aparato de su rango.

Tenia las facciones un poco marcadas, y en sus ojos negros y fogosos respiraba el conocimiento de su grandeza. El trage que llevaba, y que en el dia pareceria ridículo, era conforme á las modas de su pais natal: por cima de la falda de raso blanco y la toca que le cubria el cuello y los hombros, llevaba un manto de terciopelo carmesí bordado de oro, y terminado en una capucha, cuya punta sumamente larga se torcia hácia delante y dejaba caer sobre la frente de la princesa la borla de oro que le servia de remate.

Ella sola entró á caballo en la plaza de armas del castillo, y el gobernador,

conforme á su privilegio, agarró la brida de su blanco palafren y le condujo hasta la entrada del puente; quiso entonces dar la mano á la Reina para ayudarla á echar pie á tierra; pero se habia adelantado uno de los señores que la seguian á pié, y el bastardo no se atrevió á quejarse cuando reconoció las armas del baron de Montmorency, y el pabo real que aquel célebre caballero llevaba siempre encima de su yelmo.

Una circunstancia casual dió ocasion á la Reina para manifestar su destreza. En el momento en que se preparaba á bajar del caballo, este (á quien el gobernador habia conducido imprudentemente hasta la orilla misma del foso) se espantó al ver los terribles animales que habia cerca del puente, y se encabritó poniendo á la Reina en bastante peligro. Todos los espectadores se asustaron; pero Juana de Navarra supo contener á su caballo, y no echó pie á tierra hasta que se mostró enteramente dócil.

Pasó entonces el puente levadizo y entró en la torre llevándola de la ma-

no el caballero que se la habia ofrecido para bajar, y acompañándola el gobernador; pero un nuevo incidente estuvo para detenerla segunda vez. Hallábase en aquella parte del edificio un aposento destinado para los soberanos; pero un criado torpe acababa de romper la llave dentro de la cerradura por quererla abrir con demasiada precipitacion. Halláronse, pues, detenidos un momento la Reina y su comitiva, y el gobernador del Louvre, á quien el aspecto de la princesa habia quitado toda presencia de espíritu, no sabia á qué santo encomendarse para salir de tan mal paso, pues conocia que no era posible que llevase á la Reina á su propia habitacion. Ya empezaba á notarse la impaciencia en el imperioso rostro de Juana cuando felizmente Guidon, con la viveza y atrevimiento propios de su edad, cogió la maza de armas de uno de los soldados, y dió con ella tan fuerte golpe á la puerta, que cediendo, se abrió inmediatamente. Poniendo entonces una rodilla en tierra, dijo en voz baja y con ademan modesto y gracioso: «Cualquiera obstáculo debe ceder ante la Reina

de Francia. Sonrióse Juana de Navarra, y dirigiendo al jóven una benévola mirada le dijo:—Puedes seguirme, que no soy tan injusta que mande cerrar para tí la puerta que tan á tiempo acabas de abrir.

La sala en que entraron la Reina y su comitiva era bastante espaciosa, y amueblada de un modo conforme á su destino.

Veiase en ella un sillon con su dosel por cima, y en cierto modo semejante á un trono, en el cual se sentó la princesa, y luego se colocaron á su rededor las personas de la comitiva, entre las cuales se hallaba Guidon, presentando una mezcla comunísima en aquella época, de brillantes armas, graciosos penachos, ricas pieles, y telas tan tiesas como si estuviesen tegidas con hilo de oro ó plata.

—Señor caballero,—dijo la Reina al gobernador:—teneis confiada á vuestro cuidado una señorita, que es ahijada nuestra, y á quien compadecemos en lo íntimo de nuestro corazon. Hemos venido á ver si podemos dulcificar en algo su suerte; prevenidla, pues, que

la esperamos. Abrió la boca el bastardo para responder; pero le habia sorprendido tanto el recibir aquella órden que no esperaba, y que estaba en tan poca armonia con sus miras secretas, que no supo qué decir, y así murmurando algunas palabras, que nadie entendió, salió de la sala y se dirigió á la prision, muy á su pesar.

Durante su ausencia hizo la Reina algunas preguntas al jóven Malegreve, y manifestó alegrarse mucho de saber que era de familia noble y caballero.

Ya lo habia yo imaginado—dijo—al ver el vigor y destreza con que manejas la maza de armas. Y volviendo despues la cara hacia uno de los personages de su comitiva, cuya dorada armadura manifestaba ser un gran señor, le preguntó:—Señor de Roca-Negra, ¿no os ha parecido un buen golpe, capaz de matar á cualquier oso de nuestros Pirineos?

—V. M. señora,—respondió el navarro,—ha cazado bastante en las gargantas de nuestros montes, y ha teñido su venablo en sangre bastantes veces,

para ser juez muy competente de la habilidad.

—Ya no debo yo pensar en ese tiempo,—replicó la Reina.—Los deberes de mi estado no permiten á Juana de Francia que imite á la imprudente Juana de Navarra; pero siempre me gusta ver á los hombres sobresalir en un ejercicio que sienta tan bien á su sexo. ¿Eres cazador, jóven?

—Señora,—respondió Guidon, —me he criado en las rocas de Malegreve, donde es mas fácil hallar águilas marinas que bestias feroces; y ademas una gran parte de mi adolescencia la he pasado en el mar, persiguiendo otra presa mas peligrosa que los ciervos y gamos; pero sin embargo, no he dejado de conducir algunas veces las traillas.

—¿Y no te parece un gran placer?

—Segun mi modo de ver, señora,—replicó ingenuamente Guidon,—todas las vueltas que dá un ciervo á quien persiguen los perros, son muy poca cosa en comparacion de las maniobras de un barco á quien se dá caza; y por lo que hace al peligro las uñas de un

oso, ó los colmillos de un jabalí, no deben causar mucho daño, comparados con los cuchillos de los marinos de Bayona, ó las hachas de los flamencos.

—Ola! ¿Te has batido contra los flamencos?—dijo la Reina en vozanimada, aunque al mismo tiempo se esparció en su rostro una nube desagradable.

Pero el nombre de los flamencos que habia causado á la Reina tan viva impresion, escitó tambien en el jóven ideas muy dolorosas. Presentóse á su espíritu la imagen del anciano conde, y de Roberto de Flandes, y respondió titubeando y con alguna turbacion:—No quiso la casualidad que pudiese combatir con ellos, porque un dia que los vi bastante cerca, y que ibamos ya al abordage con un viento favorable, nos echaron desde lo alto de sus palos tanta cal en el rostro, que nos dejaron casi ciegos.

En seguida tomaron otro rumbo, y fue ya imposible que volviésemos á cogerles el viento.

—Pues no dejará de presentarse al-

guna otra ocasion semejante,— contestó la Reina.— No me olvidaré de tí...

Inclinóse Guidon respetuosamente pára darle las gracias; pero á pesar de la benevolencia con que aquella princesa le hablaba, habia un no sé qué en su voz y fisonomía, que le inspiraba una especie de adversion, pues no podia menos de acordarse de las palabras del soldado, que la acusaba de haber causado la desgracia de los ilustres presos.

Entretanto sonaban ya bajo las bóvedas de la torre los pasos del gobernador. Abrióse la puerta de la sala, y se ofrecieron al mismo tiempo á la vista de todos la antigua armadura del bastardo y los vestidos de luto de la condesa.

Estremeciose la Reina, como si la hubiese sorprendido la presencia de aquella jóven, y los guerreros de la comitiva, inmóviles y alargando la vista, parecia que no se saciaban de mirar á la que se veia precisada á presentarse ante sus ojos.

Si una jóven cualquiera, de una

hermosura regular, se hubiese presentado despacio en la sala vestida con un largo trage negro, ondeándole sobre los hombros los rizos de sus cabellos rubios, y llevando consigo como para que sobresaliese mas la delicadeza de sus facciones y la gracia de sus movimientos, la figura grande y grosera del gobernador del Louvre, que se veia, aunque no bien, á su espalda, tal espectáculo hubiera bastado probablemente para causar una viva impresion en los que estaban colocados al rededor del trono de la Reina; pero aquella impresion se hubiera disipado en un momento; mas no sucedió asi cuando entró en la sala la jóven prisionera. Filipina de Flandes pertenecia á un pais, cuyas mugeres eran tenidas por la maravilla de Europa, y descendia de una familia, que era la mas hermosa, así como la mas noble del pais. Hacia ya muchos siglos que se habia observado que esta ventaja se trasmitia á las familias que se unian con princesas flamencas, y aun en Inglaterra se habia atribuido la hermosura de algunos de sus príncipes á semejantes enlaces. La

condesita no desmentia en nada la sangre de que provenia, pues jamás en rostro alguno se habia unido mejor la espresion del valor y grandeza de alma, con el encanto particular de dulzura y modestia que parece que la naturaleza ha reservado á las mugeres del Norte. Como era alta, delicada, y un poco pálida, se asemejaba á su hermano Guillermo mientras tenia la vista baja; pero cuando la idea de alguna ofensa escitaba su altivez y se pintaba en su rostro una emocion mas viva que de ordinario, era imposible no reconocer en ella la frente y ojos de Roberto de Flandes.

Al verse en presencia de la Reina se turbó un poco, se detuvo un momento, y aun se la vió vacilar.

—Apoyaos en mi brazo, señorita,— le dijo el gobernador con un acento que manifestaba su compasion; pero reuniendo todas sus fuerzas la noble cautiva para no manifestar la timidez propia de su sexo y evitar á lo menos aquel triunfo á la enemiga de su familia, no admitió aquel apoyo y se acercó sola al pié del trono.

Si en aquel momento hubiese dirigido Juana de Navarra una mirada al rededor de sí y hubiera notado la admiracion que manifestaban los rostros de todos sus caballeros, hubiera sido sin duda un momento muy penoso para aquella Reina, que se creia la muger mas bella de Francia; pero otro pensamiento la obligaba á bajar los ojos, y una repentina palidez habia reemplazado al vivo encarnado de sus megillas.

—Vamos, Filipina,—dijo á esta con voz al principio trémula, y luego un poco mas sosegada;—¿no quereis venir conmigo á la corte? Esta torre es un sitio demasiado triste para vuestra edad, y me parece que estariais mejor en mi palacio.

La cautiva, que estaba delante de ella de pié y en una actitud modesta pero no humilde, levantó los ojos sorprendida y preguntó con viveza:

—¿Y mi padre, señora?

—Vuestro padre,—respondió la Reina,—se ha rebelado contra el Rey su señor y está justamente castigado. Pero vos mereceis otra suerte distinta,

pues de nada se os puede acusar.

Calló la presa en el primer momento; pero el color de la indignacion se presentó en su hermoso semblante y brilló un rayo de fuego entre las largas pestañas de sus párpados.

—¿No respondeis?—repitió Juana.

Venciendo entonces su natural timidez para vengar el honor de su anciano padre, levantó Filipina la cabeza, y aunque algo turbada por las ansiosas miradas de los señores y caballeros que rodeaban á la Reina, respondió en voz clara y distinta:—Si V. M. mira como acto de rebeldía y de traicion la desesperacion de un padre vilmente ultrajado en su propia hija; si se dá hoy en Francia el nombre de castigo al cautiverio de un par del reino, que venia a pedir justicia al Rey, fiado en un salvoconducto de este, me admiro de que á la hija de ese mismo preso se le perdone el que ame, compadezca y consuele á su padre, y no puedo concebir cómo V. M. quiere castigarle á él, y perdonarme á mí. Ambos somos igualmente inocentes ó culpables.

Luego que acabó de decir estas pala-

bras, bajó la jóven la cabeza, y se cubrió su rostro de un hermoso sonrosado, como si se avergonzase del atrevimiento que acababa de manifestar. Pocos hombres hubieran podido verla impunemente en aquel momento, en que presentaba á un mismo tiempo la altivez de una princesa ultrajada y el pudor de una tímida doncella. Temblaba ligeramente, y á pesar de la modestia de su trage, los pliegues de su vestido no podian ocultar sino muy imperfectamente la palpitacion de su pecho. Guidon, que tenia la vista fija en ella, sentia que un fuego desconocido abrasaba sus venas, y no pudo menos de volver la cabeza para gozar de la humillacion de la Reina, á quien creia consternada; pero encontró con gran sorpresa suya, que Juana de Navarra se estaba sonriendo, aunque se necesitaba poca esperiencia para descubrir cuanto le costaba aquella sonrisa, y cuán poco conformes estaban su corazon y su semblante.

—Hija mia,—dijo á Filipina con una dulzura afectada—ni á vos, ni á mi nos conviene entrar en discusiones de po-

lítica. Dejemos esos tristes pensamientos, y acompañadme á mi quinta de Tourelles, pues el Rey mi esposo se alegrará infinito de que hermoseeis las fiestas de los desposorios de su hija.

Habia en estas últimas palabras un rasgo de refinada malignidad, pues el esposo que se destinaba á la princesa de Francia era el mismo príncipe de Gales con quien debió haberse casado Filipina. Sin embargo, esta manifestó oirlo con frialdad, y respondió con voz muy tranquila:—De hoy en adelante, señora, no puede haber fiestas para mi sino en esta torre.

—¡Pues qué!—esclamó la Reina, que deseaba humillarla.— ¿Tan doloroso espectáculo seria para vos el matrimonio de nuestra hija con el príncipe Eduardo de Gales? Yo creia que ni aun habiais llegado á conocerle, y por lo mismo que os seria muy indiferente el renunciar á su mano.

— Hubo un tiempo, — contestó la presa,—en que semejante pensamiento hubiera sido muy cruel para mi.

—¿Y ahora?—preguntó la Reina.

Indignada de ver el encarnizamiento con que Juana de Navarra trataba de humillarla, volvió á recobrar la condesa toda la energía de su alma. Cesó de temblar, levantó de nuevo los ojos, y con el ademan y voz propios de una soberana respondió:—Ahora he aprendido ya á conocer al príncipe de Gales, y puesto que ha sido capaz de abandonarnos en la desgracia, de faltar á sus juramentos, y de prometer su fé á la hija del que nos persigue, mi corazon le desprecia, y preferiria á su real mano lá ensangrentada del último de vuestros caballeros.

Estas palabras chocaron tanto á los señores que se hallaban á los lados de la Reina, que no pudieron menos de escitar un murmullo de aprobacion. Lisonjeaba los oidos de aquellos hombres, endurecidos en los combates, un lenguage que en cierto modo podia dirigirse á cada uno de ellos, y únicamente Guidon sentia tan solo la desgracia de la princesa, pues la nobleza de sus propios sentimientos le daba á conocer cuánto debia sufrir una alma tan elevada.

Juana de Navarra no pudo ocultar enteramente su despecho, y dando una patada en el suelo, esclamó:

—Llevadla á su prision.

El bastardo de Barfleur se volvia ya para obedecerla, cuando añadió:

—Señor gobernador, quedaos aquí, pues tengo que hablaros.

Estas dos órdenes, dadas casi á un mismo tiempo, hubieran obligado á la cautiva á retirarse sola, si Guidon, animado por un impulso secreto é imperioso, no se hubiese adelantado para conducirla. Como pariente del gobernador del Louvre parece que no hacia mas que cumplir con un deber; pero su intencion era la de tributar el debido homenage á la virtud oprimida; y si no ofreció la mano á la condesa fué por parecerle que era muy superior á él y á todos los demas hombres.

Condujo, pues, respetuosamente á Filipina hasta la puerta de la prision; pero no se atrevió a penetrar en ella, ni á presentarse á las miradas del anciano conde y de sus hijos, sabiendo ya cuántas razones tenian para despreciar á sus enemigos.

Mas cuando cerraron la pesada puerta, se escapó de su pecho un doloroso suspiro. Inmóvil, enmedio de los soldados que custodiaban la prision, se apoyó maquinalmente en la jamba de una ventana, donde los soldados creyeron que estaba mirando la salida de la Reina y su comitiva; pero mucho tiempo despues de haberse retirado aquella del castillo, permanecia todavía el jóven en la misma postura, sumergido en una especie de distraccion que no le permitia percibir nada de cuanto pasaba.

## VI.

Cuando Guidon volvió á bajar á la habitacion de su tio, halló á este triste y meditabundo. Era ya la hora de comer, y habian puesto la comida en la mesa; pero ni uno ni otro manifestaron apetito, y apenas hizo su oficio una ó dos veces el cantarillo del vino.

—Mucho hás cambiado en un instante,—dijo al fin el bastardo en voz opaca.—Has visto que una muger te ponia buena cara, y se te ha trastornado la cabeza.

Al oir estas palabras se puso el rostro de Guidon encarnado como un fue-

go; pero nada respondió, y su tio continuó diciendo.

—Sí, la Reina es hermosa, y segun dicen, le gustan los jóvenes; pero escucha, hijo mio. Hará quince dias que unos pescadores sacaron del Sena aquí muy cerca un gran saco de lienzo; y aunque habian escrito encima de él: *dejad pasar á la justicia del Rey*, aquellos pobres hombres no sabian leer y lo abrieron. ¿Y qué pensarás tú que encontraron dentro? El cadáver del señor de Bourbon, que era el caballero que agradaba mas á la Reina en toda Francia

Tranquilizose un poco Guidon, viendo cuánto se habia engañado su tio acerca de lo que pasaba en su corazon, y se apresuró á decirle que la benevolencia que le habia manifestado Juana de Navarra, estaba muy lejos de inspirarle idea alguna presuntuosa. Pero aunque consiguió, no sin trabajo, desengañar al bastardo acerca de su error, no vió que este recobrase su acostumbrada serenidad, y aun llegó á juzgar con algun fundamento, que la conversacion que habia tenido con la Reina

mientras él habia conducido á la prision á Filipina, le habia dado mucho en qué pensar.

Sin embargo, nada se esplicó el gobernador acerca de este objeto; pero al anochecer, viendo que su sobrino se quitaba los vestidos nuevos y se ponia los que acostumbraba usar, no pudo menos de lanzar un suspiro y decirle:

—Haces bien en guardarlos, porque nuestro proyecto se lo llevó el viento.

—¡Nuestro proyecto—esclamó el jóven, sorprendido.

—Escucha,—replicó el bastardo;—esta noche se nos va.

A pesar de lo vago é indefinido de este lenguage, el acento y espresion del gobernador dieron á entender á Guidon lo bastante para que no pudiera equivocarse.

Conoció claramente que su tio hablaba de Filipina, y esta idea fue para él tan terrible como un golpe de maza.

—Pues cómo! si ha declarado que no queria salir del Louvre!—esclamó tartamudeando, y tratando de ocultar su turbacion, nacida no de que hubiese formado el menor proyecto para apro-

vecharse de la esclavitud á que se veia reducida la princesa, á fin de tratar de agradarla, pues ni aun él mismo podia definir la impresion que su vista le habia causado, sino de que al saber de repente que se iba á marchar, y que, segun todas las apariencias no volveria á verla jamás, conoció por primera vez que no estaba en su mano el olvidarla.

—La Reina quiere que se vaya, continuó el gobernador en tono disgustado,—y lo que quiere la Reina lo quiere Dios.

—¡Con que se la llevarán de aqui contra su voluntad! esclamó Guidon con los ojos inflamados y alterada la voz; y el bastardo contestó encogiéndose de hombros:

—Esta noche vendrán á buscarla.

Tan vehementes fueron la colera y dolor del jóven Malegreve al oir aquella triste confirmacion de sus conjeturas, que sus arrebatos llegaron á dar cuidado al mismo bastardo.

—Pero ¿qué diablos piensas?—dijo echandole los dos brazos al cuello.—Aunque te rompas la cabeza contra esas paredes, no sucederá por eso ni mas ni

menos; la Reina lo quiere así, y es preciso obedecer.

—Dejadme,—esclamó Guidon fuera de sí;—sois su cómplice, pues se la habeis vendido.

—¡Qué loco eres!—contestó el tio—¿Querrias tú que yo me rebelase y que entre los dos sostuviéramos un sitio contra todas las tropas del reino? Pero escucha; yo haré de modo que te coloquen en palacio, y acaso allí estaras mas inmediato á ella.

—¿Y creeis que pienso yo ahora en mi mismo?—dijo Guidon manifestando el mayor desprecio.— ¡Sea ella feliz y aunque yo no la vuelva á ver nunca! Pero ¿cómo ha de poder vivir en un palacio, mientras sepa que su padre está encerrado aqui? ¡Ah tio! A donde la enviais es á la muerte.

—La Reina lo manda,—repitió el bastardo;—pero mal rayo abrase á los que le han inspirado semejante idea. Por ahora, Guidon, ya es tiempo de llevar á la señorita á su torre, con que vente conmigo.

—Aunque fueseis mi padre, que me muera si daba un paso de aquí para

acompañaros. Arrancadla solo de entre los brazos de su padre y hermanos, si teneis el corazon bastante cruel para hacerlo.

—Mucho siento dejarte solo,—contestó friamente el gobernador,—porque te veo en un momento de locura; pero el sol se está poniendo, y la disciplina es lo primero de todo.

Diciendo estas palabras, dejó á su sobrino para ir en busca de la presa.

Sentóse Guidon, entregado á una triste desesperacion junto á la cama de su tio, y cubriéndose el rostro con ambas manos se abandonó enteramente á sus tristes pensamientos.

En vano quiso consolarle ó distraerle el bastardo cuando volvió á su cuarto, pues el desgraciado jóven permaneció silencioso, inmóvil y entregado totalmente á su dolor.

Llegó la noche, pero no se levantaron los puentes levadizos, ni se mandaron soltar los perros. Reinaba un profundo silencio en todo el castillo, y ni soldados ni criados se atrevian á disminuir el fastidio de la noche con coplas ó cuentos alegres, pues todos habian conocido

que se preparaba alguna cosa estraordinaria y terrible.

Al fin, á cosa de las doce, entró un personage en la torre grande, y quitándose al llegar á la habitacion del gobernador su ferreruelo, al momento reconoció Guidon en él al mismo señor de Roca-Negra, que por la mañana habia acompañado á la Reina. Era un navarro de mediana estatura, pero robusto y de facciones muy marcadas, que lo parecian aun mas á la claridad de la antorcha que iluminaba el cuarto, y que daba suficiente luz para advertir que la espresion de su rostro era feroz y disimulada. No llevaba las hermosas armaduras doradas que por la mañana, sino en la cabeza un sencillo yelmo de acero, terminando en un penacho de crin roja, y en el cuerpo y brazos una especie de pespunte relleno, que era impenetrable á las flechas, y debajo del cual se colocaba una lámina metálica, llamada la chapa.

Aquel pespunte hacia parecer aun mas rosbustos los nervudos miembros del que lo llevaba, y la tela de que estaba hecho, que era de un pardo oscuro,

hacia aun mas lúgubre el rostro del guerrero. Cubrianle las piernas unos grandes botines de piel de búfalo y los pies una especie de sandalias, cuyas cintas encarnadas se enlazaban muchas veces por ciana del botin.

Fijáronse con avidez los ojos de Guidon en aquel hombre, y levantándose un poco, como haciendo un esfuerzo convulsivo, dijo entre dientes:

—Es un verdugo! y volvió á cubrirse el rostro con las manos.

—¿Estás pronto, Barfleur? preguntó el navarro en tono familiar, pues se habia hallado en muchas batallas con el bastardo, habiendo hecho, como aquel, su carrera con la espada.

—Roca Negra, — respondió el gobernador con voz triste, mejor querria yo que lo supiese el Rey.

—En tal caso, hermano, ninguna recompensa tendria que esperar.

—¡Mala peste te ahogue!—replicó el bastardo.—No la entregaria yo por todas las alhajas de la Reina, si no supiese que era trabajo perdido el resistir á vuestra Juana.

—¡Perdido! No lo seria, amigo Bar-

fleur,—contestó el navarro con siniestra sonrisa;—nosotros te le hubiéramos pagado.

—Es que la espada de un normando —repuso friamente el gobernador,—es mas larga que tu puñal español. Pero en fin es cosa decidida, y voy á despertar á esa pobre muchacha.

—Vé,—respondió Roca-Negra,—que yo te iré á buscar dentro de cinco minutos.

Luego que salió el bastardo, miró el navarro un momento como sorprendido á Guidon de Malegreve, que permanecia sentado á los pies de la cama; é imaginando que el sueño le habia cogido en aquella postura, dijo á media voz:

—No adelantará este mucho, que no es hombre el que tanta necesidad tiene de dormir; y cruzando los brazos, empezó á silbar tranquilamente una cancion.

Cuando le pareció que habia pasado el tiempo necesario para que se hubiese vestido la presa, cogió otra vez el ferreruelo, y se acercó para tomar la hacha que alumbraba el cuarto, pero halló con sorpresa que Guidon se habia ade-

lantado. Agarró el joven la luz, y con rostro pálido y ademan distraido le dijo...

—Yo os alumbraré, caballero.

—A tiempo te has despertado, replicó Roca-Negra

—Vaya, guíame.

El jóven Malegreve no se dió por ofendido de aquel tono brutal, pues su pensamiento estaba concentrado en un solo punto, y asi condujo en silencio al navarro hasta la mitad de la plaza de armas; y viendo en ella algunos soldados que no eran del castillo, le pregentó:

—¿Es vuestra gente?

El navarro costestó haciendo un gesto afirmativo, y Guidon replicó:

—No veo palafren para la princesa.

—Bien podrá venir á pié,—dijo Roca-Negra,—que no la llevaremos muy lejos.

—Ya lo habia yo conocido en vuestro semblante,—respondió el jóven en voz firme y sin manifertar agitacion alguna.—¡Hágase la voluntad de Dios!

—Camarada,—dijo el navarro, puesto que sois tan buen cristiano, os acon-

sejo que mandeis cantar mañana un *De profundis*, en San German de Auxerre.

Guidon sin color, pero tranquilo en la apariencia, respondió:

—Lo haré.... si puedo.

Habian ya llegado al pié de la torre de Winiedale, y observó el navarro que luego que pasaron la primera puerta, la cerró Guidon por la parte de adentro.

—¿Que significa eso, camarada de la antorcha?—le preguntó echando mano á la espada.

—Bueno será que los centinelas no oigan los gritos,—respondió el jóven.

—Está bien, pues marcha delante.

Guidon le echó una mirada de desprecio y subió el primero. La escalera era bastante empinada, estrecha y desigual; pero el jóven la subia con paso firme, y el navarro estaba acostumbrado desde la infancia á trepar por las rocas. En un momento llegaron, pues, á un sitio en que la escalera, antes de volver, formaba un descanso ó meseta, á igual distancia de la tierra y del primer piso. Detúvose allí Guidon, y colocó la antorcha en un anillo de hierro

que habia en la pared espresamente para aquel objeto.

—¿Hemos de esperarla aquí?—preguntó el navarro.

—Aquí debe morir uno de los dos,—respondió el jóven con una alegria feroz y terrible.

Hubiera sido difícil elegir un sitio en que fuese mas peligroso pelear. Era imposible pelear Era imposible avanzar ni retirarse en un espacio tan pequeño, ni en él podia hacerse uso de los recursos de la esgrima; por consiguiente no podia ser muy largo el combate. Guidon y su adversario, como si de antemano hubieran estado de acuerdo, dejaron las espadas en la vaina, sacaron las dagas y se arrojaron uno á otro ansiosamente.

A su ímpetu vino la antorcha al suelo y se apagó; un momento despues cayó uno de los combatientes y rodó de escalon en escalon hasta llegar á la puerta de la torre.

Mientras en la escalera pasaba esta escena, tan rápida como violenta, se hallaba el bastardo de Barfleur en la prision de la condesita; habia mandado

que sus criadas la despertasen; y en pocas palabras la habia intimado que habia una órden de la Reina para que dejase aquella torre y fuese á palacio con un caballero que la esperaba para conducirla.

La cautiva le escuchó sin manifestar gran sorpresa, y le dijo:

—Ya lo habia yo previsto, señor gobernador; os perdono, y me sujetaria resignada á mi suerte, si este golpe no llegase á nadie mas que á mi.

Diciendo estas palabras dió á besar la mano á las mugeres que la servian, y que se habian puesto de rodillas delante de ella llorando. El dolor de aquellas mugeres se manisfestaba con gritos y suspiros; mas el de Filipina era mudo, y ni la mas ligera tinta de encarnado animaba sus descoloridas megillas. Cubierta con un manto mas blanco que la nieve, y al cual igualaba el color de su cuello y manos, con los largos cabellos desordenados y cayendo sobre sus hombros, é inclinada ligeramente la cabeza sobre el pecho con una espresion indefinible de melancolia y padecimiento, no tanto parecia una mortal

cuanto uno de los espíritus aéreos, que, segun las preocupaciones populares de aquel siglo, vagaban por encima de los castillos, condenados á la desgracia!

—El rostro del bastardo indicaba bastante tristeza, y él se mantuvo pensativo y silencioso, hasta que al fin dijo:

—¡Vive Dios, señorita! ¿Por qué os habeis de afligir? Mejor estareis en palacio que aqui.

Miróle la princesa un momento con ademan de incredulidad, y le contestó en voz dulce, pero firme:

—Señor caballero: si sois capaz de tener alguna compasion, no me oculteis la suerte que me espera, y concededme una sola gracia; que jamás sepa mi padre la triste suerte de su hija. Reservad para él esos engaños que os inspira, segun creo, un sentimiento de humanidad.

—¡Por el alma de Mahoma!—esclamó el bastardo con indecision:—¡Por la piedra del Santo Sepulcro! ¡Por todas las reliquias de la Santa capilla! Si yo creyese que Roca Negra fuera tan traidor... En tal caso, señorita, peligra mi cabeza tanto como la vuestra, y Dios

sabe si en este momento quisiera que me fuese posible retirar mi palabra, aunque me costase un yelmo lleno de monedas de oro.

Al tiempo que pronunciaba estas palabras se oyeron en la escalera los pasos de Guidon y del navarro, y estremeciéndose Filipina, dijo:

—Ya llegan.—Y cruzando las manos sobre el pecho, añadió en voz baja:

—¡Dios mio, tened piedad de mi!

De repente cesó el ruido de los pasos, y un momento despues percibieron un golpe violento, llegando á los oidos de la prisionera un gemido sordo, que la heló de terror:

—¡Una puñalada es!—esclamó el gobernador,—y puñalada que ha atravesado mallas, chapa y pezpunte. Guidon, Guidon, ¿eres tú?—Diciendo así habia abierto precipitadamente la puerta, y ya tenia la espada en la mano; pero la oscuridad que habia en la escalera prolongó sus dudas algunos instantes. Al fin percibió un hombre que subia la escalera con paso incierto. El bastardo perdió el color, y aquel veterano que nunca habia temblado por sí mismo, sintió

que lo abandonaban sus fuerzas al pensar que podia ser el matador de su sobrino.—Roca-Negra, esclamó, creyendo que era el navarro:—tu vida o la mia.

—Envainad la espada, tio,—respondió Guidon con voz desmayada. Ya está cumplida la obra de justicia.

Tranquilizóse el gobernador al recibir esta respuesta; respiró fuertemente como un hombre que acaba de quitarse del pecho un peso enorme, y volviendo á recobrar con la tranquilidad de espíritu su natural aspereza, preguntó en tono regañon.

—¿Y no estás herido, loco?

—Echadme un ferreruelo,—contestó el jóven,=pues estoy lleno de sangre.

—Sed testigos,—dijo el bastardo dirigiendo la voz hácia la princesa y sus criadas,—que nada tengo que ver en este negocio, y que mi palabra se halla libre, sin que haya hecho nada contra ella. Y si alguno lo duda, miente como un perro.

—¡Y el herido!—esclamó la condesa mirándole con ademan de inquietud y reconvencion.—¿Olvidais que esta he-

rido vuestro pariente?—Y le señaló con el dedo uno de sus mantos, el mas suave y de mayor abrigo, para que cubriese con él á su sobrino. Tomóle el bastardo, y cogiendo en la otra mano una lámpara encendida, se dirigió á Guidon, que permanecia apoyado contra la pared, bien fuese por debilidad, bien porque no le pareciese decente presentarse cubierto de sangre á la princesa y sus doncellas.

—¡Vive Dios!—esclamó al verle.—¿Con que vas á batirte con Roca-Negra, sin tener siquiera una lóriga? Sin embargo, supongo que no le has herido por la espalda

—Aun encontrareis mi daga en su pecho, contestó el jóven.

—Pues merecias, no que te hubiera hecho un rasguño en la frente, que es lo que me parece que tienes, sino que te hubiera abierto de arriba abajo ¿Y por qué os habeis batido?

Guidon contestó en voz triste y baja: ¡Dios le haya perdonado! Trataba de cometer un asesinato.

El gobernador meneó la cabeza, y murmuró entre dientes:— Echaremos

su cuerpo á los osos, y diremos que se ha caido en el foso involuntariamente.

—No señor,—contestó Guidon; —le he prometido una misa de difuntos en San German de Auxerre, y se enterrará como cristiano.

—¿Y Juana de Navarra, señor sobrino.?

—En Francia solo manda el Rey,—replicó el jóven con ademan altivo.

—Tienes razon, hijo, esclamó el bastardo, cuyo valor reanimaba aquella idea.—¡Virgen Santa! ¡Sabes tú que se hallaria en gran peligro mi cabeza, si ese perro de Roca-Negra, ese lobo de los Pirineos hubiera asesinado á mi prisionera! Pero ya que ha muerto, Dios le tenga en descanso. Iré á ver al Rey, é imploraré su proteccion. Ven, subamos juntos, que quiero que tu hermosa flamenca vea á su defensor.

—Subid solo,—contestó Guidon, —y decidle que ha muerto al traidor el centinela que se halla al pié de la torre.

Estas palabras produjeron una sonrisa en los lábios del gobernador, quien replicó:

—El centinela mereceria llevar lóriga y espuelas de oro de caballero, si hubiese sido capaz de dar tan vigoroso golpe.

Pero déjalo, que yo diré á la condesa todo lo que debe saber.

Con esto dejo á su sobrino y volvió á la prision, donde se acerco á Filipina, que esperaba con dolorosa inquietud el fin de la conversacion entre los dos franceses. La intencion del bastardo era la de dar cuanto valor pudiese á la accion de su sobrino, y asi dijo á la princesa en tono enfático:

—El peligro, señora, ya no existe, porque la loca generosidad de mi sobrino Guidon de Malegreve... pero no digo esto por abochornaros., no os aflijais por tan poca cosa.

Y como si hubiese conocido la humillacion que aquel lenguaje causaba á su prisionera, añadió en voz algun tanto conmovida:

—En fin, señorita, si ha de correr alguna sangre mas valdrá que sea la nuestra. Cabalmente somos de la raza de aquellos para quienes es muy doloroso el morir en la cama.

Filipina de Flandes con el rostro encendido, y sin levantar los ojos, le respondió:

—Siempre he creido que aun existia el honor francés, si no en el corazon de los Reyes, á lo menos en el de los caballeros. Vuestro pariente ha manisfestado que no pertenece á la corte, sino á la Nacion, y cualquiera que sea mi suerte, no puedo menos de celebrar su conducta, no por mí misma, sino porque la nieta de un Dampierre puede tambien considerarse como francesa.

Retiróse en seguida, y el gobernador del Louvre, que no dejaba de tener algun cuidado con respecto á lo que pudiera suceder, cerró la puerta de la prision y fué á reunirse con su sobrino.

## VII.

El primer cuidado del bastardo de Barlleur, luego que bajó con su sobrino á la plaza de armas del Louvre, fué mandar a sus soldados que rodeasen á los del navarro que estaban muy distantes de sospechar la suerte de su gefe. Desarmáronlos y los metieron en un calabozo; y habiendo mandado el gobernador que le ensillasen un caballo, entregó el mando del castillo á su sobrino, dispuso que levantasen los puentes y soltasen los perros, y se puso en camino á media noche para ir á ver al Rey que entonces se hallaba en San

German de Lave á unas seis leguas de Paris.

Cuando Guidon se vió solo y encerrado en la torre grande; no trató de descansar. Lavose la herida de la frente, que era cosa muy ligera y no merecia aparato alguno; quitóse la cota ensangrentada, y la colgó entre las demas armas y ropas en los clavos que habia para aquel efecto en el aposento de su tio; pero en vez de hacer otro tanto con el manto de Filipina, le estrechó contra su corazon y le ocultó bajo la cabecera de su cama, como si hubiera querido quitar de la vista de todo el mundo aquel tesoro.

La alegria de haber salvado á la princesa, el temor de que se renovase el peligro que la habia amenazado, los arrebatos de una pasion ardiente y el abatimiento que sucede á un homicidio, por escusable que este sea, agítaban alternativa y rápidamente el alma del guerrero pero la última sensacion era acaso la mas fuerte de todas, pues se le helaba toda la sangre al recordar la imagen del navarro, tal como le habia visto rechinando de rabia los dientes, saltándo-

sele los ojos de sus órbitas y con todas las facciones descompuestas, caer hácia atrás y rodar de escalon en escalon, al mismo tiempo que la antorcha apagada y la daga que se le habia escapado de la mano. Presentábase tambien á su memoria la misteriosa promesa que le habia hecho, de mandarle cantar un oficio de difuntos en San German de Auxerre, promesa que Roca-Negra no habia entendido, pero que no por eso era menos sagrada para el jóven. Resolvió, pues, mandar que se hiciesen los funerales al cadáver que aun permanecia al pié de la torre de Winendale, y llamando á un criado le preguntó si habia en el castillo del Louvre algun sacerdote que pudiese encargarse de ello.

—Señor,—contestó el criado;—allá arriba en una especie de garita vive un hechicero, que debe ser clérigo, porque pasa la mitad del tiempo leyendo.

—Pues tráemele acá.

—Perdonad, señor, pero es imposible que lo haga yo solo. La noche está hermosa, y será preciso arrancarle por fuerza de su agujero, pues no ha de querer dejar la contemplacion de las estrellas

por cuanto pueda darle el primer baron de Francia.

—Pues en tal caso, guíame á donde está.

El criado le condujo al piso mas alto de la torre grande, y enseñándole una especie de garita de piedra, alumbrada por una lamparilla, le dijo:—Ese es su nicho, ahí le dejan vivir solo; nunca duerme, y sus ojos son tan penetrantes como los de un gato montés. Ya nos ha visto y se levanta. Permitidme que me retire. Y sin esperar respuesta echó á correr por la escalera abajo, asustado de haber visto solamente aquel viejo.

Guidon solo percibia entretanto una figura grande y negra que se notaba confusamente enmedio de la oscuridad, y a pesar de toda su intrepidez empezó á palpitarle el corazon con un temor supersticioso, cuando se halló solo en la plataforma con la conciencia cargada del peso de una muerte, y en presencia de un hombre, de quien le habian dado una idea tan misteriosa. Parecíale de estatura gigantesca, y su marcha mesurada, su larga túnica, la capucha puntiaguda que se elevaba sobre su cabeza

le comunicaban un aspecto siniestro, que estaba perfectamente en armonia con su habitacion en aquella terrible torre, la hora en que Guidon le veia por primera vez, el ruido sordo del viento que soplaba por intérvalos, el desigual brillo de las estrellas y los lejanos resplandores de los fanales encendidos en las murallas de Paris.

Aumentóse todavia la emocion del caballero, cuando aquel ente, á quien apenas distinguia, le preguntó con voz áspera y en tono desagradable:

—¿Quién eres tú que vienes á consultarme cuando tanto resplandor echan Venus y Marte? Tu destino no es el de un hombre adocenado; pero mira cuán rogizo está el disco de Saturno. ¡Ah! Sin duda traes sangre en las manos.

—Es verdad,—contestó Guidon casi temblando.

Entonces empezó el viejo á discutir de una manera oscura sobre la posicion é influencia de los astros; que nombraba en árabe, y de donde trataba de sacar datos para formar el horóscopo del caballero que tenia delante de si. Pero su lengua misteriosa, que hubiera pro-

ducido una fuerte impresion de terror en una alma débil, causó precisamente el efecto contrario en el espíritu de Guidon, naturalmente firme y sensato. En sus primeros años le habian imbuido en todas las preocupaciones de su siglo, tanto mas, cuanto la Normandia, donde se habia criado, era la provincia mas supersticiosa de Francia. Pero despues habia adquirido principios mas racionales por su conversacion con hombres ilustrados, á quienes habia tratado, ya en los campamentos, y ya en las ciudades, y estaba bien convencido de que eran unos bribones, si no todos, á lo menos la mayor parte de los que ejercian los diferentes ramos en la llamada mágia, desde el astrólogo hasta el vendedor de filtros.

Por otra parte, el prestigio que habia rodeado al viejo en el primer momento se iba disipando, al paso que Guidon se acostumbraba á la oscuridad, y empezaba á distinguir mejor las facciones de aquel estraño individuo, pues percibia ya muy bien su frente elevada, su nariz aguileña, sus ojos hundidos aunque brillantes, y su barba corta y puntiaguda.

Decidióse, pues, á cogerle por la túnica, é interrumpiéndole en medio de su galimatias profético, le dijo:—No es eso lo que yo necesito de vos.

—Cómo!—esclamó el astrólogo, estremeciéndose de horror.—¡Cuando las doce casas te abren el libro de la vida. !

—Dejemos esas cosas misteriosas, y hablemos de objetos mas reales. ¿No teneis otro oficio que el de predecir lo futuro?

—¡Otro oficio!—respondió el viagero en tono colérico.—Seguramente he aprendido todas las cosas en los sábios escritos de los árabes, menos que el saber fuese un oficio. Pero ya veo de qué se trata, pues reparo que estás herido en la frente. Ven conmigo, y te curare.

Diciendo asi, llevó consigo á Guidon al nicho donde vivia. Hallábanse en él desordenadamente varios instrumentos de matemáticas, algunos manuscritos, cajas, y una multitud de objetos, que no dejaban mas trecho al habitante de aquella pieza que el necesario para estar sentado. Una lamparita, que alumbraba el interior, presentó con mas claridad á los ojos de Guidon la fisonomía del as-

trólogo. Era su rostro uno de aquellos que son sumamente marcados, y que se hacen mas espresivos al paso que envejecen. En vez de tener arrugada la frente, la tenia lisa, brillante y tan dura como si la piel estuviese osificada; su naríz larga y delgada, sus ojos ocultos entre unos párpados gruesos, pero sin pestañas, y su boca sardónica, cuyos lábios salientes se estrechaban uno contra otro, indicaban á un mismo tiempo ingenio, perseverancia y aquella ligera tinta de mania de que dificilmente se libran los que á fuerza de estudiar no caen en un marasmo, o en una especie de idiotismo.

Bajose á coger una caja, y dijo á Guidon:—Aunque estuviese envenenada el arma que te ha herido, el bálsamo de Averroes volveria á la sangre su primitiva pureza, y su frescura a las carnes lastimadas. ¿Y cómo habias de haber hallado el bálsamo de Averroes en este pais frio y nebuloso, si no hubieras recurrido á mi? La medicina es poca cosa en comparacion de la astrologia, pero al fin siempre es algo el saber curar.

—Señor,—dijo Guidon,—seria lastima que malgastaseis vuestro bálsamo en un arañazo como el que tengo en la frente.

—¡Ola¡ola!—esclamó el viejo irritado. —¡Sin duda esperaba encontrar conmigo alguna jóven para que le aplicase las medicinas, como se vá haciendo de moda! )Ah loco! ¡Quien es capaz de persuadirse de que una mano suave no puede causar daño alguno!

—Mi herida es demasiado ligera para necesitar de médico,—replicó el jóven con seriedad,—pero hay otra que no lo necesita por ser demasiado profunda.

Sin embargo, la religion nos enseña que cuando el cuerpo del hombre se reduce á un poco de barro, el alma exite y puede necesitar de socorros. ¿Sois sacerdote?

—¿Quién te lo ha dicho?—preguntó el viejo admirado?

—Os pregunto si lo sois.

—Si lo soy; pero tengo una dispensa del arzobispo para no ejercer las funciones de tal, y no quiero desempeñarlas por nadie, ni pobre ni rico, ni débil ni

fuerte, ni noble ni patan, ni Rey ni caballero.

—En ese caso tendré que deciros—respondió el jóven en tono de autoridad, —que yo solo mando aquí. Tomad vuestro breviario y seguidme.

El viejo se atemorizó algun tanto al recibir esta órden, y suspirando respondió:—¿Y qué he de hacer?

—Rezar el oficio de difuntos por un muerto, que despues se os pagará vuestro trabajo.

—¡Pagarme mi trabajo!—repitió el sabio en tono desdeñoso.—¿Quién me puede pagar una hora perdida, que acaso será la última de mi vida? Ademas, señor caballero, yo no os he pedido dinero por manifestaros vuestra suerte futura, ni por curaros vuestra herida, y tampoco le recibiré por desempeñar mi deber de sacerdote. Cuando me necesitan, lo único que siento es perder el tiempo, la noche y las estrellas.

Diciendo estas palabras cogió el breviario debajo del brazo, tómo la lámpara en la otra mano y se manifestó pronto á seguir á Guidon, que le condujo al sitio en que yacia el cadáver del navarro.

Cuando llegaron allá, cerraron por dentro la puerta esterior de la torre de Winendale, y levantando el cadáver le colocaron en un asiento de piedra que habia junto á la pared.

Puso el viejo la mano en aquel cuerpo inanimado, y conoció que aun no se habia enfriado del todo, y que los miembro no habian tenido tiempo de envararse todavia, y meneando la cabeza con ademan de satisfaccion, dijo:—Muy rojo se hallaba esta noche Saturno.

—Aquí hemos venido á rezar y no á otra cosa,—dijo el jóven.

—Amen, caballero, amen,—contestó el viejo.—Pero ¡observad qué golpe ha recibido! Ha atravesado cuanto llevaba puesto, y sin duda se ha detenido la punta de la daga en los huesos de las costillas. Sin embargo, es posible que no sea así, porque puede haber entrado por el hueco de la séptima. ¿No teneis curiosidad de saberlo de cierto?

—Mientras vivió—dijo Guidon con ojos coléricos — debí castigarle; pero muerto, respetaré y haré respetar sus despojos.

—Vos pensais con mucha generosi-

dad,—replicó el viejo, separándose con repugnancia, pues ya habia alargado la mano para sacar la daga—¿Y qué ceremonia debo hacer?

—Velar junto á su cuerpo hasta que amanezca,—contestó el jóven;—y luego que sea de dia mandarle llevar á San German de Auxerre, donde quiero que le entierren.

Arrodillóse en seguida devotamente y rezó algunas oraciones por su enemigo. Pero cuando se retiró, y el viejo se encontró solo con el cadáver, escitó de nuevo su curiosidad la cuestion de anatomía, y dejando su breviario en la mitad de un salmo, sacó la daga del pecho del difunto, para sondear y reconocer la herida.

# VIII.

Aunque la salida del sol era la hora á que acostumbraba el gobernador del Louvre conducir á Filipina de Flandes á la prision de su padre, no subió Guidon á la torre de VVinendale hasta que llevaron á San German de Auxerre el cadáver del navarro, y limpiaron perfectamente los criados todas las manchas de sangre que recordaban la catástrofe de aquella noche.

Pasó entonces á la prision de la condesa y la condujo á la del resto de su familia.

En el camino se detuvo la presa mas

de una vez, como queriendo hablarle; pero siempre le faltó la voz, y tuvo que volver la cabeza para ocultar su agitacion, en tanto que Guidon por su parte esperimentaba una turbacion no menos viva.

Asi caminaron en silencio desde una torre á otra, y solo al momento de abrir la puerta de hierro se atrevió Filipina á mirar á su conductor, y á decirle, poniendo el dedo delante de la boca:—¡Silencio! No asusteis á mi padre.

Guidon meneó la cabeza, como manifestándole que no podia condescender con aquella peticion. Habia ideado un proyecto generoso durante la noche, y aquel proyecto exigia la confianza del anciano; por tanto no podia prometer que ocultaria á este el peligro en que su hija se habia visto, y entró en la prision un instante despues que aquella.

El espectáculo que entonces se ofreció á su vista fué poco menos patético que el de la primera vez que vió á los nobles presos.

El anciano conde, sentado en su sitial, miraba á una pared, en que estaba trazado el mapa de su pais: y como el

empo habia debilitado su vista, le indicaba su hijo Guillermo la posicion de los diferentes puntos, y en seguida esplicaba él á Filipina, que se halla sentado á su lado en un asiento mas bajo, lo mas notable que habia sucedido en los sitios, cuya imperfecta representacion veia.

Fácil era conocer en el tono animado con que se espresaba y en la atencion y enternecimiento de su hija, que se hablaba de su patria; y era imposible dudar de ello si se dirigia la vista hácia Roberto, que puesto de pié algunos pasos mas atrás, con los brazos cruzados en el pecho, y teniendo todavía en la mano derecha el carbon con que habia dibujado el mapa de su pais, parecia que no acertaba á separar de él sus miradas. Tenia algo arrugada la frente é hinchadas las narices, y de cuando en cuando lanzaba profundos suspiros.

Habiéndose detenido Guidon un instante al umbral de la puerta, preguntó el conde á Guillermo.

¿No es el sobrino del gobernador?— Y habiéndole contestado que sí, mandó que le llamasen.

Acaso hubiera tenido una actitud menos modesta el jóven francés en presencia del conde de Flandes, en los tiempos de su grandeza y prosperidad, que en la de un viejo desgraciado á quien veia preso. Acercóse con los ojos bajos y las megillas encendidas, y cuando estuvo cerca del conde dobló una rodilla como si estuviese delante de un soberano.

Guidon de Flandes le mandó levantar,— y con tono magestuoso le dijo así:

—Joven, ¿por qué siendo noble por vuestro nacimiento y por vuestros hechos, habeis aceptado el vil empleo de guardia de una prision?

Guidon estaba tan lejos de esperar aquel lenguage en que se advertia una bondad paternal, que no pudo responder.

—Algun dia tendreis hijos,—prosiguió el conde,—y os pedirán cuenta de la degradacion de vuestro escudo. Tomad el consejo de un hombre que puede ser vuestro abuelo: no deshonreis vuestra juventud, y abandonad este castillo antes que llegueis á adquirir

corazon de carcelero.— Señor,— respondió Guidon que sentia las lágrimas entre los párpados,—jamás hallareis en mí un carcelero.

Ya que me han detenido en este castillo contra mi voluntad, por lo menos no permaneceré en él sino para aliviar, en cuanto me sea posible, la desgracia de vuestra situacion, y para protestar en nombre de mi país y de mis compañeros de armas contra la perfidia de que sois víctima.

—Segun eso,—esclamó el anciano con una emocion inesplicable, levantando las manos hácia el Cielo, los franceses se compadecen de mí, en tanto que me han abandonado los flamencos. Sin embargo, jóven,—continuó con tono mas tranquilo,—¡mucho habia yo hecho en beneficio de mis súbditos! Dos veces me entregué en rehenes yo mismo con toda mi familia entre las manos del Rey de Inglaterra, para evitar la interrupcion de su comercio; pero entonces me gloriaba de mi prision, porque era involuntaria, y me sacrificaba con gusto por los que despues me han vendido.

—Señor,—contestó Malegreve,—los que tan cobardemente os abandonaron os hacen hoy la debida justicia. He visto á uno de los hombres que han contribuido á vuestra desgracia; sin duda debe ser uno de los mas oscuros, pues no es mas que un artesano; pero le compadeceriais ciertamente si presenciaseis, sus remordimientos.

Sorprendido y afectado el buen viejo permaneció en silencio un instante, y despues contestó en voz un poco alterada:—Os creo, jóven. Es un pueblo bueno y leal, aunque en los momentos de su cólera cierra los ojos como el toro al embestir. Vuestro rey no le conocia cuando declaró que en lo sucesivo no habria condes de Flandes. Mis súbditos colocarán algun dia en el trono á los hijos del que tan cruelmente han abandonado, y será inútil que Felipe deje morir en un calabozo al anciano conde, que fué á la cruzada con su abuelo.

—No, señor, no,—esclamó el jóven, que no podia ya contener sus lágrimas. No morireis aquí.

—Ese es mi destino—replicó el conde con ademan resignado.—Pero de-

cidme ¿quién es ese flamenco que habeis visto? Cualquiera que sea su profesion, es fácil que yo le conozca.

—Es un tejedor—respondió Guidon, y se llama Pedro de Koning.

Al oir este nombre, medio se levantó del sitial el anciano, como quien acaba de recibir una noticia inesperada, y de la mayor importancia; y Roberto de Flandes, que hasta entonces habia manifestado la menor atencion á cuanto se hablaba, esclamó de repente.

¿No os engañais, francés? ¿Estais seguro de que era Pedro de Konin, de Brujas?

—El mismo,—dijo Malegreve, sorprendido del efecto que aquel nombre habia producido.—¿Y tendreis ahora la bondad de decirme, señor Roberto, si ese hombre merece vuestra confianza y la mia?

—¿Y con qué objeto?—preguntó Roberto con viveza.

—Todavia no puedo deciroslo; pero os juro por mi honor y el de mi padre, que sereis el primero á quien pida consejo, si la respuesta es favorable.

El anciano se anticipó á su hija y

respondió: Hace veinte años, caballero, que pedí á los síndicos de Brujas, que me manifestasen las cuentas de la ciudad.

—No las vereis,=respondió Pedro de Koning, que era veedor de los tejedores de paños.

—Saqué para conseguir mi objeto un decreto del Parlamento de Paris; el Rey me sostuvo, y mandé que se encaminasen tropas á la ciudad. Pues esos hombres indomables prefirieron quemar la torre en que se hallaban sus archivos, mas bien que manifestármelos, y conducido á mi presencia Pedro de Koning, solo me respondió este adagio flamenco:

—La palabra es palabra, y el hombre es hombre.

—Pues me fiaré en él,— esclamó el jóven Malegreve; y volviéndose a Roberto, añadió:

Tened ahora la bondad de escucharme un momento.

Consintió en ello Roberto, y saliendo juntos subieron á la plataforma de la torre.

Allí tomó el jóven la palabra, y pre-

guntó al flamenco si habia percibido la noche anterior alguna cosa estraordinaria en el castillo

—Por lo regular duermo muy poco, respondió el preso,—y segun las precauciones que vi tomar á vuestro tio despues de la venida de la Reina, y el movimiento que observé en la torre á que vuestros soldados dan el nombre de nuestro castillo Winendale, creí por un momento... que ya no tenia hermana...

—¡Y pudisteis pensar que nosotros nos prestariamos á un asesinato!

—Escuchadme, caballero,— replicó Roberto de Flandes.—No os habia visto sino un momento, y os juzgaba mal, á lo menos si vuestra figura, vuestro lenguaje, y un atractivo que yo mismo no sé esplicar, y que me obliga á creeros leal y sincero, no me engañan ahora. Pensaba que prestándoos á los designios de Felipe, queriais asegurar vuestra fortuna, casándoos con una princesa de mi familia, sin nuestro consentimiento, y aun á pesar suyo. No os avergonceis, pues no es mi ánimo ofenderos.

Mi abuelo fué como vos, un simple caballero; pero ganó honradamente la mano de la condesa Margarita, y Filipina sin duda hubiera muerto antes que ser víctima de un agente de nuestro perseguidor.

Es imposible pintar la confusion del jóven en tanto que escuchaba estas palabras.

Amaba á Filipina, amaba á pesar suyo con un ardor que no podia contener á aquella desgraciada princesa, cuyos ricos dominios sospechaban que deseaba adquirir por medios infames, y aunque nunca pensó en elevarse hasta ella, habia esperado á lo menos merecer su confianza; pero tal sospecha parece que le debia quitar toda esperanza de conseguirlo.

—Ah! señor Roberto,— contestó en tono doloroso.

—Menos vil seria un asesino, que el que se abatiese hasta ese punto.

Pero á pesar de que háyais pensado tan mal de mí es preciso que os hable. La vida de vuestra hermána está realmente en peligro, y acaso no existiria ya, si mi tio no la hubiese protegido

contra los satélites de Juana de Navarra.

—¡Vuestro tio!—replico el flamenco con incredulidad—¿Para qué mandó, pues, que bajasen los puentes y que no soltasen los perros? Si alguien ha protegido á Filipina, seguramente no ha sido vuestro tio.

Guidon se puso colorado y nada respondió; pero en aquel momento en que su corazon palpitaba con bastante fuerza, se abrió la ligera herida que habia recibido en la frente, y de que no habia hecho caso alguno, por considerarla indigna de la atencion de un guerrero, y corrieron de ella algunas gotas de sangre. Violo Roberto de Flandes, y alargándole la mano, esclamó:

—Vos sois quien la defendió, señor de Malegreve, y no vuestro tio.

Un poco cortado Guidon, pero muy satisfecho de recibir aquella prueba de estimacion, apretó cordialmente la mano del preso y le dijo con calor.

—Es preciso salvarla. La libertad de una muger no puede conprometer al reino de Francia, y su muerte seria una mancha indeleble para la nacion. La en-

tregaré, si os parece, en manos de Pedro Koning.

—¡Dios os lo pague!—contestó Roberto con acento que salia del mismo corazon.—Y aquel hombre tan altivo en la adversidad, fué tan sensible á la esperanza de libertar á su hermana querida, que quedó como aniquilado, con la cabeza inclinada sobre el pecho, los párpados ligeramente humedecidos, y perdido enteramente el color de su rostro.

—Manifestad al noble conde los motivos que deben decidirle á separarse de su hija,—continuó Guidon;—pues temo que no quiera salir del Louvre, á menos que se lo persuada su mismo padre.

—Teneis razon, respondió el flamenco,—Mi hermana solo vive para nosotros; pero conviene que se conserve para tiempos mas felices. Ayer no hubiera sentido su muerte; pero hoy que veo acercarse el instante de nuestra venganza, es muy preciosa para mi su vida..

Reanimándose por grados, al paso que pensaba en las esperanzas que le

habia dado la variacion de un solo hombre, pero de un hombre cuyo carácter conocia, tomó una actitud varonil, y brilló en sus ojos un vivo fuego.—Si,—continuo;—se acerca el dia, caballero, en que tendreis ocasion de ver nuestra Flandes; pero, creedme, por grande que sea vuestro valor, armaos con una buena coraza, y con un yelmo bien fuerte, pues no podeis saber todavía cuánto pesan los golpes de los flamencos.

=Señor,—replicó Guidon,—no puedo desear, como vos, una guerra que fuese funesta á mi pais, y ni aun presumo que en caso de verificarse, tuviera el resultado que parece que vos imaginais; pero en cuanto al peso de los golpes de vuestros compatriotas, confieso que debe ser terrible, si he de juzgar por el modo con que uno de ellos echó por tierra antes de ayer al gobernador del Louvre.

El flamenco no pudo menos de sonreirse de aquella alusion; — apretó otra vez la mano del caballero francés,—y se volvieron juntos á la prision, donde los demas presos esperaban con bastante curiosidad la vuel-

ta de Roberto. Pero como Guidon, á quien sujetaba una fuerza secreta, no salió inmediatamente del sitio en que se hallaba Filipina, quedó oculto por algun tiempo para ellos lo que habia pasado entre los dos guerreros.

# IX.

El bastardo de Barfleur, que como hemos dicho se puso en camino á media noche, llegó al rayar el dia al palacio de San German de Laie, donde entonces se hallaba Felipe el Hermoso. Aquel edificio era imponente por su grandeza; pero por lo demas poco digno de reparo, á no ser por su hermosa situacion á corta distancia del Sena, y de los inmensos bosques destinados para las cacerias del Rey.

No se detuvo el gobernador del Louvre á contemplar los bellos paisages que se presentaban á su vista, sino que yén-

dose en derechura hácia la puerta principal del palacio, echó pié á tierra, y manifestó que tenia que hablar á S. M.

Aunque la etiqueta de aquel siglo era mucho menos complicada y rigurosa que la de nuestros tiempos, no se vivia ya en las épocas de sencillez y felicidad en que Felipe Augusto imaginaba por primera vez formar para sí una guardia de doce hombres, porque desconfiaba de los sarracenos, ó en que San Luis se sentaba solo y sin acompañamiento ni guardia bajo la famosa encina de Vincennes. Las guerras de España habian mudado estraordinariamente los antiguos usos de la corte; y el bastardo se admiró en estremo de no conseguir que se le abriese la puerta de la galeria en que se paseaba el Rey con algunos de los primeros señores de la corte.

—Ola! ¡caballero del sombrero de hierro!—le dijo un page burlándose.—¿Quereis tomar por asalto el castillo de San German? ¡Vean el buen cruzado, que quiere hablar al Rey con una barra de hierro delante de la boca! ¡Sobre que hunde el suelo con el peso de la armadura!

—Si no estuviésemos en el palacio del Rey,—respondió el bastardo, abandóneme la Vírgen en el momento de mi muerte, si no te daba una leccion para que conociéses con mas exactitud lo que pesan mis manoplas de hierro.

La cólera del veterano y sus impotentes amenazas no sirvieron mas que para aumentar las burlas de los criados de palacio, pues se consideraban fuera del alcance de su venganza. Colmáronle, pues, de burletas, le negaron absolutamente el paso, y se divirtieron en fin en reducirle á la desesperacion. Por fortuna del bastardo, que en medio de su furor hubiera sido capaz de cometer algun acto violento, abrieron por dentro la puerta de la galeria y se presentó el Rey, siguiéndole un grupo de señores. Aunque á primera vista se podia confundir con los que le rodeaban, pues todos venian vestidos con tanta magnificencia como él, solo el monarca llevaba la cabeza cubierta, y ademas la magestad de su continente bastaba para darle á conocer, aun á los que le veian por primera vez. Llevaba una túnica de raso azul bordada de oro, y un ferreruelo, ó

mas bien una especie de peliza de terciopelo encarnado, forrada de pieles, y en la cabeza un morterete, rodeado con una corona de oro. El conjunto de aquel trage se parecia mas bien á los vestidos anchos y magestuosos de los orientales, que á los estrechos y mezquinos de los franceses modernos, y presentaba ventajosamente las nobles facciones del monarca, su hermoso talle y su imponente marcha.

Habia recibido de la naturaleza el Rey Felipe el Hermoso la mas favorable presencia.

Su rostro, varonil y gracioso á la par, unió por mucho tiempo el brillo de la juventud á la espresion de valor, franqueza y dignidad, que aun llama tanto la atencion en los groseros monumentos que le representan; pero aunque todavia se hallaba en la flor de su edad, las fatigas del espíritu, las inquietudes de la politica, y acaso los remordimientos nacidos de una conducta poco recta, habian marchitado ya aquella fisonomía que fué tan brillante, y se veia grabada con caracteres indelebles en sus pálidas megillas la señal de los cuidados y dis-

gustos que turbaban su reposo. Los criados de palacio retrocedieron precipitadamente, y el bastardo quedó solo delante de él Al verle el Rey esclamó:
—¡Mi gobernador del Louvre! ¡Por la Santa Cruz, que debe haber sucedido alguna gran desgracia!

—Y sus ojos negros, llenos de impaciencia, parecia que quisiesen leer en el impasible rostro del veterano los motivos que le conducian á San German.

—Señor,—dijo el bastardo, que aun estaba de mal humor,—gran dicha ha sido para mí que V. M. haya venido por este lado, pues de otro modo acaso no hubiera podido hablarle nunca.

—¿Y qué nuevas me traes?—replicó el monarca, á quien agitaba un vago presentimiento.

Los señores que le acompañaban se separaron un poco al oir aquellas palabras y verle arrugar algun tanto la frente. Solo uno de ellos, pequeño, cojo, tuerto, y de muy mala facha, creyó que estaba autorizado para quedarse al lado del Rey, que por lo regular hacia de él una absoluta confianza. Sin embargo, esta vez no se manifestó el Rey dispues-

to á dejarle tomar parte en el negocio que conducia á San German al gobernador del Louvre, pues volviéndose á él, le dijo en tono severo:—Podeis retiraros, señor Pedro Flote.—Y dirigiendo la palabra el bastardo añadió:—Sigueme, y que nos dejen solos.

Todos salieron de la galería, donde quedaron únicamente el Rey y el bastardo; y hallándose este á pesar de toda su intrepidez, bastante cortado y sin saber cómo empezar su narracion, se manifestó la impaciencia del Rey en una multitud de esclamaciones sueltas.—Vamos, habla: ¿Se han escapado? No, no es posible: Tu cabeza me responde de ellos.

No obstante su aparente groseria, era el bastardo, un verdadero normando; demasiado ladino para responder con precipitacion, y bastante esperimentado para saber que no le convenia ir á su objeto por el camino mas corto.—Señor, —respondió con tanta lentitud y circunspeccion como impetuosidad manifestaba el fogoso monarca, —si los presos que V. M. confió á mi cuidado hubieran conseguido burlarse de mi vi-

gilancia, Dios tuviera compasion de mí, pues sé que habria merecido la muerte. Mas espero tener siempre á vuestras órdenes tanto como me habeis confiado.

Este lenguaje calmó un poco el agitado espíritu de Rey; mas sin embargo, todavia eran severas sus miradas, y le preguntó con voz aspera:—¿Y cómo, señor de Barfleur, os habeis atrevido á abandonar vuestro puesto?

El bastardo, huyendo de responder directamente, contestó:—V. M. no puede dudar de mi celo en favor de sus intereses; pero al fin no soy mas que un soldado, y no me esposible luchar contra una Reina.

El rostro espresivo de Felipe el Hermoso manifestó la mas severa sensacion, cuando esta última palabra le hizo imaginar lo que pudiera haber pasado en el Louvre.

—Algun otro crímen sin duda!—esclamo con voz ahogada.—¡Oh Juana, Juana! ¡Que funesto uso haces de tu poder y de mi debilidad!

—Y pálido, con los ojos fijos en el suelo, lejos de animar al gobernador

para que le manifestase lo que habia sucedido, parecia que temiese saber mas de lo que habia dicho.

—Señor,—continuó el gobernador;—los presos que tengo á mi cuidado me los habeis confiado vos; y á vos solo tengo que dar cuenta de ellos; pero Filipina de Flandes se hallaba mas bien bajo la dependencia de vuestra augusta esposa, pues cuando me la entregaron salia del palacio de Tournelles.—Y se detuvo, como esperando la respuesta.

—¿Y qué ha sucedido?—preguntó el Rey—¿Se la ha llevado otra vez la Reina ó se ha escapado á Inglaterra para subir alli al trono que estaba destinado para mi hija?

—La Reina, señor, me ha mandado que la entregase á uno de sus navarros, al señor de Roca-Negra,—contestó el caballero.

El abatimiento del Rey cedió entonces á un arrebato de furor. Aquel príncipe, a quien un escesivo orgullo arrastró no pocas veces á cometer acciones abominables, tenia un carácter naturalmente generoso, aunque corrompido por la adulacion y los malos consejos.

Su indignacion estalló, pues, con la idea de una violencia, cuyo horror le hacia estremecer.

—¡La han entregado á Roca-Negra! esclamó.—¡A un bandido! ¡A un asesino! ¡La hija del conde Guí, la que estuvo prometida al príncipe de Gales, mi propia ahijada! Asi Dios me salve, como no permitiré que impunemente me deshonren de ese modo á la faz del Universo. Todos cuantos hayan tenido alguna parte en tan infame maquinacion sufrirán mi justa venganza; todos sin escepcion, y tú el primero.

En tanto que Felipe el-Hermoso se espresaba de este modo, animado por los sentimientos y lenguaje propios de un Rey de Francia, la brillantez de sus ojos, lo encendido de sus mejillas, y su magestuoso ademan, parecia que le devolvian todo el brillo y dignidad de su juventud. El gobernador del Louvre lo miraba con sorpresa, y aunque se regocijaba en secreto de ver el giro que tomaba aquel negocio, tuvo todavia la sagacidad de sondear mas las disposiciones del monarca, antes de esplicarse claramente.

—Señor—continuó,—era una órden espresa de la Reina.

—Está bien,—contestó el Rey con energia,—pues que os proteja, si puede, la Reina á quien habeis obedecido. Por lo que hace á mi debo castigaros, y con un terrible castigo. Largo tiempo me habeis servido fielmente, señor de Barfleur, y hubiera podido perdonaros muchas faltas. Si hubieseis venido á decirmè que habiais abierto las puertas de la prision á Filipina, que habia pasado al otro lado del mar, y que el príncipe de Gales abandonaba por ella á mi hija, todavia hubiera podido perdonaros; pero ahora no debeis esperar gracia alguna. ¡Era mi ahijada! ¡Yo era para ella... ó á lo menos debia ser, su segundo padre! ¡ojalá lo hubiese sido siempre!

Los remordimientos del desgraciado Principe le impidieron poder dicir mas. No era naturalmente pérfido, y muchas veces, en los momentos en que habia entrado dentro de si mismo, se habia reconvenido de los crímenes que la ambicion le hiciera cometer; mas ahora el amor y el orgullo ofendido se unian al

grito de su conciencia para llenarle de amargura y turbacion.

—¡Qué dirá de mí la Europa entera! —dijo entre dientes:—¿Dónde está el honor de caballero y la palabra de Rey?

Y habiendo dirigido casualmente sus miradas á la cúpula de plata de la iglesia de San Dionisio, última mansion de los soberanos de Francia, que se veia por las ventanas de la galeria, añadió en tono solemne:

—¿Y qué cuenta daré á Dios, á quien habia prometido cuidar de ella como de mi propia hija?

—Vuestras reconvenciones, señor,—me parten el corazon,—dijo el bastardo poniendo en tierra una rodilla. Confieso que las merezco todas; pero gracias á Dios y á San Julian, patron de los viageros, el crimen no ha llegado á cometerse.

Mi sobrino, el valiente Guidon de Malegreve, que acababa de llegar al Louvre, ha sido menos necio que yo, y no me ha permitido que obedezca á la Reina vuestra augusta esposa.

—¿Y es eso verdad? esclamó el Rey. En tal caso, señor Barfleur, debereis la

vida á vuestro sobrino. — Tambien ha salvado la de la ahijada de V. M. —replicó el veterano con sangre fria.

—El miserable Roca-Negra la conducia á la muerte; pero Guidon se la ha dado á él al pié de la torre Winendale.

—¿Y por qué causa?—preguntó Felipe admirado.

—Porque aquel jóven, señor, es un verdadero Malegreve, siempre dispuesto á ponerse entre un puñal y una muger, sin pedir ni dar esplicaciones. Y es de advertir que se ha batido lealmente con el navarro, enmedio de una escalera, y sin mas arma que una buena misericordia que le ha plantado en el pecho á dos dedos del corazon atravesando un pezpunte y una chapa.

En tanto que el veterano hablaba de este modo, cubria un vivo encarnado el rostro del monarca, que murmuraba en voz casi ininteligible:

—¡Un estraño la ha defendido sin conocerla, y yo, que la debia proteger, la abandono al resentimiento de Juana de Navarra, la tengo encerrada en una prision, soy su carcelero y su verdugo!

De repente formó una idea que le reconcilió algo consigo mismo:

—Escucha,—preguntó al bastardo: ¿está casado tu sobrino?

—No señor,—respondió el veterano, ocultando muy mal su alegria, pues presintió al momento á dónde se dirigia aquella pregunta.

—¿Y no le lisongearia aspirar á la mano de una jóven ilustre?

—Aun cuando asi fuese, señor, Guidon es tan caballero y tan noble como el que mas, y ha manifestado ya que sabria defenderla.

—Pues que se case con ella,—esclamó Felipe con calor,—y que se la lleve lejos de ese Louvre, por cuya inmediacion no puedo pasar sin estremecerme. Es mi ahijada, mi hija á los ojos de la Iglesia, y siempre me acordaré de ella, con tal que no llegue á ser Reina de Inglaterra. Por lo que hace á tu sobrino, haré que sea el baron mas rico de Francia.

—¡Dios bendiga á V. M.!—contestó el bastardo.

No pasarán tres dias, sin que se verifique ese matrimonio.

Diciendo así se despidió con la mayor alegria del monarca, y se apresuró á bajar á donde habia dejado su caballo. Subió en él, que ya habia descansado y cobrado nuevas fuerzas, y tomó el camino de la capital mucho mas contento de lo que habia venido.

La única idea que le ocupó mientras duró el viage, fue la de la union que proyectaba.

No le quedaba duda alguna de que su sobrino estaba enamorado de la condesita; pero no era tan seguro que esta le correspondiese.

Por lo que hace á los medios de preparar el matrimonio, imaginó una multitud de ellos, pero tan groseros, que él mismo conoció que seria muy dificil ejecutarlos.

Resolvió, pues, consultar al capellan del Louvre, al viejo astrólogo que tenia establecido su domicilio en la plataforma de la torre.

—Raro seria,—se decia á sí mismo, que un hombre que ha leido tantos libros no hubiese encontrado en ellos algun buen medio de hacer un matrimonio. Un simple clérigo sabe en ese punto mas

que diez caballeros, y un astrólogo debe saber mas que diez clérigos.

Luego que llegó al Louvre le digeron que su sobrino se hallaba en compañia de los presos. Sonrióse, se estregó las manos, y sin mandar que llamasen á Guidon, que en su opinion en ninguna parte podia estar mejor que donde estaba, subió á lo mas alto de la torre grande, con toda la celeridad que le permitió su pesada armadura.

Como las garitas de los atalayas del castillo tenian por objeto el ver al enemigo de lejos, su única abertura que al mismo tiempo servia de puerta y de ventana, se hallaba en la parte esterior; y al llegar á la plataforma, no era posible conocer si estaban ó no ocupadas; pero el bastardo no tenía duda alguna en este punto; pues le constaba que jamás salia el viejo de su nicho.

—¡Ola! ¡Eh! ¡capellan del diablo!—esclamó al acercarse.—Sal de tu agujero, y veamos una vez que puedes hacer algo para ganar las diez libras que te dan de salario.

Sacó poco á poco el viejo la cabeza, como los caracoles cuando se hallan al

sol, y preguntó espantado:

—¿Qué me quereis?

—Una buena obra, vive Dios. Es menester que celebres un matrimonio.

—Diríjase á algun clérigo ignorante—respondió el sábio viejo metiéndose en su garita.—¿No pueden los hombres enlazarse ó destruirse sin necesitar de mí?

—¿Y para qué sirves tu, viejo lechuzo, si no has de auxiliar este matrimonio? Escucha; ya que supones que lo sabes todo, dime si conseguiré mi proyecto; trata de averiguarlo en el sol ó en la luna.

—¿Y cuál es ese proyecto?=preguntó el viejo, que empezaba á deponer su aspereza al oir que se hablaba de predicciones.

—Se trata de que mi sobrino se case con la hija del conde de Flandes, —respondió el bastardo acercándose á él y bajando la voz.

El capellan le miró un momento en silencio, como si dudase de que hablara de buena fé, y al fin le preguntó:—¿No es vuestro sobrino un caballero jóven que lleva una cota negra?

—El mismo,—respondió el gobernador.

El viejo empezó al punto á reirse, como un hombre á quien divierte el espectáculo del error de otro, y la certeza de su cercano desengaño.—¡Y para eso quereis que consulte á los astros!—dijo.—¿Me dejareis luego tranquilo?

—Sí por cierto, con tal que me des una buena respuesta.

—Pues le he visto la noche pasada, y si he de sacar alguna consecuencia del estado en que se hallaba el cielo en el momento en que le ví por primera vez, puede y debe contraer un buen matrimonio, pero no será con la jóven que se halla aquí presa.

La primera parte de esta respuesta ensanchó el corazon del bastardo, pero la segunda le comunicó de nuevo su mal humor y aspereza natural.

—¿Y por qué no, señor mio?—preguntó mirando de reojo al profeta de mal agüero.

El viejo sonriéndose malignamente, respondió:—¿No habeis visto algunas

veces correr las estrellas por el cielo de una parte ó otra con rapidez?

—¡Cómo! Astrólogo de desventura, ¿quieres darnos á entender que se nos va á escapar?

—O me engaño mucho, señor gobernador, ó dentro de pocos dias no estará ya á vuestro cuidado.

Pronunció el viejo estas últimas palabras con un tono de certeza, que escitó estrañamente las sospechas del gobernador. No dejaba, á la verdad, de tener alguna creencia en la astrología, pero su creencia se parecia á la fé que ciertos pueblos tienen á sus idolos, á quienes adoran mientras las cosas van á su gusto, y los maltratan y desprecian cuando están descontentos. Persuadido, pues, de que la funesta prediccion del astrólogo provenia de sus malas intenciones, se abalanzó á él, le cogió por el cuello y arrastrándole hasta el parapeto de la torre, le presentó el abismo donde podia precipitarle; y le dijo: —Ahora, señor capellan, me habeis de hacer una confesion general, ó... Y sin acabar la frase le enseñó con el de-

do las fieras que habia en el foso.

El terror de aquel viejo en el momento en que creyó que peligraba su vida, tenia un caracter de cobardia y bajeza, que es muy dificil de pintar. No solo temblaban todos sus miembros, sino que hacia los mayores esfuerzos para retirar la cabeza á fin de no ver el precipicio á cuyo borde se hallaba; queria hablar y no podia, espresando su intencion únicamente con suspiros y gemidos sueltos.

=Ola! parece que temes verte en presencia de tu amo el diablo!—le dijo el bastardo burlandose.

—¡Virgen santa!—esclamó el capellan haciendo la señal de la cruz.—Bien sabeis que soy inocente.

No tardará en decidirse esa cuestion si no me dices al instante todo cuanto sepas de esa maldita conspiracion. Y diciendo asi le acercaba mas y mas al borde del parapeto.

El viejo le dió á entender por señas que consentia en confesarlo todo; pero aunque el bastardo le soltó entonces, se pasó un buen rato antes que se repusiese suficientemente de su miedo, pa-

ra empezar la narracion que exigia de él.

—Hace un momento, —dijo, —que vuestro sobrino se hallaba en esta plataforma con Roberto de Flandes.

Cambióse entonces la escena, y empezó á temblar el gobernador. «¡Valgame la Virgen de Gracia!—esclamó:—y se han batido?

Aquella sonrisa irónica que antes habia escitado las sospechas del bastardo, volvió á presentarse en los lábios del astrólogo, pero de un modo imperceptible.

—No, señor, no,—contestó.—Estaban ambos muy de acuerdo, y trataban de facilitar la fuga de la presa.

Mientras decia estas palabras, miraba fijamente al rostro del gobernador esperando descubrir en él sintomas de furor ó de consternacion; pero con gran sorpresa vió solamente señales de admiracion y de alegria.

—¿De veras estaban de acuerdo?—replicó el bastardo.—¿Estaban conformes en un punto tan importante? No tengais secreto alguno para mí, buen capellan. El diablo me lleve si no mando que os traigan todos los dias racion doble de chicharos y tocino.

—Acordaos mas bien de que me habeis prometido que no me incomodareis en mi retiro,—respondió el astrólogo. —Soy viejo, las horas son muy preciosas para mi, y vuestro sobrino me ha hecho perder ya la mayor parte de la noche.

—Bueno, bueno; te lo prometo. Pero por la capa de San Martin, ¿cómo es posible que te hayan hecho su confidente?

—Es que no sabian que yo les escuchaba desde mi garita, y que no perdia ni una sola palabra suya.

El bastardo se echó á reir, y esclamó:

—¡Vaya, vaya! con toda tu astrología no pensabas que eso iba á parar en matrimonio. Tu prediccion no valia nada, pero lo que has oido vale mucho oro. Adios, amigo, mas sabrias ocupándote en escuchar lo que pasa en la tierra, que en mirar á las estrellas del cielo.

# X.

Bajó el gobernador alegremente de la plataforma de la torre grande al piso en que se hallaba la prision, donde le dijeron los soldados que Guidon estaba todavia, y esta noticia no disminuyó la satisfaccion que esperimentaba. Entró pues de repente en la habitacion de los presos, y esclamó en tono de contento:

-Todo se acabó, señores. ¡Viva el Rey!

Ni el conde, ni Guillermo de Flandes pudieron entender lo que queria decir, pues no habiéndose separado de ellos Malegreve despues de

su conversacion con Roberto, solo habian hablado de cosas que ninguna relacion tenian con los sucesos de la noche anterior. Pero si los dos presos no dieron valor alguno á la esclamacion del bastardo, manifestó Filipina la mas pura alegria, persuadiéndose por aquella espresion de que podia tranquilizarse acerca de la suerte del que habia conservado su vida á riesgo de perder la propia. Tambien Roberto dirigió una mirada afectuosa al jóven, cuya conducta acababa entonces de comprender; y solo Guídon parecia turbado y confuso, pues temia que su tio declarase de tal modo lo que habia pasado, que causase demasiada impresion en el alma del anciano.

Filipina, como si hubiese concebido la misma idea al propio tiempo, cogió con las dos manos una de las de su padre, la comprimió con ternura, y trató de atraer hácia sí las miradas del conde, á fin de que cuando este llegase á saber el peligro en que se habia visto, le asegurasen sus propios sentidos de que se habia librado de él.

No fue inútil esta precaucion, pues el bastardo, que no concebia que su sobrino hubiese podido ocultar su victoria, dirigió la palabra a Gui de Flandes, y le preguntó:

—¿Hubierais podido pensar, señor conde, que ese bravo mozo, que no deja de ser un noble y valiente caballero aunque algunas veces le trato como á un muchacho, en vez de pelear contra vuestro hijo, se batiria por defender á la señorita? Ah! Ah! Os habriais complacido mucho, si hubieseis oido como yo el golpe. Es necesario tener un brazo de hierro, señor conde, para travesar un pespunte relleno de crin y forrado de cuero de búfalo, con una chapa de acero debajo. No estráño que os admireis, no por cierto. Una cosa asi se ha visto hacer muchas veces con una lanza; ¡pero con una daga!

—¿Pues qué ha sucedido, jóven?—preguntó el anciano sin poder ocultar su emocion.

—Nada, señor,—respondió Guidon tartamudeando;-una equivocacion que no ha tenido consecuencia.

—¡Que no ha tenido consecuencia! —repitió el gobernador determinado á dar brillo á la accion de su sobrino. —¡No se trataba mas que de su cabeza y de la mia, sin contar el peligro del duelo! Aun ahora ¿quién sabe hasta dónde podrá llegar el resentimiento de la Reina? ¡Ah Guidon! Hablas como muy jóven, aunque peleas como pudiera un caballero muy antiguo. Esta señorita ha entendido mejor que tú el peligro que corriamos. Mirala; aun pierde el color de pensar en ello.

—Hija mia, —dijo el conde, —¿qué misterio es el que me ocultas?

Filipina no sabia qué responder, cuando Guidon se adelantó á contestar al conde.—Señor,—le dijo,—la noche pasada se presentó en el castillo un caballero, diciendo que tenia que hablar á vuestra hija, de parte de la Reina. Yo imaginé, acaso sin fundamento, que podia ser un traidor, y se suscitó entre nosotros una disputa y un desafio; pero sentiria infinito que este acaecimiento inesperado, os causase alguna inquietud.

Miró el anciano á su hija, y viendo que asomaban las lágrimas á sus ojos, le dijo conmovido:

—Filipina, sin duda has estado en mayor peligro del que supone este jóven; —y añadió con voz trémula:

—Manifiéstamelo todo, pues lo contrario solo serviria para aumentar mi inquietud.

—Señor,—respondió la condesita en voz baja, y haciendo un esfuerzo penoso para no manifestarse conmovida, —os obedeceré. Mejor hubiera sido que ésta desgraciada aventura permaneciese ignorada; pero puesto que se sabe, no puedo sufrir tampoco que ese caballero, á quien debo la vida, aparezca á vuestros ojos como autor de una necia querella y de un combate innecesario. Mi noble madrina está preparando, como sabeis, los desposorios de su hija con el príncipe Eduardo, y sin duda ha pensado que era preciso empezar degollando á la que habia estado próxima á unirse con iguales lazos á aquel príncipe. Nada esperaba yo, pues, sino la muerte, cuando ese intrépido francés se

colocó entre mí y el asesino. ¡Dios le dé la recompensa que merece!

El anciano conde y Guillermo de Flandes alargaron la mano al jóven, sin decir ni una sola palabra; pero con emocion tan viva, que se manifestaba en todas sus facciones.

—¿Tan quieto te estás, Roberto?—dijo el conde á su hijo.

—Padre mio,—contestó aquel,—ya lo sabia yo todo; pero aprecio mucho mas á este caballero, al ver que no ha tratado de envanecerse de su accion.

Durante este tiempo fijó el gobernador la vista en el dibujo que habian trazado en la pared; y aunque no sabia leer, no dejó de conocer que aquellas no eran letras, si bien se parecian aun menos á figuras de hombres ó de animales.

—¡Nuestra Señora me asista!—esclamó.—¿Serán acaso magicos esos signos?

—Si, por cierto,—respondió Guillermo.—Ningun secreto puede tener la mágia tan poderoso como el que encierran esos caractéres. En ellos ve-

mos lo pasado y lo futuro, y aunque presos, nos suministran justos motivos de esperanza.

—¡Pues vive Dios que yo los borraré!—dijo con voz amenazadora.—Los borraré aunque sepa que me queman la mano. Y dió un paso hacia la pared en que estaban dibujados.

—Deteneos, caballero,—dijo Roberto conteniéndole.—No está en el órden que esteis mas tiempo engañado. Eso que veis es una imperfecta representacion de las ciudades, costas, y rios de Flandes.

—Si no es mas que eso,—replicó el gobernador no muy satisfecho,—podeis conservar vuestro dibujo, que en mucho tiempo no vereis lo que representa.

Viendo entonces Guillermo que el bastardo se manifestaba ofendido del error á que le indujera, y que Guidon se avergonzaba de la ignorancia de su tio, sintió que se le hubiesen escapado aquellas palabras, y deseando suscitar una conversacion mas agradable para el gobernador, le preguntó:

—No nos habeis dicho, señor de Bar-

fleur, dónde se verificó el combate la noche pasada.

Esta interrupcion produjo, como esperaba, el efecto de hacer menos hostiles las disposiciones del veterano.

—Señor Guillermo,—respondió con un tono orgulloso,—en un sitio que pocos hombres hubieran elegido para pelear; en medio de una escalera y en un espacio tan estrecho, que no daba lugar á la espada ni al escudo. No me hagais señas, sobrino; estoy persuadido de que el señor conde se alegrará de saber todo lo que ha pasado.

Cuando vió el jóven que no podia impedir que hablase de aquel asunto, fingió que una ocupacion precisa le obligaba á retirarse, y saludando al conde y sus hijos, dirigió una tímida mirada á Filipina, y salió apresuradamente de la prision, para no oir los elogios que de él hacia el bastardo.

Los presos supieron apreciar la nobleza de su conducta, y Filipina, que se encontraba como turbada en su presencia le agradeció mucho el partido que habia tomado. Dejaron al gobernador que se esplayase cuanto

quisiera acerca de los pormenores de lo que habia pasado desde la visita de Juana de Navarra, y como su narracion interesaba de un modo directo y sus oyentes, le escucharon con mucho interés.

Sin embargo, su discurso no fue tan largo como habia pensado, pues le interrumpió una de las digresiones que dificilmente evita un soldado viejo. Repetia por la décima vez que hacia mucho tiempo que no veia un golpe mejor dado, cuando le ocurrió, para hablar con mas énfasis, remontarse hasta el tiempo de la última cruzada, única época en que habia presenciado, segun decia, mejores hechos de armas.

—¡Segun eso fuisteis uno de los compañeros del buen Rey Luis!—le preguntó el conde.

—Sí, señor; pero observad que no hablo de la campaña de Tunez, que no fué una verdadera cruzada, sino de la Tierra Santa, y de la batalla de Masaoura, á la cual, sea dicho de paso, asistieron caballeros de nuestro pais que hicieron maravillas.

—¿Y estuvisteis tambien en la defensa del campamento, despues de la accion? —dijo el anciano, que parecia se reanimaba con el recuerdo de sus antiguas guerras.

—¡Si estuve en la defensa! Señor conde, dí y recibi en ella muy buenos golpes, porque estaba en la batalla del señor de Joinville, Senescal de Champagne, en que no habia un solo caballero capaz de resistir el peso de su armadura; y seguramente hubiera sido aquel el último dia de vida para todos nosotros, si los enemigos hubieran podido desbaratar las filas de los flamencos que nos protegian. Asi es que nosotros hacianos que nuestros ballesteros tirasen á los que os atacaban, en vez de mandarles que guardasen sus flechas bodoques para sostener nuestra propia batalla.

—No necesitábamos nosotros de su apoyo, teniendo nuestras buenas lanzas —respondió el anciano con altivez;—y los sarracenos que nos asaltaron hallaron delante de si un muro de hierro.

—¿Estabais allí vos tambien, señor conde?—esclamó el bastardo, abriendo los ojos admirado.—¿Seriais acaso

uno de los dos condes flamencos, que decian que eran nietos del emperador de Constantinopla?

Gui de Flandes hizo un gesto afirmativo.

—En tal caso no estábamos muy lejos uno de otro aquel dia,—continuó el gobernador del Louvre en tono mas respetuoso, y al mismo tiempo mas cordial que antes — ¿Erais de los que conservaron sus caballos?

—Si por cierto,—respondió el conde,—y despues de haber sostenido á pié el choque de los infieles, monté á caballo para correr á perseguirlos.

—Y en verdad que libertasteis á mas de uno de los nuestros. Caramba! No pensaba yo entonces que algun dia habia de guardaros en esta torre. En aquella época erais buenos franceses, y no habia voz alguna que resonase mas agradablemente en nuestros oidos el dia de batalla, que la de *al leon de Flandes.* Si, si, y á la verdad leones africanos no hubieran causado mas terror á los sarracenos que los que llevabais pintados en los escudos.

—¿Y erais ya caballero en tiempo

de aquella cruzada?—preguntó el anciano.

—No señor, era escudero de un caballero de Normandía. El bastardo de Barfleur ha ganado poco á poco sus espuelas, como sucede á todo hombre pobre y que tiene una traversa en su escudo. Y si los que conservásteis vuestros caballos en el ataque del campamento no hubiéseis libertado mas que caballeros, aun permaneceria yo esclavo de algun pagano.

—Amigo mio,—replicó el conde olvidando que hablaba á su carcelero, —aquella era una guerra santa, y no habia á nuestros ojos ni caballeros, ni escuderos, ni criados, sino que todos éramos cristianos; y puedo aseguraros que en mi vida he tenido una satisfaccion mas pura que cuando saqué del medio de un grupo de sarracenos á un escudero ó soldado, medio quemado del fuego griego. Ya se creía demasiado distante para esperar socorro alguno; pero yo hice voto á Nuestra Señora de libertarle en memoria de mi hermano, y lo consegui solo y sin auxilio de nadie.

Perdió el bastardo el color, y preguntó al conde:

—¿No era uno cuyo pespunte estaba atravesado por siete flechas, y á quien tenian atado ya a la cola de un caballo?

—Que! ¿Le conociais acaso?—esclamó el anciano?

Saltáronse las lágrimas al gobernador, y respondió con voz casi ahogada:—Era yo mismo.

—¡De verdad! —dijo el conde admirado.—¡Cuánto me alegro de que escapáseis de los peligros de aquella campaña! Yo creia que hubiéseis muerto. ¿Por qué no vinísteis á verme, despues de concluido el combate?

—Señor—respondió el bastardo con voz trémula;—llevábais tanta sangre en el escudo y en la mantilla del caballo, que hasta hoy he ignorado de que batalla era el que me dió la libertad.

Y enjugando despues las lágrimas con la mano, añadió:

—Ahora es ya preciso que piense en entregar al Rey las llaves de

su Louvre. A dios, señor conde; ¡Quiera la Virgen Santisima conservaros la vida y devolveros la libertad!

# XI.

Aunque al tiempo de manifestar el bastardo de Barfleur su deseo en favor de la libertad del conde, no tenia otro pensamiento, sus ideas sufrieron gran modificacion despues de pasado el primer momento, y cuando llegó al pié de la torre, ya no pensaba en pedir otro empleo y dejar el que tenia, semejante en esto á la mayor parte de los hombres, en los cuales tan pronto como el corazon se enfria, se desvanecen las sensaciones generosas que en él produce un momento de pasion.

—Al fin—se decia á sí mismo,—siempre ha de tener uno que le guarde, y mejor ha de ser para él que sea yo que no otro alguno. Le consta que he protegido á su hija... ó á lo menos que la protegeré; y mas vale que se case con mi valiente Guidon, que no que perezca aqui. Pero ¿dónde estará ese loco? ¿Si estará ya preparando la evasion de su flamenca? ¡Vive Dios, que es preciso que esté yo ojo alerta!

Murmurando estas palabras se dirigió el veterano hácia la puerta principal del castillo, sintiendo apenas un poco de fatiga, á pesar de que habia pasado toda la noche sin dormir, y aun sin quitarse la armadura. Allí encontró, como suponia, á su sobrino, pensando en los medios de que se valdria para sacar de su prision á Filipina de Flandes, y tan sumergido en sus meditaciones, que solo pudo apartarle de ellas la mano del bastardo, dándole un golpe pesado en el hombro:

—¿Dormís, señor de Malegreve,—le preguntó con una sonrisa irónica,

—ó estais pensando en algunos proyectos caballerescos? Mañana habrá famosas justas delante del palacio de Tournelles, y de buena gana me espondria yo á prestaros una armadura, si me prometieseis la mitad de lo que ganáseis.

Sorprendido Guidon de este lenguage ceremonioso, y de cierto aire de burla que se notaba en el ademan y acento de su tio, no sabia qué responder, y el bastardo prosiguió diciéndole:

—Vaya, ¿no desearíais romper algunas lanzas en presencia de la Reina?

—No lo permita Dios!—esclamó el jóven, incapaz de disimular el horror que le causaba aquella princesa.

—Lástima es, sobrino,—replicó el veterano riéndose entre dientes;—¿qué pensarán de un caballero jóven, que nada tiene que hacer y voluntariamente se separa de un torneo?

—Podrán pensar, —respondió Guidon, levantando la cabeza con noble altivez,—que reserva su lanza y espada para ocasiones mas sérias que esas inútiles justas.

=Sin embargo, hay en ellas algo de bueno, mi amigo Guidon,—añadió el astuto normando.—Seguramente no se llega siempre á lograr fortuna siguiendo la opinion de los otros; pero no sé por que hubiera yo deseado que tuviese un caballo ó dos mas. Mañana acudirán á las justas caballeros españoles, cuyos escelentes caballos dicen que son capaces de andar treinta y mas leguas en un dia.

—¡Treinta leguas!—repitió con viveza el jóven.—¿Y cuántas habrá de aquí á Flandes?

Mas conociendo en el mismo instante que habia hablado con demasiada precipitacion, se avergonzó de lo que acababa de decir.

El bastardo aparentó que nada sospechaba y contestó en tono indiferente:

—Uno de esos caballos buenos llegaria allá en menos de dos dias. Un palafren tan ligero y robusto es un verdadero tesoro... Un buen caballo de batalla vale mas francos que sueldos un caballo ordinario; pero uno de esos corceles de España vale mas

libras esterlinas que francos un caballo nuestro de batalla. A la verdad, Guidon, no sé cómo esa tentacion no te incita un poco

Malegreve, tratando de disimular su verdadera intencion, respondió con una frialdad afectada:

—Pero esos mismos corceles españoles dan mucha ventaja á sus ginetes, y me arriesgaria á perder un caballo por el deseo de ganar el de otro.

—¡Vete enhoramala! —esclamó el bastardo.—¿No sabes dar golpes de provecho sino con la misericordia?

=Si mañana hubiese llegado mi armadura, como me prometió el barquero á quién la entregué, =repuso Guidon sonriéndose, =todavia pudiéramos probar. Pero escuchad, tio, y si acaso quedo vencido habeis de pagar el rescate de mis armas y caballo.

—Hecho, —respondió el gobernador alargándole la mano—Pero ¡por la Virgen! ¿Por qué miras tanto á aquel hombre?—Y señaló con la mano á uno, en quien ya habia reconocido Guidon á Pedro de Koning.

=Señor gobernador,=dijo un soldado en aquel mismo momento:=Ese bribon está dando vueltas al rededor del castillo desde que salió el sol.

—¿Y por qué no le habeis cogido? —dijo el bastardo en tono severo.—Corred á él, y si quiere escaparse, para ese caso son las ballestas.

El soldado saludó militarmente, y corrió con algunos otros compañeros hácia el flamenco, que se dejó coger sin resistencia.

—Tio,—dijo entonces Guidon al gobernador,—ese hombre es el que me vendió mis vestidos.

—¡Oiga!—respondió el gobernador. Ya me habia yo persuadido de que tu le conocias.

Incapaz de sufrir las penetrantes miradas de su tio, bajó los ojos Malegreve, y su consternacion, que era visible, se aumentó aun cuando vió llegar á Pedro de Koning, que por lo contrario manifestaba un ademan firme é intrépido.

Si en aquel momento no hubiese tenido el bastardo motivos para separarse de su conducta ordinaria, no

hubiera sido largo el proceso del tejedor Hablaba demasiado mal en francés para que al momento no se conociese que era estranjero; todos los soldados deponian que andaba siempre al rededor del Louvre, y no se necesitaba mas para colgar una victima en la horca señorial del castillo. Pero si por una parte Koning, acostumbrado á las formas legales de su pais, ni aun sospechaba el peligro en que se hallaria en cualquiera otra ocasion, el bastardo no queria tampoco manifestársele. Arrugó, sí, un poco la frente al mirarle, acaso por un efecto de costumbre; pero le interrogó en tono mucho menos grosero de lo que solia:

—Eres tú el pañero, ¿eh?—le dijo, como si quisiera enseñarle lo que habia de responder.—Pues qué, ¿tienes miedo de venir á buscar tu dinero? ¿Por qué andas dando vueltas al rededor del castillo, á peligro de que te tiren una flecha, en vez de entrar directamente?

—No me atrevia, señor,—respondió Koning en su mal francés.

—¡No te atrevias! Pues tu presencia es de hombre demasiado atrevido para ser mercader. Vaya, y ¿cuanto te se debe?

=No, no vengo á pedir dinero.

=¿No quieres dinero? Pues ¿qué quieres?

—Venia á ver si el caballero á quien vendí mis efectos estaba contento con ellos, —respondió el flamenco, que á todo esto conservaba la mayor tranquilidad.

—Solo faltaba que trajéseis la cuenta, señor Pedro, —dijo Guidon.—Sepamos lo que os debo.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!—esclamó Koning, con la misma naturalidad que si no le hubiera quedado otro pensamiento.—Es necesario usar un poco los vestidos para saber lo que valen; entonces hablaremos del precio.

—Me gusta ese modo de vender,—dijo el gobernador.—Yo tambien quiero hacer algun ajuste contígo.

Koning le echó una mirada rápida, pero penetrante, cuyo resultado estuvo muy lejos de convencerle de que el bastardo hablase con sinceridad;

mas no obstante respondió que le honraba mucho sin duda, pero que no tendria motivos para arrepentirse.

—Te creo, pañero,—replicó el bastardo,—y ya veo que eres hombre discreto, aunque hayas pasado la vida en teger lana. Pero la hora de comer se acerca: si quereis venir con nosotros, no te faltará racion, y en tanto que comamos hablaremos de nuestros negocios

El flamenco no se atrevió á decir que no, aunque en los modales del veterano notaba algo que le inspiraba una especie de desconfianza. Bien conocia que sin un motivo muy estraordinario no hubiera obrado asi el gobernador del Louvre; pero no podia adivinar cuál fuese este motivo. El mismo Guidon estaba muy distante de sospecharlo, y el bastardo, que veia á entrambos sorprendidos y confusos, gozaba de antemano del buen éxito de su astucia.

Entraron, pues, juntos en la torre y mandaron poner una mesita para el mercader, al lado de la de los dos caballeros, pues lo demas le ser-

vieron exactamente como a ellos, pues la abundancia era el único lujo que conocia el bastardo de Barfleur.

Encontró este un nuevo placer en observar el cuidado que tenia el flamenco de estar siempre alerta, sin atreverse á beber una gota de vino puro, por miedo de que despues se le escapasen algunas palabras imprudentes.

—¡Bebed, voto á tal!—le dijo el veterano por atormentarle. —¿No os gusta mas que vuestra cerveza? ¡Válgame la Virgen Santísima! Ciertamente sois dignos de compasion los flamencos, que no teneis una yugada de viñedo en toda vuestra tierra.

Koning, que no pudia sufrir el menor sarcasmo dirigido contra su pais, levantó la cabeza con energía, y respondió con mayor rapidez de la que ordinariamente usaba hablando en francés:

—¿Creeis, señor gobernador, que la Guiena y los demas dominios que el Rey de Inglaterra posee en el Mediodia de Francia, son los paises mas abundantes en viñas?

—Si lo creo,—dijo el bastardo,—con tanta mas razon, cuanto que he estado haciendo la guerra en esos paises.

—Pues sin embargo de eso, los flamencos surten, por la mayor parte, de vinos á Inglaterra.

—No somos aquí niños para creer semejantes cosas, -replicó el gobernador —¿Por qué milagro sucederia eso?

—Por el comercio,—repuso Koning con voz tranquila, y dirigiéndole una mirada de triunfo.=Vos no sabeis, caballero, lo que puede la industria humana. ¿Os acordais del año de la grande hambre en 1252?

=Si por cierto; me acuerdo que costaba cuatro sueldos cada dia la manutencion de un caballo con su ginete.

—¿Y sabeis de donde sacaron aquel año los granos que necesitaban Francia é Inglaterra?

--Si, del condado de Holanda.

--Es verdad; pero sin duda no sospechais que el condado de Holanda es tan escaso de tierras de pan llevar como Flandes de viñas. Holan-

da es un pais frio, bajo y húmedo, que ni aun tiene, como el nuestro, el recurso de la agricultura ordinaria, y cuyos puertos son los peores que conozco. Pues, á pesar de todo eso, alimentó aquel año á la mitad de Europa.

-Escuchad, amigo;--dijo el veterano un poco confuso;--bien comprendo que vuestros mercaderes consiguen llevar á su pais las producciones de otras partes, y seguramente son dignos de elogio; pero tambien convendreis conmigo en que teniendo tantas riquezas, son muy locos en permanecer en un clima tan malo, y en medio de pantanos. ¿Por qué no vienen á Francia á gozar de la vida?

El tegedor no quiso decirle que por no perder la libertad de que gozaban en su pais, porque temió ofender al gobernador, y asi se mantuvo en silencio.

=Tratemos de otra cosa-dijo el bastardo, que solo deseaba encontrar un pretesto para facilitar la ejecucion de los proyectos de su sobrino, sin que pareciese que tomaba parte en ellos - Quiero compraros un vestido completo, pero con esta condicion: me le habeis de dar

de balde, y yo os permitiré que vendais á los presos que están allá arriba, todo lo que necesitan.

La sorpresa, la alegria, y la desconfianza, se mostraron sucesivamente en el rostro de Pedro de Koning. Guidon al contrario se sentia humillado y afligido al oir la condicion con que su tio concedia aquel permiso al mercader. Repugnábale ver que el hermano de su madre arrancaba de aquel modo una especie de contribucion á un hombre del pueblo, envileciéndose con una conducta tan poco delicada, aunque muy comun en aquellos siglos.

Sin embargo, la esperanza de que las nuevas relaciones entre Pedro de Koning y los cautivos facilitarian la evasion de Filipina, le impidió que hiciese representacion alguna.

— ¿Nada respondeis, amigo? — dijo el bastardo; y el tegedor, con una duda afectada, contestó: — Para eso era necesario que yo estuviese seguro de que venderia algo a los presos. ¡Si me permitieses primero verlos!

El gobernador fingió que se deja-

ba engañar, y dijo:—¿Creeis acaso que no hay que subir mas que media docena de escalones? Pues hay muchos que subir, y yo he pasado toda la noche de pié, mientras vos dormiais á pierna suelta, y es un poco mas cansado esto cuando se trata de un hombre armado de piés á cabeza, que de un tegedor de paños, que no lleva mas que el vestido. Pero si Guidon quiere tomarse el trabajo de acompañaros, podrá ser que nos convengamos al fin.

Palpitóle á Malegreve el corazon, al ver que se le presentaba la ocasion que mas pudiera desear, á saber, la de proporcionar á la condesa medios de huir, sin exijir que se abandonase enteramente á él, ni proponerle nada que pudiera atribuirse á miras personales.

Asi es que se levantó al instante, y dijo al flamenco que le siguiese.

—Escucha,—dijo el gobernador,—que á toda costa queria ocultarle sus intenciones,—ten el mayor cuidado de que no hablen ni una palabra en su lengua.

Guidon respondió con una señal afirmativa, salió con el flamenco, y el bastardo, libre de toda sujecion, empezo á reirse como un hombre que está satisfecho del resultado de su propia sagacidad.

## XII.

Apenas se vió Guidon solo con el flamenco en la escalera de la torre grande, se inclinó hácia su oido y le dijo:

—Señor de Koning, me consta que sois hombre fiel y seguro, y cuento con vos para sacar de aquí á la condesa de Flandes.

Aunque esta proposicion tan inesperada sorprendió mucho al flamenco, no perdió sin embargo su serenidad, y respondió en tono grave.

—¿Y á dónde quereis que la lleve, caballero?

—A donde querais,—replicó Guidon: —á donde esté mas segura; á Flandes á Inglaterra, al cabo del mundo.

Koning manifestó mayor admiracion que anteriormente; pero al mismo tiempo espresó su rostro la mas viva satisfaccion.

—¡Cómo!—dijo con la mayor franqueza.—¿No tratais de libertarla para vos mismo? Teneis razon, joven; mala es la adquisicion que no se hace por medios legítimos, y la rectitud os conducirá mucho mas allá que todos los artificios del mundo.

Por mas agradables que fuesen á nuestro caballero unas palabras, que parecia le presagiaban la mas dulce recompensa, no pudo menos de entristecerse y confundirse con la suposicion del tegedor.

—¿Qué pensará de mí,—se decia,—pues todo el mundo imagina que un vil interés y deseos egoistas dirigen mis acciones? ¿Podrá comprender que no exijo premio alguno por cuanto haga en favor suyo, y que me creeria feliz si pudiera libertarla y morir en seguida?

Acaso corresponderá á mis deseos y ofertas con un desprecio que á la verdad no merezco; pero ¡qué me importa con tal que le proporcione la libertad!

Aun le ocupaban estos pensamientos, cuando entraron en la prision; y las miradas afectuosas que le dirigieron los cautivos, y el rubor que cubrió las megillas de la condesa, le dieron á entender claramente que Roberto habia manifestado sus generosos ofrecimientos.

Esperimentó, pues, en aquel momento una ligera confusion, pero mezclada con una pura é inesplicable alegría, pues conoció cuánto debia dulcificar los sufrimientos de aquella ilustre familia el celo que ella por demostraba.

En tanto, Pedro de Koning, que venia detrás de él, se detuvo á la puerta de la prision, pálido, con la vista fija en el suelo, y los lábios comprimidos uno contra otro. Parecia que un dolor agudo, mezclado de indignacion y remordimientos, despedazaba su pecho al ver á su soberano en-

cerrado en aquella lúgubre mansion, en que le rodeaba á la par todo género de sufrimientos. Permaneció un momento como estupefacto; y entrando al fin en la sala con un movimiento casi convulsivo, se arrojó á los pies del conde derramando un torrente de lágrimas y esclamando en flamenco...

—Ah! ¡*Minheere de Grave! Minheere de Grave*!

Estas pocas palabras pronunciadas en la lengua materna causaron la mayor impresion en los presos, cuyos pensamientos se dirigian á la patria. Guidon vió estremecerse á Roberto y Guillermo, en tanto que se le saltaban las lágrimas á Filipina. Solo el anciano conde se manifestó dueño de sí mismo, y respondió con voz tranquila y llena de magestad.

—¡Amigo Koning! ¿Habeis venido á verme á Paris? Pocas veces me habeis dado esa muestra de afecto en Brujas.

El tejedor levantó un poco la cabeza, y recordando que la presencia de Guidon le obligaba á espresarse en fran-

cés, respondió con lentitud:—Señor, en la desgracia es donde se conoce al hombre. Nadie daria hoy con mas gusto su vida por vos, que el mismo Pedro de Koning, que en otro tiempo se oponia siempre á vuestra voluntad.

—¡Ah Koning!—contestó el anciano suspirando.—¡Que no hubieseis pensado de este mismo modo el dia en que el valeroso señor de Maldeghem tuvo el encuentro con Roberto de Artois! Entonces pudieron salvar la patria las picas de vuestros tejedores, pero ahora es ya tarde.

—Señor,—replicó Koning, que apenas podia hablar.—Bien sabe Dios que no habria dado oidos al resentimiento que tenia contra vos, si hubiera podido creer que vuestro enemigo os tratase de este modo.

¡Pero por qué no le preví, insensato! ¡Por qué no conocí que un Rey monedero falso, no podia tener compasion ni piedad!

—No hablemos ya de eso, Koning, —dijo Gui de Flandes; y volviéndose hácia Guidon añadió:

—Decidle, caballero, que en esta misma prision hemos encontrado un amigo.

—Ya sabe lo que deseo hacer,—contestó el jóven en voz baja, —no son por vos, sino al mismo tiempo por mi pais y por el honor de Francia

—¿Y sabe tambien lo que habeis hecho?—preguntó el anciano, cuyas miradas manifestaban su agradecimiento.

Guidon se puso encarnado y bajó los ojos, y Roberto de Flandes, tomando la palabra, dijo:

—Padre mio: este caballero no es de los que cuentan ellos mismos sus hazañas y se envanecen de lo que han hecho.

—Pues yo os lo diré, Koning,—contestó el conde—Este valiente francés ha salvado la vida de Filipina, esponiendo la suya. Y ahora que trata de sacarla de esta odiosa prision, me parece que puedo asegurarle que os encontrará intrépido y pronto á superar todos los obstáculos para llevar á cabo su noble designio.

—¡Con que aprobais mi proyecto!—

esclamó Guidon trasportado de alegria.—Me concedeis vuestra confianza! ¡Abrase la tierra bajo mis pies, si soy capaz de abusar nunca de ella!

Gui de Flandes respondió en tono solemne:—Sí, jóven, me fio de ti. En la larga carrera de mi vida he conocido cuán poca rectitud y senceridad hay entre aquellos que deberian dar ejemplo al resto de los cristianos. Hánme engañado los reyes de Francia é Inglaterra; los caballeros que comian mi pan me han abandonado, y hasta mis propios parientes se han armado contra mí. A pesar de todo, no temo que me engañes, cuando apenas te conozco, porque me parece que tu corazon es leal como el mio. Tambien descanso en vos sin desconfianza alguna, Koning, aunque hasta ahora habeis sido mi enemigo. El conde de Flandes no puede elegir entre un gran número de servidores desde que no puede pagar los servicios; pero puede y debe mirar como amigos verdaderos á hombres que se unen á él en su desgracia.

—Y á hombres,—añadió Pedro de

Kooing levantándose y poniendo la mano en el pecho, «que perecerán antes que faltar á su palabra. ¿No es verdad, francés?

Guidon solo respondió con una mirada, pero mirada de fuego, que demostraba cuanto habia en su interior.

Los presos y los que con tanto ardor se interesaban en su suerte, trataron despues de los medios de que se valdrian para poner en libertad á la condesa. Esta se mantuvo en silencio todo aquel tiempo, pero dirigió mas de una vez sus hermosos ojos hácia Guidon de Malegreve, en tanto que el jóven, manifestando el plan que habia formado, se espresaba con la energía propia de un alma ardiente, y con todo el arrebato de la pasion que sentia.

Era su proyecto no encerrar á Filipina en su prision la noche que hubiese de huir, sino dejar abierta la puerta que caia á la escalera de la torre de Winendale, por cuyo medio podia fácilmente la cautiva hacer uso de una escala de cuerda, para bajar desde la plantaforma á un cercado in-

mediato, que dependia del castillo, pero cuyas tapias sencillas y no muy elevadas podian escalarse fácilmente en caso de que no se pudiera abrir la puerta, bastando eligir una noche oscura y tener prevenidos caballos para huir.

Este proyecto presentaba tan pocos obstáculos, que el conde y sus dos hijos le aprobaron inmediatamente; pero era mas dificil decidir el asilo que elegirian para Filipina. Flandes estaba en poder de los franceses; Juan, conde de Namur, hermano de Roberto y Guillermo, y su primo Guillermo de Juliers, no se creian muy seguros en sus propios estados contra el resentimiento de Felipe el Hermoso; no habia que pensar en Inglaterra, ni en el imperio de Austria, desolado por una guerra civil; la Holanda y parte de los Paises-Bajos reconocian como soberano á un hermano del conde Gui; pero este era enemigo personal suyo; en fin, á cualquiera parte que dirigiesen los ojos en busca de un asilo, hallaban falta de seguridad y de proteccion

Este triste convencimiento abatió el ánimo del conde y de sus hijos. Acer-

cándose entonces á el Filipina, en ademan doloroso y humilde, dijo:

—Padre mio, ¿por qué me arrojais de vuestro lado? Por la memoria de mi madre os pido que permitais que vuestra hija participe de vuestro cautiverio. Si nuestra familia está proscripta en todos los paises del mundo, ¿por qué he de ir á morir lejos de vosotros? Permanezcamos juntos, y esperemos que se cumpla la voluntad de Dios.

Mientras la jóven se espresaba de este modo, presentaban sus facciones una reunion sublime de ternura y de valor, de dolor y dignidad. Estaba de pié é inclinada hácia su padre, como si su corazon no pudiera separarse de él; y aquellas dos figuras reunidas formaban un contraste gracioso é imponente. Los cabellos blancos y la barba plateada del anciano se entremezclaban con la cabellera rubia de su hija, y su tez, tostada por el sol del Africa, hacia resaltar la blancura de Filipina. Volvióse esta despues hácia Guidon, y le dijo:

—No creais, señor caballero, que no os hago toda la justicia que mereceis. Estoy muy persuadida de que os com-

placeriais en esponer vuestra vida por librar á una muger de su cautiverio; pero estoy resuelta á vivir y morir entre los mios.

Puso Guidon una rodilla en tierra y con voz apagada y casi ininteligible preguntó:

—¿Y quién os defenderá contra el resentimiento de Juana de Navarra? ¡No quiera Dios que yo hable mal del hermano de mi padre! pero ya habeis visto cuán poco cuidará de vuestra seguridad el gobernador del Louvre, y yo no puedo hacer otra cosa que combatir hasta lanzar el último suspiro al pié de vuestra torre.

Era imposible dudar de la sinceridad de aquel lenguage: la voz de Guidon estaba alterada, y sus megillas palidas y sus inciertas miradas manifestaban un terror mezclado con inquietud. Era evidente que en aquel momento no pensaba en si mismo, ni en los intereses de su ambicion ó de su amor, sino que lo olvidaba todo, sin ver otra cosa que el peligro en que se hallaba la cautiva.

Conmovióse, pues, Filipina, bajó los

ojos y una sensacion que hasta entonces jamás habia esperimentado, hizo palpitar con viveza su corazon. Arrojóse en los brazos de su padre, y le parecieron suaves las lágrimas que derramó en aquel momento.

—Hermana mia, —dijo Roberto, — ninguno de nosotros tendrá un instante de tranquilidad hasta que sepamos que estás fuera de esta prision. Pedro de Koning es hombre inteligente y sabrá conducirte á cualquiera abadía, donde estarás bajo la proteccion de la vírgen y de todos los santos y donde podrás esperar dias mas felices.

—Y mientras no sepais que ha muerto el viejo Koning,—añadió el tegedor,— podreis estar cierta de que hay un hombre que trabaja por restablecer á vuestro padre en el trono. No trato de ofenderos, señor Guidon, pero deseo que cada uno sea libre en su pais, y que haya justicia para todos.

—Koning,—dijo el anciano conde,— mi hija irá con vos, tratad de ponerla en lugar seguro, antes de pensar en esponeros por mí.

Os lo prometo, señor,—replico el fla-

menco.—Pero ¿me permitís que anuncie en vuestro nombre que confirmareis todos los privilegios de nuestra ciudad?

El anciano respondió con melancólica sonrisa:

—¿Y de qué serviria que quisiese hacerlo? ¿No me hallo prisionero? ¿No estoy tocando al término de mi vida? Sin embargo, Koning, si estuviese libre, nada negaria á mis pobres subditos.

—¿Y vos, señor Roberto?--preguntó el tejedor.

—¿Pensais acaso,—respondió Roberto con altivez,--que yo he de prometer cosa alguna, hasta que mi promesa sea la de un soberano á su pueblo, y no la de un cautivo á la persona á quien necesita?

Decidles que traten de ponernos en libertad, y me encontrarán igual á mis abuelos.

—Os doy las gracias,—repuso Koning. —Vuestros abuelos fueron siempre bienhechores de los nuestros, y trataremos de demostrar que no lo hemos olvidado. Pero no pondreis guarnicion en Damme, ¿no es verdad?

—Señor de Koning,—esclamó el cautivo con indignacion,—mi padre es el conde de Flandes.

Koning se avergonzó, y volviéndose al anciano le dijo:

—¿Podré prometérselo á los vecinos de Brujas?

—¡Tratais de imponerme la ley en mi prision?—replicó Gui de Flandes en tono severo.—?Cómo he de tener confianza en vos, si no la teneis en mi?

—¡Ah señor!—repitió el obstinado tejedor.—Mis bienes, mi vida, la de mis hijos, todo es vuestro; pero los privilegios de mi ciudad, nuestros derechos sobre el pais de Franck, y la libertad de la navegacion por el canal de Swin, son cosas que no podemos ceder; son para nosotros, los habitantes de Brujas, lo que para vos seria la integridad del condado de Flandes. Nuestros abuelos nos lo han dejado por herencia, y es preciso que los trasmitamos á nuestros descendientes.

—Está bien, Koning,—dijo el anciano.—Vosotros eligireis vuestros hom-

bres buenos, y yo los mios, y todos cumpliremos lo que aquellos decidan reunidos.

—Pero es preciso que sean verdaderos «hombres buenos», —esclamó el pañero,—y personas del pais de Flandes, que conozcan nuestros antiguos usos.

El conde no pudo menos de sonreirse, y volviéndose á Malegreve, le preguntó:

—¡Qué os parece de todas estas precauciones, caballero! ¿Exigiria mas seguridades un Rey que tratase conmigo, que las que exige este tegedor de paños?

Antes que Guidon pudiera responder, tomó la pabra Koning, y dijo con firmeza:

—Es que en este momento me considero como representante de mi pais; en cualquiera otra cosa, señor, podeis hablarme como mi soberano.

Gui de Flandes, que parecia que se divertiese con la resistencia de Koning, le preguntó con dulzura:

—¿Y qué impuesto podré exigir sobre la lana de Inglaterra?

Koning bajó la cabeza y no respondió palabra.

—¡Y me entregareis vuestras cuentas!—prosiguió el conde.—¡Y nombraré yo vuestros regidores!

—Escuchad, señor conde,—contestó Koning.—Espero que dentro de poco hemos de obligar al Rey de Francia á que os haga justicia, y despues podremos disputar contra vos como antes; pero á lo menos tendremos el gusto de hacerlo en nuestra propia lengua.

El conde se sonrió y dijo:

—Ese pleito no se ha de decidir tan pronto; pero salvad á mi Filipina y despues pensaremos en lo demas.

—Señor conde, estoy á las órdenes de este francés. Compraré caballos y vendré todas las noches á esperar á vuestra hija en el sitio que se me señale.

—Yo trataré tambien de buscar palafren para la condesa,—contestó Guidon;—buscad únicamente uno para vos, y ya me parece que es tiempo de que bajemos, antes que el gobernador venga á saber qué causa nos detiene tanto.

—Es verdad,—dijo el tejedor;—es necesario.

Lanzó un largo y profundo suspiro, dirigió una espresiva mirada á su soberano prisionero, y á los hijos de este, y añadiendo «Dios os bendiga», salió de la prision.

Guidon le siguió un momento despues, habiéndose detenido á despedirse de los cautivos, y cuando llegó al pié de la torre halló á Koning disputando sériamente con el bastardo sobre el valor del vestido que le habia de enviar, como si no pensase en otra cosa que en vender su paño de un modo ventajoso; y su adversario manifestaba tanta obstinacion en exigir paño de valor, como si realmente hubiera hecho venir á Koning al Louvre con esta sola esperanza.

De aquellos dos hombres que trataban de engañarse recíprocamente, acaso el flamenco era el mas astuto, pero el gobernador tenia la ventaja de hacer su objeto. Ambos daban muy buena importancia al negocio de que se trataaba sin embargo, aparentaba el tener en ello el mayor interés

á fin de ocultar mejor su verdadero pensamiento. Koning se quejaba de la pérdida que iba á esperimentar, y decia que no podia hallar sino muy corta ganancia en los efectos que iba á vender al conde y amenazaba con que se volveria atrás de lo tratado; pero cuando el bastardo le veia mas animado, introducia con malicia en sus respuestas algunas alusiones que hacian temblar al buen flamenco.

—¡Cómo!—decia.—¡Teneis poco que vender al conde! ¿Pues qué habeis hecho tanto tiempo allá arriba? —Y no era necesario mas para obligar á Koning á cambiar de tono.

Al fin manifestaron convenirse, despues de muchas disputas, en una cosa que importaba muy poco á uno y otro, y Koning salió murmurando y manifestándose descontento, en tanto que el bastardo, dando en el hombro á su sobrino, le decia con rostro alegre:

—Guidon: asi sabe arreglar las cosas un hombre entendido.

Guidon no respondió, pues no queria manifestar á su tio cuánto se avergonzaba de verle hacer un papel tan innoble;

y ademas, su pesamiento estaba ocupado esclusivamente en el objeto que quería ocultarle.

En aquel momento los distrajo, de un modo agradable para ambos, el barguero á quien Malegreve habia entregado sus armas y el resto de su equipage. Acababa de pasar la barca por enfrente del Louvre, y pocos minutos despues transportaron al cuarto del gobernador cuanto pertenecia á Guidon. Con este motivo, recayó naturalmente la conversacion sobre las juntas del dia siguiente. Examinó el bastardo las armas, eligió las que habia de llevar su sobrino, le prometió dos buenos escuderos, y le dió consejos, que si no eran muy caballerescos, demostraban por lo menos tener una gran práctica en las armas.

—Sobrino,—le dijo,—no cometas la necedad de ceder á la moda, y llevar un casco aplanado, que toque á la misma cabeza: de ese modo se reciben los golpes de lleno, al paso que se deslizan en un yelmo bien elevado y redondo. Cuida tambien de que no te aten muy fuerte el yelmo á la lóriga ó al gorjal, para que, si recibes alguna lanzada en la ca-

beza, pueda caer el yelmo solo. Dirige siempre tu lanza al pecho del enemigo. ¿De qué sirve derribarle el creston, ó levantarle la visera para conseguir unos vanos aplausos? Lo que importa es hacerle caer en tierra para que pague el rescate. No aceptes fácilmente el combate con espada, porque hay aventureros que han pasado toda su vida en este género de esgrima, y que llevan espadas pesadísimas, á que llaman su gana-pan, y cuando un buen caballero cree que trata con otro caballero como él, se encuentra con que al primer golpe le derriba uno de esos bribones, y se vé obligado á rescatar su caballo y armas.

Llegó la noche antes que el bastardo acabase sus reflexiones sobre el torneo, y las justas en que se habia hallado. A la puesta del sol lo dejó de repente para desempeñar las funciones de costumbre, y Guidon, luego que quedó solo, tomó un baño caliente, segun el uso de los guerreros de aquella época para descansar de las fatigas del dia, y dar soltura á sus miembros, que se hallaban algo entorpecidos. Despues se acostó temprano, y pronto se durmió profun-

damente, pues aun se hallaba en la edad en que la naturaleza jamás pierde sus derechos, y dos noches que habia pasado sin descanso le habian dispuesto perfectamente para dormir, á pesar de todas las agitaciones de su alma.

FIN DEL TOMO I.

# FILIPINA DE FLANDES

ó

# LOS PRESOS DEL LOUVRE.

## NOVELA HISTORICA.

## Tomo II.

SEVILLA.

Imprenta del **PORVENIR** c. de las Sierpes
núm. 13.—1851.

# XIII.

El dia siguiente se levantó el jóven al alba, á fin de prepararse para las justas, y no tardó en reunirse con él su tio, llevando consigo dos escuderos para que le armasen. Aquellos dos hombres estaban muy lejos de ser de nacimiento distinguido, como por lo regular lo eran los que se dedicaban al servicio de los caballeros. Uno de ellos, llamado *el bermejo*, era natural de una de las provincias septentrionales de Alemania, donde las personas del pueblo bajo no tenian entonces nombres pro-

pios, y le habia encontrado el bastardo en una de las compañias de soldados mercenarios que en aquella época llamaban brabanzones ó aragoneses, los cuales vivian casi siempre á costa de los pueblos. El otro, llamado el *negrillo*, era picardo, y le habian dado aquel nombre de guerra en una de las guerrillas conocidas con el nombre de *los pícaros del Rey*. Hubiera sido dificil hallar dos hombres que pareciesen mas fuertes, atrevidos y familiarizados con todos los peligros de la guerra; pero ni uno ni otro tenian aspecto feroz, y aunque el negrillo era tan vivo y burlon como el bermejo tranquilo y taciturno, ambos pertenecian á la clase de soldados que tan numerosa es en la Francia moderna, á quienes el hábito del peligro parece que ha hecho buenos y generosos.

—Ahí teneis á vuestro señor,—les dijo el gobernador señalando a Guidon:—servidle bien y defendedle con valor, y si le sucediese alguna desgracia, saltad por encima de la barrera sin hacer caso de las voces

del pueblo, y sacadle del peligro.

—Así lo haremos, —respondió el negrillo, y su compañero hizo una señal afirmativa.

—Bermejo,—dijo el bastardo,—toma ese yelmo, y pónmele tan brillante como un espejo; y tú, negrillo, arma al caballero

Ambos obedecieron al instante. El bermejo se llevó el yelmo sin decir palabra, y el negrillo puso á Guidon las escarcelas de mallas y la lóriga, enlazándolo todo con una prontitud que manifestaba su mucha destreza. El jóven se vistió sobre la lóriga una cota de armas negra con el escudo de su casa, y bajó á la plaza del castillo para ver como ensillaban su caballo.

Trajéronsele dos criados que le habian limpiado y enjaezado con el mayor esmero. Cogióle Guidon por la brida y le obligó a ejecutar toda especie de movimientos, para estar seguro de que no tenia mal alguno, ni se resentia del cansancio del viaje. Acabado aquel largo y minucioso exámen, mandó que le cubriesen con una gran mantilla ne-

gra, y le trageron otro caballo en que debia montar hasta el instante de entrar en la lid.

Ordenó entonces Guidon que le enlazasen el yelmo, y montó á caballo, imitándole sus escuderos, que iban igualmente armados de pies á cabeza. El negrillo llevaba su escudo y lanza, que adornaba una gran banderola negra de seda, y el bermejo conducía de mano el caballo de batalla. Estando, pues, dispuestos á marchar, solo esperaba el jóven la vuelta de su tio, que sin decir palabra se habia separado de él repentinamente.

Pronto se esplicó la ausencia del bastardo, pues salió de la torre de Winendale, acompañando á Filipina. Habia aprovechado aquel momento para llevarla á la prision de su padre, á fin de que pudiese ver á Guidon revestido de todo aquel aparato de combate, y rodeado de la pompa guerrera que pocas veces deja de cautivar á las mugeres. Efectivamente, la condesa fijó la vista, acaso con mas interés que el que ella misma creia, en el caballero, cuyo hermoso cuerpo y nobles facciones brilla-

ban mucho mas en aquel trage y actitud.

—Mi sobrino vá á las justas, señorita;—dijo el gobernador modulando lo mas que pudo su áspera voz;—pero nadie se interesará por el buen éxito del pobre jóven, pues nadie le conoce aquí. ¿No le desearíais vos una buena suerte, pues sois la única señorita á quien ha visto en Paris?

—Seguramente se la deseo,—contestó Filipina, y añadió poniéndose colorada:—Pero me parece que ha elegido color muy triste para un jóven.

—Ay, señorita! —esclamó Guidon viéndola vestida del mismo color.—Jamás usaré otro de aqui adelante.

Como avergonzado de las palabras que habia dicho, picó al caballo y salió al galope de la plaza de armas del Louvre, saludando con la mano á su tio y á su amada.

Sus escuderos, que hacia mucho tiempo que conocian las calles de Paris, le llevaron al sitio destinado para las justas. Al Oriente de la ciudad, y delante del palacio de Tour-

nelles, habian formado con una doble empalizada de cuatro á cinco pies de alto, una liza que corria exactamente de uno á otro estremo del palacio; la estacada esterior no tenia adorno alguno, pero la interior estaba cubierta de paño azul con las armas de Francia, y entre ambas se colocaban los caballeros, y sus comitivas, acomodándose el pueblo fuera de la esterior, y contentándose con entrever el espectáculo.

No solo estaban llenas de señoras ricamente vestidas las ventanas del palacio, y las de todas las casas que daban á la plaza, sino que en medio de la liza, hacia la parte del palacio, habian construido un tablado con tres órdenes de palcos, adornados con toda magnificencia, la Reina, la altiva Isabel de Francia, (que todavia era una niña, aunque se celebraban aquellas fiestas para sus desposorios), las princesas de la sangre, las damas de palacio, y algunos señores de la primera nobleza. En frente del palco de la Reina estaban sentados los jueces del campo; y como los campeones debian verificar su en-

cuentro en aquel sitio, el deseo de ver mejor el combate, unido al de poder contemplar á las señoras, atraia hácia aquella parte á todos los caballeros que se hallaban entre ambas palizadas, no quedando casi nadie á los dos estremos del campo, pues desde allí se percibian apenas las damas y los caballeros.

En uno de estos estremos se colocó Guidon, para quien eran indiferentes las miradas de las hermosuras de la córte, y que no se interesaba mucho en ver las hazañas de los guerreros, pues la pasion que ocupaba su alma le hacia insensible á todo lo demas. A pocos pasos de distancia se hallaba otro caballero, con sus escuderos correspondientes, que tenian su caballo de batalla y su lanza; y ambos estaban casi solos en aquella parte del recinto.

Cada uno de ellos habia ocupado su sitio sin reparar en el otro, y cuando se miraron quedaron un poco sorprendidos, pues sus armaduras eran bastante parecidas, con la diferencia de que el desconocido llevaba en sus

armerías una estrella de plata, en vez de las águilas y torres de Guidon. Por lo demas, sus cotas, y las mantillas de sus caballos eran igualmente negras, y llevaban tanto uno como otro yelmos de acero bruñido, sin cimera ni plumas, y las lórigas sin adorno alguno.

El que llevaba la estrella de plata solo levantó un poco la visera; pero lo que descubrió de su rostro anunciaba que habia llegado ya á la edad madura y que era hombre grave y severo. Era alto y fornido, y tanto que al verle Guidon no pudo menos de pensar que debia ser temible adversario.

Casi el mismo pensamiento ocurrió sin duda al desconocido, pues luego que miró algun tiempo á Malegreve se acercó á él, y saludandole con suma cortesía le preguntó:

—Señor caballero de las águilas y torres, ¿será imprudencia preguntaros de que pais sois?

—Soy normando,—respondió Guidon; pero de la raza antiquísima del pais de Caux, y de una familia mas

antigua que el nombre de Normandia. Y vos, señor caballero de la estrella, ¿sois acaso compatriota mio?

—Tambien soy normando,—contestó;—pero de los que ahora habitan en Inglaterra.

En aquel momento les interrumpió el ruido de las trompetas que sonó á un mismo tiempo en los dos estremos opuestos de la liza. Abriéronse las barreras y corrieron dos caballeros uno contra otro. Separábalos una barrera como de tres á cuatro pies de altura, que atravesaba toda la liza, de manera que estando uno de ellos á la derecha y otro á la izquierda, podian darse fuertes golpes, pero no estaban espuestos á caer debajo del caballo de su enemigo, con lo cual se evitaba la mayor parte de las desgracias que ensangrentaban los torneos.

Luego que se encontraron los justadores enmedió de la arena, se echó de ver por el silencio la atencion de la innumerable multitud que los miraba, y cuando rompieron sus lanzas resonó el aire con mil gritos de

aprobacion. Solo Guidon y el desconocido que estaba á su lado, manifestaron la mayor indiferencia.

—Me parece, caballero,—dijo el jóven,—que no tomais mucho interés por las justas.

—Creo que tan poco como vos—respondió el inglés;—y ciertamente es menos de admirar en mi edad que en la vuestra. Sin embargo, veo que habeis traido vuestro caballo de batalla, y venis en trage de justador.

—Otro tanto puedo decir yo, señor de la estrella de plata,—replicó Malegreve sonriéndose.—Por mi parte solo pienso salir á romper una lanza.

—Lo mismo me sucede á mi,—contestó en tono grave el de la estrella.—¿Y cuál es el motivo que os incita á pelear?

—Quisiera adquirir un buen caballo español, á costa de los caballeros de aquel pais, que dicen deberán entrar en combate.

—Está bien,—repuso el inglés.—Pues si no teneis la felicidad de derribar á vuestro adversario trataré de

seguiros, y de ganar para vos un caballo: pero en recompensa, prometedme que, en caso de necesidad, me sostendreis en un combate que he de emprender, y cuyo motivo interesa á todos los normandos.

—Con mucho gusto,—dijo Guidon, y ambos caballeros se dieron la mano, en señal de alianza.

Presentáronse todavía algunos combatientes antes de salir á la palestra los caballeros españoles y navarros; pero al cabo de cierto tiempo se vieron ondear al otro estremo de la carrera las banderolas encarnadas y amarillas de sus lanzas, y un momento despues se colocaron junto á la palizada los caballeros de aquella nacion, en número de nueve.

Pocos franceses quisieron combatir contra ellos; no porque su valor, aunque muy reconocido, atemorizase á los caballeros de Francia, sino porque sabiendo que les favorecia la Reina, su compatriota, tenian por tan peligroso el quedar vencedores en presencia de aquella soberana vengativa, como desagradable el quedar vencidos.

No le fué, pues, difícil á Guidon colocarse uno de los primeros entre los que trataban de correr contra ellos, y el caballero inglés, fiel á su promesa, le siguió hasta la barrera, para salir al combate inmediatamente despues que él. Sus armaduras casi iguales, sus banderolas negras, y su continente erguido, llamaron la atencion de los espectadores, y como los tres primeros franceses que pelearon contra los españoles quedaron vencidos, se fijaron todas las miradas con una especie de impaciencia en Guidon, que debia ser el cuarto.

Tocaron las trompetas la marcha de Rolando en el momento en que abrieron la barrera para dar paso al caballero normando, y en el mismo punto salió á la barrera por el estremo opuesto, un navarro montado en un caballo berberisco, tordo, antiguado y con una hermosa piel de leopardo por mantilla.

Era el continente de aquel estrangero el de un hombre acostumbrado á los combates. Habia colocado su escudo delante del pecho para manejar con mas facilidad las riendas de su caballo, y á fin de no causar inútilmente el bra-

zo derecho, llevaba la lanza vertical y sostenida en la pieza que tenia la silla para este efecto. Su arnés, ó hablando en términos modernos, sus armas defensivas, estaban cubiertas de adornos dorados, y todo lo que llevaba era brillantísimo; pero la única cosa que llamó la atencion de Malegreve fué la hermosura del caballo de su adversario, y se alegró infinito de que la fortuna le presentase una ocasion tan conforme con sus deseos.

A la segunda señal de las trompetas y á la voz de los heraldos, metieron las espuelas á un mismo tiempo ambos adversarios; y aunque el caballo normando de Malegreve salió al galope, el del navarro corrió con tan estraordinaria velocidad, que habia pasado mucho mas allá del balcon de la Reina cuando se encontraron los dos caballeros. El choque fué terrible, las lanzas se hicieron pedazos, y aunque el español no perdió los estribos, cedió tanto, que los espectadores esperaban verle caer al suelo.

El pueblo prorrumpió en aclamaciones de aplauso, y las señoras que se ha-

llaban en las ventanas de las casas empezaron á agitar sus pañuelos, en lo cual no les imitaron las que se hallaban con la Reina por temor de ofender á esta.

Continuaba Guidon al paso, disgustado de no haber vencido sino á medias, y prometiéndose á sí mismo hacer algo mas la segunda vez. Los clamores del pueblo y los aplausos de los caballeros resonaban en sus oidos de un modo tan confuso, que al principio no advirtió que á las aclamaciones de triunfo se unian tambien gritos de alarma.

Sin embargo, viendo que todos movian los brazos, volvió la cara y vió que el navarro venia á él segunda vez al galope, con otra lanza que un escudero le habia dado por encima de la palizada. La posicion del jóven era terrible, los usos de los torneos autorizaban, hasta cierto punto, la astucia de que se habia valido su adversario, veíase desarmado, y aun cuando hubiese tenido lanza, apenas le quedaba tiempo para volver su caballo y sostener el choque. Asi, pues parecia inevitable su derrota.

Volvióse no obstante, aunque sin ar-

ma, y embrazó rapidamente el escudo, para oponerle al hierro de la lanza enemiga; pero apesar de toda la destreza y fuerza que empleó en un ataque tan desigual, tuvo que ceder y tocó con los riñones en la grupa del caballo. Levantóse, empero, inmediatamente, y el navarro, que le creia por tierra, le vió enderezarse y colocarse de nuevo en la silla, con tanta prontitud como si no le hubiese tocado el golpe.

El español no pensaba dejarle descansar, y aunque su caballo iba con la rapidez del rayo, le detuvo de repente y le volvió con tanta celeridad, que los espectadores, poco acostumbrados á ver manejar tales caballos, apenas podian creer á sus propios ojos, cuando le vieron volver á la carga.

Pero en aquel instante se halló una lanza en la mano de Guidon. El bermejo la habia arrancado sin decir palabra de las manos del escudero del inglés, y saltando dentro de la liza, venia á socorrer á su amo. Era, con todo, un recurso bien débil contra un enemigo que corria con tanta rapi-

dez, cuando el caballo de Malegreve apenas habia podido afirmarse todavia. En tal estremo, el caballero francés pensó tan solo en sucumbir con honra, y en vez de sacar el caballo contra su contrario cuando ya no era tiempo, le esperó á pié firme, aunque sabia que era imposible que en aquella posicion resistiese el choque de un enemigo, cuya fuerza aumentaba tanto la rapidez de la carrera.

Con efecto, Guidon y su caballo vinieron á tierra; pero antes de caer habia dado tan fiero golpe á su adversario, y tal vigor habia comunicado á su brazo la desesperacion, que el caballo berberisco continuó su carrera pero fué solo y sin ginete.

El resultado de aquel choque, en que ambos justadores habian venido al suelo, hubiera podido parecer igual para las dos partes, á hombres poco acostumbrados á los usos de la caballeria; más en la opinion de los jueces del campo, y de todos los caballeros que lo presenciaban, Guidon era verdaderamente vencedor, pues habia caido con su caballo, sin

perder los estribos, en tanto que el corcel de su enemigo habia llegado sin ginete al otro estremo de la liza. Adjudicáronle, pues, al momento, las armas y caballo del navarro (caballo que ya habia agarrado por la brida el negrillo), y luego que se levantó el suyo, salió de la arena en medio de las aclamaciones de los espectadores.

No esperaban menos estos de su compañero de armas, el caballero de la estrella de plata; pero cuando este vió que el jóven habia conseguido el objeto que se proponia, creyó que no debia salir á la palestra, y se separó de la barrera para volver á su primer sitio, con gran sorpresa y descontento general de la multitud, que atribuyó á cobardia su retirada.

Sin hacer caso de la opinion del pueblo, preguntó á Guidon luego que se reunieron:

—¿Os habeis lastimado con la caida? En tal caso quedais libre de la palabra que me disteis.

—Contad conmigo, —respondió el jóven.—He visto que estabais pronto á salir á mi defensa, y aun creo que

es vuestra la lanza que me ha dado el triunfo. Os sostendré, pues, fielmente, como os he prometido.

—Pero observad que ha de ser lucha muy séria,—replicó el caballero de la estrella, —y si temeis el peligro, no de las justas, sino de las enemistades y traiciones, será mejor que me dejeis solo.

El francés le interrumpió repitiéndole:

—He dado mi palabra, y podeis estar seguro de que sabré cumplirla.

—Pues en tal caso será esta tarde,—dijo el inglés,—y hasta entonces voy á retirarme, porque ya veo que el resto de la mañana se empleará en justar contra los caballeros españoles.

—Iremos juntos,—contestó Guidon, —pues ya nada tengo que hacer aqui. Y viendovenir al escudero que le habia dado la anza añadió:

—Bermejo, os doy á ti y á tu compañero las armas del vencido: no se las hagais rescatar demasiado caras, y decidle que el caballo me pertenece, y que no le volveria ni por todas las joyas de la Reina.

Los dos escuderos, sorprendidos y alegres al ver un regalo tan considerable, permanecieron mudos, hasta que al fin el negrillo esclamó:

—¡Pues esto vale un dia de saqueo! Pero decídmelo otra vez, señor, porque mi compañero no quiere creerlo, y yo mismo no sé si lo dude.

—¿Qué precio exigis por el rescate? —preguntó uno de los españoles, que habia ya peleado, y que se hallaba entonces hácia aquel lado de la liza, despues de haber quebrado tres lanzas.

—¿Será demasiado veinte y cinco marcos de plata?—dijo el negrillo.

—¿Y está conforme tu compañero?—replicó el español.

El bermejo hizo un gesto afirmativo, y el caballero continuó:

—Pues quedan rescatadas.

Y llamando al escudero que llevaba su bolsillo, pagó inmediatamente los veinte y cinco marcos, diciendo que no queria que un caballero de su nacion viese ni un solo momento sus armas en poder de aquellos dos escuderos.

# XIV.

Desde que dejó en su posada al caballero inglés, pasó Guidon al Louvre, donde le recibió su tio con el mayor regocijo, y le dió un nuevo caballo para que por la tarde volviese á las justas. Sin embargo, antes de dejarle marchar, le advirtió el veterano que no fuese tan pródigo con sus escuderos, no fuera que por darles de comer demasiado echase á perder dos perros de los mejores que pudiera tener un cazador.

Las justas debian volverse á abrir hácia la hora de nona, (á las tres

de la tarde segun nuestro modo de contar). El jóven Malegreve se dirigió á la liza antes de esta hora, y aunque el recinto comprendido entre las palizadas se hallaba casi desierto, encontró ya en él al caballero inglés que se habia anticipado. Estaba en el mismo sitio que por la mañana, y en el propio equipage, sin mas diferencia que la de llevar su escudero tres lanzas, en vez de una sola.

Guidon se colocó á su lado, y despues de haberse saludado amistosamente, esperaron el momento de renovarse las justas. El inglés estaba pensativo y parecia mas triste que por la mañana, sucediéndole lo contrario al francés, que estaba alegre y satisfecho de haber adquirido un palafren, cuya velocidad podia salvar á Filipina de Flandes, pensamiento que suavizaba todas sus penas.

—Caballero de la estrella, —dijo á su compañero,—siento infinito veros tan triste. ¿No os parece que estas justas presentan una brillante ocasion para adquirir gloria? Si os falta algo que os pue-

da proporcionar un amigo, ¿por qué no lo decís?

—Este dia que tan hermoso os parece,—contestó el inglés con una sonrisa melancólica,—va á causar la vergüenza de vuestro pais y el mio; pero doy muchas gracias á Dios de que tal vergüenza no recaerá sobre mí. Lo único que siento es tener que combatir contra un hijo de mi hermano.

—¡Y es vuestra causa justa y honrosa?—preguntó Guidon.

—La mejor que ha defendido nunca un caballero;—contestó el inglés.

—Pues en tal caso, dejadme que pelee por vos contra vuestro sobrino, que yo os prometo que no trataré de herirlo.

El inglés le alargó la mano, y luego que la apretaron recíprocamente, le respondió:

—Os doy las gracias, señor caballero, y no desecho vuestra oferta; pero debo advertiros que aunque sois muy diestro y muy robusto, encontrareis un temible adversario en mi sobrino el conde de Warwck.

Sorprendióse al oirlo Malegreve y esclamó:

—¡Cómo! No es uno de los enviados del Rey de Inglaterra?

—El mismo,—contestó el inglés.

—¿Y suponeis que saldrá á la palestra?

—No podrá menos de hacerlo, aunque en lo interior de su corazon sienta el defender una mala causa y defenderla contra mi.

—¿Y no podreis hallar otro contrario en tanto que yo peleo contra ese? —preguntó Guidon, que conocia era imposible que el inglés provocase á la lid sin combatir personalmente.

—Sí por cierto,—respondió el caballero de la estrella de plata;—primero será preciso que combata con el conde de Lincolin

—Con el otro embajador inglés?

El de la estrella hizo una señal afirmativa.

—A fé mia, caballero, —prosiguió Guidon, —no habeis elegido enemigos oscuros, y si puedo acompañaros en la lid, á lo menos recibiré en ello mucho honor.

Durante este diálogo se habia llenado de caballeros aquel recinto, y la

Reina acababa de ocupar su sitio en el balcon real. Al instante resonaron los instrumentos por todas partes, y una multitud de señores de un rango distinguido se manifestaron dispuestos á justar uno contra uno, ó dos contra dos, pues habian quitado ya la barrera que dividia la plaza por la mañana.

Las justas de la tarde presentaron mas variedad que las de la mañana, y Guidon tomó mas interés en ellas; pero su compañero permanecia sumamente taciturno.

—¿Quién es aquel valeroso campeon que acaba de dar tan terrible lanzada?—le preguntó el jóven.

Ese —contestó el inglés, —es Juan de Avesne, hijo del conde Henao.

—Es buen caballero,—dijo Guidon.

—¡Buen caballero!—esclamó el de la estrella.—El pueblo le llama «Juan sin misericordia.»

Guidon tenia pensamientos demasiado generosos para no aprobar tal respuesta, y asi no volvió á interesarse por el conde sin misericordia, y dirigió sus miradas á otros caballeros.

—Vamos á ver cosas buenas,—dijo un momento despues.—¿No veis el gabilan blanco del conde de Artois? ¿Le teneis acaso enemistad, caballero de la estrella? A la verdad, ha gobernado con dureza á los de Guiena y de Poitou.

—La suerte de las armas es muy variable, —respondió su compañero con frialdad; —pero yo despreciaré siempre á quien maltrata á un prisionero, y no ignorais que vuestro Roberto de Artois ha dejado morir en un calabozo á Guillermo de Juliers.

¡Es posible!— esclamó Guidon.— ¡Le he visto combatir con tanto valor, y he admirado tantas veces su noble rostro!

Y poniendo la mano junto al corazon, añadió:

—Este es el que hace el legitimo caballero.

Entretanto se iban prolongando las justas y no se presentaba en ellas ningano de los embajadores ingleses, lo cual obligó á Guidon á que dijese á su compañero

—Va á terminarse el torneo y no veo á ninguno de los que quereis desafiar.

—Estad tranquilo,—contestó el inglés,—que demasiado pronto vendrán para perder su honor.

—Advertid,—replicó el jóven,—que van ya á proclamar solemnemente los desposorios de la princesa Isabel.

Con efecto, acababan de abrir la barrera de la plaza para que entrasen los reyes de armas de Francia é Inglaterra, montados en magníficos caballos, y vestidos con todo el brillo de su profesion, detras de los cuales venian seis heraldos, tambien á caballo, llevando á cada lado de la silla un canastillo cubierto de terciopelo, y lleno de monedas de plata para distribuir al pueblo.

Detuviéronse enfrente del balcon de la Reina, y Montjore, rey de armas de Francia, levantó la voz el primero, y esclamó:

—Viva el noble Eduardo, príncipe de Gales, hijo del rey de Inglatera.

Los caballeros blandieron las lanzas, las señoras agitaron los pañuelos, y todo el pueblo gritó: ¡Viva! ¡viva! en tanto que tocaban los clarines, y los heral-

dos arrojaban monedas á la multitud. Luego que se apaciguó aquel tumulto, se adelantó Saint-George, rey de armas de Inglaterra, y esclamó en francés (pues el inglés era entonces lengua proscripta y despreciada); ¡Viva la noble princesa Isabel, hija del rey de Francia! á cuya proclamacion siguieron las mismas demostraciones de alegria, no cesando el ruido hasta algunos minutos despues.

En tanto que pasaba todo esto, habia echado pié á tierra el caballero inglés, y mandado que le trajesen su caballo de batalla.

—Vive Dios, caballero,—le dijo Guidon,—ya es demasiado tarde, y me parece que no habeis de pelear hoy.

El inglés no respondió palabra, y montó con prontitud en el caballo.

Volvieron á sonar las trompetas, y se presentó en la liza una tropa numerosa y brillante. Componíanla los condes de Artois y de Valois, de Lincoln, y de Warwick, acompañados por sus pajes y escuderos, y siguiéndoles una multitud de caballero de sus casas. Los dos primeros eran procu-

radores del Rey de Francia para la celebracion de los desposorios, y los dos últimos representaban al rey de Inglaterra. Dieron vuelta por toda la circunferencia de la liza, y por todas partes resonaron los gritos de alegria y admiracion del pueblo.

Formaba efectivamente una vista admirable aquel grupo de caballeros. Sus hermosos corceles con mantillas de terciopelo, bocados dorados, y riendas de seda, llevaban en la cabeza penachos de plumas magníficas de pavo real. Brillaban en las armaduras de los condes el oro y las piedras preciosas, llevando en los cascos no solamente grandes penachos, sino tambien lo que entonces se llamaba lambreguines, que habian sustituido á lo que eran alas de águila entre los gefes germanos y escandinavos. No llevaban en los escudos sus propias armerias sino las de sus soberanos, y esta circunstancia parecia que daba mayor realce al brillo que les rodeaba.

Despues que dieron vuelta á la liza, se detuvieron debajo del balcon

de la Reina, y dieron sus escudos para que los colgasen en una barrera colocada allí cerca para ese efecto. Bajaron entonces las viseras, enristraron las lanzas, y mandaron tocar las trompetas, como desafiando á cualquiera que se atreviese á pensar algo contra la alianza que estaban encargados de formar.

La sorpresa fué universal cuando otra trompeta respondió á aquel desafío, y entró en la liza el caballero de la estrella de plata, haciendo que su caballo saltase por encima de la barrera.

Colocóse solo enfrente de los cuatro condes y de la Reina, y levantando la visera de su yelmo, dijo en voz fuerte y sonora:

—Yo, Gautier de Beauchamps, caballero, que recibí comision para jurar por el alma de mi Rey y por mi propio honor que el príncipe de Gales daria su mano á otra muger, declaro falsos, pérfidos y nulos los esponsales que tratais de celebrar. Asi me ayuden Dios y San Jorge.

No es posible espresar la cólera y

consternacion de cuantos oyeron estas palabras. En un siglo en que todavia se miraba el honor como el primer bien, no podia reprimirse con la fuerza un desafio semejante, pues debia por lo menos alegarse alguna razon; y era de temer que el caballero negro probase la bondad de su derecho de un modo que imprimiese un borron indeleble en el enlace convenido. Consultaron entre sí los cuatros condes por un momento, y en seguida el rey de armas de Inglaterra, encargado de su respuesta, se adelantó y dijo:

—Caballero Gautier de Beauchamps, los condes que se hallan aqui presentes por parte del rey Edmardo, reconocen que efectivamente recibisteis comision para jurar por el alma de vuestro Rey, y por vuestro propio honor, que el príncipe de Gales daria la mano á otra señora; pero dicen que el Papa ha declarado inválido aquel juramento, y están prontos á probar su buen derecho con la lanza y la espada.

—El Papa, —respondió con arrogancia el caballero, —puede dispensar las leyes de la iglesia; pero no

las del honor. Por tanto, repito que es mala vuestra causa, y asi os desafio al combate á vos, Enrique de Lacy, conde de Lincoln, y á vos,—aquí se debilitó un poco su voz,—Guidon de Beauchamps, conde de Warvvick,—y arrojó el guante á la arena.

—Esparcióse por toda la reunion un murmullo sordo, pues el caballero tenia, á lo menos en la apariencia, el mejor derecho, y el pueblo francés, en quien siempre se ha notado una grande inclinacion á la justicia, no podia menos de aprobar sus razones. Hiciéronse, pues, con una triste solemnidad los preparativos para el combate, que debia ser á todo trance. El conde de Lincoln, cuyo escudero habia recogido el guante, quedó solo en la liza con los dos reyes de armas, que se colocaron, uno á la derecha y otro á la izquierda; los demas caballeros se retiraron mas allá de la estacada, á paso lento y en desorden, pues todos estaban turbados y como sin concierto en vista de aquel inesperado accidente.

—Beauchamps—dijo el conde de

Lincoln al caballero inglés, á quien se acercó antes de tomar puesto al otro lado de la liza:—triste necesidad es para mi el tener que combatir contra tí, presa francesa; pero me acordare de que somos antiguos compañeros de armas, y si mi lanza ó mi espada hacen correr tu sangre será muy contra mi voluntad.

—Lacy—le respondió su adversario:—harás muy mal en tener ninguna consideracion. Piensa que nos miran los franceses, y que debemos mostrarles como saben vencer ó morir los normandos de Inglaterra. Toma posicion, y no olvides que descendes del famoso Strougboghe.

Saludáronse con la mano, y se colocaron en sus puestos á los dos estremos de la plaza. Enrique de Lacy iba jugueteando con su caballo, y manifestando la destreza y gracia de un perfecto ginete. Gautier de Beauchamps llevaba el suyo al paso, siendo su continente el de un hombre que ha tomado una resolucion irrevocable. Luego que estuvieron proximos á la barrera se acercaron sus escuderos pa-

ra enlazarse sólidamente los yelmos y viseras, y Guidon, que habia estado viendo aquella escena con el mayor interés acercó su caballo lo mas que pudo á la palizada, y estendiendo la mano hácia el caballero inglés, le dijo.—Compañero, aqui estoy pronto á reemplazaros, si es preciso, pero decidme, por Dios, quien es esa muger á quien prestasteis juramento?

—La desgraciada hija del conde de Flandes—respondió Gautier,—la que está presa en el Louvre.

El jóven perdió el color y se estremeció, pero una cosa y otra duraron solo un instante. Encendiéronse las mejillas, brillaron sus ojos estraordinariamente y esclamó con acento que salia del corazon —¡Protéjante todos los santos del paraiso! Tuyo soy en vida y en muerte, y los venceremos á todos, uno despues de otro.

—Partid, partid,—gritaron los reyes de armas; sonaron las trompetas, los dos campeones clavaron las espuelas en los hijares de sus caballos, y Guidon oyó el choque de sus lanzas y escudos, mas nada vió, pues parecia

que se habia esparcido una nube ante sus ojos, segun estaba de turbado.

El combate de los dos guerreros se prolongó bastante tiempo, pues, rotas las lanzas, echaron mano á las espadas, y cargándose con furor manifestaron un valor tan admirable, que los espectadores, deponiendo sus prevenciones en favor de uno ú otro combatiente, temblaban cada vez que un nuevo golpe destrozaba una de las dos armaduras y hacia correr la sangre del conde ó del caballero. Ambos estaban ya gravemente heridos; mas al fin venció Gautier de Beauchamps, dejando caer á Enrique de Lacy tan fuertemente en tierra, que no pudo volver á levantarse Entonces saltó del caballo su adversario, y sin ponerle la punta de la espada á la garganta, le dijo:—Conde de Lincolin, el juicio de Dios acaba de demostrar que sosteniais una mala causa; pero como no era verdaderamente vuestra, no exijo de vos ni confesion ni rescate. Os pueden retirar vuestros escuderos.

Al decir estas palabras tuvo que apoyarse él tambien en su espada,

pues la sangre corria de sus heridas considerablemente. Acercáronse los escuderos de uno y otro para socorrer á sus amos, y el pueblo no dió grito alguno de victoria, pues el resultado del combate pareció que habia desagradado mucho á la Reina y á toda la familia real.

Entretanto el conde de Warwic habia mandado abrir la barrera, y se acercaba lentamente con la lanza en ristre.

—Caballero Gautier,—dijo al vencedor cuando llegó á el:—¿Os hallais en estado de continuar el combate?

Estremecióse el caballero al escuchar aquella provocacion, y contéstó:—¡Ah, sobrino! ¡Teneis sed de la sangre de vuestro tio! ¿Y por qué? ¡Por agradar á un Rey perjuro! Pues, si; combatiré hasta el último suspiro, antes que permitir se diga que Gautier de Beauchamps ha faltado á la buena causa.

Mas en tanto que decia esto, Guidon de Malegreve habia saltado con su caballo por la liza en medio de las aclamaciones de la multitnd, que reconoció en él al vencedor de la mañana.

—Señor de Bauchamps,—dijo al lle-

gar,—exijo el cumplimiento de vuestra palabra; permitidme que os reemplace.

—¿Y quién eres tú?—preguntó el conde de Warvvik.

—Sobrino,—respondió Beauchamps, —las armerias de este caballero están gravadas en el sepulcro de vuestro abuelo, y aunque ignoro su nombre, me basta esta circustancia para confiarle la defensa de mi causa.

—En tal caso le acepto por adversario,—replicó el conde,—y volviéndose á los escuderos de Enrique de Lacy, les mandó que se llevasen á su amo, á quien habian colocado ya en una camilla medio moribundo. El vencedor se retiró tambien á pié, apoyado en uno de sus escuderos, pues no tenia ánimo para montar á caballo. De este modo quedaron solos en la liza los dos guerreros mas jóvenes, que por una rarisima casualidad tenian ambos el nombre de Guidon; y tal era su deseo de pelear, que en vez de retirarse hasta las barreras no se separaron sino algunos pasos, y al punto volvieron uno á otro sin esperar la voz de los heraldos ni el sonido de las trompetas.

En el primer encuentro se espantó el caballo español del conde de Warvvic, al ver la sangre que estaba derramada por la arena, y dió una huida tan violenta, que poco faltó para que su amo perdiese la silla; pero Malegreve tuvo á menos aprovecharse de aquella ventaja, y se contentó con girar la lanza por encima de la cabeza de su enemigo, de modo que tocase la punta de los penachos del conde, que cayeron en fragmentos por tierra.

Vuelve, vuelve,—esclamó el inglés deseoso de tomar venganza, y ambos volvieron en el mismo instante á la carga con tal precipitacion, que en vez de atacarse por la izquierda y lado del escudo, tomaron el lado contrario. El hierro de la lanza del conde tocó al caballero por bajo de la lóriga, dándole tan fuerte golpe, que se rompió la cincha de la silla, y el ginete cayó al suelo; pero al mismo tiempo el arma del francés habia atravesado la coraza dorada de su adversario, probando la mucha sangre que salia de la herida que hubie-

ra sido mortal si la hubiese recibido al lado del corazon.

—¡Es el juicio de Dios! —esclamó Saint-George, rey de armas de Inglaterra, y soltando el baston salió de la liza con la cabeza baja, mientras el pueblo celebraba con repetidos gritos el triunfo de Guidon, sobreponiéndose la antipatia nacional á todas las demas consideraciones.

Guidon volvió los ojos involuntariamente hácia el balcon de la Reina, y quedó asombrado al ver que la princesa de Francia agitaba su pañuelo en señal de alegria, pues el interés que tomaba por el caballero le habia hecho olvidar que su campeon era el conde. Conmovido por aquella señal de benevolencia que tan lejos estaba de esperar se acercó al palco y dijo á la princesa:

—Señora: la culpa y el oprobio recaen en el rey Eduardo. ¡Ojalá el principe de Gales valga mas que su padre y sepa merecer vuestra mano!

La princesa, que desde entonces deba ya señales claras del carácter novelesco y de la imaginacion exaltada que

despues la hicieron heroina y mala esposa, se sonrió y arrojó á Guidon su banda blanca, en medio de las aclamaciones de entusiasmo de los espectadores, que veian en aquella accion una lisonjera prueba de su predilección en favor de los franceses.

La Reina supo ocultar perfectamente su descontento, y dirigiendo á Guidon la palabra le dijo:—¿Con que tambien ante vos, caballero, deben ceder todos los obstáculos?—repitiendo las palabras que habia proferido el jóven con respecto á ella dos dias antes, y manifestando asi que le habia conocido apesar de su armadura.

Volviéndose despues hácia algunos señores, que se hallaban detrás de ella, les mandó que fuesen á rogar de su parte á los condes de Valois y de Artois, que se preparaban á salir á la palestra, que no renovasen el combate.

—Es preciso dejar el honor de este dia,—dijo—á esos caballeros negros, que le han adquirido á costa de su sangre. Bien conocemos que nuestra ahijada no debe estar contenta con el

Rey Eduardo; pero muchas veces tienen que sacrificarse los soberanos por la felicidad de los pueblos.

—Si estas palabras hipócritas no engañaron á ninguno de cuantos las oyeron, ni aun al mismo Malegreve, que á pesar de su poca esperiencia no vió en ellas sino un nuevo rasgo de perfidia y un infame insulto á la desgracia, produjeron á lo menos el efecto de que Guidon no recibiese reto alguno, y asi se retiró muy despacio hácia la barrera en que le esperaba Gautier de Beachamps, y allí se abrazaron cordialmente ambos caballeros.

—Ahora marcho á la Tierra Santa,—le dijo el inglés:—si vuelvo de ella, valeroso compañero de armas, mucha ha de ser mi desgracia si no os traigo alguna reliquia preciosa.

—Esperad algunos dias,—respondió Guidon suspirando,—porque es muy posible que marchemos juntos.

—Esperaré,—replicó su nuevo amigo;—y si llega el caso de que os vengais conmigo, mis caballos, criados, dinero y espada, todo será vuestro.

—Y yo lo aceptaré con la misma franqueza que me lo ofreceis, —contestó el francés.—Pero ¿quién sabe,—continuó en tono triste,—á donde me conducirá el camino que tengo que seguir? Si no me volveis á ver antes de la luna nueva, será señal de que ya no existo, y entonces... llorad por aquella cuya causa habeis sostenido.

Diciendo estas palabras en voz baja se despidió del inglés, montó á caballo, y se dirigió al galope hácia el castillo del Louvre.

# XV.

Encerrado en aquella fortaleza esperimentaba Guidon de Malegreve una tristeza inesplicable y un disgusto de vida que no habia sentido jamás, ni aun en el tiempo de su cautiverio en Gascoña. Nacia aquella situacion de que despues de haberse ocupado en un proyecto atrevido y generoso, que no le habia permitido pensar en si mismo, se veia de repente conducido á sensaciones menos exaltadas y á pensamientos mas frios, desde que

no encontraba obstáculo alguno que superar, y solo se trataba de esperar una ocasion favorable.

—¿Y qué haré,—se decia á si mismo,—luego que se haya fugado? No me quedará mas recurso que el de presentar mi cabeza á los pies del Rey y perecer como un criminal, si, como temo, desconoce la justicia y la clemencia. Y aun cuando me deje la vida, ¿en que podré ya emplearla? No puedo aspirar á la mano de la que adoro, ni servirla contra mi pais.... No hay remedio, acompañaré á Gautier de Beauchamps en su peregrinacion, y si Dios se compadece de mi, hallaré acaso en la tierra Santa la tranquilidad del ánimo ó el reposo de la muerte.

Tales eran los tristes pensamientos que afligian al jóven, y le habian abatido en términos que apenas pasó algunos minutos los dias siguientes en compañia de los presos, complaciéndose únicamenre en ver y acariciar al caballo árabe, que habia conquistado y destinaba para Filipina. Algunas veces mandaba que le pascasen

por la plaza de armas del Louvre; pero nunca permitió que le montase persona alguna. Solia buscar ocasiones para hablar con el soldado viejo que habia estado en Flandes, y le preguntaba con ánsia acerca del carácter de aquel pueblo, sus fuerzas y sus recursos; pero aquellas conversaciones redoblaban su melancolía, demostrándole que todavia quedaban medios para restablecer al anciano conde en su trono, pero medios en que no podia pensar un francés sin ser criminal.

El bastardo no mostraba pena alguna de verle pálido y pensativo.

—El muchacho está enamorado,—se decia á si mismo,—y no sabe cómo conseguir su objeto; yo le ayudaré un poco, y antes de lo que piensa; pero bueno es entretanto aparentar que no me mezclo en nada.

El conde y sus hijos, por lo contrario, se afligian al ver la tristeza del jóven, y temian ser la causa secreta de sus inquietudes. Sobre todo, Filipina, á quien el instinto propio de su sexo habia revelado todo lo que pasaba en el alma de Guidon, iba poniéndose tan

triste y silenciosa como él, y nadie al verla hubiera creido que tenia es-eranzas de recobrar la libertad.

Cada vez que Malegreve entraba en la prision, esperaban los cautivos la noticia de que habia llegado el instante de la marcha de la condesa; y al fin una tarde, cinco dias despues del torneo, vino Guidon, en vez del bastardo, para conducir á Filipina á la torre de Wineadale. Estaba mas animado que otras veces, y brillaba en sus ojos el fuego del valor, cuando dirigiéndose al conde le dijo en voz baja:

—Señor conde, despedios de vuestra hija, pues esta misma noche es preciso que salga de la prision.

Por mas preparados que estuviesen Gui de Flandes y sus hijos á recibir aquella noticia, la idea de una separacion que podia ser eterna, fué para ellos un golpe mortal. Guidon los dejó solos algunos momentos para no ser testigo de su dolor, y evitar que la presencia de un estraño hiciese aun mas triste su congojosa despedida. Mantúvose, pues, fuera, y no volvió á entrar en la prision hasta que oyó al

pie de la torre la voz rónca del gobernador que le decia:

—¡Ola sobrino! Mira que el sol se ha puesto ya.

Fué necesario entonces que Filipina se arrancase de los brazos de su padre: Roberto la acompañó, ó mas bien la llevó en sus brazos hasta la escalera, donde Guidon la sostuvo en el suyo, estremeciéndose al sentir que se apoyaba en él.

—Cuidado, señorita,—le dijo en tono tímido.—No quisiera que vuestro pesar llamase la atencion de los soldados ó de mi tio.

Filipina no pudo responder sino derramando un torrente de lágrimas. Atravesaron en silencio la plaza de armas, y al llegar á la escalera de la torre de Winendale, dijo Malegreve en voz baja:

—Estad dispuesta dentro de tres horas. Yo vendré y ataré la escala; un escudero mio os recibirá en el cercado, y Pedro de Koning nos esperará á la salida del bosque.

La hermosa cautiva solo dió á entender con una mirada que le habia com-

prendido, y se separaron, llenos ambos de inquietudes y pesares.

Guidon encontró aquella noche á su tio mas alegre que nunca: ya se estregaba las manos; ya empezaba á cantar una cancion militar; no pocas veces se sonreia sin que el jóven pudiese comprender la causa, y en fin, á corto rato dijo á su sobrino que era preciso retirarse temprano, pues estaba muerto de sueño.

—Retiraos vos, tio,—dijo Malegreve,—pues yo pienso velar esta noche con la guardia del castillo.

—Harás bien,—contestó el gobernador dirigiéndole una mirada llena de malicia.—Ninguna precaucion está demas cuando uno está encargado de guardar señoritas nobles y jóvenes. Pues en tal caso, sobrino, buenas noches: vete cuanto antes fuera de la torre grande, que quiero que levanten el puente á mi vista.

No esperó Guidon á que se lo digese segunda vez, y salió de la torre, yéndose á sentar en un banco de piedra, cerca de la torre de Winendale.

Los perros desencadenados acudieron á él ladrando; mas conociéndole luego que estuvieron cerca, se llegaron solo para acariciarle. Observó el jóven que muchos de ellos temblaban, algunos corrian á esconderse en sus nichos y otros daban vueltas alrededor de los centinelas, como implorando su proteccion. Levantó entonces los ojos al cielo, y vió que se iban amontonando sobre el castillo nubes sumamente negras.

—Prepárase una tempestad, —se dijo á si mismo,—y todos los vivientes se asustan de ella; solo yo debo alegrarme; pues me facilitará la evasion de Filipina. ¿Es posible que tan temible sea la maldad de los hombres, que por huir de ella coloque un miserable su esperanza en el desórden de la naturaleza, que hace temblar á los mas valerosos animales?

Algunos momentos despues se oyeron ahullidos en los fosos de la torre grande, pues los osos y demas fieras que en ellos habia, espantados por los presagios de la tempestad, andaban de un lado á otro de su prision,

lanzando gritos horrorosos. Aquellos lúgubres sonidos hubieran helado cualquiera corazon menos intrépido que el de nuestro jóven, que á pesar de todo su valor sentia que se le erizaba el cabello en la cabeza. No le turbó tanto una voz mas fuerte y terrible, que impuso silencio á todas las demas, el rugido de un leon de Armenia. El rey de los animales parecia que desafiaba á la tempestad, azotándose los hijares con la cola y clavando sus garras en la tierra como si se preparase para un combate.

Pronto empezaron á cruzar el cielo los relámpagos. Guidon entonces se retiró á la torre de Winendale, cuyo centinela apenas le vió, pues estaba ocupado en invocar á todos los santos del cielo. Subió la escalera, y no se detuvo sino en la plataforma, desde donde podia descubrir el horizonte y juzgar de la duracion de la tormenta. Criado en la costa del mar, y entre marinos, conoció fácilmente que el mal tiempo podria durar poco mas de una hora, que era cuanto podia desear en favor de la princesa,

pues esta no hubiera podido caminar en medio de una tempestad. Esperó allí algun tiempo, y luego que el cielo empezó á aclarar un poco, trató de fijar la escalera de cuerda que de ante mano habia llevado á la plataforma.

El bermejo debia estar en acecho en el cercado inmediato, y una piedra que tiró Guidon debia servir de señal para que se presentase; mas la noche estaba tan oscura, que era imposible que el jóven le percibiese, y nunca hubiera llegado á saber que el escudero habia percibido la señal á no haber sido por la prevision de este, que recogiendo la piedra, la arrojó con vigoroso brazo hácia las almenas de la torre.

Seguro de que estaba allí, echó primero Guidon una cuerdecita delgada, y cuando conoció que el bermejo habia recogido una punta, ató la otra al estremo de la escala, que desarrolló en seguida fijando su parte superior en las almenas. Entonces el escudero la estiró cuanto pudo, y la amarró por aquella parte á los árboles que habia en el cercado.

Soplaba todavía el viento con la mayor violencia, cuando se acabaron estos preparativos; pero ya no llovia y los relámpagos eran mas tardos. Guidon fué á buscar á la condesa y la halló ya vestida de hombre, con un ferruelo de viage y sombrero de alas anchas; mas se asombró al ver su aspecto tranquilo é intrépido en un momento tan peligroso. Parecia que la idea del peligro, á que era necesario esponerse para huir de la tirania de Felipe el Hermoso, daba á la jóven el valor propio de un guerrero.

—Vamos,—dijo á Guidon.—Puesto que al fin me he de ver libre, me parece que ya tarda el momento de estarlo.

Condújola Guidon en silencio á la plataforma, pues estaba demasiado conmovido para responderla; pero se sorprendió y asustó estrañamente al notar una figura negra apoyada entre las almenas. Echó al punto mano á la espada, pero en el momento le tranquilizó la voz del bermejo que llegó á sus oidos:

—He querido probar la escala antes que pasáseis vos y la princesa,—dijo el fiel escudero;—ahora ya estoy satisfecho.

Y escurriéndose por la misma escala, desapareció en la oscuridad.

Púsose entonces á temblar Malegreve, pensando que un paso que diese en falso podia precipitar á Filipina en un abismo, y volviendose á ella le dijo:

—Esperemos un poco: acaso calmará algun tanto el viento.

—Nada temais por mí,—contestó la condesa;—aunque soy mujer, corre por mis venas sangre guerrera, y me parece que la idea de verme libre, infunde en mí alguna parte de la fuerza y valor de mis abuelos.

Diciendo así, se acercó á las almenas y examinó la posicion de la escalera. Guidon la cogió en sus brazos y la apretó en ellos de un modo casi convulsivo, en tanto que ella colocaba sus pies y manos en la trémula cuerda.

—Ya estoy,—dijo entonces; y el caballero titubeaba aun en soltarla, mas cuando lo hizo volvió inmediatamente la cabeza, como para no presenciar su

caida al pié de la torre. Púsose de rodillas, y prosternándose hasta tocar su cabeza á las húmedas piedras, dirigió un fervoroso ruego á la vírjen María, en estos términos:

—Señora: yo confio bajo vuestra proteccion á la que despues de vos es la muger mas pura y desgraciada, y no creo que la abandoneis en tanto peligro, siendo madre de las misericordias. Soy un pobre caballero, y no puedo ofreceros que haré construir un convento ó capilla; pero os juro que si algun hombre se atreviese á hablar de vos con poco respeto en mi presencia, le desafiaré y le venceré, á pié ó á caballo, con lanza, espada, hacha, maza, puñal, ó cualquiera otra arma que sea. Amen.

Luego que acabó esta oracion, mas conforme con el espíritu de su siglo que con los principios de una ilustrada piedad, se sintió menos abatido. Aplicó la mano á la escala de cuerda, y viendo que ya no se movia, conoció que Filipina habia llegado al suelo. Al momento saltó él á la escala lleno de ardor é intrepidez, y la bajó con una rapidez tal, que hubiera podido ser funesta a

otro que no estuviese tan ejercitado como él.

Cuando saltó en tierra encontró la condesa arrodillada y dando gracias á Dios. Dejóla que cumpliese aquel piadoso deber, y él entretanto fué á abrir la puerta del cercado, y trató de buscar á Koning, que no debia estar lejos de allí; mas no pudiendo percibir nada, á causa de la oscuridad, envió al bermejo en busca del flamenco.

Habíase ya levantado Filipina cuando volvió. Dióle con emocion las gracias por lo que habia hecho en su favor, y su agradecimiento se manifestó en aquel instante con mas viveza que nunca, en terminos que Guidon hubiera podido concebir una dulce esperanza si no hubiese estado persuadido de que probablemente no volveria á ver jamas á aquella por quien diera gustoso la vida.

Entretanto no volvia el escudero, y asustados de aquella tardanza, salieron juntos del cercado Filipina y Guidon. Este se atrevió á ofrecer su brazo á la princesa, que se apoyaba en él con la mayor confianza, pues la oscuridad los

daba algun poco de ánimo. Una viva claridad les dejó percibir repentinamente el carmin que coloreaba sus megillas y el brillo que animaba sus ojos; pero al mismo tiempo les mostró tambien una porcion de soldados que les rodeaba.

# XVI.

Tan pronto como tuvo noticia el astuto veterano del proyecto de su sobrino acerca de la fuga de Filipina, se lo advertió, no al mismo Rey, sino á su favorito Pedro Flotte, señor de Revel; mas, sin embargo, en vez de presentar las cosas bajo su verdadero aspecto, fingió que el rapto de Filipina estaba concertado entre él y Guidon, como medio de atraer á la princesa á un lazo, y obligarla á que se casase con el caballero, sin tener que emplear violencia alguna. Pedro Flotte, familiarizado ya con intrigas de

aquella especie, aprobó el plan del gobernador, y se contentó con enviarle á decir que queria presenciar la captura de los fugitivos.

Solo faltaba al bastardo descubrir el momento preciso de la evasion. Otro menos sagaz que él hubiera tratado de sobornar á los escuderos de su sobrino; pero el viejo normando sabia demasiado para dirigirse á personas cuyo corazon habia ganado Guidon con su generosidad, y asi no hizo otra cosa que encargar á un palafrenero, que le avisase luego que se llevaran fuera del Louvre el caballo berberisco; y el mismo dia en que le dieron tal aviso envió un espreso á Pedro Flotte, y subió á la plataforma de la torre grande á buscar el capellan del castillo.

—Amigo,—dijo al viejo,—hace mucho tiempo que os está manteniendo el Rey sin que hagais nada; pero esta noche es preciso que os pongais vuestra armadura de clérigo, y que vengais conmigo á decirme unas palabritas en latin.

¡Válgame Dios!—respondió el astrólogo suspirando—¿No me habiais pro-

metido que me dejariais en paz?

—Ya hace un siglo que pasó eso,—contestó el bastardo.

—¡Un siglo, caballero! No hableis con esa ligereza de un siglo. ¡Ojalá le hubiera yo vivido, empleándole todo en el estudio! Pero la vida del hombre es demasiado corta para aprender, y despues en esta desdichada latitud de Paris, las nubes y nieblas nos privan la mayor parte del año de la vista de los astros.

—Pues por esta noche,—replicó el gobernador,—perdereis muy poco en venir conmigo, porque el cielo está muy cubierto, y no veriais mas que una terrible tempestad.

Conducido el viejo astrólogo á ideas terrenas, se rascó la cabeza y dijo entre dientes:

—El caso es que tengo que salir esta noche.

—¡Cómo! —esclamó el gobernador colérico.-Tú que no sales de aqui cuando para nada te necesitamos, ¿pretendes irte ahora que te vengo á buscar?

—La Reina me ha prometido un

priorato allá junto á los Pirineos,—dijo el viejo,—si le presento el horóscopo de su hija. Le tengo ya hecho, y dentro de una hora debo ser admitido á su audiencia.

Alargó el bastardo la mano para agarrar el pedazo de pergamino en que estaba trazado el horóscopo; pero el capellan, si es que aquel sugeto merecia tal nombre, fué mas vivo que él, y retirando su obra la guardó en el seno como un tesoro.

¿Y quereis llegar á ser prior?—dijo el normando echándole una mirada de incredulidad.—Yo creia que no podiais desear una torre mas hermosa que esta.

—¡Ah señor!—esclamó el astrólogo.—¡Es tan claro el cielo en Gascoña!

—¿Y qué contiene el horóscopo?

—El verdadero destino de la princesa,—contestó el viejo con tono firme y como si estuviese realmente convencido de la certeza de su arte.—No debe ser muy feliz, pues abandonará á su marido, le declarará la guerra y le destronará, y despues su

hijo la hará prisionera y morirá cautiva.

El gobernador se encogió de hombros, y sonriéndose como con lástima, le dijo:—Y creeis que esa prediccion os valdrá un priorato? Amigo mio, mejor hubierais hecho en no leer jamás una palabra. ¡Válgame la Vírgen! Un chiquillo de mi pais sería mas astuto.

—¡Oh!—replicó el astrólogo en tono grave y sério—los pastores de vuestro pais...

—Escuchadme,—interrumpió el veterano —Bien sabeis que no os permitirán salir de aquí si yo no os doy licencia. Sin embargo, os la daré con la sola condicion de que habeis de añadir un capítulo á vuestro horóscopo.

—¡Añadir á mi horóscopo!—repitió el viejo horrorizado.—Está completo y no le tocaré para nada.

—Pues no saldreis de aquí, señor mio.

—Pero... ¡Válgame Dios! ¿Qué queriais que añadiese?

—Una prediccioncilla sobre lo pasado,—replicó el bastardo.

Estas palabras tranquilizaron algun tanto al astrólogo, que contestó:

—Si no se trata mas que de lo pasado, esa ya es otra cosa. No hay un gran mérito en conocerlo, y por lo mismo he cuidado muy poco de ello.

—Pues añadireis...—dijo el gobernador.

—Cuidado que sea sobre lo que ya pasó,—repitió el obstinado astrólogo.

—Por supuesto. Habeis de decir á la Reina que su hija corrió un gran riesgo hoy hace siete dias.

—¡Siete dias!—dijo el astrólogo.—Era la noche que Saturno estaba tan encendido. ¡Verdaderamente ha corrido un gran riesgo! No es estraño, antes era muy de esperar.

—Añadireis tambien, que si no hubiera abortado por milagro un proyecto que parecia que no podia faltar, estaba perdida la princesa.

—No me admira eso,—respondió el viejo, enfatuado con su ciencia supuesta.—Aquella noche se veia en el cielo una estrella que parecia un corazon de leon, pero no era mas que un meteoro.

Pues ya que habeis visto todas esas cosas—replicó el veterano, sin saber si debia reirse de las preocupaciones del viejo, ó admirarse de su saber,—no dejareis de decirlo a la Reina.

—Seguramente,—dijo el astrólogo.

—Pues en tal caso, podeis salir cuando querais. Y ya que no sabeis decir misa, ¿no podriais hallarme algun clérigo para esta misma noche?

—¡Cómo que no sé decir misa!—replicó el sábio capellan.—Sé decirla mejor que la mayor parte de los ignorantes que no entienden el kirie ni la aleluya, y para probároslo yo os diré la misa que quereis. Pero es preciso que sea despues de media noche, porque no estoy en ayunas, y acaso ninguno de mis compañeros lo estará tampoco.

—¡Hecho! Sois hombre de bien y escelente clérigo,—dijo el bastardo, despidiéndose de él;—pero no olvideis la prediccion para la Reina. Y cuando se halló al pié de la escalera, suspiró como quien sale de una penosa inquietud, y se dijo á sí mismo:

—Ahora ya puedo dejar que salgan del calabozo los soldados de Roca Ne-

gra, pues no tengo que temer la venganza de nadie con respecto á Guidon, ni á mí.

Conocia muy bien el plan que su sobrino habia adoptado para la evasion de Filipina, porque le habia visto entrar varias veces en el cercado, examinarle cuidadosamente y medir la sombra de la torre de Winendale. Ningun cuidado tenia, pues, que tomar, y esa fué la razon por que aquella noche estaba tan alegre. La tempestad que ocurrió despues no impidió al veterano que saliese del castillo, encargándo á los centinelas que á nadie absolutamente dejasen entrar hasta que él volviese. Pasó enmedio de la tempestad á casa de Pedro Flotte, en la cual fué admitido al instante, pues los reyes de Francia encontraban en servirse de agentes de mediano nacimiento la ventaja de que estos estaban siempre prontos á velar dia y noche por los negocios de su amo.

Nadie se parecia menos á Felipe el Hermoso que el desgraciado y contrahecho Auverniano, su favorito, y la diferencia era tan grande en lo mo-

ral como en lo físico. Tan deferente, astuto y circunspecto era el favorito, como el Rey violento, impetuoso y naturalmente temerario. El único punto de contacto que se advértia en ambos era una sed insaciable de dinero; pero el príncipe queria aquel metal como origen de fuerza y de poder, en tanto que Flotte parecia animado por una rapacidad de instinto que le inclinaba á estrujar al pueblo, alterar las monedas y cometer otras mil infames exacciones con una especie de placer.

En el momento en que introdugeron al bastardo á la presencia de aquella sanguijuela pública, se hallaba tambien en el aposento un caballero armado de punta en blanco, y con la visera echada, el cual se retiró al hueco de una ventana y permaneció en silencio, pero con mucha atencion, como si tuviese derecho á oir lo que hablasen las otras dos personas El gobernador del Louvre estaba tan acostumbrado á cosas de aquella especie, que no manifestó sorpresa alguna; pero sospechando que aquel podia ser

algun gran personage, y tal vez algun pariente del Rey, trató de adquirir un protector á costa del señor de Revel á quien estaba muy lejos de tener por amigo.

—Señor,—dijo á Flote con malicia, —temo que esteis algo enfadado conmigo.

—¿Por qué, Barfleur?—preguntó el favorito.

—Porque sin duda esperariais que viniese á vuestra casa el otro dia, despues que tuve el honor de hablar al Rey: á lo menos me han dicho que esa es la costumbre.

Diciendo así, con los ojos un poco bajos espiaba á un mismo tiempo las acciones del caballero y el semblante de Pedro Flotte. El primero hizo un movimiento de sorpresa, y el segundo perdió el color y respondió con voz algo trémula:

—Os engañais mucho, señor gobernador del Louvre. Yo no deseo que nadie me diga lo que S. M. cree que debe ocultarme, ni permitiria en ningun caso que me lo digesen.

—Asi lo creo,—dijo el veterano,—

y ademas de eso os aseguro que un soldado viejo como yo no puede decidirse á ir á un mismo tiempo por dos caminos, y aun cuando hubierais deseado tanto como falsamente suponen, el saber mi conversacion con S. M., no me habriais sacado del cuerpo ni una sola palabra.

El caballero desconocido hizo un movimiento de aprobacion, y el favorito quedó aun mas cortado. Entonces el bastardo mudó de conversacion, y habló de la proyectada evasion de Filipina, manifestando que ya habia cuidado de colocar un destacamento alrededor del cercado por donde debia escaparse.

—Pues entonces nada tenemos que hacer sino ir allá,—dijo Pedro Flotte. —Este caballero nos acompañara, pues tiene curiosidad de ver qué cara pone la hermosa fugitiva.

—A fé mia,—respondió el bastardo con una indiferencia afectada,—no quedará muy pagado de su trabajo este caballero, si por tan poca cosa quiere andar con nosotros por ahi en tan mala noche. Sin embargo, yo me alegro

siempre que encuentre algun caballero atrevido, de los que no se usan ya para quien sean náda el trabajo y la vigilia y que por lo mismo se parezca á los de mi tiempo. Sereis, pues, muy bien venido, señor caballero, porque si despreciais la tempestad por ver el casamiento de una señorita desconocida; supongo que una lluvia de flechas no os impediria el salir á buscar al enemigo.

El caballero silencioso le dió las gracias con una inclinacion de cabeza, y bajando todos al patio de la casa, montaron á caballo, acompañándolos varios escuderos y criados que llevaban hachones encendidos. Cuando llegaron cerca del Louvre, ocultaron estos; y los caballeros se colocaron en emboscada, donde estaban los soldados que de antemano habia puesto el bastardo al rededor del cercado, y que ya habian cogido al bermejo. Pocos momentos despues cayeron en el mismo lazo Guidon y su compañera, y antes que el jóven intentara siquiera defenderse, ya le habian sujetado.

Descubrieron de nuevo entonces las antorchas, y condugeron á los cautivos

á un edificio cercano, que dependia del Louvre, aunque no estaba comprendido en su recinto, donde en medio de algunos soldados groseros, cuyas armas reflejaban la rojiza luz de las antorchas, esperaron Malegreve y Filipina la venganza de los satélites del Rey, con el corazon traspasado de dolor, pero libre de vergüenza y remordimientos.

Pedro Flotte se encargó del papel de juez, y dirigiéndose con tono serio á Malegreve le preguntó:

—¡Ola señor de Malegreve! Parece que queriais llevar á esta señorita á Inglaterra ¿eh? ¡Terrible traicion! ¡Crimen de lesa Magestad! Sin duda os costará la cabeza.

—Callad, señor de Revel,—dijo el bastardo;—aqui no hay mas crímen que un amor loco, y yo os aseguro, bajo mi palabra de honor, que mas quisiera mi sobrino morir que entregar la hermosa condesa al principe de Gales. ¿No es verdad, Guidon?

Levantó Guidon la cabeza, y respondió con tono firme

—Yo no he tratado mas que de seguir las leyes del honor. Si mi ac-

cion es criminal á los ojos de la política, sabré sufrir sin quejarme el castigo que se me imponga.

Pedro Flote, creyendo que el sobrino estaba de inteligencia con el tio, le miró de un modo espresivo, como aprobando lo bien que desempeñaba su papel. Volviéndose despues hácia Filipina, le preguntó groseramente si el caballero estaba enamorado de su hermosura, ó de sus riquezas.

—¡Infame!—esclamó Guidon, dando una patada en el suelo, mientras la condesa, sin manifestar indignacion alguna, se limitó á responder con un tranquilo orgullo:

—Caballero, sois de la córte del Rey Felipe, y no podeis comprender lo que es una accion generosa.

Turbóse un poco Pedro Flotte, pero acudiendo á socorrerle el bastardo declaró en voz alta que los jóvenes se querian, y que solo su pasion los habia estraviado hasta aquel punto; por lo que, en vez de derrramar la sangre de Guidon, lo mas seguro y conveniente seria casarlos, con lo cual se imposibilitaria absolutamente la u-

nion de Filipina con ningun príncipe estrangero.

Es imposible pintar la vergüenza, cólera y desesperacion en que sumergieron á Malegreve estas palabras:—¡Ah, ah Sr. tio!—esclamó.—¡Que lazo me habeis armado! ¿Que pensará de mi esta señorita?

—Bien, muy bien,—dijo Pedro Flotte.—Hace perfectamente el papel de irritado.

—Caballero—dijo Filipina á Guidon, —no os hago la injusticia de dudar ni un solo momento de que vuestra conducta haya sido la mas pura y desinteresada. Ya veo que ambos hemos sido engañados.

En aquel instante, el caballero armado que habia venido con el favorito, y que no habia pronunciado ni una sola palabra, se acercó á él y le habló al oido. Al punto se manifestó Flotte muy irritado, y dijo con tono áspero:

—Inmediatamente voy á mandar que vengan un sacerdote y un verdugo. Si vuestro crímen no ha tenido otra causa que el amor, señor de Malegreve, lo demostrais casandoos al momento con

esta señorita; de lo contrario lo pagará vuestra cabeza.

—Pues podeis ahorraros el trabajo de mandar que venga el sacerdote;—contestó el jóven que preferia la muerte á la vergüenza de casarse con Filipina bajo tales auspicios, y en voz algo mas débil añadió.—A no ser que venga para confesarme.

—Se os concede media hora para reflexionarlo,—replicó Pedro Flotte, persuadido de que la resistencia del jóven era únicamente un juego, y que le convendria aquel tiempo para decidir en su favor á la cautiva.—No olvideis—continuó—que esta sentencia es irrevocable. Y vos, señorita, si teneis alguna compasion de este jóven, inclinadle á la prudencia.

Diciendo esto se salió de la sala con todos los que habian asistido á la prision de ambos fugitivos, cerraron la puerta y dejaron por la parte de afuera una guardia, menos por desconfianza (pues todos creian que Guidon estaba de acuerdo con el bastardo), que para amedrentar á Filipina.

Luego que Malegreve se vió solo con

su amada se arrojó á los pies de esta, y le dijo con el mayor entusiasmo.

—No os ciegue una débil compasion, señora. Sabed que aun cuando por librarme consentieseis en una alianza tan desigual, se opondria á ella mi honor y prefiriria la muerte. Si vuestro padre se hallase en su trono y os rodeasen todos los honores propios de vuestro rango, acaso seria yo tan presuntuoso que me atreviese á levantar la vista hasta vos; pero abusar de vuestra desgracia! ¡aprovecharme vilmente de la bajeza de mi tio! No, señora, no; mi vida escaparia de la cuchilla del verdugo, pero la terminarian bien pronto la vergüenza y los remordimientos.

No pudo la condesa evitar que algunas lágrimas bañasen sus megillas, y respondió con voz ahogada:

—¡Ah caballero! ¡Ojalá no me hubieseis conocido!

Asi permanecieron algunos momentos en silencio, entregados á un acerbo dolor; pero al fin les llamó la atencion un golpe que dieron en la ventana y vieron á un hombre

agarrado á los hierros de una reja.

—Sois vos, señor de Koning,—preguntó Guidon acercándose hácia aquel lado.

—Soy el bermejo respondió el escudero en voz baja,—acabo de escaparme de las manos de los soldados, pero no he podido huir solo.

—¿Y dónde está Koning,—preguntó el jóven.

—Me parece, señor, que le he visto á unos cien pasos de aqui.

Guidon se estremeció de alegria. Agarróse á una de las barras de la reja, que por fortuna no eran muy gruesas, y sacudiéndola con un vigor sobrenatural, ayudado por el bermejo, que tenia una fuerza irresistible, consiguieron arrancarla sin hacer ruido. Volvióse entonces Guidon á Filipina, y le dijo:

—Dios se ha compadecido de nosotros. Estais libre.

—La pobre condesa, que le creia dispuesto á huir con ella se dejó subir á la ventana, y de ella bajó á los brazos del escudero; pero quedó estremadamente sorprendida cuando oyó

decir á Malegreve en tono triste y solemne:

—A Dios, á Dios para siempre.—Y perdió el sentido mientras el bermejo la llevaba en sus brazos hácia el bosque.

Entre tanto Pedro Flotte, el gobernador del Louvre y el caballero de la visera echada, estaban en otra pieza de la misma casa, y como el último estaba al parecer muy pensativo, los otros dos eran los que mantenian la conversacion.

—Es preciso confesar,—decia el auveriano,—que vuestro sobrino seria un escelente embajador. Aparentaba tan bien estar desesperado, que me hubiera engañado á mí mismo, si no hubiese estado prevenido, Es jóven que ciertamente hará fortuna.

—Gracias á mí,—pensaba entre sí mismo el bastardo, que tenia que esforzarse para no soltar la risa.

—Sin duda tendreis aqui cerca algun clérigo,—dijo Pedro Flotte.

—Si señor,—respondió el veterano. —Por allí estará el capellan del Louvre, que no solo los casará, sino que

si quieren les formará tambien su horóscopo.

=¡Oh! no os riais de los astrólogos, —replicó el favorito.—Los nuestros no son mas que estudiantes, pero si hubiéseis estado en Italia como yo, habrias visto que los mayores príncipes nada emprenden sin consultarlos, y aun ha habido reyes que han estudiado la astrologia.

—Si no eran mas sagaces que mi astrólogo— dijo el bastardo,—hubieran hecho mejor en estarse durmiendo que en pasar el tiempo en mirar á las estrellas.

—Sin embargo, el arzobispo de Paris me ha dicho muchas cosas buenas de vuestro capellan.

—¡Bah! El arzobispo no le conoce. —¡Figuraos que ese loco no sabe anunciar la felicidad á los que pueden servirle!

—¡Cómo!—esclamó Pedro Flotte.— Pues tan sincero es, señor de Barfleur, es necesario que me le envieis.

El veterano meneó la cabeza y contestó:

—Quereis que os le envie, y yo estoy

pensando que hariamos mejor en enviar á buscar otro, porque si mis presentimientos no me engañan, puede suceder que no le veamos mas.

—¿Y qué motivo teneis para pensarlo?

Animado el bastardo con las halagüeñas esperanzas de fortuna y honor que formaba ya para su sobrino y aun para sí mismo, respondió con menos circunspeccion que la que acostumbraba.

—Porque ha ido á predecir cosas tales, que no le dejarán que las repita. Ha formado el horóscopo de la princesa Isabel, y es una série de desgracias que no lisongeará mucho á la Reina.

—Hablad quedito,—dijo Flotte; pero ya no era tiempo. El caballero desconocido lo oyó, y preguntó con ademan imperioso:

—¿Y qué contiene ese horóscopo?

El gobernador del Louvre, que reconoció la voz de Felipe el Hermoso, perdió toda su presencia de espíritu, y medio tartamudeando, repitió fielmente las palabras del capellan.

—Abandonará á su marido, le decla-

rará la guerra, y le destronará; despues su hijo la hará prisionera y morirá cautiva.

El encogimiento visible con que pronunció esta siniestra profecia, y lo que habia dicho del caracter sincero del astrólogo, aumentaban la impresion que hicieron en el soberano aquellas siniestras revelaciones. Hasta la hora misma en que lo decia, el aspecto de aquella casa desierta y lúgubre donde se oia silvar el viento, la luz trémula de las antorchas, el ruido lejano de algunos truenos que aun se percibian, y el triste canto de las aves nocturnas, todo se reunia para trastornar la razon de un monarca, que como todos los hombres de su tiempo estaban muy inclinados á favor de la astrologia.

Consternado Felipe, creyó ver en aquella triste profecia el castigo de su perfidia, y olvidando que si el horóscopo era cierto debia ser inevitable, entró en la sala en que habian dejado con Guidon á Filipina, diciendo:

=Que se vaya ahora mismo, y se case, si quiere, con el príncipe de Gales.

Mientras decia estas palabras habia abierto la puerta de la sala, mas se le quedó helada la sangre en las venas cuando vió que Guidon estaba solo.

—¿Dónde está Filipina?—preguntó.

—Está libre,—respondió con serenidad el jóven.

Levantó el Rey precipitadamente la visera, como si temiese ahogarse dentro del casco, y aunque sus facciones eran muy marcadas, apenas pudo conocerle Malegreve, que yá le habia visto en otras ocasiones. Tenia el rostro sumamente encendido, ó mas bien, amoratado, y parecia que los ojos se le salian de sus órbitas. ¡Vergüenza y maldicion!—esclamó —Tú morirás.

—Mas vale, señor, que muera yo,—contestó Guidon con intrepidez,—que no la ahijada de V M.

—¿Y tu tambien crees que yo soy asesino?—replicó el monarca echando fuego por los ojos.—Pues mientes.

Al recibir un ultraje tan grosero y atroz se estremeció Malegreve, y pálido como un espectro sacó la espada, la quebró contra la rodilla, y dijo en voz debilitada por el esceso de la cólera:—

Rey Felipe, renuncio a tu obediencia, y hago voto de no llevar espada hasque me vengue de ti.

Aunque Felipe el Hermoso se avergonzó interiormente de haber ofendido de aquel modo á un hombre que no podia pedirle satisfaccion, aparentó que se sonreia, y dijo á su favorito en tono desdeñoso: Señor de Revel, ahi queda un feudo vacante, y yo os le doy. Por lo que hace á ese aventurero, deseo ver qué venganza piensa tomar del Rey de Francia. Dejad que se vaya, y que corra, si quiere, en busca de su hermosa.

Guidon no quiso responder una palabra á este sarcasmo, y envolviéndose en su ferreruelo salió inmediatamente de la sala.

Un momento despues tuvo el Rey intencion de mandarle alcanzar, pues ya se figuraba ver á Filipina andar de reino en reino buscando vengadores en favor de una causa demasiado legítimâ, y revelar en todas partes los infames tratamientos que habia sufrido. Sin embargo, el temor de los juicios de Dios le impedió que tomase medi-

das que hubieran podido llegar á ser fatales á su ahijada. No quiso, pues, que Juana de Navarra llegase á tener noticia de su evasion, y queriendo evitar un crímen con otro, dió la execrable órden de que matasen á todas las mugeres que servian en el Louvre á la fugitiva, y que todas eran esposas ó hijas de caballeros flamencos. Corrió la voz por Paris de que Filipina habia tenido la misma suerte que sus criadas, y el ódio popular atribuyó tambien aquella maldad á Juana de Navarra.

Malegreve se retiró desde allí, no al Louvre, sino á casa del valiente Gautier de Beauchamps, y persuadido, como todos, de que Filipina habia perecido, acompañó poco tiempo despues a su peregrinacion á los santos lugares, que entonces se disputaban entre si los tártaros y los sarracenos. Peró fiel al voto que habia hecho, no quiso ceñir espada, y siempre que tuvo que entrar en combate lo hizo con lanza ó con hacha.

El bastardo de Barfleur foé quien mas desconsolado quedó del modo con

que terminaron los proyectos de fortuna que habia formado para su sobrino. Sin embargo, no perdió totalmente la esperanza, y aunque el jóven no volvió mas á verle, ni quiso aceptar los regalos que le envió antes de que marchase, no por eso dejó de hablar muy á menudo con Gui de Flandes de su valiente Guidon de Malegreve, y de la puñalada que dió al caballero navarro.

En cuanto al astrólogo, recibió la recompensa de su prediccion, que por un singular y raro acaso debia verificarse con el tiempo, en los términos que habia previsto muy bien el veterano. Dos dias despues de la audiencia que tuvo con la Reina, sacaron del Sena unos pescadores su cadáver casi en el mismo sitio en que otros habian encontrado el del señor de Bourbon.

# XVII.

Aun no se habia disipado la nube que ocultó el destino de Filipina al tiempo de su evasion del Louvre, cuando una mañana á principios del año siguiente, en el momento en que querian desvanecerse las tinieblas de la noche, y principiaba á oirse el canto de los pajarillos, entraron sin hacer ruido en el bosque de Winandale algunos soldados de á caballo, cuya estatura y trage manifestaban que eran de las orillas del Rin. Sus anchos sombreros blancos y sus coletos de cuero de búfalo se ocul-

taron al punto entre los matorrales del bosque, en cuya espesura se arrojaban atrevidamente sus caballos de Westfalia, huesudos y flacos; y luego que se dispersó el grupo por derecha é izquierda del camino, no quedó indicio alguno de que hubiesen pasado por él.

Poco tiempo despues siguieron la misma direccion y entraron tambien en el bosque, un eclesiástico jóven y dos al parecer aldeanas, todos tres montados en hermosos caballos, dejando á la derecha el castillo, que entonces se hallaba ocupado por soldados franceses, y volviendo la cabeza como para no percibir sus doce torres, que se descubrian por encima de los árboles. El terreno iba bajando por la izquierda, y a cierta distancia del camino habia una antigua capilla consagrada á una imágen milagrosa de la Vírjen Santísima, que se halló en aquel sitio y en el hueco de una encina. Era la tal capilla un nicho gótico, únicamente digno de atencion por su antigüedad y porque le habian hecho célebre las tradiciones del pais. Allí decian que se habia detenido Balduino Brazo-de-hierro con la her-

mosa Judit, y aun añadian que la Virjen se manifestaba propicia á los que sabian amar de veras. Sin embargo hacia bastante tiempo que las jóvenes de las inmediaciones no se atrevian á venir á la capilla por temor de la brutalidad de los soldados, pues la compañia que guardada entonces el castillo se componia de aventureros de todas las naciones; y como en Brujas se habia manifestado una insurreccion, se creian en el caso de tratar como á enemigo á todo el que pasase por cerca de sus muros

Bien fuese que el eclesiástico y sus dos compañeras ignorasen aquella circunstancia, ó bien que algun motivo secreto les hiciese mas atrevidos, echaron pié á tierra delante de la capilla, ataron sus caballos á los árboles, y fueron á ponerse de rodillas delante de la imagen milagrosa. Era el primero muy jóven, pero de gallarda estatura y de fisonomia tan altiva y guerrera, que parecia mas á propósito para llevar el casco y la coraza que las vestiduras sacerdotales; y en cuanto á las dos señoras, el manto negro que lle-

vaban y cuya capucha casi les cubria el rostro, impedia que pudiesen distinguirse sus facciones. Todos tres se mantenian en silencio y entregados al fervor de su rezo; ni aun advertian que iba pasando el tiempo.

Sin embargo, el jóven no estaba tan sumergido en sus piadosas meditaciones que no volviese una que otra vez la cabeza, para ver si se acercaba algun estraño. Otras muchas se dirigian tambien sus miradas con una espresion indefinible á una de las dos mugeres á quienes acompañaba, y cuyo manto, de una tela grosera, no podia ocultar enteramente el esbelto talle y las manos alabastrinas. El jóven se estremecia al mirarla, pero entonces arrugaba la frente la otra señora, y le decia algunas palabras severas que su estado le imponia. Abrumado por esta idea terrible se prosternaba hasta el suelo con los remordimientos y la desesperacion de un sacrílego...pero un momento despues fijaba los ojos con ardor en su compañera, como para observar todos los movimientos de esta.

Mientras el sol permaneció bajo el

horizonte, nadie inquietó á los viajeros en su oracion; pero luego que sus primeros rayos atravesaron la espesura del bosque, y las cornetas de los aventureros del castillo tocaron la diana, se presentaron algunos soldados en el camino que conducia a la capilla. En nada se parecian á los ginetes que por la mañana habian seguido el mismo camino, pues en vez de coletos de búfalo y botas de montar, llevaban jubones de tela acolchados, y una especie de alpargatas muy groseras. No traian consigo otras armas que los cuchilos de monte, y marchaban con tal seguridad, que indicaba suficientemente que pertenecian á la guarnicion del castillo.

El eclesiastico fué el primero que los percibió, y agarrando la mano de la mas anciana, dijo solamente:

—¡Madre!

Al punto se levantaron las dos mugeres, salieron de la capilla, y montaron á caballo, ayudándolas el jóven; pero entretanto corrian hácia ellas los soldados, y les interceptaban el camino por donde habian de pasar.

—Haz la señal, Guillermo,—dijo la señora anciana, inclinándose hácia su hijo.

—No son mas que tres,—respondió el eclesiástico sonriéndose, y metió las espuelas á su caballo.

Tan altivo y tranquilo era su continente, que al verle se hubiera creido que era un guerrero. Acercóse á los tres soldados, y les preguntó en tono desdeñoso y amenazador:—¿A dónde vais con tanta prisa, muchachos?

Miráronse los soldados con asombro, y uno de ellos respondió:—Esa pregunta acostumbramos nosotros hacérsela á los demas —Y diciendo asi trató de agarrar la brida del caballo; pero el jóven le picó de nuevo y salió adelante derribando al que queria detenerle, y obligando á los otros dos á que se separasen para no sufrir igual suerte. Entonces salieron al galope tambien las dos señoras, y no se detuvieron hasta llegar á la orilla del camino real. Su guia descolgó del arzon de la silla una cornetita de marfil, y tocó en ella algunas notas. Al momento acudieron por todas partes

los ginetes que se hallaban emboscados, algunos de los cuales echaron pié á tierra para atar á los tres soldados, á quienes la sorpresa impidió que pudieran defenderse; hecho lo cual se reunieron todos, y emprendieron al trote el camino hácia Brujas.

Habia uno no sé qué de horroroso, y al mismo tiempo de grotesco, en la confusion de los tres soldados que quedaron atados á las encinas, y que seguian con la vista á sus adversarios, sin atreverse á proferir ni una palabra. Sus rostros feroces espresaban una rabia, que al fin prorrumpió en mil imprecaciones; pero uno de ellos no pudo menos de decir que ellos mismos tenian la culpa de su desgracia, por no haber esperado á que los desconocidos estuviesen fuera de la vista de la imágen milagrosa.

—¿Y ha sido tu imágen de madera —replicó blasfemando uno de sus compañeros,—la que ha hecho tambien salir de las entrañas de la tierra á esos ginetes que nos han preso y maniatado?

—No sé nada—respondió el prime-

ro;—pero si hubiesen sido guerreros, como lo parecian, no se hubieran contentado con atarnos los brazos, pues solamente los muertos no se vengan.

—Cargue el diablo contigo, imbécil—repuso el mas viejo y feroz de todos tres.—Si no se han acordado de meternos las espadas por el vientre, es porque son gansos del norte, que no saben mas que chillar y mencar las alas.—Y consiguiendo entonces soltar la mano derecha, añadió en tono de desprecio:—Mirad: ¡ni apretar un nudo han sabido!

—Toma tu cuchillo y corta estas cuerdas,—esclamaron á un tiempo sus dos compañeros.

—Esperad un poco,—dijo el viejo sacando con calma su cuchillo.—¿Quiénes serán esas señoras?

—Seguramente señoras de mucha importancia,—contestaron ambos.

—Pues esperad un poco, camaradas,—añadió el veterano, que habia acabado de soltarse completamente; —tiempo habrá de venir á socorreros y lo que mas urge es poder seguirles la pista.

Y dejando á sus compañeros corrió apresuradamente hácia el castillo.

Algunos momentos despues salió de las murallas un destacamento de caballeria, bajó á la llanura, y luego que el aire y el movimiento reanimaron á los caballos, corrieron al galope por el mismo camino que llevaban los desconocidos: pero estos, que desde lejos veian levantarse torbellinos de polvo, apresuraban igualmente su marcha, y como iban perfectamente montados conservban siempre la misma delantera con respecto á sus enemigos, ó mas bien aumentaba la distancia en vez de disminuir, pues parecia que les persegian los segundos

Los que de esta manera iban galopando, llegaron á pasar por cerca de algunos guerreros, que seguian con mas lentitud el camino. Eran estos, dos criados á caballo, armados con ballestas, un escudero que llevaba dos lanzas, y un hombre que á pesar de la sencillez de su trage negro, daba bien á entender que era el amo de los demas. Dirigió el último la vista

á los fugitivos, y como que quiso contar los que les perseguian, despues de lo cual manifestó su varonil semblante una idea tal de desprecio, que el jóven eclesiastico, que le miraba atentamente, sintió que por sus venas corria un frio glacial, y deteniendo á su caballo con tanta fuerza que le hizo caer sobre el cuarto trasero, dijo:

—Alto, alto. No mas huír.

—¡Hijo mio,—esclamó atemorizada una de las dos mugeres.

—No quiero huir mas, señora,—repitió el jóven con acento que salia del corazon.

¡Guillermo! ¡Guillermo!—replicó su madre.—¿No basta que tu padre y hermano hayan muerto peleando? Huye. hijo mio. Senescal, mandad que se retiren vuestros soldados.

El jóven con el rostro cubierto de sudor frio, pero brillando el mas vivo fuego en sus ojos, respondió con la magestad propia de un monarca:

—Señora: en cualquier otra parte os obedecerán vuestros vasallos, y yo el primero; pero en el momento del com-

bate solo un hombre debe dar órdenes. Continuad vuestro camino, madre; continuadle vos tambien,—añadió mirando á la otra señora á quien no nombró.—Vos, Senescal, escoltadlas, y dejadme que olvide por un momento que no debo hacer uso de las armas.

—Detenedle, hermana mia,—esclamó en tono penetrante la señora de mas edad;—detenedle, pues se muestra sordo á la voz de su madre.

Entretanto la jóven, cuya capucha se habia caido con la agitacion, y dejado casi descubierto su rostro, perdió el color y se quedó fria desde que percibió las facciones del viagero desconocido, y sin poder pronunciar ni una sola palabra, se apoyó en el cuello de su caballo.

—Continuad vuestro camino,—repitió el eclesiástico, que se habia apoderado de la espada de un soldado, y la agitaba por cima de la cabeza. —Nosotros, soldados, volvamos caras, y que nunca diga este estrangero que ha visto huir á los guerreros de Juliers.

Cuatro ó cinco hombres de armas y entre ellos el viejo á quien habian llamado Senescal, permanecieron inmóviles al lado de las señoras, á quienes habian de escoltar; los demas, correspondiendo á la invitacion del jóven, volvieron grupa al momento, se colocaron en batalla, enristraron las lanzas, y se precipitaron sobre sus perseguidores.

El estrangero á cuya vista pasaba aquella escena, detuvo su caballo, manifestando su rostro una sensacion mas fuerte que de simple curiosidad.

—Dime,—preguntó á su escudero agarrándole por el brazo:—¿no te recuerda ese eclesiástico algun otro hombre? ¡Mirale cómo corre al enemigo, con la cabeza descubierta y el pecho sin defensa alguna! ¿Y no has reparasus ojos?

—Señor—respondió el escudero levantando la cabeza,—no es estraño que sea valiente. ¿No habeis oido á sus soldados gritar: «Julick unser frauen?» Es, sin duda alguna, de la familia de Juliers.

—Ah! Yo hubiera creido...—dijo el

caballero casi sin color, y la palabra espiró en sus labios.

En tanto los dos partidos habian llegado á las manos, y como por una y otra parte estaban armados á la ligera, fué terrible y sanguinario el choque. Por entre la nube de polvo que rodeaba á los combatientes se veian galopar en varias direcciones caballos sin ginete; y si el estrangero miraba aquel espectáculo con una emocion que no acertaba á ocultar, su escudero no podia contenerse. Inclinado sobre el cuello de su caballo, sé mordia los lábios y arrugaba la frente, hasta que al fin cediendo á su impaciencia, dijo á su amo en tono humilde:—Señor, mirad que van á sucumbir al número de sus enemigos.

—¿Y qué me importa?—respondió su amo con voz opaca y alterada.—¿No está decidido que siempre quede vencido el que mejor derecho tiene?

—Pero, señor, vos no ignorais que yo tambien soy del país de Juliers.

—Pues vé á socorrer á tus compa-

triotas—respondió el caballero con amarga sonrisa.—Solo yo soy tan desgraciado que no puedo combatir ni por mi pais, ni por aquellos á quien aprecio.

Inmediatamente metió espuelas á su caballo el escudero, y corrió á la pelea con la lanza en ristre. Atravesó los torbellinos de polvo que cubrian la llanura, y se arrojó en medio de los combatientes; pero aquel débil socorro llegaba demasiado tarde, pues los soldados del castillo habian obtenido la ventaja, y hacian ceder á sus adversarios. Solo el eclesiástico parecia que no podia resolverse á ceder, y aunque rodeado de enemigos que trataban de cogerle vivo, esperando conseguir un buen rescate, se defendia con admirable valor, alejando á tajos á cuantos se acercaban á él.

—¡Ah! ¡Si mi amo lo viese!—esclamó el escudero, marchando á socorrerle.—En retirada, caballero,—continuó luego que echó por tierra algunos de los que le acometian,-pronto volveremos á la carga. Reunios con los vuestros ó estais perdido sin remedio.

Miró el jóven al rededor de si y viéndose casi abandonado, se bañó su rostro de un sudor frio, y conoció que seria una locura el resistir por mas tiempo. Pero pareciéndole mas dolorosa la huida que la muerte, dirigió la vista hácia la parte donde dejó á su madre, bajó la cabeza y se arrojó otra vez al enemigo.

—¡Ríndete!—le gritaban los soldados, despues de haberle herido mortalmente el caballo; pero él, sin poder ya defenderse, los desafiaba todavia con las miradas y aun con la voz.

—Pues no quiere rendirse, nos contentaremos con su cabeza,—dijo un soldado.

Y aprovechando el momento en que caia á tierra el caballo, levantó la espada para darle el golpe mortal.

Ningun espanto manifestó el jóven en su rostro, y únicamente esclamó en voz débil, como si pudiese oirle aquella de quien se habia separado.

—¡Adios!

Pero la espada llegó á su pecho sin hacerle mal alguno, pues el soldado

que la dirigia vino rodando por tierra. Una hacha de acero, cuyo azulado reflejo indicaba un temple oriental, cayó sobre su casco y le partió la cabeza en dos hasta los hombros. En seguida sucumbieron otros varios, y cuando el eclesiástico se levantó, iban huyendo ya los soldados del castillo. Montó al punto en un caballo de los que quedaron sin ginete, mas viendo que el peligro habia pasado y que sus hombres de armas se hallaban reunidos, y perseguian á los fugitivos, trató únicamente de hablar al desconocido que le acababa de salvar la vida.

Habíase aquel detenido en el campo de batalla, desdeñándose de derramar la sangre de los vencidos. El ardor del combate animaba sus pálidas megillas; brillaba un vivo fuego en sus ojos rasgados, y no hubiera sido posible ver una figura mas bella y magestuosa, si no la hubieran oscurecido algo las arrugas que el pesar habia impreso en su frente. Sin embargo, el eclesiástico le miraba con una indefinible emocion, y se sentia arrastrado hácia él.

—Señor caballero,—le dijo al llegar, —vuestras miradas me han recordado hoy mi nacimiento, y vuestra hacha ha salvado mi vida; doble beneficio que quisiera poderos pagar.

Fijó el estranjero en él los ojos, al principio con una especie de frialdad y aun aversion, y despues como conmovido y sumamente consternado.

—A la verdad,—respondió con voz ahogada, —nada me debeis, caballero, pues me hubiera sido indiferente la victoria de uno ú otro partido.

—¿Y por qué me habeis socorrido con tanto valor? preguntó el eclesiástico sorprendido.

—He visto que temblaba por vuestra vida la jóven á quien escoltais,— contestó el caballero estremeciéndose: —lo he visto y sus miradas me han mandado que os socorriese.

Tan viva llegó á ser la emocion del eclesiástico, que sus ojos se llenaon de lágrimas; y conociendo la necesidad que tenia de mudar de conversacion, preguntó su nombre y patria al que le habia salvado. El caba-

llero, en lugar de responderle, descubrió el tegido de mallas que llevaba debajo de la cota, y le enseñó una ancha cruz encarnada, lo cual bastaba para indicar que era uno de los que iban entonces al norte de Alemania, contra los hereges de Prusia; y como aquella determinacion apenas la tomaban sino los que tenian grandes faltas que espiar, era natural que el cruzado quisiese ocultar su nombre.

—Pues no pasareis al pais á que, segun parece, os dirigis, sin que os aloje yo en mi casa,—replicó el eclesiástico con calor.—Soy el conde Guillermo de Juliers.

—¿Y son esas vuestras armerias?—preguntó con voz trémula el estrangero, señalando con el dedo un escudo gravado en la corneta de marfil que llevaba colgada de la silla, y en que estaban cuartelados dos leones y dos coronas de conde.

—No,—respondió avergonzándose de una pregunta que suponia que le juzgaba casado, a pesar de su trage clerical.—Estas son las armerias de mi pa-

dre Valeriano de Juliers, yerno del conde Gui. Dos leones negros,—añadió en voz baja,—y dos familias desgraciadas.

El caballero manifestó sentir una especie de satisfaccion melancólica al saber que no existia la union que él habia supuesto. Me persuado de que pasais á Brujas,—le dijo, y habiendo contestado afirmativamente el eclesiástico, añadió con inquietud:

—Y esas señoras ¿no temen correr riesgo en la ciudad? He oido decir que hay en ella grandes desórdenes, y que está el pueblo amotinado.

—Mi madre no entrará dentro de sus muros,-respondió Guillermo de Juliers, —y por lo que hace á su compañera, ni ella ni yo tememos el furor del pueblo. ¿Quién seria el insensato á quien no desarmasen sus miradas?

Alteróse el varonil rostro del caballero y por un momento presentó la espresion de los celos y de la desesperacion; pero dominando las pasiones que le agitaban, dijo con voz bastante debil:

—¿Necesita el auxilio de una muger la causa que sosteneis? ¿o acaso vues-

tros derechos con respecto á ella?

—Detúvose sin poder decir mas, y bajo los ojos temiendo que en ellos leyese el eclesiástico sus tormentos.

Conoció aquel que lo creia esposo de la jóven á quien escoltaba, y mudando de color se pasó la mano por la frente, pero no trato de engañarle:

—Caballero,—le dijo,—el servicio que acabais de prestarme merece que haga de vos una total confianza, y estoy convencido de que vuestra boca jamás repetirá las palabras de la mia. Sabed que los sublevados no tienen mas gefe que un simple tejedor, y parece que no se acuerdan de la familia de su antiguo conde. Una madre tímida retiene en Namur á los hijos mas jóvenes de mi abuelo, y no ignoraís la suerte de los mayores. Solo una persona podia recordar á esa multitud desencadenada los derechos de la sangre de Flandes.. y acaso es una felicidad que sea una muger, porque el pueblo flamenco es generoso, y respetará á una hija que tanto se espone por su padre.

—¡Pero á lo menos habreis consultado con los adictos á vuestra casa!—

preguntó el estrangero. —¿Pedro de Koning? .

—No espera,—interrumpió el eclesiástico.

—¿Y creeis que se pueda contar con los príncipes aliados de vuestra familia? El duque de Brabante, ¿no es tambien nieto de Gui? ¿Los condes de Holanda, de Gueldres, de Henan.....?

—Todos traen en sus escudos el leon negro de Flandes,—respondió Guillermo,—pero ninguno se acuerda de que es pariente nuestro. El brabanzon permanece neutral, Juan de Henao se ha declarado abiertamente contra nosotros, y su hijo ha adquirido el nombre de «Juan sin misiricordia» degollando á los vasallos de nuestra familia. Algunos caballeros fieles, los artesanos de Brujas y una buena causa, constituyen toda nuestra fuerza; y en ella fundamos nuestras esperanzas.

El estrangero manifestó una especie de escitacion y en seguida dijo:

—Estoy ligado por un voto, y todavia mas por muy tristes recuerdos aun, que separan la causa de Francia de la de Felipe. Sin embargo, me vereis en

Brujas. Entretanto, permitid que mis escuderos caminen con los vuestros, pues me conviene estar solo.

Las variaciones de color que sucesivamente se presentaron en sus megillas en tanto que pronunciaba estas palabras, la alteracion de su voz y sus ojos brillantes y desencajados, indicaban la mas violenta agitacion. Saludó con la mano al conde, dirigió su caballo hácia la derecha, como si temiese acercarse á las dos señoras, y bien pronto desapareció entre los arbustos.

Guillermo le siguió algun tiempo con la vista, y esclamó entre si mismo.

—¡Desgraciado! Eres jóven como yo, y como yo no encuentras ya en la vida ni esperanzas, ni ilusiones!

Pensando asi, corrió al galope á reunirse con las señoras á quienes protegia. Su madre le recibió llorando de alegria, y la otra apenas tuvo fuerza para alargarle una helada mano. Conoció Guillermo que ya habia olvidado el combate y el peligro que habia corrido, y casi sintió no haber quedado muerto en él.

## XVII.

Despues de haber permitido el estrangero á su caballo que galopase un rato á su arbitrio por el primer camino que se le presentaba, descubrió á la izquierda las torres de una gran ciudad, y se dirigió hácia aquella parte. Atravesó algunos arenales y un pais muy pantanoso, y luego percibió una multitud de casitas, unas de piedra y otras de madera, edificadas delante de los muros. Al paso que se iba acercando, oia como un rumor confuso, causado por el movimiento de los tornos de hilar, pero no veia mas

que mugeres, viejos ó niños, lo cual le dió á entender que los hombres habian salido á alguna espedicion.

Hallábase la ciudad á cubierto de cualquier ataque por medio de grandes fosos, murallas de tierra flanqueadas por torres, y puertas cuidadosamente fortificadas. El caballero detuvo algun tanto su marcha, examinó un momento las altas murallas almenadas de la puerta que tenia delante de sí, y despues pasó el puente levadizo, llegando al puesto de los que guardaban aquella puerta. Eran estos unos hombres con vestidos de paño burdo ó de cuero, y su trage, sumamente sencillo, permitia ver sus vigorosos miembros, pues las chaquetas y pantalones estaban abiertos en las pantorrillas, muslos y antebrazos, dejando asi mas libre el juego y fuerza de su musculatura. Apoyados en sus picas de doce ó trece pies de largo, conversaban en flamenco, y en la espresion de sus rostros varoniles se notaba un no sé qué de triste y amenazador.

—¿Quien es ese hombre? —dijo uno de ellos á sus compañeros, mi-

rando al caballero con ojos irritados.

—Aunque fuese el diablo mismo en persona, ó Roberto de Artois en su caballo berberisco,— contestó otro— dejadle pasar. A los pobres medios-oficios corresponde hacer bien la guardia; pero los carniceros de Brujas no temen á sus enemigos, y mas quieren verlos de cerca que de lejos.

—Es claro que no conoce la ciudad- esclamó otro, viendo que el caballero dudaba qué camino tomaria;—y puesto que se ha decidido á penetrar solo hasta aqui, debe ser sin duda algun espia. ¡Vive Dios! Solo las bestias que andan en cuatro pies y pacen yerba del campo, dejarian que impunemente reconociesen por donde pueden cogerlas.

Diciendo asi, se acercó al estrangero, cogió la brida del caballo, y preguntó con altivez en un francés incorrecto: ¿A dónde vas, caballero? ¿Que busca en nuestra ciudad?

El primer pensamiento del desconocido fué estrechar á su caballo y pasar por encima de aquel atrevido; pero se detuvo y respondió:—Sin duda eres tu uno de los que han tomado las armas

contra el Rey, y en tal caso debes conocer á Pedro de Koning. Enséñame á su casa.

Arrugó la frente el carnicero y replicó sin retroceder ni un paso:

—Lo que puedo hacer es conducirte á donde debe estár el gefe de los pañeros, que es al consejo de los Veedores. Pero si prefieres retirarte, aun tienes libre la puerta de la ciudad y puedes elegir.

Sonrióse imperceptiblemente el caballero, que persuadido de su fuerza y valor no hubiera mirado como obstáculo para pasar, la doble línea que los piqueros flamencos empezaban á formar á su rededor.

—Nada temais, buenas gentes,—les dijo.—No he atravesado ese puente para retroceder, y en Brujas hay un hombre que podrá responder de mí.

—Siendo así,—replicó el carnicero dejando la rienda del caballo,—ven conmigo sin miedo. Pero mira que la vista de nuestro veedores es muy perspicaz; tú eres francés, y sin duda noble.

—Llévame al consejo de tus veedores,—contestó el francés,—interrumpiéndole con arrogancia.

—¡Dios me perdone!—dijo entre dientes el flamenco.—Sin duda alguna no es espía ni traidor. Sígueme,—continuó en voz alta.—Todos se hallan reunidos en el palacio que fué del conde, y allí encontrarás á Pedro de Koning.

Hizo señas á sus compañeros para que se apartasen, y dirigiéndose por la calle que estaba enfrente de la puerta, condujo al estranjero á lo interior de la ciudad. Veianse en esta como comprimidas unas contra otras, una multitud de casas, cuyos pisos superiores salian mas que los bajos, circunstancia que producia el efecto mas raro y desagradable, á pesar de los vivos colores con que estaban pintadas las paredes. De trecho en trecho habia algunos edificios aislados, cuyo recinto, guarnecido de almenas y amenazadoras torres, indicaba haber sido anteriormente fortaleza de algunas familias nobles; pero casi todas ellas estaban medio destruidas (prueba evidente del triunfo del populacho), y las que permanecian enteras, se habian convertido en casas de comercio estrangeras, y estaban ador-

nadas con las armas de las naciones á que estas pertenecian. El caballero pasó con indiferencia por delante de aquellos vastos edificios, arrancados por el pueblo á la nobleza, sin hacer ni una sola pregunta á su guia, y no salió de su distracion hasta que por acaso dirigió la vista al cuchillo que el carnicero llevaba en la mano.

—Guarda tu arma, amigo—le dijo,—pues de poco te serviria si mi intento fuese librarme de tí.

—En nuestros torneos,—contestó el flamenco sin alterarse—tenemos la carrera del de á pié contra el ginete; y aun cuando vayas á caballo, y armado con una buena hacha, no te temo; porque un golpe vale tanto como otro, y un hombre jamás ha de tener miedo de otro hombre.

Pronunció estas palabras en un tono tan sencillo y con un valor tan natural, que el caballero le miró con toda atencion, y no pudo menos de admirarse de la fuerza y atrevimiento que indicaba su rostro, y aun todo su cuerpo. Era uno de aquellos hombres á quienes mas tarde tomó Rubens por modelo;

tenia los ojos azules, los cabellos rubios, y las mejillas tan sonrosadas como una muchacha; pero era fornido como un Hércules, y en el movimiento de sus narices y de sus espesas cejas se echaba de ver la energia del hombre mas intrépido.

—¿Y quién eres tú para hablar de torneos?—le preguntó el estrangero.

—Soy el carnicero Juan Breydel—respondió,—y algunas veces me llaman «el Oso,» nombre que acostumbramos dar á los que vencen en nuestras justas; porque has de saber que los vecinos de Brujas tenemos tambien nuestras lizas, donde aprendemos á manejar las armas tan bien como la nobleza de los paises inmediatos. Pero ya que sabes mi nombre, dime ahora cual es el tuyo.

Una pregunta tan repentina desagradó al pronto al caballero; sin embargo, procuró no manifestarlo, y respondió en tono natural: He perdido el feudo de que tomaba el nombre, y hoy me llaman «el caballero del hacha» porque jamás hago uso de la espada.

—Buena arma es el hacha,—replicó

el flamenco, haciendo un gesto de aprobacion.—Es mas á propósito para herir que para defenderse, y no son los cobardes los que la prefieren.

Iban en esta conversacion cuando llegaron al frente del palacio de los condes de Flandes, que entonces servia de sitio de reunion á los gefes del pueblo. Echó pié á tierra el caballero y conduciéndole Juan Breydel entró en aquel estenso edificio y se admiró de ver, no solo la capacidad, sino la magnificencia de las galerias espaciosas que atravesaba con su compañero. Sus bóvedas estaban plateadas y doradas: las vidrieras construidas de vidrios de colores, y hasta el suelo se componia de maderas preciosas perfectamente trabajadas. Unicamente las paredes se hallaban sin adorno alguno.

—En otro tiempo cubrian esas paredes ricos tapices de Constantinopla, —dijo el carnicero;—pero cuando se hospedó el rey de Francia en este palacio, se los llevaron los de su comitiva. ¡Paciencia! Nosotros colgaremos en lugar de los tapices sus yelmos, corazas y escudos hechos pedazos...

—Si es que ellos no hacen pedazos los vuestros,—respondió el caballero, que aun tenia el corazon francés.

Sonrióse con orgullo el carnicero, y cogiéndole de la mano, le llevó hácia una ventana que estaba abierta.

—¿Ves ese espacioso recinto rodeado de murallas, fosos y torres?—le preguntó.—Pues dentro de él se fortificó la nobleza, y los tegedores le tomaron por asalto. Yo mismo he tomado á una guarnicion francesa el castillo de Male, que ves mas allá de los bosques. ¿Cómo quieres que nos hagan frente en campo raso esos nobles y esos estrangeros, que no han podido defenderse estando amurallados?

—¡Dios dé la victoria á la mejor causa!—dijo el francés muy pensativo. —Solo personas sin honor ni humanidad podrian complacerse en la desgracia de vuestro anciano conde, ó permanecer indiferentes al oir la narracion de las perfidias que con él han usado.

—Es verdad,—replicó con aspereza Breydel;—pero ha merecido muy bien su suerte, por haber querido usurpar los derechos de nuestros magistrados.

—¿Y por quién combatis ahora?—preguntó el estrangero dando un paso atrás.

Miróle el flamenco sorprendido y contestó:

—¿No sabes que la nobleza quiso hacernos pagar los gastos de las fiestas que dió ál rey? Esa fué la razon porque tomamos las armas.

—¡Cómo! ¿por un poco de dinero?

—No por cierto, sino por la justicia. Metieron á Koning en un calabozo, y nosotros forzamos las puertas de la prision; trataron de sorprendernos y degollarnos, y nosotros tomamos por asalto el edificio en que se fortificaron. Tal es nuestra historia. Sucedió tambien que un soldado francés me llamó rebelde, y habiéndole yo muerto, quisieron sus compañeros vengar su muerte, y de aquí se originó la toma del castillo que te acabo de enseñar.

En aquel instante entró en la galería un hombre del pueblo, se acercó á Juan Breydel y le habló en flamenco. Percibió el francés que pronunciaba el nombre de Pedro de Koning, y observó que se alteraba el semblante del carnicero. Al mismo tiempo se oia en lo interior del palacio un gran tumulto; por todas partes corrian hombres armados, y otros con trages azules y rojos atravesaban con rapidez el patio y las galerías.

Detuviéronse algunos al ver á Breydel y le hicieron varias preguntas, á que respondió con visible repugnancia; pero apenas le arrancaron algunas palabras, cuando se fijaron en el estrangero los ojos de todos, con una espresion de odio y desconfianza, que le alarmó estraordinariamente. Salióle al rostro el color de la indignacion; y dando un paso hácia el flamenco que le pareció mas atrevido, hizo como que queria castigarle de su insolencia.

—¡Detente!—le dijo Juan Breydel — se es el veedor de los pescadores.

Detúvose con efecto el caballero,

pues se desvaneció toda su cólera, dando lugar al mayor desprecio, cuando supo quién era el hombre, cuya grosería le habia ofendido. Pero cuando fijó la vista en una de las ventanas, que aun estaban adornadas con varios signos de soberanía, y pensó en la revolucion que habia arrojado de aquella noble morada á los descendientes de los antiguos condes de Flandes, para entregarla á los hombres á quienes veia reunidos en ella, sintió que le flaqueaban el cuerpo y el espíritu.

—Señor francés,—le preguntó el veedor, cuyo continente, cara y voz tenian la desagradable espresion propia de las personas de su oficio;—puesto que no está aquí el pañero á quien buscais,—y se manifestó en sus labios una maligna sonrisa,—¿no podriais decirme á mí lo que quereis?

La única respuesta que le dió el caballero fué dirigirle una mirada de desprecio.

—Koning está mandando las tropas de la ciudad,—continuó el pescadero con un gesto atrevido aunque innoble,

—y yo estoy aqui gobernando en su ausencia. ¿Por qué no habeis de tratar conmigo como con él?

—Breydel.— dijo el caballero volviéndose hácia el que le habia guiado, —me prometistes que me llevarias á donde estaban el tegedor, ¿qué tengo yo que ver con estas gentes?

El carnicero bajó la cabeza como avergonzado, y dijo entre dientes:

—Yo no sé... no podia prever..

Entretanto iba haciéndose cada vez mas numeroso el grupo, en el cual se reunian á los que estaban armados, maestros de diferentes profesiones, muy bien vestidos y con plumas en los sombreros. Hablaban entre sí en voz baja, y parecia como que consultaban acerca de alguna cosa. Animados todos por pasiones violentas, como hombres que acaban de tomar parte en una gran conmocion, se espresaban por medio de las miradas y gestos con tanta viveza como con las palabras, y las pocas que pronunciaban en flamenco, con voz ronca y gutural, resonaban en el oido del estrangero como los graznidos de una bandada de aves de rapiña.

—Puesto que eres guerrero,—volvió á decir el pescadero en tono casi irónico,—nos dirás á lo menos lo que has visto en el camino. ¿Qué tropas marchan contra nosotros? ¿Qué gefes las mandan? Sepamos lo que tenemos que esperar ó temer. Los magistrados del pueblo son defensores de la ciudad, y el amigo de Pedro de Koning debe interesarse en nuestro bien.

—Vengo del lado de Newport,—contestó entonces el caballero,—y ayer mismo salté en tierra, pues una tempestad arrojó á vuestras costas el buque en que venia. El camino estaba libre, y solo he encontrado en él á Guillermo de Juliers, con algunos de sus soldados.

—¿Y de quién es esa sangre que todavia tiñe tu hacha?

—De los soldados de Winendale, que asaltaron en el camino al conde.

—¡Lo veis!—esclamaron á la par varios flamencos.—Ha caminado con el enemigo de la libertad. Sin duda es emisario de la familia proscripta.

—¡A un calabozo, á un calabozo!—gritaron otros; y precipitándose sobre el caballero la multitud que le rodeaba,

le desarmaron y le condujeron á un subterráneo. Juan Breydel fué el único que no celebró aquel acto de furor.

En medio del antiguo palacio de los condes de Flandes, habia algunas prisiones subterráneas, y como tales húmedas y oscuras, segun la costumbre de los siglos bárbaros, en que siempre las prisiones hacian parte de los palacios. En una de ellas encerraron al estranjero, y como entonces era grande el número de presos, no fué posible ponerle solo. Al principio, sus ojos, no acostumbrados aun á la oscuridad de aquel sitio, no vieron mas que tinieblas, y los gemidos que oyó cerca de si no le parecieron producidos por voz humana. Poco á poco se fué habituando, y descubrió dos hombres encadenados á la pared en los estremos opuestos del calabozo, de manera que no podian acercarse uno á otro.

El caballero no se dignó dirigirles la palabra. El tratamiento que acababa de esperimentar habia trastornado enteramente sus ideas, pues hubiera comprendido muy bien que como francés le maltratasen, pero era un enigma ines-

plicable para él, que el nombre de un nieto del conde de Flandes le hiciese sospechoso á los ojos de aquel pueblo sublevado. Mantúvose, pues, en silencio, agitado por mil diferentes sensaciones, y casi dudando si soñaba ó estaba despierto. Sin embargo, la cólera y la indignacion reemplazaban gradualmente á la sorpresa que le habia paralizado al principio, y sentia que bañaba su frente un sudor frio, y que se le erizaban los cabellos en la cabeza.

—¿No estás preso como nosotros? —le preguntó en flamenco uno de los dos encadenados; —y viendo que no le respondia, repitió la pregunta en mal francés.

—Sí; lo estoy por una traicion infame;—contestó el guerrero, trémulo de furor.

—Pero no estas atado mas que con una cuerda,—replicó el flamenco;—acércate y la desataré

El primer movimiento del preso fué dar un paso para acercarse; pero ocurriéndole de repente un pensamiento, dijo desesperado:

—¿Y de que me serviran tus esfuerzos? La bóveda de la prision no ha de ceder á la fuerza de nuestras manos.

—No por cierto,—repuso el otro. —pero me ayudarás á romper mis cadenas, y podré batirme contra el herrero que está alli en frente de mi.

El otro preso lanzó entonces un grito de brutal alegria, y nō era necesario saber el flamenco para conocer que las palabras que prefirió eran insultos y desafios.

Sorprendido de un odio tan feroz preguntó el caballero la causa de él, y el flamenco le respondió:

—Aquel que veis alli es un herrero y yo soy pescadero

Y conociendo que el estrangero nada sabia de las discordias que habia en la ciudad, añadió:

—Nuestros gremios son enemigos.

—¿Y por qué?—preguntó el francés sorprendido.

—Porque somos los dueños de nuestra ciudad,—dijo el herrero,—y es muy raro que teniendo una casa varios dueños, vivan estos en paz. Nues-

tros padres han peleado unos contra otros, como nosotros hacemos hoy y como harán despues de nosotros nuestros hijos.

—¿Y están divididos de ese modo todos los oficios en la ciudad?

—Si, todos.

—De manera que los pescadores y los carniceros serán acaso enemigos de los tejedores,—dijo el caballero.

—Ciertamente,—respondió el herrero; —pero nosotros somos amigos suyos. Y tú, francés, ¿qué oficio tienes?

El estrangero nada respondió, pues conocia que debia su prision á aquellas divisiones civiles, y se le inflamaba el pecho al pensar que unas miserables discordias de artesanos le habian precipitado en aquella horrorosa prision, y podian tener una influencia fatalísima en la suerte de una persona á quien él se creia indigno de servir. Estremecióse, pues, de cólera, y los músculos de sus brazos se contrajeron de tal modo, que estalló la cuerda con que estaban atados. El ruido que hizo al romperse lo dió á

entender á sus compañeros de prision, y ambos á un tiempo esclamaron:

—¡Ah! ¡Si yo estuviese libre como tú! A lo cual añadió el pescadero: A la verdad el hombre que forja cadenas es peor que un asesino.

—¡Ah! ¡ah!-contestó el herrero riéndose,—¿te parecen duras, compañero? ¿Te aprietan bien los puños? Sin duda el hombre de bien que las hizo, adivinaba que habian de servir á un pescadero.

—¿Y qué pensaba el que hizo la argolla de hierro que tiene en el cuello tu amigo Koning?—pregunto el otro.

Como los dos adversarios se apostrofaban en francés, queriendo cada cual humillar á su enemigo en presencia del caballero, este comprendió la última frase y fué para el un golpe mortal.

-¡Cómo!-esclamó.-¡Pedro de Koning!

—Está preso como nosotros,—dijo el pescadero.—Han descubierto el proyecto que habia formado para entregar la ciudad á los hijos del conde y sujetar á nuestros regidores; pero le costará bien caro.

—No lo creas, francés; es una calumnia,—replicó el herrero.—Koning ha jurado como nosotros sostener la libertad de Brujas.

—Sí, lo ha jurado, como acostumbran jurar los tejedores y los herreros; para engañar á los demas.

—Si pudiese yo siquiera romper la cabeza á ese vil pescadero,—dijo el otro preso,—moriria despues contento.

—Tranquilízate,—primo,—respondió su adversario con una sonrisa de desprecio.—No siempre estaremos en este calabozo.

—No me llames primo,—esclamó el herrero sacudiendo las cadenas.—Si la hermana de mi madre fué tan débil que se casó con un hombre de oficio enemigo nuestro, todos los parientes la hemos desechado.

Nada contestó á ello el pescadero; pero agarrándose con las uñas á una piedra que estaba medio desprendida de la pared, consiguió arrancarla y se la tiró á su enemigo. Aunque el golpe fué terrible, pues dió en un hombro al herrero, este no se quejó, pero hizo los mayores esfuerzos para coger la piedra,

que habia caido á corta distancia de él, y no pudiendo conseguirlo empezó á retorcerse muchas veces, sin que fuese posible adivinar lo que queria hacer. Torció, pues, la cadena cuanto pudo, y echándose despues hácia adelante con toda su fuerza, logró que saltase uno de los eslabones, y entonces se acercó á su adversario moviendo circularmente como si fuese una maza el pedazo de cadena que quedaba, y á que tenia amarradas las manos. Precipitóse el caballero para detenerle; pero ya era tarde, y el otro preso hubiera muerto infaliblemente si un movimiento estraño y casi inconcebible de generosidad no hubiese detenido en aquel momento las manos del herrero:

—Traidor! —dijo dando un paso hácia atrás.—Si pudieras defenderte!

Estando él diciendo estas palabras, abrieron la puerta del calabozo, é iluminó aquella terrible escena la luz de una antorcha que introdujeron. El herrero puesto de pié, con el brazo levantado y echando fuego por los ojos, parecia que aun dudaba si acabaria ó no con su enemigo. El pescadero, medio

encogido y con los brazos estendidos á fin de parar el golpe ó por lo menos disminuirle, no daba señal alguna de miedo; mas dirigió una rápida mirada á los que se acercaban á él, y se alegró luego que los hubo reconocido.

—¡Ola, primo!— dijo al herrero — Si me hubieses muerto con la cadena, te entenderias ahora con Juan Breydel.

Con efecto, el oso de los carniceros era el mismo que acababa de abrir las puertas del calabozo. Venia armado de piés á cabeza, y le acompañaban algunos otros valientes, que no parecian muy inferiores á él en fuerza y atrevimiento.

—Francés,—dijo al caballero; —te he llevado mas allá de lo que tú querias, pero ¡Dios me perdone! Aunque sabia que Pedro Koning habia entrado ya en el matadero, ignoraba que hubiese recibido el primer golpe. Pero si te hice caer en la trampa, no soy hombre capaz de dejarte en ella. Aquí tienes tu hacha, ven conmigo y nada temas.

Inmóvil dejó la sorpresa al estran-

gero, pues no concebia cómo un hombre de clase tan baja podia tener pensamientos tan elevados.

—Ven con nosotros,—repitió Juan Breydel,—y despacha, pues no siempre seremos los mas fuertes.

—¿Y piensas dejarnos aqui, Juan? —preguntaron los otros presos.

—Nada tengo que ver con vuestro asunto,—respondió él en flamenco; —lo que me importa es librar á este francés que se fió en mi palabra.

Cogió luego al estrangero por la mano, y le sacó del calabozo, cuya puerta cerraron sus compañeros. Atravesaron rápidamente el interior del edificio, como si temiesen encontrar enemigos en él, y solo se detuvieron al llegar á la puerta esterior El carnicero dió las gracias á sus camaradas, que se retiraron cada uno por su lado, y quedándose solo con el que acababa de librar, le convidó á que fuese á descansar á su casa.

—Hoy está preso Pedro de Koning, —le dijo—porque los tejedores han salido de la ciudad para atacar á los partidarios de Francia; pero ¿quién sa-

be si mañana hará él prender á todos los veedores de nuestros oficios? Entretanto, mi madre y hermana te recibirán como si fueses del pais, porque en el momento que pases los umbrales de nuestra puerta dejarás de ser estrangero para nosotros.

Aceptó el caballero la oferta, y el flamenco le llevó á su casa, conduciéndole por las mejores calles de la ciudad, como si quisiera que formase un gran concepto de la opulencia de Brujas. Deteníase tambien delante de todos los monumentos que se hallaban en el camino, llamando la atencion del francés con respecto á ellos.

—¿Ves ese dragon de cobre dorado?—le dijo enseñandole una estatua colosal;—pues nos le envió de Constantinopla nuestro conde Balduino, cuando conquistó el imperio de Grecia. Aquel edificio, que ves un poco mas distante, es nuestro capitolio, donde los magistrados dan al pueblo cuenta de su administracion; algunos han saltado por la ventana por haber hecho cálculos errados, y menos mise-

ria habria en vuestro pais si adoptaseis la misma costumbre.

—¿Crees tú, amigo,—respondió el caballero en tono un poco orgulloso, —que el noble reino de Francia puede gobernarse con cuentas y guarismos como vuestra ciudad de artesanos y mercaderes?

—He ido una vez hasta Picardia,— contestó el carnicero,—y he visto que allí tambien hay hombres de bien y valientes como aqui; pero no se ejercitan en el manejo de las armas, porque sus señores se lo prohiben, y de ahí nace que vosotros, los caballeros y nobles, los gobernais á vuestro gusto. Son bueyes á quienes les han cortado las astas, y su fuerza de nada les sirve, estando tan atados como están. Gracias á Dios, los flamencos nos mantenemos un poco mas alerta, y estas palizadas que ves establecidas en frente del palacio de los ciudadanos, sirven para ejercitarnos en los combates.

En el estado en que el francés se encontraba, veia con indiferencia lo que hubiera llamado la atencion de

cualquiera otro viagero. No reparó, pues, ni en la estension de las palizadas en que justaban los habitantes de Brujas, á pié y á caballo, ni en la antigüedad del edificio delante del cual estaban colocadas, y al que daban el nombre de «Palacio de los Ciudadanos.» Con la misma distraccion pasó por delante de varios edificios, cuya ligera y atrevida arquitectura, imitada de los palacios de Oriente, recordaba el gran papel que los flamencos habian hecho en las cruzadas. Su compañero, observando la distraccion en que iba, cesó de querer admirarle y caminó en silencio hasta que llegaron enfrente de su casa.

Era esta un edificio, cuyos ángulos estaban construidos de piedra y ladrillo, y las paredes de tablas de pino del norte. Formaba el todo de la casa una especie de pirámide, pues el inmenso techo que la cubria bajaba en plano inclinado por todas partes hasta la altura de un hombre, en tanto que la cúspide se elevaba considerablemente. Las ventanas, que eran muchas aunque estrechas é ir-

regulares, estaban defendidas con rejas de hierro; pero la puerta estaba abierta, circunstancia que no pudo menos de llamar la atencion del carnicero.

—No me gusta,—dijo en voz algo baja,—que mi madre y hermana vivan con tan poca precaucion en tiempos tan revueltos.

Oyó entonces que los perros ladraban, y dió un silbido para hacerles callar; pero en vez de obedecerle, continuaron sus ladridos con mayor fuerza. Perdió el color el intrépido flamenco, y temiendo que hubiese sucedido alguna desgracia, entró precipitadamente en la casa, á donde le siguió el francés sin titubear, pues no habia podido ser insensible á la generosa conducta que habia observado con él el carnicero.

# XIX.

Nada aparecia trastornado en casa de Breydel, pues los bancos de encina que habia en el portal, la bajilla de estaño que adornaba la chimenea, y los pedazos de tocino salado que colgaban del techo, todo estaba cada cosa en su sitio; pero se notaban en la arena esparcida por el suelo, las señales recientes de muchos pasos. Encendióse el rostro de Juan Breydel al observarlo, y subió casi de un salto los varios escalones por donde se pasaba al cuarto inmediato. El estrangero, que le seguia con la misma rapidez, entró tambien con el acha

en la mano; pero no vieron otra cosa que una muger vieja y ciega, sentada al lado de un torno de hilar que por entonces estaba parado.

El trage de las mugeres de Brujas tenia en aquel tiempo una forma particular, pues llevaban unas gofras de lienzo casi cónicas, cuya moda se esparció poco despues en Francia é Inglaterra; el vestido, sumamente ancho, se ajustaba al cuerpo por medio de un corpiño atacado por delante; y por calzado usaban una especie de zuecos, con las puntas muy levantadas.

Este modo de vestirse, que tenia algo de rico y de gracioso, daba cierto realce á la figura de la ciega, pues sus facciones, todavia regulares aunque ya marchitas, y su frente, cuya anchura no ocultaban las pocas mechas de cabellos blancos que tenia, presentaban un conjunto lleno de gravedad, y se conocia que si bien el cuerpo estaba debilitado por los años y los pesares, no estaban aletargados la voluntad ni el pensamiento.

—¿Quién viene contigo, Juan?—preguntó, al oir pasos de dos hombres,

uno de los cuales conocia que era su hijo.

—Un estrangero, madre mia,—respondió él en tono respetuoso,-un francés, á quien traigo de huesped á casa.

—Seais bien venido—dijo ella entonces en francés, y medio se levantó de su asiento para recibir al estrangero, despues de lo cual añadió en flamenco:—Ofrécele vino, ó aguamiel.

—Pero ¿qué teneis, madre?—replicó el carnicero.—Vuestra voz está muy alterada.

—Cuida de tu huesped,—contestó la ciega; y su gesto era tan espresivo, que adivinando el caballero lo que acababa de decir, la rogó que no se incomodase por él.

—No sereis recibido como mereceis, —respondió ella suspirando—porque estoy sola... Mi hija Margarita

—¿Dónde está, madre?—esclamó Juan Breydel, que se habia separado algunos pasos.

—Hijo mio—le dijo la vieja,—jamás se ha recibido tan mal á un huesped en casa de tu padre.

Bajó la vista Breydel, se mordió los

labios, y fué á buscar el vino. Entretanto el caballero ecsaminaba la habitacion, que era una de las piezas construidas sobre bóvedas, á que llamaban «cuartos altos» y que en el húmedo clima de Flandes pasaban por los mas sanos. Recibia luz por una multitud de ventanas, separadas unas de otras tan solo por vigas, de modo que la claridad entraba por el mayor número de puntos posible; y lo mas importante que en la habitacion se advertia, eran las armas de honor coquistadas por Breydel en varias justas, las cuales estaban colgadas encima de la puerta, á manera de trofeo.

Volvió el jóven un momento despues, trayendo en la mano dos jarras, una llena de vino y otra de aguamiel; púsolas sobre la mesa, y sacó de un armario copas de plata con asas, de las que en el pais se llamaban «hanaps.» Entretanto miraba á cada momento á la madre, y viendo que por sus megillas corria una lágrima silenciosa, no pudo contener la impaciencia y esclamó:—Por Dios, madre, ¿quién ha venido aquí?—Y añadió al ver que su madre no le respondia:—

Habrán sido nuestros enemigos: los tegedores sin duda.

Levantóse la vieja, y fué á colocarse junto á la puerta, donde estendió los brazos como para cerrar el paso, y dijo en flamenco:—Breydel, no saldrás de aquí, sin echar por tierra á tu madre.—Y continuó en francés: Perdonadnos, señor estrangero; nuestros enemigos acaban de introducir en mi casa la desesperación, pues se han llevado en este momento á mi hija, en rehenes, segun dicen, de su veedor.

Aunque el carnicero habia ya presumido aquella desgracia, lanzó un espantoso gemido cuando vió que eran ciertas sus sospechas. Hinchárronse las venas de su frente y cuello, empezó á respirar con dificultad, y parecia que iba á salir fuego de sus ojos y sangre de sus narices. Comenzó á dar vueltas por el cuarto, como la hiena que dia y noche busca la salida de la jaula, y se estremecia cada vez que sus miradas se dirigian al paso que le tenia cerca de su madre.

—Arrancaré las rejas de una ventana,—esclamó al fin con voz terrible.

—Y¿ qué harás despues, desgraciado?—dijo la madre.

—Los mataré á todos, todos, todos, —contestó él.

—Ved, señor huésped, á qué punto han llegado nuestros flamencos,—dijo la vieja en francés.—Solo piensan en pelear unos con otros, y Felipe para destruirles no tiene mas que hacer que abandonarlos á sí mismos. Pero escucha, Juan Breydel,—continuó en tono grave;—no es justo que se derrame la sangre de nuestros conciudadanos por una injuria particular nuestra, y asi no trates de dar un paso de esa especie, si te parece terrible la maldicion de una madre.

—¡Margarita! ¡Margarita!—esclamó el jóven fuera de sí.—¡No quiere que te vengue! ¡No te quiere ya tu madre!

Estremecióse de horror la vieja al oir tan injusta reconvencion, y dirigiendose á su hijo con paso tan firme como si aun gozase de la vista, le cogió la mano y la colocó sucesivamente en su frente bañada de sudor frío, y junto á su corazon que

latia con una violencia y una rapidez increible.

—¡Insensato!—le dijo.—No puedes tu ni aun concebir lo que es el amor de una madre. Cuando sepas apreciar lo que yo sufro, no hablarás de degollar á tus compatriotas.

—Buena señora,—dijo el caballero, á quien el noble lenguaje de la vieja hacia olvidar la bajeza de su clase,—¿no seria posible rescatar á vuestra hija, sin derramar sangre? Soy amigo de Pedro Koning, y si tiene muger ó hijos, les hablaré...

—Escuchad, escuchad,-interrumpió la ciega haciendo un repentino movimiento.—¿No percibis algunas voces?

Bien sea que se hubiese equivocado, ó que la pérdida de la vista la hiciese mas apropósito para distinguir los mas ligeros sonidos, lo cierto es que los dos hombres escucharon inútilmente, sin poder oir cosa alguna.

—Pues estoy cierta de que era su voz,—continuó la vieja.

Juan Breydel meneó la cabeza, y se enjugó las lágrimas, persuadido de

que la anciana era juguete de su dolor y deseo, y otro tanto pensaba al mismo tiempo el caballero, cuyo corazon se hallaba sumamente enternecido. Pero un momento despues oyeron pasos acompasados como si fuesen de tropa, y no tardaron en presentarse á la puerta de la casa algunos hombres armados, de entre los cuales salió una jóven hermosa y agraciada, la cual se arrojó á los brazos de la vieja, diciendo:

—¡Madre mia!

Los que la habian conducido venian vestidos y armados á la moda de los caballeros de Francia y Alemania, es decir, traian cascos de cimera y cotas de armas con adornos, mas sin embargo, eran ciudadanos de Brujas. Breydel corrió á recibirlos, les dió millones de gracias por el servicio que le habian hecho, y quiso saber cómo habia venido Margarita á su poder.

Los habitantes del barrio de San Juan(1),

---

(1) Era el barrio en que habitaban los hacendados.

—respondió el gefe,—somos, como sabes, neutrales en cuanto á vuestras querellas de oficios; pero queremos la justicia ante todo, y habiendo encontrado á esta jóven en el camino, hicimos que la dejase libre una horda de miserables que la llevaban. Aun cuando no hubiese tenido ni bienes ni parientes, hubiéramos hecho otro tanto; pero puesto que te hemos servido en ello, no faltará ocasion en que puedas recompensarnos este servicio.

—Llamadme bastardo si no lo hiciese=esclamó el jóven con tono satisfecho.—Pero, ¿no querreis ahora aceptar un vaso de vino ó de aguamiel y entrar en mi casa á descansar?

—Otra vez será, Breydel,—respondió. Está hoy demasiado alborotada la ciudad, y tratamos de guardar nuestro barrio.

Con esto se retiraron, y el flamenco, ya tranquilo, no pensó en otra cosa que en agasajar á su huesped.

Su hermana preparó la cena, y como era miércoles, no pudieron servir al

francés sino pescado; pero en una ciudad colocada como Brujas en la inmediacion de la costa del mar y de varios rios, no era rigurosa la observancia de esta ley de la iglesia, ni causaba ninguna privacion.

—Señor francés,—preguntó Breydel al estrangero ofreciéndole una gran tajada de pescado;—¿á que no adivinais qué pescado es este?

Estas palabras sacaron al caballero de la indiferencia con que hasta entonces habia aceptado las viandas que le presentaron. Examinó el pescado, le probó y se vió precisado á confesar que, aunque habia nacido y se habia criado en la costa del mar, no tenia idea alguna de lo que era.

—Con efecto,—replicó el carnicero con una sonrisa en que se pintaba el orgullo nacional, la ballena es pez demasiado grande para cogerle con las redes comunes.

—¿Ha encallado acaso en vuestras costas alguno de esos monstruos?—preguntó el francés.

—¡Cómo encallado!-respondió Breydel.—Algunos veces dicen que suelen

encallar: sin duda nuestros mayores no cogian mas que las que venian por ese medio á su poder; pero hoy nuestros atrevidos pescadores van á cogerlas en medio de las aguas. Dicen tambien que empiezan á separarse de nuestras costas como si temiesen á los harpones de los flamencos, y que es necesario acercarse bastante al norte para encontrarlas. Y por cierto que seria una gran desgracia para nuestro pueblo que llegasen á encarecerse, porque es un alimento de grande uso entre nosotros, y no sé con que podria reemplazarse.

Al oir esto se pintó la admiracion en el rostro del estrangero y contestó: Ahora concibo por que se arrogan vuestros convecinos las armas y decoraciones de la nobleza. Verdaderamente son dignos de ello, pues su valor los hace egecutar tan grandes cosas. ¿Pero de dónde proviene—añadió en voz baja, como quien se pregunta á si mismo—que este pueblo domina á toda la naturaleza, en tanto que está comprimida la energia del nuestro? Ah! ¡Sin duda nos ha de llegar nuestro turno! Antes de ser la encina el árbol mas fuerte de to-

dos es por mucho tiempo un débil arbolillo.

Entretanto resonaban en las calles inmediatas muchas voces de alarma, y esto empezaba á introducir alguna inquietud en los que estaban en la mesa.

—¿Qué seguridad pudiera hallar en vuestra ciudad una forastera?—preguntó el francés.—En unas cuantas horas que hace que estoy en ella solo veo disensiones, enemistades y violencias .... ¡Y sin embargo viene aqui!

Juan Breydel le miró atentamente y le dijo:

—Veo que padeces en tu interior, y que lo que acabas de decir no es una mera suposicion. Pero cuando creimos que mi hermana se hallaba en peligro, vi que echabas mano á tu acha para socorrerme, y te juro por las reliquias de San Donato, que tampoco te faltaré cuando me necesites. No tienes mas que decirme quién es la persona que tanta inquietud te causa y yo encontraré amigos que la protejan como los hallé para sacarte del calabozo.

Encendióse el rostro del estrangero, y

aunque agradeció infinito la oferta del jóven flamenco, no le pareció conveniente confiarle el secreto que tanto le inquietaba. Asi, pues, respondió evadiéndose:

—Solo un pensamiento debe ocuparme por ahora, que es el de ir á la cruzada de Prusia.

Breydel y su hermana se miraron uno á otro sorprendidos; pero la vieja meneó la cabeza y replicó:

—Me parece, caballero, que no llevareis á cabo ese proyecto, porque vuestra voz no es la de un hombre que solo piensa en cosas del otro mundo.

—Sin embargo,—contestó el caballero un poco turbado,—he tomado la cruz y hecho voto de ir á la guerra.

—Si lo hubieseis prometido á otro hombre,—continuó la vieja con gravedad,—os ligaria vuestra palabra, porque aquel no podria adviñar vuestro pensamiento; pero Dios, que lee en lo mas íntimo de nuestros corazones, sin duda no juzgó de vuestra intencion por el movimiento de los lábios.

—Dejemos ese asunto, madre mia. —dijo Breydel que veia conmovido á su huesped.—Canta alguna cosa, Margarita, que buena necesidad tenemos todos de distraernos un poco.

—Hermano mio,—contestó la jóven,—no sé ninguna cancion francesa, sino aquella...

—Sí, la que no deberias saber,—replicó aquel secamente y arrugando las cejas,—puesto que nuestro oficio es enemigo de la familia desterrada. En fin, cántala, porque nuestro huesped nada tiene que ver con nuestras disensiones interiores, y yo procuraré no escucharte.

Entonces Margarita cogió, sin titubear, una guitarra, la templó, y acompañándose con ella, cantó un romance, cuya estrema sencillez le haria muy insignificante al lado de las poesías modernas, pues decia, poco mas ó menos, de este modo:

Cuando marchaste hácia Francia,
nieta de ínclitos guerreros,
¿por qué, dí, no visitaste
la Vírgen de tus abuelos?
La que protegió á tus padres,

á tí tambien protegiendo,
hija fueras de un monarca.
gloria de estrangeros reinos.
Cuando marchaste hácia Francia,
nieta de ínclitos guerreros,
¿por qué, dí, no visitaste
la Vírgen de tus abuelos?
El rumor de breves fiestas,
de alta pompa el brillo régio,
olvidar la efigie humilde
de Winendale te hicieron.
Si en Francia tu mal hallaste,
nieta de ínclitos guerreros,
fué por haber olvidado
la Vírgen de tus abuelos.
Ah! si sales algun dia
de ese tu lejano encierro,
aplaca á la santa Vírgen
con tus lágrimas y ruegos.
Y cuando vuelvas de Francia;
dirígete lo primero
á suplicar que te ampare
la Vírgen de tus abuelos.

La impresion que produjeron las palabras de este romance en el alma del caballero, admiró estraordinariamente á Juan Breydel y á su hermana.

—Es preciso que sepais, estrangero, —dijo la vieja que no percibia su emocion,—que cuando la hija de nuestro conde salió de Flandes para ir á saludar á su padrino, antes de pasar á Inglaterra, se olvidó de ir á encomendarse á la imágen milagrosa de la capilla de Winendale, que siempre habia protegido á su familia. De aqui han provenido todas sus desgracias, y su muerte... si es cierto que el rey Felipe la ha mandado asesinar, como á todas las personas que la servian en su prision del Louvre.

—No, no es cierto,—esclamó el francés precipitadamente.

—Es natural que disculpes á tu rey, —replicó Juan de Breydel,—pero ¿cómo puedes tú saber lo que ha sucedido dentro de las fuertes murallas del Louvre?

—Filipina de Flandes vive todavía, —replicó el francés;—vive y está libre...!

Las dos mugeres lanzaron á la par un grito de alegria al oirlo, y aun el mismo carnicero mostró complacerse con aquella noticia.

—En verdad,—dijo,—esa jóven nun-

ca tuvo parte alguna en la tirania de su padre, y todo el pueblo la queria mucho, porque recordaba á los ancianos las facciones de su abuela la condesa Margarita. ¿Y porqué no viene á Brujas? Sin duda la hariamos condesa de Flandes. Cabalmente nunca ha estado el pais mas prospero y libre que cuando le han gobernado mugeres.

Miróle el caballero con ademan casi de desprecio, y le dijo:

—¿Y crees tú que Filipina querria usurpar á su padre y hermanos el patrimonio de sus abuelos? No,—continuó despues de haber hecho una pausa;—el mismo Guillermo de Juliers no puede desearlo...

Y como si este nombre le hubiera causado la sensacion mas dolorosa, bajó la cabeza y se quedó pensativo y como mudo.

En aquel mismo instante entraron en casa los aprendices del carnicero y se colocaron en el portal alrededor de una mesa.

—¡Ola, camaradas! ¿Quién os ha relevado de vuestro puesto?—

les preguntó Breydel acercándose.

—Nadie, maestro, nadie,—respondió uno de ellos:—pero nuestro veedor nos ha mandado que vengamos á cenar, y que estemos prontos toda la noche, porque los tegedores acaban de entrar en la ciudad. Así, pues, guarde las puertas quien quiera, que nosotros trataremos de defender nuestro barrio.

—Y sin duda serás de los nuestros, Breydel,—añadió un panadero de aspecto bilioso y rostro pálido, que entraba en el mismo momento.

Pertenecia aquel hombre á una familia que ejercia la misma profesion que él hacia algunos siglos, y tenia los brazos y pecho de un atleta, mientras la mitad inferior de su cuerpo parecia bastante débil. Su rostro pálido, y su vestido de terciopelo marillento formaban un contraste singular con los vestidos oscuros y rostros encendidos de los carniceros que se hallaban agrupados á su rededor.

—Wolfart,—le respondió Brydel con arrogancia varonil,—jamás he faltado á mi gremio; y mucho menos faltaré hoy que tengo que vengar la ofensa que han

hecho á Margarita, y mi alegria será tanto mayor cuanto mas pronto encuentre á esos torcedores de lana. Pero, dime, ¿están contra nosotros todos los amigos de los tegedores?

—Si no supiera que eres el oso de los carniceros,—respondió el recienvenido, —creeria que temblabas. ¿No somos suficientes nosotros con los pescaderos para imponer la ley á todos los demas?

—Otro tanto dicen los tegedores y herreros,-contestó Breydel con la tranquila sonrisa de un hombre que no conoce el miedo.—En fin, veremos. Tengo que arreglar aquí una cosilla y al instante soy con vosotros. Que suelten á Bruyn.

Luego que acabó estas palabras subió otra vez al cuarto donde habia dejado á su huesped, y le dijo:

—Francés, tengo que salir de casa; ¿me prometes cuidar de mi madre y hermana durante mi ausencia?

Prometióselo el caballero sin titubear ni un instante, y Breydel añadió:

—Si ves que antes de ser de dia viene á casa el perro que llevo conmigo, trata de que salgan fuera de la ciudad, pues

podrian pasarlo mal, si cayesen en manos de mis enemigos.

—Y á dónde vas, hijo mio? ¿A dónde vas, hermano?—preguntaron á un mismo tiempo las dos mugeres.

—A defenderos y á vengaros,—respondió el, descolgando algunas de las armas que estaban colgadas encima de la puerta.

La muchacha empezó á llorar y á dar gritos; en tanto que corrian por las megillas de su madre algunas lágrimas silenciosas.

—Por la sangre de Jesucristo, no os asusteis de ese modo, buenas mugeres, —les dijo el panadero desde el portal. —Pocas horas puede durar el combate, pues Jacobo de Chatillon y sus franceses vendrán à socorrernos antes que sea de dia.

Cayéronsele á Breydel las armas de la mano, y preguntó en voz desfallecida:

—¿Qué dices?

—Qué mas valen el Rey de Francia y los franceses, que el conde y los tejedores,—respondió Wolfart.—Nuestros veedores han resuelto unirse con ellos.

Erizósele el cabello en la cabeza al

carnicero, mas conteniendo su indignacion, le respondió en tono tranquilo y aun un poco burlon:

—Segun eso, nuestra ciudad antes que Flandes, y nuestro gremio antes que la ciudad! Muy bien, amigo Wolfart. Siguiendo la misma regla, mi familia y mi casa antes que mi oficio. Aqui me quedo.

—¡Traidor! ¡cobarde!—esclamó el panadero amenazandole con un cuchillo que habia sacado del cinturon.

—Dejádmele,—dijo Breydel á sus aprendices, que iban ya á vengar la injuria hecha á su maestro; y bajando sosegadamente la escalera que separaba del portal la sala alta, se fué derecho á su adversario con el rostro tranquilo y sin arma alguna en la mano.—Wolfart,—le dijo, elige entre la retirada ó el combate, pues no me está bien atacarte en mi propia casa.

—El combate,—contestó el panadero, desafiándole con los ojos y manos. Pero aun sonaba su voz, cuando la mano derecha de Breydel habia separado el brazo y el cuchillo,

y la izquierda oprimia la garganta del atrevido provocador. Sin embargo, era demasiado arrogante el oso de los carniceros para abusar de su mucha ventaja, y asi no quiso echar por tierra á su enemigo.

—Abrid la puerta,—dijo á sus aprendices;—y luego que lo estuvo arrojó al panadero con tanta fuerza, que fué á dar á la casa de enfrente, en medio de las risotadas de los carniceros que ocupaban el portal.

—Amigos mios,—dijo entonces Juan, —cada uno á su casa y á guardar á su familia, pues por mi parte tendré buen cuidado de defender á la mia.

—¿Y os habeis de quedar solo aqui, maestro?—preguntaron.

—Tengo un huésped—contestó él, —que si lo necesito, no dejará de ayudarme.

—Con esto vaciaron sus hanaps y se retiraron. Breydel cerró bien la puerta, y se volvió á donde estaban su madre y el estrangero.

# XX.

Luego que este se separó de Guillermo de Juliers y las señoras á quienes escoltaba, no continuaron estas por mucho tiempo en direccion hácia Brujas, sino que se internaron en uno de los bosques que hay á los lados del camino, con intencion de pasar allí la mayor parte del dia, y no llegar á la ciudad sino despues de puesto el sol. Colocaron algunos centinelas alrededor del sitio donde se detuvo la cavalgata, y en tanto que pacian los caballos, se sentaron

las personas á la sombra de los árboles, para tomar tambien algun alimento.

A la caida de la tarde volvieron á ponerse en marcha, despues de haber mandado reconocer las cercanías. La mayor parte de los viageros guardaban un triste silencio, en tanto que otros contaban guerras, encuentros y emboscadas. El escudero del caballero francés hablaba de su amo y de la guerra que habian hecho en Italia, en favor del papa Bonifacio, contra el escomulgado Colona. Las aventuras rapidas y variadas de aquella guerra del mediodia, las escenas ya horribles, ya maravillosas, de una lucha entre el soberano pontífice y el mas orgulloso de los gefes feudales, delante de las murallas mismas de Roma y en las gargantas del Apenino, encantaban tanto á los soldados alemanes, que poco á poco se reunieron todos al rededor del escudero. Hasta las mismas señoras escuchaban con gusto su narracion, principalmente la jóven, que parecia que temiese perder una sola palabra.

—Lástima es,=dijo uno de los sol-

dados,—que tan valiente caballero se haya cruzado y quiera ir á que le maten en Prusia.

—Eso queria,—contestó el escudero;—habia hecho ya el voto, y nosotros hubiéramos muerto con él; pero tal vez haya mudado de resolucion.

Diciendo asi, fijó la vista en la señorita que le escuchaba; mas esta, ó bien se ofendiese de su inesperado atrevimiento, ó bien estuviese cansada de oirle hablar, adelantó el caballo y se separó del grupo.

—¿Y qué crímen ha cometido,—preguntó el primer soldado,—que tiene que espiarle tan duramente?

—¡Crímen!—esclamó su criado en tono casi amenazador—No hay hombre alguno en la tierra que pueda echarle en cara la menor falta. Si hubiese derramado alguna sangre, ¿os parece que no le habria absuelto el Sumo Pontífice? Lo que tiene es ser muy desdichado.

—¿Y por qué no hace mas bien una peregrinacion? Tenemos en este pais la gruta de San Huberto, y en Colonia es-

tán las reliquias de los tres Reyes, que curan los males del corazon como cualesquiera otros.

—Si pudiera curarse,—replicó el escudero,—le hubieran curado los santos de Roma. El Papa, á quien serviamos, por no haber podido pasar á la tierra Santa, que se halla en poder de los tártaros, no hubiera dejado de acudir á todas las reliquias, para conservar en su servicio á un defensor tan valiente. Bien queria darle tierras, riquezas y distinciones; pero el buen caballero solo deseaba una santa muerte.

Durante este diálogo salieron todos del bosque, y descubrieron á lo lejos las torres de Brujas, que empezaban á confundirse con el horizonte ya oscuro. Un momento despues volvieron al galope los soldados que habian ido de descubierta, y dijeron que la puerta principal de la ciudad estaba abierta y sin guardia: en seguida oyeron los campanas que tocaban á rebato; pero esta señal de alarma no detuvo á los viajeros, que se acercaron prontamente á las murallas, hasta que al llegar al pié de las primeras fortifi-

caciones detuvo su caballo la madre de Guillermo.

—No puedo ir mas allá,—dijo,—pues no quiero violar mi juramento entrando en Brujas antes que los traidores sufran el castigo merecido por haber abandonado á mi padre. Adios, hermana. Guillermo te acompañará.

Abrazáronse entonces las dos señoras llorando, pero sin manifestar debilidad: sin embargo, la de mas edad sintió correr un frio mortal por todas sus venas, cuando el eclesiástico, que habia echado pié á tierra, tomó su mano, la besó y dijo en tono respetuoso pero firme:

—Adios, madre mia.

—¡Qué ¿No volverás, Guillermo?—esclamó asustada;—y confirmándola en esta fatal idea el silencio de su hijo, añadió con el mayor desconsuelo:

—¿Quieres morir como tu padre y tu hermano mayor? ¡Hijo mio! ¡hijo mio! ¡Mira que solo tú me quedas!

—Por eso mismo no teneis otro vengador,—respondió el jóven.

—Pero tú eres eclesiástico y no pue-

des pelear, hijo mio,—dijo la madre.

—Mas quiero ser sacerdote sacrílego que hombre degenerado,—esclamó él furioso, y alargando la mano, como si quisiera rechazar de sí por entonces su santa profesion.

—Y tú, hermana mia, ¿iras con él? ¿Permitirás que abandone á su madre?

—Pensad en vuestro padre, señora, dijo Guillermo de Juliers; y sin aguardar á mas, cogió por la brida el caballo de la jóven y la condujo él mismo al interior de la ciudad; pero casi todos los soldados que le acompañaban permanecieron por órden suya al lado de la señora mayor, de quien acababa de separarse.

Apenas entró en la ciudad cuando tuvo que detenerse en una cortadura que habian hecho.

—¿Qué significa esto?—esclamó.—¡Dejan estas gentes descubiertas las murallas y se fortifican en las calles!

—Son los herreros que se fortifican en su barrio,—le dijo un hombre que tenia una pica en la mano y un carcaj á la espalda;—y, vive Dios, que no carecen de motivo para ello, pues tienen á

á la derecha, é izquierda oficios enemigos. Pero volved á la derecha, señor caballero, y encontrareis libre el camino.

Hizolo así el conde y llegó sin obstáculo alguno al mercado. Era este una plaza espaciosa y casi cuadrada, formada por varios edificios destinados todos al comercio, y se hallaban en ella de guarnicion algunas tropas de tegedores y barqueros, unos en el antiguo edificio llamado mercado de paños, y algunas veces «Capitolio,» y otros en un almacen inmenso por el cual atravesaba un canal, y á que llamaban el mercado del agua.

Delante de sus puestos habian colocado pértigas y clavado en ellas barricas llenas de materias combustibles, cuyas llamas iluminaban muy bien toda la plaza. A la luz de aquella siniestra claridad se veian pelotones de hombres armados, que corrian de una á otra parte para colocarse bajo la bandera de su respectiva corporacion. El sonido lúgubre de las campanas, los gritos que de cuando en cuando

lanzaba aquella multitud feroz, y el aspecto de las columnas que se iban formando en las calles inmediatas, todo anunciaba una conmocion que debia estallar inevitablemente.

Presentaba aquel cuadro un no sé qué de espantoso, que hizo que se le erizasen los cabellos á Guillermo, y volviéndose á la jóven á quien acompañaba, dijo:

—Volvámonos, pues no es para vos el arrostrar tantos peligros. Perezcan antes el nombre de Flandes y el leon de nuestros abuelos.

La jóven le dirigió una mirada severa, y contestó con voz melancólica:

—Ya he sacrificado mas que mi vida, y nada es capaz de hacerme retroceder. Como quiera que sea, mas vale morir aqui que desterrada.

—Demasiado he visto,—replicó su guia suspirando,—que el palacio de mi madre era para vos una prision.

Y bajando la cabeza, como un hombre á quien ciega la desesperacion, metió la espuela á su caballo y entró al galope en la calle inmediata;

pero en ella encontró una guardia de hombres armados de picas, que en sus trages azules mostraban ser tejedores de paños. Rodeaban una casa de aspecto pobre, sin permitir que nadie se acercase á ella, y cuando vieron á Guillermo bajaron las picas formando una muralla de hierro, y algunos le dijeron en altas voces:

—¿Quién sois vos? ¿Qué quereis? No pasareis, clérigo ó diablo, que esta noche nadie se ha de acercar á su casa.

—¿Dónde está vuestro veedor?—preguntó con impaciencia.

—¿Acaso lo sabemos nosotros?—respondieron meneando sus largas picas?

—¿Y sus hijos?—preguntó el conde.

—En la ciudad vieja,—respondieron los flamencos.

—Pues es preciso que hable yo á su muger.

—Sí, sí... No, no... Llamad á la veedora... cruzad las picas... Dejadle pasar... Echadle fuera, esclamaron á un mismo tiempo mil voces diferentes.

Impaciente de tanto retardo, iba ya Guillermo á romper con su caballo por entre las picas, esponiéndose á una multitud de heridas, cuando abrieron la puerta de la casa, y se presentó en ella una muger, cuya faz magestuosa y todavia bella manifestaba que interiormente sentia un gran dolor.

Dirigió una mirada al grupo de forasteros y reconociéndoles esclamó:

—¡Abrid las filas! ¡Es la esperanza, la última esperanza de Flandes!

Al momento se colocaron los piqueros á los dos lados de la calle, y el eclesiástico y su compañera pasaron por medio de ellos, yendo á echar pié á tierra á la puerta de la casa que defendian. Sus hombres de armas permanecieron á caballo á cierta distancia, siempre alerta, con las viseras echadas, las lanzas levantadas y prontos á correr á la menor señal.

Filipina de Flandes, que era la jóven á quien conducia Guillermo de Juliers, no pudo evitar un ligero temblor al entrar en la humilde casa de

Pedro Koning; no porque la habitacion de un simple artesano presentase á sus ojos indicio alguno de la miseria y escasez que contristan el alma, sino porque no veia en ella nada suntuoso y guerrero, que se pareciese á las nobles habitaciones en que siempre habia morado la princesa.

—La primera pieza, que servia á un mismo tiempo de recibimiento y cocina, era bastante espaciosa, y el brillo y limpieza de los utensilios de hierro y cobre que estaban colgados en las paredes, el esmero con que estaban frotados los rojos ladrillos del suelo, y esparcida arena por cima de ellos, todo indicaba cierta comodidad y aun riqueza. Para evitar que las gentes de la casa viesen á Filipina, la condujo la muger del vecdor al segundo piso por una escalera tortuosa y desigual, y haciéndola entrar en un cuarto bastante bien amueblado, y en que estaba encendida una gran chimenea, dió libre curso á su emocion, poniéndose de rodillas delante de la hija de su soberano, besándole la mano, y bañándosela con sus lágri-

mas. Despues indignándose de verla tan pobremente vestida, la quitó el manto de labradora y las groseras cofias que ocultaban su rostro y le ofreció un sitial para que se sentase al lado del fuego, esclamando:

—¡Probrecita!— ¡Cómo tiembla de frio!

Con efecto, le condesa, sin color, con los ojos apagados y los labios trémulos, representaba la imágen de la debilidad y del sufrimiento. Guillermo de Juliers estaba de pié detrás de ella, con los brazos cruzados, y la miraba con una especie de desesperacion, como si se recoviniese de haberla traido á la muerte. Por lo que hace á ella, consagrada enteramente al noble proyecto que habia comenzado, preguntó tan sola dónde estaba su libertador Koning.

—Ya vendrá, señora; no tardará en venir,—respondió la veedora con una turbacion que no podia ocultar.

—¿Nadie ha venido á verle?—preguntó Filipina con voz debil.—¿No habeis visto á un caballero francés?

Guillermo de Juliers se estremeció, cuando la oyó hacer aquella pregunta.

El estrangero no habia hablado ni una sola palabra con la condesa, ¿cómo, pues, podia esta saber que venia á Brujas? Reflexionó entonces acerca de la escena de aquella mañana, y tal reflexion fué para él un rayo de luz.

—¿Le conoceis, señora?—preguntó, perdiendo el color. Y viendo que titubeaba en responder, añadió con voz ahogada:—¡Desgraciado de mi!

Filipina observó un dolor tan intenso en su acento y miradas, que no tuvo valor para darse por ofendida.

—A nadie he visto, señora —dijo la muger de Koning;—mas no es estraño porque nuestros enemigos eran los que guardaban las puertas.

Cuando estaba diciendo esto, la interrumpió una voz fuerte que desde el piso bajo gritó:—Veedora, buenas nuevas. El señor Pedro se halla en el palacio del conde y vamos á sacarle de allí.

—¿Qué significa ese lenguage?—preguntó la condesa levantándose de repente.—¿Acaso la desgracia que persigue á nuestra familia habrá pasado tambien á la de Koning?

Las lagrimas que corrieron por las

megillas de la veedora fueron su única respuesta.—Acercóse á una ventana desde donde se veia bastante espacio de terreno, y enseñando á Filipina una multitud de hombres armados con picas, que se agrupaban unos contra otros le dijo:

—Ahi teneis á los tegedores, que acaban de entrar en la ciudad. Los gremios enemigos del nuestro se aprovecharon de su ausencia para poner preso al veedor; pero ahora les ha de costar caro. ¿No veis cómo brillan las armas en la plaza de la ciudad? Ya ya encienden las antorchas, y despliegan al aire las banderas; ya llegó por fin la hora de la venganza.

Arrebatados por un movimiento irresistible, se acercaron Guillermo y Filipina á la ventana que su huéspeda acababa de abrir, y desde la cual podian ver una gran parte del mercado y de otra plaza inmediata á que llamaban la ciudad vieja, que estaba rodeada de fortificaciones. La noche era muy oscura, pero las barricas y una multitud de antorchas encendidas derramaban una luz rojiza por todo el espacio que se

descubria, los grandes edificios de ambas plazas se divisaban imperfectamente, y parecia que se movian cada vez que el viento agitaba los torbellinos de fuego y humo, ó se meneaban de una parte á otra las antorchas.

Los tegedores se estaban reuniendo en la ciudad vieja, y es imposible que pueda haber un espectáculo mas espantoso que el que presentaba aquel negro hormiguero de hombres, que se agitaban confusamente á la luz de unos cuantos hachones. Hallábanse comprimidos entre una iglesia, de arquitectura antigua y gigantesca, y algunas fortificaciones en parte devoradas por las llamas. Pusieronse luego en marcha, y era tal su multitud, que mas bien parecia que giraban sobre si mismos, que no que se alejaban, hasta que al fin empezó á salir al mercado la cabeza de la columna por una calle estrecha y oscura. Poco despues se detuvieron, sin que se pudiera saber por que, aunque se se oian grandes gritos. La muger de Pedro Kouing apenas podia respirar;

brillaba en los ojos de Guillermo de Juliers un impaciente arrojo; y solo Filipina se estremecia de horror cuando pensaba en la mortandad que se estaba preparando.

Separóse de la ventana, cruzó las manos, estuvo como orando un momento, y despues levantando su hermosa cabeza, dijo:

—Yo los detendré.

Y tal era la magestad de sus miradas, que ni Guillermo ni la vecdora se atrevieron á detenerla.

Bajó la escalera con paso firme; mandó que la tragesen su caballo, y subió en él con la gracia y ligereza de una divinidad aérea. Su vestido blanco ondeaba sobre la grupa del caballo, y sus cabellos sueltos caian en bucles sobre los hombros. Pálida, pero siu temor, impelió su caballo hácia el medio de la multitud, y prohibió á sus soldados que la siguiesen. Guillermo de Juliers fué el único que no obedeció esta órden, y siguió sus pasos, resuelto á combatir y morir antes que perderla de vista.

Cuando llegó á la plaza se habia

puesto otra vez en marcha la columna. Los tejedores habian rechazado á una guardia enemiga que les disputaba el paso, y estaban ya peleando alrededor del palacio de los condes de Flandes. Veíanse claramente á los carniceros y pescaderos defender el edificio, arrojando piedras enormes á los que les atacaban, y se oian confusamente las voces de guerra y los gemidos de dolor; pero era imposible abrirse paso por medio de aquella furiosa multitud de tejedores y partidarios suyos, pues hubiera sido preciso caminar sobre sus cabezas. La condesa olvidó por un momento hasta su proyecto, tanto le llamó la atencion un espectáculo que se presentó á su vista. Los carpinteros, herreros y albañiles trataban de entrar en el palacio, formando una especie de puente desde el tejado de una casa inmediata á una de las torres del recinto. Tres veces consiguieron colocar algunas vigas atravesadas, y al momento los mas atrevidos pasaban por ellas para pelear contra el destacamento que guarnecia la torre; pero

otras tantas veces consiguieron los enemigos echar abajo el puente; y con él cayeron los que se habian atrevido á pasarle. Sin embargo, no se desanimaban los sitiadores, y por cuarta vez consiguieron colocar una viga mas fuerte que las anteriores, y tambien los sitiados lograron conmoverla; pero no vino abajo, porque siendo mucho mas larga, los sitiadores la habian asegurado muy bien por el otro estremo. Entonces una multitud de bravos se arrojaron ál trémulo puente, y aunque algunos vinieron á la calle, otros muchos consiguieron llegar á la torre, y al momento colocaron grandes tablones, que dieron libre paso á los demas compañeros. Una voz de triunfo resonó en todas las calles inmediatas, el grueso de la columna se adelantó un poco, y quedó tomado el palacio de los condes.

El terreno que de este modo habian ganado los vencedores, les permitió que se separasen á los lados, y se aclaró un poco su masa. Filipina entonces pasó por medio de aquella muchedumbre de hombres, que la miraban con sor-

presa y admiracion. Algunos temblaban, persuadiéndose que veian una sombra irritada y no una muger; y la multitud se abria para dejarla pasar, y se volvia á juntar en seguida, como las olas del mar recobran con ánsia el espacio que les ha robado momentáneamente el paso de un navio. A pesar de todo su esfuerzo y cuidado, Guillermo de Juliers quedó separado de ella, y queriendo alcanzarla equivocó el camino; mas la jóven no mostró inquietud alguna aunque se vió sola é indefensa. Nadie la detuvo, y llegó al patio de palacio en el momento en que traian á Koning, á quien acaban de sacar de un calabozo, sobre un escudo, en señal de victoria.

Pequeño, viejo, y con un ojo menos, nada presentaba en su figura el veedor de los tegedores, de lo que comunmente lisongea, impone y deslumbra. Era un hombre vulgar, de facciones muy comunes, de aspecto innoble y al mismo tiempo duro; pero se notaba tan á las claras en su frente calva y brillante un carácter de firmeza invencible, que traía á la imaginacion las estátuas antiguas

de bronce, á quien no alteran el tiempo ni las tempestades. Habian roto sus cadenas á fuerza de golpes, pero aun permanecian los últimos anillos fijos en sus brazos, y él los mostraba á sus vengadores con la espresion de un fuerte resentimiento. Los que le llevaban en triunfo, casi todos heridos, ó por lo menos cubiertos de sangre, presentaban un contraste, de que solo pueden dar ejemplo las conmociones populares. Al lado de un albañil, cubierto de cal, se veia un herrero con el rostro y manos ennegrecidos, y andaban mezclados entre sí los tegedores, los tintoreros, los tundidores, etc., todos armados y vestidos de diferente manera, pero todos robustos, atrevidos y animados. Algunos prisioneros que habian conducido á los pies de Koning, parecian destinados á una muerte inevitable, pues la mayor parte estaban de rodillas, y rezando sus últimas oraciones, si bien habia otros, que mas pensaban en amenazar á sus enemigos que en la salud de sus almas, los cuales de pié mirando de un modo amenazador, y profiriendo las mayores injurias, desafia-

ban la venganza de los vencedores.

—¿Qué hacemos de ellos, Koning? —preguntaron algunos de los gefes.

—Matarlos, matarlos,—esclamó la multitud impaciente, y el veedor cuyo corazon estaba resentido, se consoló con la idea de su suplício, bajó la cabeza en señal de que daba su consentimiento, y ya iban á abrirse sus lábios para pronunciar la fatal sentencia, cuando una voz que penetró su alma esclamó: ¡Koning! Estremecióse el veedor, levantó los ojos y encontró las severas miradas de Filipina.

Encendiéronse de vergüenza las megillas al arrogante tejedor, y dijo con un profundo sentimiento.

—¿De qué materia tan frágil es el alma del hombre, que á cada instante abandono la causa por cuya defensa me he decidido?

Y saltando del escudo abajo añadió en voz alta:

—Cesen los honores y el mando con respecto á mí. Presente está la persona á quien sin distincion debemos obedecer.

Fijáronse los ojos de todos en la condesa, que en medio de aquella multitud feroz se presentaba como un ser de superior naturaleza y de poder mas estenso. Las ideas supersticiosas del pueblo se unieron por un momento al prestigio que inspiraba aquella figura blanca, pura y ligera, y retrocedieron con mudo terror; pero cuando algunos pronunciaron el nombre de Filipina de Flandes, todos se acercaron á una jóven cuyas desgracias inspiraban tanto interés y compasion. Habia nacido en Brujas; en la misma ciudad se habian celebrado sus esponsales, y todos los habitantes de ella la querian con estremo, pues se figuraban que veian revivir á la condesa su abuela, último vástago directo de la sangre de Flandes. Su presencia, pues, hizo olvidar los cargos que imputaban á su padre, y mil voces repitieron á la par el grito nacional: ¡Al leon de Flandes! *¡Etanderen den Leeuw!*

Saltáronsele las lágrimas de gozo á Pedro Koning, al ver que se realizaba el peligroso plan que habian formado los últimos partidarios del anciano conde.

Miraba con placer cómo se agrupaban todos aquellos hombres robustos para contemplar á la que pocas horas antes estaba proscripta. Los gritos de la multitud se renovaban á cada instante, y parecia que se propagaban á lo lejos con un movimiento semejante al de las oleadas del mar. Veíase arrojar las gorras, mover las picas, y hacer toda especie de demostraciones, y hasta los mismos prisioneros, olvidando sus ódios de gremio á gremio, participaban de la alegria de los vencedores. Pero la jóven, á quien saludaban con sus aclamaciones, no las percibia. Sostenida hasta entonces por una exaltacion heroica, habia vuelto á ser una simple muger, luego que vió que no tenia que arrostrar ningun peligro; y el aspecto de la mansion de su padre profanada, las heridas y la sangre que la circundaban por todas partes, el ruido de la multitud armada que se agrupaba á su rededor, habian suscitado en ella un horror profundo, alejando la intrepidez que antes la animaba. Sintióse desfallecer, y agarrán-

dose maquinalmente á la crin de su caballo, perdió enteramente el sentido.

—¡Está herida! ¡Se muere! ¡Ha muerto!—Tales fueron los gritos que entonces resonaron al rededor del vasto edificio, y que se repitieron por todas las calles inmediatas; pero un momento despues, cedieron á otro rumor sordo, vago, incierto, pero sin embargo terrible. Un hombre pálido y con los ojos desencajados llegó hasta donde estaba Koning, y se acercó a él, para decirle al oido alguna cosa reservada. Inmediatamente inclinó el veedor la cabeza sobre el pecho, y antes que él hablase, dijo una voz en medio de la multitud. —Los carniceros han entregado las puertas á los franceses.—Y á esta fatal noticia se siguió un prolongado silencio, á que sucedió un rugido de furor, que parecia que hubiese conmovido hasta los cimientos del antiguo palacio. Púsose en movimiento la multitud, llevóse consigo cuanto encontró al paso, y se alejaron ó se estinguieron las antorchas. La oscuri-

dad, el frio y la muerte sustituyeron á la bulliciosa y agitada escena, que acababa de representarse en aquel sitio.

Aquella noche desastrosa se vertieron torrentes de sangre en las calles de Brujas; pero Koning no estuvo en el combate. Habíase apartado de la multitud, llevando en los brazos á Filipina desmayada, cubierta con su ferreruelo, y no se dirigió al barrio de los tegedores, ó de ningun otro gremio amigo, sino que se introdujo solo y sin armas en las calles de los carniceros. Llegó por ellas á una casa de mediano tamaño, detúvose allí, colocó á la jóven en un banco de piedra, y tomó en la mano la aldaba de la puerta; pero no llamó, pues parecia que se horrorizaba de llevar á cabo la accion que habia emprendido. Tres veces cogió la aldaba, y otras tantas volvió á soltarla; mas la cuarta vez llamó á la puerta, y con una fuerza tal, que retembló toda la casa.

Empezaron á ladrar los perros, pero no se oyó ninguna voz humana. Sin

embargo, abrieron la puerta, como si los habitantes de aquella casa no esperimentasen temor alguno, en medio de los combates que estaban ensangrentando la ciudad. Un jóven, con la cabeza y brazos desnudos, y con una hacha en la mano, fué el único que se presentó en medio del portal: la lámpara estaba colocada á su espalda, y no permitia distinguir bien sus facciones; pero sus robustos miembros resaltaban sobre el fondo del cuarto, que estaba bastante bien iluminado.

—Ah! ¡eres tú, Koning!—dijo con voz amenazadora—Sin duda creiais que habia salido. Entra; seais bien venidos tú y tus compañeros; pero esta vez será preciso que me quiteis la vida antes de llegar á donde está mi hermana.

Sonrióse el veedor con una sonrisa de desesperacion, y contestó:

—Juan Breydel, vengo solo, soy desgraciado y necesito de tí.

Titubeó un momento el carnicero al escucharle, pero al fin dijo:

—Pues entra y bien venido seas...

aunque, si he de decir la verdad, mejor hubiera querido recibirte como enemigo, que como amigo.

En vez de darse por resentido de este lenguage, cogió Koning en sus brazos á la jóven que habia colocado en el banco de piedra, y atravesó el portal sin pronunciar una palabra, ni reparar en otro hombre que armado tambien con una hacha de doble corte, parecia pronto á defender el paso. Subió la escalera, colocó en la cama que se hallaba enfrente de la chimenea á la jóven todavia desmayada, y dijo á la ciega:

—Señora Juana Breydel, hace muchos años que no habeis oido mi voz. Yo era enemigo de vuestro esposo, y enemigo á quien no habeis podído olvidar.

—Ya lo sé,—respondió la vieja,—manifestando en su semblante la mayor agitacion.—Sois el veedorcillo; y ¿qué me quereis?

—He venido á confiar á vuestro cuidado á una fugitiva á quien no puedo ofrecer asilo,—contestó Koning en tono grave.—Sois viuda de un hombre á

quien yo aborrecia, pero que jamás engañó á nadie. ¿Me prometeis proteger á esta doncella, como si fuese vuestra propia hija y aun mas todavia?

—Koning,—contestó la ciega con una espresiva sonrisa,—oigo que Margarita la coge ya en sus brazos. Jamás nos hemos negado en mi casa á socorrer á nuestros enemigos cuando son desgraciados. El Señor murió por los mismos que le crucificaban.

Con efecto, Margarita Breydel se habia sentado ya en la cama, y trataba de socorrer á Filipina, a quien estaba muy distante de creer persona de clase tan elevada. Las dos jovenes formaban un grupo digno del pincel de los mas grandes maestros, siendo ambas hermosas, aunque de hermosura sumamente diversa, pues en la una brillaba el color vivo de salud, en tanto que la palidez de la muerte cubria las facciones de la otra. El rostro descolorido, pero noble é interesante de la princesa, descansaba en el corpiño de terciopelo negro de la joven flamanca; los sonrosados brazos de Margarita trataban de levantar

los de alabastro de la princesa, y algunas trenzas de los cabellos castaños de la primera se mezclaban con los rubios rizos de la segunda. Breydel y el estrangero habian permanecido en el portal, para no asustar con su presencia á la que acababan de recibir bajo la salvaguardia de la hospitalidad; pero al uno solo le detenia esta consideracion de miramiento, en tanto que el otro parecia encadenado en su sitio por una fuerza irresistible, y se apoyaba en la pared como si temiese caer en el suelo. Por lo que hace á Koning, manifestaba á un mismo tiempo en su rostro la humillacion y el contento.

—Os doy mil gracias,-dijo acercándose á la puerta.—Esta molestia solo durará unos cuantos dias.

—¡De veras!—replicó Breydel desde el pié de la escalera que separaba los dos cuartos.-¿Piensas tomar todavia la revancha?

—El tejedor hizo un signoafirmativo, —y Breydel continuó:—¿Y dónde encontrarás fuerza para resistir á tus enemigos y á los franceses? ¿Quién te sostendrá contra una liga tan formidable?

—Tú,—respondió Koning,—y contigo todos los valientes que haya en los demas gremios. Y viendo que en los labios del carnicero aparecia una sonrisa de incredulidad,—añadió con voz firme:—Espera á que Jacobo de Chatillon os haya hecho sentir un poco su pesado yugo; entonces me juzgarás mejor, y cuando vuelva yo á entrar en la ciudad, ya no encontraré en ella enemigo alguno.

—¿Y á dónde vais ahora?—preguntó el caballero del hacha, acercándose á él.—¿Puedo serviros de algo?

Apenas manifestó Koning sorpresa alguna de verle presentarse alli tan de improviso, y contestó con tranquilidad:—Señor Guidon, voy á impedir que continúe un combate inútil. Vamos á retirarnos y abandonar nuestra patria! Vos os quedais aqui, ¡en esta casa. Adios.

## XXI.

Hacia ya casi una hora que se estaban batiendo en el barrio de los herreros, cerca de la puerta de la ciudad, cuando fué allá el intrépido Pedro de Koning al salir de casa de Juan Breydel. Los soldados franceses, á quienes los carniceros entregaron las puertas habian conseguido varias veces que perdiesen terreno los herreros, tegedores y demas oficios partidarios de estos; pero otras tantas habian sido rechazados hasta las fortificaciones. La lucha no estaba, pues, bastante decidida, y si bien los franceses podian esperar que los so-

corros que debian llegar decidiesen á su favor la victoria, tambien tenian que temer que un esfuerzo de sus adversarios les arrojase de la ciudad, antes que viniese el resto de las tropas. Asi fué, que cuando Pedro Koning se acercó solo á las filas, ofreciendo capitulacion en nombre de los suyos, el veterano que mandaba los soldados franceses juzgó que la proposicion era ventajosa, y quitandose el yelmo para que le entendiesen mejor, dió algunos pasos para acercarse al flamenco.

La sorpresa de entrambos fué igual cuando se reconocieron, pues el comandante francés era el bastardo de Barfleur, que habia perdido el empleo de gobernador del Louvre con motivo de la fuga de Filipina.

—¡Valgame la Virgen!—esclamó dando un paso hácia atrás.—¿Eres tú, tejedor? Si tomamos la ciudad estás perdido, te ahorcan sin remedio. Pero has hecho bien en venir á rendirte, que de ese modo me contentaré con que me pagues algun rescate.

—No se trata de eso, caballero.—

Ni estamos prisioneros, ni lo estaremos nunca; pero si consentiremos en abandonar la ciudad, si se nos permite que llevemos con nosotros á nuestras mugeres, hijos y bienes.

—¿Y qué me dejariais entonces?—replicó el caballero.—¿Crees acaso, tejedor maldito, que habré estropeado mi mejor caballo por llegar cuanto antes, para perder todo el botin?

—Aun asi mismo os quedará mas que lo que han de dejar las llamas, si no nos permitís salir,—contestó Koning en tono determinado.

—¿Y á dónde quereis ir, rebeldes?—preguntó el bastardo, á quien hizo mudar de repente de sistema la idea de un incendio general.

—Nos retiraremos á la Esclusa,—respondió el veedor.

Sonriose entre sí mismo el veterano, porque le parecia que la Esclusa, ciudad situada casi al estremo de la costa, entre el Escalda, el Swin, y el mar, era precisamente el punto en que mejor se podria sitiar á un puñado de hombres sin recursos.

—Y si os concedo esa gracia,—

replicó,—no habeis de pasar á la izquierda de esa agua que corre hácia el mar... no me acuerdo qué nombre le dais... ni á la derecha mas allá del rio.

Consintió Koning en aquella restriccion, y el veterano continuó:

—Pues bien, quiero concedértelo, porque eres un hombre valiente. Pero dime una palabra: espero que la presa del Louvre llegaria aqui sin contratiempo. Mira que no la dejes en esta ciudad; mejor será que te la lleves á la Esclusa.

Diciendo asi se manifestaba en sus miradas una especie de alegria burloná.

—¿Y cómo podeis creer que la hija del conde de Flandes haya buscado asilo aqui, entre unos pobres artesanos?-replicó el veedor algun tanto turbado.—La he llevado á Juliers al palacio de la condesa su hermana.

Encogióse de hombros el veterano y le dijo:

—Yo soy ya perro viejo, amigo, y no se me hace perder tan fácilmen-

te la pista. Ademas de que uno de nuestros aliados, creo que un panadero, ha visto esta misma noche á Filipina en el antiguo palacio de su padre.

Detúvose luego que dijo estas palabras, como para gozar de la confusion de Koning, y despues añadió:

—Vaya, sigue mi consejo, y llévatela á la Esclusa, donde estará con mas seguridad.

No respondió Koning, pues se habia apoderado de él la mayor inquietud, y con trabajo podia mostrar el rostro sereno.

—Adios,—dijo al veterano,—voy á manifestar á los mios nuestro convenio, y á disponer la retirada.

Cuando se separaba del francés, se presentaron á su vista Guillermo de Juliers y los soldados alemanes, cubiertos de sangre y de polvo, y el conde les preguntó:

—¿Dónde está? Hace una hora que la buscamos en vano entre los combatientes. Sepa yo dónde se halla, que aunque esté en poder de nuestros enemigos, somos capaces de librarla.

—Está en lugar seguro,—respondió Koning.—Nosotros vamos á salir de la ciudad, señor conde, y si sois prudente, debeis acompañarnos.

—¡Yo!—replicó el jóven sorprendido y encolerizado. ¡Huir yo de los soldados de Chatillon, no teniendo que defender á ninguna señora! Ya les hemos hecho ceder dos veces, y aun estamos dispuestos á batirnos la tercera.

—Sin embargo, el interés de Flandes y el de Filipina lo exigen asi,—dijo Koning en voz muy baja.

—En tal caso, será un sacrificio mas que haga por ella,—murmuró el jóven y volvió la rienda á su caballo.

Cuando el veedor manifestó á la multitud la capitulacion que habia hecho, se manifestaron en ella nuevas escenas de desórden; unos le acusaban de traicion y otros de cobardía; pero al fin pudo conseguir que le obedeciesen.

Al rayar el dia, los diques del canal que vá de Brujas á la Esclusa estaban llenos de carros y de toda especie de carruages cargados, de muebles, mercaderias, mugeres y niños, y casi cinco mil hombres bien armados, que se con-

denaban á un destierro voluntario, protegian la marcha de aquel triste convoy.

A pesar del deseo, tan natural en todas las revoluciones populares, de saber el resultado de la lucha que se habia principiado en el barrio de los herreros habia permanecido Juan Breydel en su casa toda la noche, cerrando con el mayor cuidado la puerta, y ni él ni Guidon habian dejado las armas sirviéndoles de cama algunas brazadas de paja que echaron en el portal; mas la inquietud les impidió que durmiesen ni un momento.

Al ser de dia, abrió la puerta del cuarto superior Margarita Breydel, y dijo á su hermano:

—La señorita está mejor, pero se halla muy inquieta con respecto á la suerte de Koning. Me parece que ya no oigo ruido en la ciudad; ¿no podrias ir á ver lo que ha sucedido esta noche?

—Caballero,— preguntó Breydel á Guidon,—podriais quedaros aquí algunos momentos?

—Dias enteros,—semanas, meses,— respondió Guidon.—Para mi ya no hay

votos ni cruzadas; y aunque supiese que la maldicion del cielo caia sobre mi cabeza, permaneceria aquí.

—Ah!—dijo el carnicero sonriendose.—Ahora veo por qué queriais hablar á Koning, y ya conozco quién es la forastera por quien temblábais.

—Pero no lo sabeis todo,—contestó él en voz baja. ¡Quiere á otro!... y yo la defenderé, verteré mi sangre por ella... pero sin que lo sepa. Acaso se reconvendria á si misma de haberme despreciado.

Habiase levantado al decir esto, y se apoyaba en el mango de su acha, como un hombre á quien agovia la tristeza. El carnicero abrió el postiguillo de la puerta, para ver si habia enemigos en la calle, quitó las barras de hierro y los cerrojos, y salió prometiendo que volveria pronto.

Aun no habria caminado cien pasos, cuando se le acercaron otros carniceros, y le dijeron:

—¡Creiamos que te habiais muerto, Juan! ¿Dónde diablos has peleado esta noche que nadie te ha visto?

—Ahora responderé á ese,—contestó

con ademan un poco inquieto.—¿Qué caballeria es aquella que veo allí?

—Son los soldados franceses. Jacobo de Chatillon ha convenido con nosotros en que no entrará en la ciudad mas que una compañia.

—Está bien; con tal que guardemos las puertas con todo cuidado.

—Si, los franceses no tienen mas que una.

—¡Una! replicó Breydel.—Pues es lo mismo que si las tuviesen todas.

—¿Qué quieres? Mas vale tener á los franceses que á los tejedores. Pero ven con nosotros al Capitolio.

Fueron efectivamente juntos al edificio á que daban este nombre, en cuyas salas les costó bastante trabajo entrar, por la mucha gente que en él se iba reuniendo.

—Lo ves,—decian los otros carniceros á Juan Breydel;—solo han abandonado la ciudad los tejedores y los herreros; los demas gremios se han quedado, y nosotros impondremos la ley.

—Si por cierto,—contestó un curtidor que se hallaba á su lado, —con

tal que nuestra corporacion se separe de la vuestra, y nos pongan en el rango de los grandes gremios como á vosotros.

—Sin duda se nombrarán otros dos grandes gremios—dijo uno,—y ciertamente será de ellos el de los vidrieros.

—¿Y qué quedará entonces para los tejedores de hilo?—preguntó otro

—Amigos,—dijo Breydel encogiéndose de hombros,—cuando hemos arrojado el toro, no ha sido para que le reemplacen bueyes.

—Eso lo veremos, —respondieron otros; y ya iba á encenderse una nueva querella, si no hubiese llamado la atencion la llegada de los veedores de los gremios que habian vencido. Sentáronse en el banco reservado á los magistrados, y un escribano anunció que estaban prontos á escuchar todas las reclamaciones.

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Viva!—esclamó la multitud.—¡Qué felicidad la de habernos librado de la tirania de los tejedores!

El pueblo de Brujas se dividia en-

tonces en nueve cuerpos principales y privilegiados, cada uno de los cuales tenia bajo su dependencia y proteccion á otras corporaciones, a que llamaban gremios pequeños ó menores. Una parte de estos creia tener derecho á reemplazar á los tejedores y herreros, que habian perdido su rango, por sentencia de los vencedores; pero ademas de que las corporaciones que pretendian esta independencia eran muchas mas que el número de las que habia que reemplazar, y manifestaban ya una peligrosa rivalidad, ninguno de los grandes gremios queria perder su poderío, permitiendo que sus subalternos se igualasen a ellos. Asi, no era dificil preveer que los primeros gritos de alegria de la multitud, se trocarian bien pronto en gritos de furor.

Once gremios presentaron al principio sus peticiones, solicitando los derechos perdidos por los desterrados. Las tres ó cuatro primeras fueron recibidas en silencio, pero cuando se vió que su número se iba aumentando cada vez mas, se percibieron por

todas partes murmullos, chanzas y risotadas, hasta que al fin se oyó una voz fuerte en medio de la sala, que decia:

—Esperad un momento. La corporacion de los borriqueros ha ido tambien á escribir su memorial.

—¿Y por qué no?—respondieron desde otro punto.—Los ciudadanos deben ser todos iguales.

Es imposible describir el tumulto que escitaron estas palabras sediciosas. Si la muchedumbre hubiera permitido que se reuniesen los partidos, acaso habria resultado de aquellas pretensiones una carniceria general; pero afortunademente no podia moverse cada uno de su sitio, y no conociendo quién era su amigo ni su enemigo, solo espresaban con palabras su odio y su cólera.

Aprovechándose entonces un veedor de algunos momentos de menor ruido, para restablecer el órden, gritó:

—Conciudadanos: ante todas cosas, es preciso saber si se han de reemplazar ó no los gremios desterrados,

Al momento se formaron en la Asamblea dos solos partidos, en lugar de los veinte que habia: los grandes gremios que estaban por la negativa, a fin de conservar sus preeminencias; y los pequeños que reclamaban la promocion de dos de ellos por lo menos. Entonces ya fué posible conocerse un poco mejor; empezaron á formarse grupos, poco á poco, y se oyó gritar por todas partes:

—¡Fuera los viejos! ¡A las armas! ¡Cerrad las puertas!—Y se armó tal estrépito, que parecia que todos cuantos se hallaban alli estaban sedientos de sangre.

—¡Ola!—dijo Juan Breydel; eso es lo que hemos ganado en pelear unos contra otros, y dejar que entren los franceses en la ciudad.

—Pues aun no lo has visto todo, —respondió una voz que le hizo estremecer, porque le pareció la del veedor de los tejedores.

—En aquel momento abrieron una puerta que habia en el estremo de la sala, y se presentó en ella un fuerte destacamento de soldados de infanteria

francesa, armados con pica, y cubiertos con casco y escudos, trayendo á su frente al bastardo de Barileur, que se adelantó solo hasta donde estaban los magistrados populares, como una estátua de bronce movida por ocultos muelles...

—¿Qué es esto, señores?—preguntó con su voz áspera.—Estais gritando de modo que vais á derribar el edificio. Vamos, haced un poco de lugar para mis soldados.

—¡Traicion! esclamaron mil voces, y Juan Breydel, aunque estaba desarmado, quiso adelantarse; pero se sintió detenido con fuerza y oyó que la misma voz le dijo:

—No derrames inútilmente la sangre que debes á la patria, que ya llegará el dia de la venganza.

Salieron entonces los soldados de la galeria por donde habian venido, y empezaron á formarse en el estremo de la sala. Separaron los bancos que pudieran detenerles, y cruzando las picas empezaron á marchar tranquilamente, llevándose por delante á los magistrados y al pueblo. Apoderóse entonces de

la multitud el mayor terror, y no siendo la puerta bastante ancha para dar salida á los muchos que huian, algunos saltaron por las ventanas á peligro de estropearse. Juan Breydel fué el único que, temblado de indignacion, y demasiado valiente para pensar en huir, se abrió paso por entre la multitud hasta donde llegaban los soldados.

—¡Atras!—le dijo el bastardo, amenazándole con el puño de su espada.

—Si, atrás,—repitió Juan Breydel, y aunque el veterano con su armadura pesaba doble que un hombre regular, el forzudo carnicero le agarró por medio del cuerpo, le trajo á sí, le levantó en el aire, y juró que si sus soldados daban un paso mas, le arrojaba encima de las picas.

—No... no... no aprietes...tan...fuerte,—dijo el bastardo medio ahogado.

—¿Los mandarás detener?—preguntó Breydel.

—Sí... sí... sí ..

Al momento le soltó el carnicero, dejándole en el suelo; pero tenia ya el rostro morado, parecia desvanecido, y apenas podia sostenerse. Mas aunque él

no dió órden ninguna, sus soldados cumplieron su promesa, y lejos de aspirar á la venganza, aplaudieron generosamente la bizarria del jóven flamenco.

Gracias á este incidente, pudo salir la multitud, sin que resultasen muchas desgracias; pero al paso que salian á la plaza tenian que ir desfilando por entre cuerpos de infanteria francesa, que sumaban hasta mil y setecientos hombres, y en las calles inmediatas habia tambien destacamentos de caballería. Era, pues, evidente que Jacobo de Chatillon no habia cumplido en nada las condiciones que habia prometido á los rivales de Pedro de Koning, y que se habia apoderado de toda la ciudad.

Juan Breydel volvia, pues, á su casa descontento y abatido. En el camino encontró otra tropa de caballeria que iba escoltando á un señor de continente orgulloso y brutal, y conociendo que era el mismo Jacobo de Chatillon, tio de la Reina, á quien Felipe el Hermoso habia nombrado su lugar-teniente y gobernador del condado de Flandes, volvió la cabeza por no

verle, y se dijo á sí mismo:—Sí, Koning tenia razon, yo le ayudaré á libertar la ciudad.

Cuando llegó á su casa y le preguntaron lo que habia sucedido, lo contó en pocas palabras; pero sus cabellos desordenados, su rostro encendido, sus miradas tristes y como distraidas, espresaban mejor que todas las frases, las escenas que habia presenciado.

—Madre mia,—dijo cuando acabó la narracion que le arrancaron:—este cuarto no me parece asilo bastante seguro, y es preciso que os retireis á la torre.

Margarita y la ciega perdieron el color, pues sabian que el peligro debia ser grandísimo para que inquietase á Juan Breydel. Filipina fué la única que permaneció tranquila; estaba sentada al lado de una ventana, desde donde veia muchos de los principales edificios de la ciudad, y parecia que no acertaba á separar la vista de aquellos monumentos, que volvia á ver despues de tanto tiempo. De repente, se le encendió el rostro, ma-

nifestándose en él su pensamiento, y volviéndose un poco preguntó si la mortandad habia sido grande la noche anterior, y si habia perecido algun gefe.

—No lo he oido decir,—respondió el carnicero con alguna duda;—pero Koning, ni aun ha sido herido.

—¿Y no han visto algunos estrangeros con él?—preguntó de nuevo.

—Si por cierto,—repuso Juan,—un eclesiástico jóven, y algunos alemanes. Eso es, á lo menos, lo que me han contado.

Suspiró entonces Filipina, calló, y viendo que se levantaba la madre de su huesped, y que no estaba muy firme, corrió á ella y le ofreció el apoyo de su brazo, con una gracia y una solicitud que la encantaron

—Por aquí, dijo, Margarita, enseñándole una puerta que salia al jardín de la casa.—Allí está nuestra fortaleza.

Con efecto, en el estremo del jardin se hallaba una torre, construida parte de piedra y parte de ladrillo. No era muy alta ni muy espaciosa;

pero sus paredes que tenian algunos pies de grueso, parecian de una solidez á toda prueba. Se entraba en ella por una puerta estrecha y baja, enteramente cubierta de chapas de hierro. Mas allá de esta puerta se encontraba una escalera, en cuyo estremo superior habia una reja, y el resto de la torre se dividia en dos piezas, una encima de otra, ambas pequeñas y no muy claras, pero en mejor estado que el que pudiera suponerse desde fuera.

—Aqui no os faltarán provisiones, —dijo Breydel á Filipina, en tono respetuoso, pues sin conocer su clase cedia al poder de su natural magestad, y parecia que adivinaba el derecho que tenia á que la tratasen como soberana. —Teneis barriles de harina, pescado, y carne salada. Los habitantes de Brujas tenemos que sostener tantos combates, que siempre estamos prevenidos, aun en medio de la paz.

—Acaso hablariais con mas exactitud, —respondió la condesa, —si digéseis que vuestros conciudadanos se han atraido peligros...

—¡Cómo!—esclamó Breydel.—Pues qué, ¿habiamos de dejar que el conde interviniese en las cuentas de la ciudad, ni sufrir que la nobleza quisiera que pagásemos nosotros los gastos que ella hizo para la recepcion del Rey? Pero ya veo que os ofendo...—añadió mudando de tono.

—¡Acaso algun dia hareis mas justicia á vuestro desgraciado soberano! —replicó ella con elevacion.

Breydel, un poco turbado, bajó la cabeza, apretó la mano á su madre y hermana, y salió de la torre sin responder,

—¡Vive Dios!—se dijo á si mismo. —¡No hablaria de otro modo si fuese la hija del conde! Sin duda habrá servido á alguna princesa de aquella familia.

## XXII.

Cuando vió la desgraciada hija del conde de Flandes que cerraban la puerta de aquella torre, que parecia una prision, necesitó un valor no comun en su sexo para disimular su abatimiento. Sentóse al lado de una claraboya, desde la cual se descubria el jardin, la casa y los tejados de los principales edificios de las inmediaciones, y se le saltaron algunas amargas lágrimas. Sin embargo, no era por haber fijado sus miradas en las torres del palacio de sus

padres, ni en los monumentos adornados con el leon de su familia, sino porque entre el verdor de los sauces del jardin vió á un hombre apoyado en un árbol viejo, con la cabeza baja, y la mano sobre el mango de una hacha.

—Es nuestro huesped,—la dijo Margarita, atribuyendo á inquietud su palidez y turbacion.—Estad segura de que jamás nos hará traicion.

Filipina suspiró y dijo entre sí misma.

—¿Cómo estará aquí?—Yo no lo he visto en toda esta terrible noche, y me parecia que solo el veedor me habia traido.

—Es un estrangero que ha encontrado mi hermano,—replicó la flamenca. —Se ha cruzado, y quiere irse á morir en Prusia; pero no creo que nos abandone, mientras haya peligro en la ciudad...

—No, no,—dijo la vieja, que estaba sentada detrás de ella hilando;—no nos abandonará.

—¿Y por qué decís eso, madre mia? —preguntó Margarita, en tanto que la condesa bajaba los ojos. y sentia que el corazon le palpitaba con violencia.

—La vieja continuó, como si no la hubiese oido:

—Porque no es ciertamente uno de esos hombres que vienen del Sur para despojarnos. Mirale, Margarita; mira en él un francés como los señores de Avernes y de Dampierre, con quien se casó la hija de Balduino de Constatinopla, prifiriéndole á los condes, duques y reyes. Aunque mis ojos nada ven, estoy segura de que en su rostro están pintados el valor y la franqueza.

—Es verdad, madre mia,—respondió la hija;—pero parece que está muy triste.

—Hay dos cosas,—replicó la vieja,—que pueden despedazar el corazon mas noble; el amor desgraciado y el amor ofendido. Acaso será pobre, y su amada le preguntará donde están sus feudos y castillos; ó bien volverá de lejos, y le habrán olvidado durante su ausencia. Pero de las palabras que se le han escapado, he inferido que conoce y compadece la suerte de nuestro anciano conde. ¿Quién sabe si estaria enamorado de alguna de las señoritas que han muerto presas en Francia con la

condesa Filipina? ¿No observaste cuán alterada tenia la voz despues que te oyó cantar el romance?

—¿Y qué romance era ese?—preguntó Filipina temblando.

—El de la virgen de Winendale,—contestó la joven.

Filipina se levantó y se alejó de la claraboya, como queriendo ocultar en la párte mas oscura la alteracion de su rostro

—Mucho sufris, señorita,—le dijo la ciega, oyendo que andaba por el aposento.—Sin duda os han asustado en demasia las escenas de esta noche, pero nada temais en cuanto á Koning. He visto su vida en peligro muchas veces, y nunca ha perdido un solo cabello; y por lo que hace á nosotras, no será largo nuestro cautiverio. Mal vale estar aqui encerradas, que buscar asilo en una carretera en el camino de la Esclusa, y vernos espuestas á los insultos de la soldadesca francesa Margarita ¿qué trompetas son esas que oigo?

—Veo algunas banderas,—respondio su hija,—y entre ellas distingo ya las armas de Ghistelles, de Lieja y otras muchas.

¡Ah!—esclamó la vieja meneando la cabeza —Sin duda es la nobleza que vuelve á la ciudad con los franceses. Esto no puede durar mucho.

—Acaban de ensillar el caballo de nuestro huesped,—dijo Margarita un momento despues,—y parece que va á marchar.

Con efecto, Guidon habia mandado que le trageseu su caballo, y sin manifestar cuál era su intencion, dijo únicamente al carnicero que volveria por la noche. Montó á caballo en el patio que estaba contiguo al jardin, y salió al galope, desvaneciéndose con su marcha el último rayo de esperanza de Filipina.

Durante el resto del dia se introdujeron en la ciudad varios cuerpos de tropas, y como la condesa los veia entrar con banderas desplegadas, acababa de perder todo su valor. Al principio de la noche vió brillar á lo lejos la llama de los incendios que causaban los soldados en las granjas y aldeas, y no pudiendo ya resistir mas empezó á llorar y á encomendarse á Dios.

Entretanto, Guidon habia tomado el camino de la Esclusa. Luchaban en su corazon dos pasiones opuestas, y ya apresuraba la rápida marcha de su caballo, ya parecia que quisiera detenerle y volverse atrás El camino por donde iba estaba lleno de carros y carretas cargados de muebles y mercaderias de las familias que habian preferido el destierro á la dependencia. Veianse tambien en ellos algunos enfermos, viejos, mugeres y niños, caminando á pié todos los hombres, y brillando en sus manos la pica flamenca, el terrible «godendac.»

Cubria la multitud fugitiva las dos orillas de aquel mar, que entonces pasaba por el Sur de isla de Cadsant y venia á parar á Brujas. El aspecto triste y doloroso con que la mayor parte de los desterrados dirigian sus miradas á la tierra natal, el llanto de las mugeres y los gritos de los niños, que se separaban de cuanto habian visto hasta entonces, conmovieron sobremanera al caballero francés.

—Sin duda maldicen á mi patria,— dijo entre si mismo.—¡Y un hombre

solo es quien causa tantos males! ¡Pobres gentes! Si el pueblo en Francia tuviese poder y voluntad, no os veriais arrojados de vuestras casas. Asi, pues, no acuseis de vuestra desgracia sino á Felipe, ó mas bien á Juana de Navarra.

De este modo iban pensando cuando le interrumpió una voz que le dijo:

—¡Señor de Malegreve!

Volvió inmediatamente la cabeza y vió á Koning. El altivo veedor de los tejedores caminaba á pié al lado de un carro cargado de paños que él mismo dirigia. Su rostro tenia la acostumbrada espresion de tranquila é inalterable firmeza, su trage era igual al de los demas tejedores, y solo se distinguia de ellos por la confianza con que caminaba sin arma alguna.

Habeis salido de Brujas de los últimos, señor Pedro, le dijo Guidon admirado.

—Si señor,—respondió.—Quise ver comó se arreglaban vuestros compatriotas con nuestros enemigos, y poco me faltó para encontrarme con las picas de los soldados de vuestro tio.

—¿Y Guillermo de Juliers?—preguntó Guidon.

—Debe estar en la Esclusa,—contestó el flamenco. ¿Quereis que le diga alguna cosa?

—No, amigo,—prosiguió el caballero.—Quiero saber de él qué es lo que espera, y por qué abandona á Filipina. Y vos mismo, Koning, ¿no os espantais en vista de los peligros que la rodean? Es preciso sacarla de Brujas á toda costa.

—¿Y á dónde la llevaremos qué esté mas segura,?—replicó el veedor.

—Que vuelva á Juliers, al palacio de su hermana,—esclamó Guidon.

Koning no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa, pues conocia cuánto debian costar aquellas palabras al desgraciado amante, y admiraba su generosa resignacion.

—Esperemos todavia algunos dias, si os parece,—dijo despues de un breve instante.

—¡Algunos dias!—replicó el caballero arrugando el entrecejo.—¿Quién sabe si será ya tiempo dentro de algunas horas?

—Os alarmais muy pronto,—repuso Koning.—No conoceis todavia

todos nuestros recursos. Pero perdonad; voy á dar ausilio á aquella pobre gente, cuyo carro está atascado en el lodo.

Diciendo asi, desenganchó sus dos caballos, y corrió á ofrecerlos al que se veia atascado.

Detúvose Guidon para esperar á que volviese, y estuvo contemplando con el mayor asombro cómo un hombre de tan atrevido ingenio y de tan estensa influencia se ocupaba en sacar del lodo el carro de uno de sus compatriotas, y trabajaba para levantar la rueda, como pudiera el jornalero mas pobre. Gracias á su ausilio y al de sus caballos sacaron en breve del fango aquel carruage, y continuó su marcha. Un apreton de mano espresó el agradecimiento del conductor, y Koning volvió con sus caballos al carro que conducia sus efectos.

—Es preciso, señor Guidon, que las gentes de un mismo pais se socorran una à otras,—dijo, emprendiendo de nuevo su camino.—Esa es una máxima sagrada para los verdaderos flamencos, y á ella debemos nuestro

bien estar. Los primeros hombres que vinieron aquí, en tiempo que el mar inundaba dos veces cada dia toda esta llanura,— se asociaron entre sí para construir montecillos de tierra en que se refugiaban, algunos de los cuales existen todavia, principalmente en Zelandia. Poco tiempo despues se unieron para elevar diques, abrir canales y resistir á la tiranía; y observad cuál fué el resultado de esta union. ¿Hay en todo el globo otro pais que presente mas monumentos de esplendor y riqueza? Solamente desde aquí á la Esclusa, en un espacio de cuatro leguas, encontramos cuatro ciudades, Damme, Munickerede, Houcke y Mertinde. Volved los ojos á derecha é izquierda, y contad, si podeis, la multitud de torres, que anucian otras tantas iglesias y pueblos; pues en todo eso no hay ni una sola pulgada de tierra que no haya sido conquistada al Océano.

—¿Y qué príncipe ha mandado construir esos diques?—preguntó el caballero al ver las murallas de tierra que se divisaban en toda la campiña.—

¿Fué un rey de Francia, ó alguno de vuestros condes? ¿O acaso son obra del tiempo de los romanos?

—Es obra del pueblo, caballero,— replicó el tejedor.

—Ni los reyes, ni los emperadores hubiesen sido capaces de llevarla á cabo, y solo la union nos ha dado poder para hacerlo. Y si esta union llegára á perderse con la libertad nacional, no tardaria el mar en reconquistar su presa. Dentro de algunos siglos iria el viajero desde Brujas á la Esclusa, sin percibir ni aun las ruinas de esas ciudades, cuyo comercio está hoy tan floreciente. Acaso veria alguna que otra iglesia arruinada en medio de las despobladas campiñas, y preguntaria para qué habia servido; buscaria paises enteros, como el que llamamos la Wulpe, que se distingue allí abajo, al Norte del canal, y no los hallaria porque se habrian transformado en bancos de arena. Sin embargo la fuerza y el poder del hombre irán siempre aumentando, y se hablará de nuestro siglo como de un tiempo de debilidad y barbarie... Pe-

ro ¿de qué servirá su saber á nuestra posteridad, si no hereda tambien nuestra independencia y si, se me permite decirlo, nuestras virtudes? Acaso en aquel tiempo habran encontrado la piedra filosofal, ó alguna otra invencion milagrosa, y no sabrán triunfar, como nosotros, de los elementos y de los hombres.

Al acabar estas palabras proféticas lanzó un profundo suspiro, é inclinó la cabeza sobre el pecho, como si previese la influencia que algun dia egercerian los estranjeros en su patria.

—¿Y por qué nos apartamos del canal?—preguntó Guidon un instante despues.

—Porque los franceses están posesionados de Damme,—contestó el veedor,—y desde sus muros podrian saludarnos con nuestras propias «springallas.

—¿Asi pronunciais esa palabra? —dijo el caballero —Ciertamente no os hubiera entendido, si desde aqui no divisase las máquinas de guerra de que me hablais, y á que llamamos «espingales.»

Sonrióse ligeramente el flamenco, y contestó:

—Habeis de convenir conmigo en que ese nombre que suponeis á tales instrumentos no tiene mas propiedad que el de «bible» que dais á las maquinas para arrojar piedras. Vuestra nacion es tan poco diestra para tomar voces prestadas de nuestra lengua, como para manejar ó construir lo que significan, en lo cual no hay quien rivalice con nosotros. «Springall» quiere decir salton, y llamamos asi la máquina con que se arrojan dardos y vigas puntiagudas, porque el árbol flecsible que les dá el movimiento, obra poco mas ó menos como si fuese á saltar. Por lo que hace al nombre de «blide» y no «bible», como dicen vuestros compatriotas, significa regocijo, y es una de las espresiones irónicas que nuestro pueblo suele usar con sus enemigos, asi como llamamos á nuestras picas «godendae,» buenos dias.

—Vos pensais,—replicó Guidon en tono incrédulo—que todo nos viene de vuestro pais, desde el paño y el

lienzo, hasta las máquinas de guerra.

—No seria la Grecia mucho mayor que Flandes,—repuso el flamenco,—y ella fué quien civilizó la Europa. Pero no atribuyo tanto honor á la nacion sino á la libertad. Si llegásemos á vernos esclavos... ¿No habeis visto nunca al águila quedarse como estúpida é insensible cuando está presa, al paso que los tímidos pajarillos juegan y cantan en la jaula que los contiene? Pues bien: los flamencos esclavos se entorpecerian como el águila, y la Europa engañada los tendria por el pueblo mas inerte, frio é incapaz de todo.

Notábase en el ardiente patriotismo del honrado flamenco un no sé qué que agradaba al corazon del generoso caballero.

—Pero ya que tanto amor teneis á vuestro pais,—le dijo,—¿cómo pudisteis abandonar á vuestro Soberano por algunos miserables privilegios de ciudad?

Abochornóse el veedor, y solamente contestó:

—Acaso me engañé, pero creia tener razon.

—Y aun cuando la tuvieseis,—continuó Guidon,—¿debiais esponer la suerte futura de vuestros compatriotas por semejantes bagatelas?

—Vos no podeis comprender, señor de Malegreve,—replicó el flamenco,—hasta qué punto depende nuestra ecsistencia de nuestros derechos. Observad el puerto de Damme, por delante del cual acabamos de pasar; es el mayor de todo el pais, y sin embargo, apenas veis en él algunas barquillas, la mayor parte vacias, al paso que mas lejos, por cima de las murallas de Floncke y de Munickerede, divisais un bosque de palos de navio. Pues esa diferencia (y para nuestras ciudades es la diferencia de la vida á la muerte) consiste en un solo privilegio. Los habitantes de Damme, que tienen guarnicion francesa, se ven obligados á recibir la mala moneda de Felipe el Hermoso, y los demas no están obligados á admitirla. Y eso mismo es lo que arruina vuestras ciudades de Francia. ¿Por qué

no habia de gozar un pueblo naturalmente leal é ingenioso como el vuestro, de la misma prosperidad que nosotros, si la opresion que tiene la debilidad de sufrir no opusiese obstáculos permanentes é invencibles á su comercio y bienestar?

Poco tardaron en hallarse en frente de los dos puertecitos, cuya prosperidad acababa de alabar Koning, y en ellos vieron una multitud de buques, la mayor parte de los cuáles iban con destino á Brujas, y se veian detenidos alli con motivo de las noticias del estado de aquella ciudad. Hallábanse mezclados barcos de todas estructuras y tamaños desde los grandes navíos españoles y escoceses, hasta las barcas que venian de los canales de Holanda y del Brabante, y entre los demas se observaban muchos botes flamencos y zelandeses, siendo verdaderamente prodigiosa la cantidad de pescado, y sobre todo de arenques, que estaban descargando en los muelles. Estos pescados iban á depositarse en almacenes, donde les echaban la sal necesaria para hacer-

los incorruptibles, pues hacia mucho tiempo que se conocia en Flandes el arte de salar el pescado, aunque no con la perfeccion á que ha llegado despues por los métodos atribuidos ordinariamente á Breukel. Elevábanse nubes de humo de las inmensas salinas, donde quemaban una especie de tierra llamada «daring, para estraer la sal que contenia y aquella especie de fabricacion daba á los dos puertos el mismo aspecto que presentan en el dia las grandes ciudades industriales. El desembarco de lanas de Inglaterra, de pieles de Escocia, de vinos de Burdeos y de la Rochela, y sobre todo de maderas del norte, tenia empleados en la orilla á una multitud de jornaleros y gente de marina, en tanto que otros se ocupabán en contar y medir las piezas que traian ya labradas desde las costas de Prusia, Suecia y Noruega, para la construccion de casas de madera. El conjunto de ambos puertos, pues estaban casi unidos, presentaba sin duda alguna el espectáculo mas maravilloso que podian producir en aquel

siglo la industria y poder del hombre.

—Vaya, señor de Malegreve,—dijo Koning;—ya estais viendo lo que seremos los de Brujas si volvemos á vernos libres. Decidme la verdad, aunque sois estrangero, y súbdito de nuestro enemigo, ¿podeis desear nuestra derrota, sabiendo que sustituiria la ruina y la desolacion á esa actividad y opulencia? Ah! Si el mismo Felipe supiese que para añadir un condado mas á los dominios de su corona, era preciso aniquilar todo lo que en siglos enteros de trabajo, paciencia y aplicacion hemos conseguido conquistar á la naturaleza, no creo que fuese tan inhumano que dijese: «no importa; obedézcaseme, y sea enhorabuena el pueblo mas infeliz.»

Nada respondió el caballero, pues hacia mucho tiempo que el honor y la humanidad le habian hecho separar la causa de Felipe de la de Francia, y ademas conocia que aun cuando no tuviese motivos tan justos, otra causa hubiera bastado para inclinar la balanza en su corazon á favor de la causa de Gui de Flandes.

—Señor de Koning—dijo á este;—ni quiero ni puedo tomar parte en esta fatal lucha entre vuestro pais y el mio; pero aun resuenan en mis oidos las palabras del anciano conde, y puesto que me encomendó el cuidado de su hija, siempre que cualquier peligro la amenace, no dejaré de hacer cuanto esté de mi parte para librarla de él. A eso está reducido mi deber...

—¿Y creeis que no está bastante segura en Brujas?—preguntó el veedor.

—Verdaderamente Breydel se hizo esta mañana un poco sospechoso..... ¿Desea la condesa salir de la ciudad?

—No lo sé porque nada le he dicho...

—Pasóse Koning la mano por la frente y dijo:

—Bien pudiera contribuir á nuestro triunfo; pero acaso me ciega este pensamiento, que disipa en mi cualquiera otro. Consultad su opinion, señor de Malegreve, pues no debeis ignorar que su entendimiento y valor son muy superiores á su sexo y edad.

Guidon perdió el color al oir decir

estas palabras, y murmuró entre dientes...

—No la consultaré por cierto. Háblele Guillermo de Juliers y sálvela, ya que por él es por quien tiembla. Yo la serviré sin que lo sepa, solo por cumplir la palabra que di á su noble padre. Ahora, Koning,—añadió en voz alta,—voy á adelantarme para llegar mas pronto á la Esclusa; pero como la vida de un caballero que busca la muerte es bastante incierta, quisiera confiaros en beneficio suyo un talisman que abre las prisiones y rompe los hierros... el dinero. Sin embargo, quiero que nunca sepa que lo habeis recibido de mí.

—No lo recibiré,—dijo Koning dando un paso atrás, y con el aspecto de un hombre descontento y humillado. —La hija de nuestros condes no lo necesitará, y si lo nesecitase, yo tambien soy rico.

—Guardad vuestras riquezas para servir á vuestro pais, Koning,— replicó el francés,—y dejadme que os proporcione medios de servir á la que liberté de su prision Tomad este ani-

llo es del genovés Federico Spinola, y con él podeis pedir al mismo Spinola ó á sus agentes hasta cien mil escudos de oro. Adios.

Diciendo estas palabras metió las espuelas á su caballo, y obedeciendo el noble animal, salió al galope y se llevó á su amo con la rapidez de un rayo, ocultándole en un momento las nubes de polvo á los ojos del flamenco.

A poco de haber llegado á la Esclusa encontró entre la multitud de gentes que ocupaban las calles de aquel pueblecillo á uno de los soldados alemanes del conde Guillermo. Condújole aquel á casa de su señor, donde Guidon, pié á tierra, y conteniéndo sus celosos arrebatos, exigió del conde una conversacion, en que cada palabra debia causarle un tormento.

Guillermo no le hizo esperar. Estaba entonces vestido de caballero, y aquel trage hacia brillar mas los dones que habia recibido de la naturaleza; pero tambien parecia mas altivo é impetuoso, bien fuese únicamen-

te efecto de la ropa, bien de la disposicion en que habian puesto á su espíritu las vicisitudes de aquel dia y de la noche anterior. Guidon, por su parte, estaba como triste y pensativo; de todo lo cual resultó en su entrevista una especie de anhelo, y al mismo tiempo de frialdad, efecto natural de su recíproca posicion. Cada uno de ellos veia en el otro un rival preferido, y cada cual queria, sin embargo, sacrificar al interés de Filipina el de su propio amor.

—Conde de Juliers,—dijo Guidon,—es preciso que le proporcioneis otro asilo. Ni su clase, ni su seguridad permiten que esté mucho tiempo en la miserable prision en que la he visto. Conducidla otra vez al palacio de vuestra madre.

Brilló la mas pura alegria en los ojos del conde al escuchar estas palabras, y respondió:

—Sí, todavia puedo protegerla. Pero creí...

Y no pudo continuar.

—Nada hay mas fácil que seducir á los que guardan la puerta de la ciu-

dad,—continuó el caballero con voz apagada.—Unas cuantas monedas de oro bastan para comprar á todos los aventureros de Jacobo de Chatillon. Si vuestros soldados pueden hallarse prontos esta misma noche, todavia se libertará de los satélites de la Reina.

—Contad conmigo,=esclamó Guillermo.—Al salir la luna estarán mis soldados á las puertas de Brujas. Pero ¿dónde la encontraré?

—Koning la ha depositado en casa de Juan Breydel—contestó Guidon,—conocido aun por el nombre de el oso de los carniceros. Yo le tendré advertido, y cuando llameis á su puerta, pronunciad solamente estas palabras.

—Malegreve de las Torres blancas.

—¿Y nos acompañareis en la fuga? —preguntó el conde con inquietud, pues de la respuesta dependia con respecto á él el placer ó el disgusto de aquel viage.

-Os acompañaré mientras haya peligro, —respondió secamente el caballero.

En vano quiso Guillermo detenerle algun tiempo en la Esclusa, ó hacerle que tomase algun alimento, pues el sacrificio que acababa de hacer, entregando hasta cierto punto en manos de su rival la suerte de su amada, era demasiado grande para permitirle que continuase violentándose por mas tiempo.

—Adios, señor cónde,—dijo.—No me es posible ahora disfrutar de ningun reposo. Sed exacto.

Un instante despues montó á caballo, y tomó el camino de Brujas; pero como si quisiese diferir la ejecucion de su propio proyecto, dejó á su caballo que caminase al paso, y mas bien le detenia que le obligaba á caminar.

# XXIII.

Ya era de noche cuando el caballero volvió á entrar en la ciudad, é inmediatamente que llegó á casa de Breydel le abrió la puerta un aprendiz de este, que habia vuelto á casa de su maestro cuando se restableció un poco el orden.

—¿Dónde está tu amo?—preguntó Guidon.

—No lo sé,—contestó él;—pero me ha dejado dicho que os obedezca en cuanto me mandeis.

—Está bien,—replicó el caballero.—Pues vendrán á buscarme antes de mucho, y has de abrir la puerta al que te diga: Malegreve de las Torres blancas.

Retiróse luego al interior del edificio, y esperó con impaciencia la vuelta del carnicero, para comunicarle la resolucion que habia tomado. Tambien hubiera deseado prevenirselo á Filipina; pero no queria hacerlo por sí mismo, porque un año de separacion y padecimientos habian mudado algun tanto su caracter, y no era ya aquel jóven cuyo amor tímido y mudo se parecia á un culto misterioso, sino un guerrero cuyas pasiones escitadas por mucho tiempo, habian llegado á ser en estremo ardientes.

—No la veré,—se decia á sí mismo, —pues no podria verla sin acusarla. Sé que es libre, que su clase es superior á la mia; pero cuando nos separamos leí en sus miradas una promesa, y ciertamente, yo no hubiera podido fijar en otra mujer mi pensamiento.

Entretanto no volvia Juan Breydel, y suponiendo Guidon que acaso ha-

bria ido á donde estaba su madre, pasó al jardin con el fin de ver si encontraba en él á su huésped. Ninguna claridad indicaba que hubiese luces en lo interior de la torre; mas al acercarse á ella distinguió el sonido de una voz, y luego percibió al carnicero de pié en la plataforma de la torrecilla, conversando con la vieja, á quien esplicaba hácia qué parages se veian llamas. Hablaban, como era natural, en su lengua patria; pero en los diversos acentos de su voz era fácil percibir que ya manifestaban compasion, y ya alegria, segun el partido que seguian los pueblos incendiados, ó el de la independencia nacional, ó el del rey de Francia.

Escuchó Guidon con una atencion casi supersticiosa aquellas palabras que no entendia, y le pareció que el lenguaje de la ciega tenia algo de profético, comunicándole un sentido lúgubre su propia imaginacion. Estuvo titubeando algun tiempo y al fin se decidió á entrar en la Torre, suponiendo que Filipina no estaria sola, y no tendria necesidad de hablarla.

Encontró la puerta abierta, y subió los escalones que conducian al primer piso. Reinaba en este la mas completa oscuridad, pues no habian querido traer luces por temor de que se informasen los habitantes de las casas inmediatas de que estaban ellas refugiadas en la torre. Sin embargo, un ruido ligero, semejante al que causa el movimiento de una tela, le indicó que habia alguien en el cuarto, y aun le pareció que distinguía una figura blanca, sentada junto á la ventana. En tanto que la estaba mirando, salió la luna detras de las nubes, é iluminando por un momento lo interior de la torre, vió Guidon claramente que aquella figura era Filipina.

—Sois vos, señor de Malegreve!—dijo con voz trémula, cuyo sonido resonó en el corazon del caballero.

—Yo soy, señora,—contestó él.—Perdonadme mi atrevimiento, pues no creia que estuvieseis sola.

—Con efecto,—respondió Filipina, aparentando estar tranquila,-me hubierais asustado, si no os hubiese visto ya

antes. Pero ¿cómo es que os encuentro siempre que necesito de vuestra proteccion?

Y se detuvo, como si temiese haber dicho ya demasiado.

—Esta vez, señora,—dijo Guidon haciendo un penoso esfuerzo,—no seré yo el que tenga la dicha de sacaros de vuestra prision; pues lo he advertido al conde Guillermo de Juliers, y dentro de una hora le tendreis aqui.

Un suspiro fué la única respuesta de la condesa.

—Quiera Dios que pronto os veais libre y dichosa!—continuó Guidon bajando los ojos.— Yo, como francés, vasallo de vuestro enemigo, é incapaz de defenderos ni serviros, volveré á emprender el camino de Prusia... de donde dicen que nadie vuelve.

—No,—esclamó Filipina,—no ireis allá. Mi padre, mis hermanos, y yo misma, creeriamos haber causado vuestra muerte, y sentiriamos haberos conocido. No seais tan falto de generosidad, señor de Malegreve.

—Estoy obligado por un voto,— replicó él en tono grave.

Estremecióse la condesa, y levantando hácia él sus hermosos ojos, en que brillaba una lágrima, respondió:

—Ese voto es nulo. ¿No sabeis que Felipe el Hermoso ha llevado su audacia hasta el estremo de ultrajar al Santo Padre en la misma ciudad de Roma? Todos sus vasallos están desligados del juramento de fidelidad, y los cruzados, de cualquier nacion que sean, quedarán libres de su voto tomando las armas contra ese Rey sacrílego.

—¿Y suponeis, señora, que yo sea capaz de hacerlo?—preguntó horrorizado.

—No lo creo, porque sois caballero y es vuestro Rey; pero no habrá cruzada, y vos obtendreis fácilmente del Padre Santo la absolucion de vuestra promesa.

—Vuestros abuelos, señora, nunca trataron de eludir sus palabras por tales medios,—replicó con el orgullo de un hombre ofendido.—Ni Felipe, ni Roberto de Flandes, ni Balduino de Constantinopla, faltaron á sus votos. Vuestro mismo, hermano el conde Fe-

lipe de Loreto, fiel á su palabra, guerrea todavia en Italia en favor de los príncipes franceses, mientras su padre está preso en Paris por órden del Rey. Pero sin duda pensais que un caballero pobre aprecia menos que ellos el honor, y tiene por cosa de juego el faltar á sus deberes.

—No esperaba de vos semejante reconvencion, caballero,—replicó ella con voz ahogada.

—Sin duda soy injusto, señora,—añadió él.—He sufrido mucho tiempo, y algunas veces me parece que se han debilitado mi valor y mi razon. Pero aun cuando quisiera seguir vuestros consejos, ¿qué suerte me espera? Solo un interés me une á este mundo. Por el honor de mi pais y de la corona de Francia desearia que se pusiese un término á las desgracias de vuestra familia, y seria una vana ilusion el esperarlo, á menos de que ocurriesen cosas que un francés no puede desear. Dejadme, pues, que cumpla un destino á que estoy resignado y que era inevitable. Mi único pesar seria saber que estábais en peligro; pero

el conde me librará de ese cuidado.

Callo un momento Filipina, y despues le dijo:

—¿Estoy en mayor peligro que las mugeres é hijas de los partidarios de mi padre? ¿O suponeis que no tengo tanto valor como ellas? Si Guillermo y Koning quieren que esté segura, que salven la ciudad de Brujas.

—Por Dios, señora,—esclamó el caballero.—Pensad que estais proscrita y que si llegaseis á caer en manos de la Reina...

—Todo su poder,—dijo Filipina interrumpiéndole,—se reduciria á darme la muerte.

Pero Guidon, que conocia ya hasta dónde eran capaces de llegar los odios meridionales, sintió que se le erizaban los cabellos al pensar en la venganza que Juana de Navarra pudiera tomar de la condesa. Agarró, pues, su mano, como impelido por un arrebato involuntario, y acercándosela al pecho, esclamó:

—No; mejor es que Guillermo os dé de puñaladas, que no que permita caigais prisionera... Pero escuchad,

Filipina, aceptad un donativo mio.. único que puedo ofreceros. He traido de Italia, y sin duda por inspiracion de algun ángel, una aguja envenenada, cuya picadura, por pequeña que sea, basta para dar la muerte. Tomadla, y prometedme que hareis uso de ella, si fuese necesario, para evitar el odio de vuestra enemiga.

—¡Ah Guidon!—esclamó la jóven tristemente.—En el Louvre no hubierais usado conmigo ese lenguage!—¡Aconsejarme un crimen! Soy cristiana, y tengo confianza en la misericordia de Dios.

Un largo silencio siguió á esta reconvencion en que se notaba tanto amor, y á este recuerdo del Louvre que habia disipado todos los demas de su vida, el caballero dejó escapar la mano que tenia entre las suyas. Corrian por sus venas torrentes de fuego, y sus labios se abrieron para hacer una pregunta que podia fijar su suerte para siempre; pero se detuvo temblando y figurándose ser juguete de una simple ilusion. Escuchaba en

silencio, esperando que la condesa añadiese una palabra mas, y temiendo que aquella palabra destruyese todas sus esperanzas; pero Filipina volvió la cabeza, y si hubiera tenido fuerza para algo, hubiera sido únicamente para huir.

En aquel momento de angustia y de felicidad, lleno de sensaciones que bastarian para colmar toda una existencia, oyeron de repente pasos y percibieron que era Juan Breydel, que bajaba de la plataforma.

—Han llamado en casa,—dijo,—y quiero ver yo mismo quién es; pero para mayor seguridad cerraré la puerta de la torre.

—Aguardad,—esclamó Guidon.—Acaso será una visita que yo espero.—Y su rostro se entristeció de nuevo pensando en Guillermo de Juliers.

Con efecto era el conde, que llegaba un momento antes de la hora en que habian convenido. Oyéronle pronunciar el nombre de Malegreve, y el ruido que hizo la puerta al abrirse, les indicó que habian entrado.

—¡El es!—dijo Guidon suspirando.

—No tengais cuidado, amigo Breydel.

Todos quedaron en silencio por un momento, y luego vieron á Guillermo que atravesaba el jardin á la luz de una antorcha. Venia vestido de guerrero, con una toca guarnecida de aros de metal, una cota de malla negra y sin adorno alguno, y una espada bastante larga. Detrás de él caminaba el criado del carnicero con la antorcha en la mano.

El conde entró en la torre solo, y no pudiendo distinguir nada en el primer momento, dirigió sus miradas con una especie de incertidumbre hácia Juan Breydel, que estaba de pié delante de él, y cuya atlética estatura parecia mayor aun en la oscuridad.

-¿Quién está ahí?-preguntó con viveza.

—Mejor pudiera yo hacer esa pregunta, señor,—respondió nuestro carnicero sin alterarse;-pero supongo que sois el amigo de mi huesped, y os doy lá bienvenida.

Apenas le dió las gracias el conde mientras buscaba con la vista á Filipina, y luego que la vió le preguntó con impaciencia;

—¿Estais pronta, señora? Una escolta segura os está esperando.

Filipina titubeaba para responder, y Guidon sentia que su corazon palpitaba con la mayor violencia; pero Breydel tomó al momento la palabra.

—Me parece, señor caballero,—dijo cruzando los brazos delante del pecho, —que tanto vos como mi huesped habeis olvidado una cosa esencial. ¿Qué responderé á Pedro de Koning, cuando me pregunte por la persona que me ha confiado? Porque me parece que no ireis á llevarla á su casa.

—Le dirás que ha ido con Guillermo de Juliers,—contestó el conde con ademan orgulloso.

—¿Y será suficiente esa respuesta, señora?-preguntó el carnicero con sangre fria.

—No, amigo Breydel,— respondio Filipina con voz débil.—Koning me ha sacado de mi prision y me ha traido á Flandes por medio de mil peligros, arrostrando por mí la miseria y la muerte; ciertamente no abandonaré sin su conocimiento el asilo que me ha elegido.

Perdió el color Guillermo de Juliers, y fijando alternativamente en Filipina y en Guidon sus miradas centellantes, sintió que nacian en su pecho los celos mas atroces, los de un hombre cuyo amor es criminal. Calló un momento agoviado por la vergüenza y la rabia; pero solo un instante fué dueño de sus arrebatos.

—Ya lo comprendo todo,—esclamó. —No es la casualidad la que os ha reunido en este innoble lugar, y el nombre de mi abuelo ha servido únicamente de pretesto. Pero ¿quién eres tú,—añadió dirigiendose á Guidon,—que osas levantar los ojos hasta la hija del conde de Flandes?

Trémulo de cólera, no le dió Guidon otra respuesta que echar mano á su afilada hacha.

—Salgamos de aqui,—dijo Guillermo en tono de desafio.

Entonces se levantó Filipina, y apoyando su mano en el brazo del caballero,—no salgais, señor de Malegreve—le dijo—Es nieto de mi padre.

—¡Cobarde!—murmuró el conde.—¿No te atreves á seguirme?

Retiró Guidon la blanca mano que le detenia, y dió un paso hácia la puerta, librándose tambien de los poderosos brazos del carnicero, que intentaba detenerle. Pero Filipina se colocó de nuevo delante de él, y esclamó, temblando todo su cuerpo:—Deteneos, Guidon, considerad que es clérigo!

Retrocedió el caballero al oir esta palabra, desvaneciéndose al punto toda su cólera, y Guillermo quedó como aniquilado, con la cabeza inclinada sobre el pecho, pálido, frio, y casi sin fuerzas para sostenerse, como si hubiera recibido un terrible golpe.

—Primo mio,—continuó Filipina acercándose á él;—sé muy bien que por mí sola os habeis puesto esas armas; pero ¿quereis teñirlas con la sangre de mi libertador?

—Sí, lo quiero,—respondió levantando la cabeza.—¿No me han hecho clerigo el amor y la desesperacion? ¿No puedo cometer todavia otro crímen mas? ¡Vos le amais, Filipina! ¡Un estrangero, un francés, un esclavo de

Felipe el Hermoso, os parece preferible á un príncipe soberano, que hubiera restablecido en su trono á vuestro padre. ¡A Dios! Yo sabré vengar el honor de vuestra familia y el mio propio.

Diciendo asi, salió de la torre, sin que Guidon ni Filipina tratasen de detenerle. Uno y otra permanecian inmóviles y como enclavados en su sitio, desde que la boca del desgraciado príncipe pronunció las fatales palabras «vos le amais» Pero el valiente Juan Breydel, único testigo de su muda confusion, parecia que habia perdido tambien el uso de los sentidos, desde que sabia quién era la noble huéspeda que tenia en su domicilio.

—Muy pobre es mi casa para vos señora,—dijo sin atreverse á levantar los ojos;—pero el teneros en ella es para mi un honor que no olvidaré en mi vida. No creais por eso que soy hombre á quien deslumbran los títulos, pues tanto me importan á mi los de baron y conde como á un buey el tener las astas doradas. Pero, ele-

gir mi pobre habitacion por asilo contra vuestros enemigos, confiar tanto en mi valor y en mi buena fé!...—y enjugó una lágrima que la emocion le obligó á derramar.—No merecia yo tanto favor. ¡Dios os bendiga por la buena idea que habeis formado de mí!

—Cuando Koning me trajo á vuestra casa—respondió Filipina,—lo hizo porque sabia que descendiais de la antigua sangre de los vecinos de Brujas.

—Eso es cierto—respondió él poniéndose colorado.—Jamás nos hemos gloriado de ello, pero ahora me parece que soy el rey de la ciudad.

—¡Cuán feliz sois—respondió Filipina sonriéndose,—en olvidar tan fácilmente que está en poder de estrangeros!

—¡Olvidarlo! ¡olvidarlo, señora!—repitió el flamenco con energía.—Ni una sola palabra del tejedor ha dejado de producir su efecto; y muy bien me conocia cuando me dijo ayer que podria contar conmigo. Yo he descargado ya la mano sobre uno de

esos hombres á quienes nuestros regidores llaman aliados, y la mano de un hombre valiente no se levanta con facilidad, señora, pero cuando llega á levantarse no es para jugar como un niño. No, no; solo un carnicero topa al acaso, y lo olvida inmediatamente, careciendo tanto de memoria como de fuerza.

—Segun eso abrazais otra vez el partido de Flandes,—preguntó la condesa.

—Y no solo yo-respondió Juan Breydel.—Un hombre nada puede sin sus amigos, pero los mios piensan como yo exactamente. Esta misma noche espero en mi casa algunos, que en dia de combate valen mas que nuestros regidores, y como no tenemos odios antiguos ni proyectos ambiciosos, luego que hayamos bebido algunos tragos al feliz éxito de los planes de Pedro de Koning, y á la libertad de nuestro conde, podeis contar con que estaremos todos conformes.

Inclinóse luego que acabó estas palabras, hizo ademan de salir solo, pero respetando Guidon la turbacion de

Filipina, se alejó con él. Sentíase ya feliz con solo saber cuán injustos habian sido sus celos, y por fuerte que fuese el deseo que tenia de quedarse al lado de su amada, se hubiera avergonzado de aprovecharse de su soledad para hablarla de otra cosa que de los intereses de su familia.

Atravesaron juntos el jardin, cuyo verdor iluminaba la luna con su plateada claridad, en tanto que parecia desvanecerse el reflejo rojizo de los incendios. La naturaleza entera habia adquirido una nueva faz á los ojos del caballero.

—¡Qué hermosa está la noche!—esclamó.—¿Quién podria mirar ese cielo y padecer?

Condújole Breydel al cuarto que le habian destinado, y le invitó á que se recogiese.

—Esta noche—le dijo,—nada tenemos que temer. Los soldados están cansados, y los mejores campeones de la ciudad han de reunirse aqui. Descansad, caballero, que mañana me tocará a mi.

Alargóle Guidon la mano, y despues

se acostó sin quitarse las armas; pero era demasiado feliz para dormir, y aun tenia los ojos abiertos mucho tiempo despues de haberse alejado su huesped. Oyó que entraban en la casa varios grupos de hombres, casi todos completamente armados, y percibió el ruido de sus hanaps de plata, que tocaban unos con otros pronunciando algunas palabras en flamenco. Escitóle su curiosidad el ver aquellos gefes del pueblo, y levantándose de la cama, entreabrió la puerta del cuarto, y los vió á todos reunidos en el recibimiento ó portal.

Alumbraba aquella espaciosa pieza una sola lámpara, colgada sobre la puerta de paso que conducia á la bodega, y colocada entre Guidon y los amigos de Breydel, de manera que la luz iluminaba sus anchas espaldas y espesos cabellos, dejando en la oscuridad todo el resto del cuerpo. Sus trages presentaban una mezcla estraña de magnificencia y groseria, que era particular de las gentes del pueblo en aquel siglo; veíanse jubones de terciopelo bordados de oro, al lado de za-

marras de piel de cordero, y aunque sus trages eran tan diversos parecia que todos se consideraban iguales y animados del mismo resentimiento, segun indicaban sus facciones que, aunque groseras, tenian mucha fuerza y espresion. Sentados algunos y los demas de pié alrededor de una gran mesa, se miraban unos á otros con ademan feroz, pronunciando pocas palabras pero todas acompañadas de gestos muy enérgicos.

Al fin tomó la palabra uno de ellos, que iba embozado en un ferruelo negro y llevaba en la cabeza un sombrero chambergo. Su rostro parecia frio é impasible; tenia inmóviles los brazos, y fijos los ojos en la mesa. El acento de su voz hubiera hecho creer que le era muy indiferente la humillacion de su patria; pero despues que hubo pronunciado algunas frases, distinguió el caballero en su discurso los nombres de Anibal y de Sagunto. Luego aquel hombre flemático colocó en la mesa un puñal y una antorcha, llenó de vino un grande hanap, y derramó en él algunas gotas de sangre que se sacó de

el brazo izquierdo; circuló el hanap de mano en mano, y todos se abrieron una vena con la punta del puñal. Acercaron despues sucesivamente á los lábios aquel brevage misterioso, y juzgando Guidon por sus gestos y miradas, no pudo dudar de que habian jurado librar la ciudad, ó perecer en ella con sus mugeres é hijos, en medio de sus casas abrasadas.

A esta terrible escena se siguió una especie de orgía silenciosa. Bebieron en abundancia vino y cerveza para sellar el pacto de muerte que acababan de jurar; algunos se daban las manos, como haciéndose mútuas promesas, y otros se dirigian palabras que parecian exhortaciones. Guidon nada entendia de lo que hablaban, pero sintiendo que su corazon palpitaba cada vez que pronunciaban el nombre de su pais, se cansó de mirarlos y se acostó de nuevo en su cama.

La fatiga de los dos dias anteriores y de una noche que habia pasado sin descanso alguno, le sumergieron en un sueño tan profundo, que ya hacia mucho tiempo que el sol ilu-

minaba la tierra, cuando despertó el dia siguiente. Levantóse y atravesó la casa, pero á nadie encontró, ni los perros del carnicero ladraron cuando entró en el jardin, y habiendo dirigido la vista hácia su cabañuela, los vió en ella tendidos, bañados en sangre y atravesados con varias flechas.

Apoderóse entonces un frio glacial del caballero. Corrió hácia la torre y la encontró vacia; mas en sus inmediaciones no se veia señal alguna de que hubiese habido alli combate ni resistencia, pues la puerta y la reja de hierro estaban abiertas por dentro, y sin que para ello se hubiese empleado fuerza alguna. Volvió á la casa, buscó á Breydel, le llamó á voces; pero nadie le respondió, y por fin se cercioró de que estaba solo.

Ninguna de cuantas congeturas se presentaron á su imaginacion fué bastante para satisfacer su razon, ni calmar su mortal inquietud. Si se hubiese dirigido algun ataque á la casa del carnicero, no hubiera podido ejecutarse sin dejar algunas señales; y si Juan Breydel hubiese conducido á la con-

desa á otro sitio, ¿por qué causa habian de estar muertos sus perros á flechazos? Nada veia en lo interior del edificio que pudiera esplicar aquel misterio, y lo único que descubrió despues de las largas investigaciones, fueron las huellas de algunas personas que se notaban en el jardin. En fin, en el parage mas oscuro de la escalera de la torre, tropezó con el pié en una cosa que se movia; la recogió y reconoció el cuchillo de monte del bastardo de Barfleur.

# XXIV.

Cuando Guillermo de Juliers salió de casa de Juan Breydel, se dirigió al palacio del conde, en que entonces se hallaba alojado el gefe de los soldados franceses. Animábale en aquel instante la rabia de la humillacion é impotencia, y le inspiraba los mas siniestros proyectos. Fuera de sí, con los ojos desencajados é inflamado el pecho, repetia sin cesar la terrible palabra «es clérigo,» y en su rostro descompuesto se presentaba la sed de la venganza con caractéres espantosos.

–¿Quién eres? le preguntaron los cen-

tinelas que estaban á la puerta.—¿Qué quieres en este palacio y á tales horas?

—Necesito hablar al gobernador de Flandes,—contestó el conde.

Los soldados se encogieron de hombros, pero uno de ellos, que era picador, y no tenia el egoismo brutal de los demas, le dijo:

—Si no traes buenas noticias, espera hasta mañana, porque te costaria caro el haber interrumpido el sueño del señor de Chatillon.

—Le traigo lo que mas desea,—replicó Guillermo con voz colérica á un tiempo y desdeñosa, y enseñó al centinela un bolsillo lleno de dinero.

—Venid por aquí, caballero,—digeron entonces los soldados.— Nuestro capitan se encargará de todo.

—No entres,—dijo el picador;—mira que es meterte en la boca del lobo.

Pero el conde era sobradamente altivo, y estaba demasiado enfurecido para que el temor pudiese hallar cabida en su corazon. Entró, pues, sin titubear, y los soldados le condujeron á una galeria que les servia de cuerpo de guardia. Hallábase en ella, sentado

sobre una caja de guerra, y al lado de una mesa medio desvencijada, un guerrero con el rostro pálido y flaco. Su rica cota de armas de terciopelo encarnado, y su sombrero adornado con plumas sujetas por medio de un broche de piedras preciosas, formaban un contraste singular con sus botas llenas de polvo y hechas pedazos, y con el aspecto de negligencia, y aun miseria que se advertia en su marchito semblante; y no se podia dudar de que era uno de los gefes que, en aquel tiempo, buscaban en el robo medios para continuar los escesos que habian debilitado sus fuerzas, y destruido su salud y el gérmen de la vida.

Fijáronse en el conde sus lánguidos ojos, y le estuvo mirando largo rato, como quien tiene la vista muy débil. Sin embargo, no pudo menos de conocer que pertenecia á una clase distinguida, y levantándose para recibirle, le dijo, tartamudeando un poco:—Seais bien venido, caballero. ¿En qué puedo serviros?

—Antes de todo es necesario que

yo sepa quién eres,—respondió Guillermo en tono altivo.

—Soy el capitan Oliver, Oliver el despiadado, ó el diablo de Poitou,—replicó aquel gefe, con una ligera sonrisa de satisfaccion, como si creyese presentar los títulos de su gloria.

—Y podrias tú forzar una casa, y arrebatar una muger?—preguntó Guillermo.

—Puede ser que sí,—contestó friamente el capitan.

Arrojó entonces el conde sobre la mesa un puñado de monedas de oro, á cuya vista se inflamaron los ojos de aquel bandido, y reanimándose algun tanto el color de su rostro, esclamó con bastante fuego:-Hablad, caballero: soy el que vos necesitais.

—Es que precisa hacerlo esta misma noche,—dijo Guillermo.

—¡Qué diablo!—contestó el otro.—El caso es que yo no me puedo mover de aqui... pero por eso no ha de quedar. Muchachos, que vayan á buscar á Barfleur,—añadió volviéndose á sus soldados.

Pasóse cerca de media hora antes

que llegase el veterano, y en el intervalo el capitan Oliver vació un jarro de vino de la Rochela, en tanto que Guillermo se paseaba aceleradamente y con impaciencia por la galería. Al fin oyeron rechinar la pesada armadura del bastardo y el mismo abrió la puerta esterior.

—¡Voto á la Virgen del monte de la Aguja!—decia estregándose los ojos.—Si no hubiera sido por ti, Oliver, ni el mismo Satanás en persona me hubiera sacado de la cama.

—Se conoce que te vas haciendo viejo,—respondió secamente el capitan.

—Es verdad,—replicó el bastardo,—ya no sirvo para mucho; una noche que pase á caballo, me deja estropeado de los riñones. Es tiempo de que vaya pensando en retirarme, y ya lo hubiera hecho si no hubiese sido por la desgracia que me sucedió en el Louvre. Pero en fin, ¿qué me quieres?

—Vas á tomar contigo algunos de mis soldados y á desempeñar una comision en mi nombre,—contestó Oliver.—Este caballero te conducirá á una espedicion, y la utilidad la repartiremos como hermanos.

Sintió el conde que se le erizaba el cabello en la cabeza, pues aunque se abatia hasta emplear aquellos malvados, era bajarse demasiado conducirlos él mismo, unirse á ellos, y presentarse á los ojos de Filipina como un vil malhechor. — No, — esclamó, —no iré con vosotros, pero os pagaré bien.

—Eso es muy bien hecho,—dijo el bastardo,—pero siempre necesitaremos un guia.

—No quede por eso,—interrumpió Oliver.—Hoy mismo hemos alistado en mi compañia á un hombre de esta ciudad, un pícaro que, segun parece, tiene disposicion para cualquiera cosa. ¡Ola, flamenco!

Los soldados llamaron á voces á su camarada, y un momento despues entró en la galeria un hombre bastante alto, saludando militarmente. Su rostro era innoble pero atrevido, y sus ojos azules indicaban mucha malicia, notándose en su aspecto y en su modo de presentarse algunas de las propiedades del gato.

—Aqui teneis el guia, señor caba-

llero, —dijo Oliver el despiadado. — Solamente falta que le deis vuestras órdenes.

—¿Sabes á casa del carnicero Juan Breydel?-preguntó Guillermo, y él respondió con un gesto afirmativo.

—Pues al estremo de su jardin hay una torrecilla,—contiruó el conde,— y en ella está escondida una jóven. Si me la entregais antes de dos horas..

—Basta,—interrumpió el capitan;— nosotros arreglaremos nuestra cuenta. Barfleur, toma los soldados que necesites y marcha.

—Nombrad bastantes, mi capitan, —dijo el flamenco, que no parecia muy contento,— porque el carnicero es terrible enemigo, y segun he llegado á entender, vos mismo habeis sabido algo de eso esta mañana.

—¡Nuestra Señora de Gracia me asista!—esclamó el veterano, arrugando las cejas. —¿Seria el pícaro que quiso arrojarme encima de las picas de mis soldados?

—El mismo,—contestó el recluta.

—Pues en tal caso, tenemos que ajustar una cuenta atrasada,—replicó

el bastardo.—Vé á esperarme á la puerta del palacio.

Llamando despues aparte á Oliver, le preguntó:

—¿Y cómo hemos de repartir lo que nos den?

—Por partes iguales, hermano,—respondió el capitan.—Daremos un puñado de monedas de cobre á los soldados, y guardaremos el oro para nosotros dos.

—Oliver,—replicó el bastardo, mirándole atentamente,—mira que no he nacido ayer, y que no se me paga con buenas palabras. ¿Cuánto me has de dar?

—La mitad de lo que reciba.

—Pero ¿cuánto recibirás?

—A la verdad, eres un bribon á quien no seria fácil engañar; pero te juro por la salud de mi alma que procederé contigo con la mayor lealtad.

—Oliver, amigo mio,—repuso el veterano meneando la cabeza,—¿no podrias jurar por alguna otra cosa? ¿Por alguna reliquia, supongamos?

—De muy buena gana,—dijo el ca-

pitan algo descontento.=He oido decir que hay en esta ciudad una redoma llena de sangre de nuestro Señor Jesucristo, y si quieres juraré por ella.

—¡Quita allá!—esclamó el bastardo.—¡Una reliquia flamenca! Jura por el Lignum Crucis y la corona de espinas que está en la Santa capilla de Paris.

Apretado de este modo Oliver el despiadado, hizo, á pesar suyo, el juramento que le exigia su compañero, y se separaron aquellos dos dignos amigos, saliendo el bastardo con su gente para ir á forzar la casa del carnicero, y volviendo Oliver á donde estaba Guillermo de Juliers.

—¿Conque me dareis doscientos escudos de oro?—preguntó con aquel aire malicioso que usa un petardista de profesion para engañar á un novicio. Díjole el conde que sí con la cabeza, y arrepintiéndose el bandido de no haberle pedido mas, añadió:—Pero lo que he recibido ya, no entrará en esa cantidad...y si quereis dar alguna cosa á mis soldados....

Incomodado Guillermo y deseando que no se hablase mas de dinero, arrojó á la mesa un gran puñado de monedas de oro y empezó á pasearse de nuevo. Comenzaba ya á resfriarse un poco el primer arrebato de su furor, y necesitaba engañarse á sí mismo para no avergonzarse de la accion que acababa de cometer. Preguntábase interiormente con qué rostro sostendria las miradas de desprecio de Filipina, y sentia enardecérsele la sangre, colorearle las megillas y marcársele en líneas azuladas todas las venas de su frente.

=Me ha despreciado,—decia entre sí,—y ha engañado á mi madre, pero ¿con qué derecho he de vengarme de ella? No; lo único que haré será manifestarle que estaba en mi mano el hacerlo... que ese infeliz á quien despreciaba, y cuyos ultrages miraba con desden... ese clérigo ha sabido arrancarla del poder de su amado, y que me compadezco de ella, aunque ella nunca se haya compadecido de mí.

—¿No teneis sed, señor caballero?—

le preguntó el capitan con voz ronca, despues de haber empezado el segundo jarro.—Si gustais, aqui teneis vino, que es digno de un obispo.

Estremecióse el conde, que habia recibido aquel mismo dia la noticia de su eleccion para la Sede Episcopal de Colonia, y lanzando un profundo suspiro,

—Si, lléname una copa, que bien la necesito.

—Bebed, señor, bebed.— replicó Oliver, alargándole un hanap.—Os aseguro que yo solo encuentro consuelo en el vino, y le necesito muchas veces. ¿Quereis creer que me he visto á pique de llegar á ser uno de los señores mas ricos de Francia? Todo consistió en cinco minutos... y si no fuese por el vino ya me hubiese vuelto loco. A la salud del Papa y de los cardenales que debieron labrar mi fortuna.

—¿Pues que has tenido tú que ver con el gefe de la iglesia? preguntó Guillermo asombrado.

—¡Vive Dios!—replicó el bandido.—Nada mas que haberle hecho pagar su rescate. Donde me veis, señor caballero, he servido al ilustre Colona, y he

tenido prisioneros entre mis manos á ocho cardenales, que cada uno valia una provincia, y nadie me quitará de la cabeza que uno de ellos era el mismo Padre Santo en persona.

—¿Y no le hubieras puesto en libertad?

—Señor!—esclamó el capitan.—¿Qué están haciendo ahora mismo en Italia las tropas del rey mi amo y el señor Nogaret? Yo soy bien cristiano, pero no quiero serlo mas que el rey. Por desgracia mia, el caballero del hacha cayó sobre nosotros á dos tiros de ballesta de nuestro castillo.

—¿De quién hablas?—preguntó Guillermo en tono amenazador.—Quién es ese caballero del hacha?

—Un traidor que aparentaba ignorar las relaciones que habia entre S. M. y los enemigos del Papa,—respondió Oliver, entristeciéndose con el recuerdo de su desgracia.—Eran dos compañeros, que habian hecho voto de ir á Palestina por sus pecados, y se quedaron en Italia por los nuestros, pues si no fuese por ellos yo seria hoy muy rico. Pero á la verdad, sabian muy bien ha-

cer la guerra, y se batian como leones. Jamás se ha visto una lanza mejor que la del que murió junto á las mismas murallas de Roma; y por lo que hace al caballero del hacha, fué quien casi destruyó mi compañia, y me regaló la herida cuya cicatriz adorna todavia mis megillas. ¡Vive Dios! Jamás me achispo un poco con el vino, que no me parezca que tengo todavia delante de mi su terrible hacha de acero. ¡Casi me parece que le tuve miedo!

—Pero ¿de dónde venia?—preguntó de nuevo el conde.—¿No sabes algo de su pais, clase y aventuras?

—¿Quereis que llene otra vez vuestro hanap?—dijo el capitan llenando el suyo.—El vino reanima al hombre y escita su espiritu, y os aseguro que este es muy bueno. Por lo que hace al tal caballero, estaba desesperado, segun decian, por haber perdido... ó no haberse podido casar... ó una cosa asi..., con no sé qué señorita que estaba presa. Pero ciertamente debia ser muy rico, porque tanto como entendia de pelear, tan poco sabia de ecsigir un rescate; un niño lo hubiera hecho mucho

muchísimo mejor que él, y con mas acierto.

Sumergióse Guillermo en una profunda meditacion, pues le agoviaba el ver que hasta en la boca de un bandido encontraba el elogio de su rival; y por un estraño efecto de sus celos, parecia que al propio tiempo aumentaban su odio y sus remordimientos.

—¡Y ahora es feliz!—pensaba con amargura.—¡Mientras yo no puedo ni aun pensar en la felicidad! ¡Ah! Por qué ha de ser hermana de mi madre! ¡Y por qué he de ser yo sacerdote!

Esa última palabra, que pronunció entre dientes, fué la única que percibió Oliver, quien le preguntó con una sonrisa brutal:

—¿Qué estais ahí murmurando de las gentes de iglesia? ¿Creereis, caballero, que he tenido siempre en la cabeza que me habia de matar un eclesiástico? Así es que desde que volví de Italia, lléveme el diablo si jamás me mezclo en contestaciones con ninguno de ellos. No ignoro hasta dónde es capaz de llegar su cólera y ven-

ganza, y si un eclesiástico me propusiese una cosa como la que acabo de arreglar con vos, no le serviria ni por mil escudos de oro.

—¿De veras?—preguntó el conde dirigiéndole una irónica mirada.

Callaron ambos entonces y esperaron en silencio la vuelta del bastardo. Indignábase el conde de ver que tardaba tanto, y sin embargo, cada vez que oia pasos en el patio del palacio, temblaba como un culpable cuando se acerca al sitio de su suplicio.

El veterano y su tropa volvieron casi al concluir la noche, habiendo conseguido el éxito mas feliz en su criminal empresa. Filipina y la madre y hermana de Breydel estaban presas, y entraron en la galeria, conducidas y sostenidas por soldados.

Volvió Guillermo la cabeza, asustado de las resultas de su designio. Oliver el despiadado, para quien eran muy comunes las escenas de aquel género, ni aun reparó en el abatimiento de las cautivas, y esclamó en tono alegre:

—Vaya, Barfleur, que eres el pri-

mer hombre del mundo para una espedicion. Te pedian unicamente una pieza y traes tres.

—Pero una de las tres no es para vender,—respondió el bastardo en tono determinado,—y tu caballero verá si quiere contentarse con las otras dos.

—¿Y qué has hecho del carnicero? —preguntó el capitan.

—Ni le hemos visto,—contestó el veterano.—Ese flamenco nos ha llevado por los jardines de las casas inmediatas, y nos han abierto la torre sin violencia, porque las tres mugeres han tenido bastante talento para conocer que si hacian ruido nos obligarian á matar á todos los que viniesen á socorrerlas.

Durante este diálogo no se habia atrevido Guillermo á pronunciar ni una sola palabra; tenia el rostro encendido, y hubiera deseado que se abriese la tierra debajo de sus pies. Al fin levantó la cabeza de repente y dijo:

—Tranquilizaos, Filipina, aqui estoy yo.

La presa no le dió mas respuesta

que una mirada desdeñosa, y volviéndose hácia el bastardo, le dijo:

—Señor de Barfleur, soy vuestra prisionera. Pensad en vuestro deber y en Juana de Navarra.

—¡Por amor de Dios!—esclamó el conde, medio arrodillándose delante de ella.—No me desprecieis de ese modo. Ya habeis visto hasta dónde puede llevarme la desesperacion.

Filipina volvió los ojos manteniéndose en silencio, y el rostro de Guillermo perdió enteramente el color.

—Ahí tienes tu dinero,—dijo á Oliver alargándole la mano,—y la cautiva es mia.

—¿Qué dices á eso, Barfleur?—preguntó el capitan.

—¿Asi cumples tu palabra, traidor? —gritó el conde, sin darle tiempo para recibir respuesta alguna; y sacando la daga, antes de que nadie pudiera detenerle, habia ya traspasado con ella el pecho del bandido. Inmediatamente cogió á Filipina en sus brazos, y se arrojó con ella al patio desde la ventana de la galeria.

Corrieron los soldados detras de él,

pero como Guillermo conocia perfectamente las entradas y salidas de aquel inmenso edificio, pasó bien prontó por una puerta de hierro que cerró por dentro, la cual comunicaba con otra parte del palacio, y en tanto que buscaban medios para forzarla ó para encontrar otro paso, tuvo tiempo bastante para escaparse de sus perseguidores, que volvieron poco despues diciendo que no sabian por donde se habia ido.

—Preciso es que el diablo ande en todo esto,—dijo el bastardo.

—Sin duda alguna,—respondió casi sin poder hablar Oliver el despiadado, que estaba tendido en el pavimento de marmol,—porque yo debia morir por mano de un clérigo, y no que ahora...

Y su silencio esplicó bastante su pensamiento, pues se le acabó la vida.

En medio del desórden en que estaban los soldados, hubiera podido escaparse fácilmente la hermana de Breydel; pero no quiso abandonar á su pobre madre ciega, y asi sentadas ambas en un banco de piedra, envueltas en sus

mantos esperaron con resignacion la suerte que les estaba reservada. La vieja parecia tranquila: pero la jóven, mas irritada, apenas podia contener su cólera.

—Daria todas mis alhajas,—dijo en voz baja á su madre,—por ser hombre siquiera una hora. Ese maldito viejo no habia de tener mejor fin que su compañero.

Como si hubiese entendido que hablaban de él, se acercó entonces á ellas el bastardo, y les dijo:

—Buenas mugeres, vosotras tambien debeis conocer el interior de este palacio. ¿Hay en él algunas salidas secretas, ó algunos subterráneos?

—Si por cierto,—contestó la ciega, que se complacia en aumentar su despecho;—hay muchas galerias subterráneas que dan salida al campo.

—¡Maldicion!—esclamó el veterano arrancándose los bigotes de rabia.—¡Ya no volveré yo á obtener mi gobierno del Louvre!

Estas palabras produjeron en la flamenca una impresion estraordinaria.... Medio se levantó de su asiento, y le preguntó en tono muy grave:

—¿Eras tú el que guardabas la prision de nuestro conde!

—¡El mismo, vive Dios!—respondió muy incomodado.—¡Ojala nunca hubiera ido á ella su hija!

—Segun eso, tienes la conciencia cargada con el asesinato de las señoras que servian á Filipina, á quien tú mandastes degollar,—replicó la madre de Breydel.

—¿Qué te importa á tí, vieja loca?—respondio él secamente.—En vez de meterte en eso indicame el medio de alcanzarla, y tienes hecha tu fortuna.

Levántose le ciega, y dió algunos pasos hácia adelante. Al verla Margarita, le preguntó atemorizada:

—¿A donde vais, madre mia.

—No me sigas,—contestó ella.—Si puedes huir de aqui, hazlo, yo te lo mando; cuando veas á tu hermano dile que nuestra venganza está satisfecha.

Todo esto lo decian en flamenco, de modo que ni el bastardo ni sus soldados pudieron entender lo que hablaban. La jóven perdió enteramente el color, y apoderándose de ella la mas triste consternacion, se dejó caer otra

vez en el banco en que estaba sentada. La vieja, en tanto, empezó á andar y á caminar á lo largo de la pared, tocándola para cerciorarse del sitio en que se hallaba, y al fin se detuvo junto á los adornos de un nicho en que no quedaban mas que los piés de una estátua. Aqui estaba Roberto el Frison—dijo;—el que venció á los estrangeros y los arrojó de Flandes. Sin duda se han vengado en la piedra que representaba su imágen.—Y volviéndose hácia el bastardo que la seguia, le preguntó:

—¿No hay aquí á la izquierda una puerta grande? Mandadla abrir.

Abrióla el mismo veterano sumamente satisfecho, y diciendo entre si mismo: ¡Válgame la Virgen! Esta vieja conoce perfectamente el edificio, y sin duda mi santo patrono me ha inspirado la idea de valerme de ella.

Entraron entonces en otra galeria, por la cual caminaron algun tiempo. siguiéndoles a cierta distancia un grupo de soldados con palancas y antorchas encendidas. Admirábanse los tales soldados de la hermosura del edificio, y

esclamaban: ¡Qué ricos debian ser estos condes de Flandes! No se vé en su palacio mas que oro y mármoles; y ¡quién sabe cuántos tesoros habrá escondidos en los subterráneos!

Bajaron una escalera de caracol, cuyos escalones estaban bastante gastados con el uso, y dijo la ciega:

—En otro tiempo entraban por aquí los criados del conde, desde las cocinas al palacio; pero ahora está muy desigual la escalera; dadme la mano... ¿sois vos, capitan?

—Yo soy, buena muger,—respondió el bastardo.

—Ahora tenemos que pasar por la capilla de los condes, y junto á sus sepulcros,—prosiguió ella.—¿No teneis miedo? Mirad que sois enemigo de su familia, y venis en persecucion de su hija. Ciertamente no deberiais pasar por aqui.

—El veterano se encogió de hombros, y se sonrió como burlándose.

—Cuentan cosas raras del poder de los muertos,—continuó la ciega en voz baja,—y la madre de nuestro anciano conde pudiera servir de ejemplo. Pre-

sentóse un dia á la puerta de este palacio un viejecito vestido muy pobremente, y dijo que era su padre Balduino de Constantinopla, que habia conseguido escaparse de las prisiones de los búlgaros. La condesa no quiso verle, y le mandó ahorcar por impostor. Desde entonces la persiguió la desgracia en todas sus empresas, y aunque mandó edificar un monasterio para expiar aquel parricidio, la sangre del anciano recayó sobre ella y sus hijos...

Pero pocas personas saben ya esta historia, ni conocen de dónde proviene la cautividad del conde Gui.

—¡Todos esos son cuentos!—respondió el bastardo, aparentando una incredulidad que probablemente no tenia.—El cautiverio del conde ha nacido de su necedad, pues si no hubiera sido nu sandio, no se habria metido entre las manos de su enemigo.

—Es verdad, dijo la ciega;—se dejó coger en el lazo, pero no conocia el peligro, y creia que estaba perfectamente seguro. Si ahora nos suce-

diese aqui cualquiera desgracia en estos subterráneos, tambien os acusarian de imprudencia. Pero ya debemos haber llegado á un sitio en que en otro tiempo habia una puerta de hierro.

—Asi es,—contestó el veterano,—y aun se ven las señales en la bóveda.

—Pues ahora,—continuó la vieja,—hay á la izquierda un precipicio, y el camino es bastante estrecho; ¿os atreveis á seguirme?

—Esta vieja loca es capaz de meter miedo al mismo Rolando con su tono burlon, —esclamó Barfleur.—Ve tú delante, que ya te sigo.

Obedeció ella, y empezó á caminar á lo largo de la pared, dejando á la izquierda un precipicio, en cuyo fondo se oia correr un arroyo, y teniendo que ir con mucho cuidado, pues no habia antepecho alguno para evitar una caida.

—Mas de un malvado ha sido castigado aqui por la justicia de nuestros condes,—dijo la vieja.

—Lleve el diablo á tus condes y á

su justicia,—replicó el bastardo.— Despáchate á pasar pronto de aquí.

—No hables en este puesto del diablo,—dijo la vieja muy séria volviéndose hacia él.

—Anda, anda,—continuó el bastardo.—¿Quiéres que estemos una hora á la orilla de este abismo?

—¿Una hora?—repitió la vieja.—Una hora, no; pero... hasta el dia del juicio.

Diciendo asi le agarró del brazo con una fuerza increible, y le empujó con bastante violencia para hacerle perder el equilibrio. Inútilmente trató el bastardo de agarrarse á la pared; su pérdida estaba decretada, y lo único que pudo hacer fué llevarse consigo á la que originaba su caida. Ambos rodaron juntos; se oyó el golpe de los cuerpos en el agua; y cuando los soldados alargaron las luces mirando hácia el abismo, no vieron otra cosa que un poco de espuma ensangrentada.

# XXV.

En tanto que en el palacio de los condes de Flandes resonaban los gritos de los soldados enfurecidos por la muerte de sus dos gefes, y los juramentos que hacian de vengarse en los habitantes de la ciudad, Guillermo de Juliers con Filipina en los brazos, caminaba por uno de los subterráneos de aquel inmenso edificio. Era un camino secreto; abierto por órden de los condes, que comunicaba con el castillo de Male á una legua de la ciudad; y aunque en él

reinaba la oscuridad mas completa, caminaba Guillermo con paso firme, y aun con rapidez, pues la pasion que le devoraba parecia que le infundiese una fuerza sobrenatural. Corria el sudor por su ancha frente, y apenas podia ya respirar; pero no percibia su propia fatiga, y no se detuvo sino cuando una claridad lejana le advirtió que estaba ya cerca de la salida del subterráneo.

—¡Ya es de dia!—esclamó consternado y lleno de terror.—Ya no podemos salir, pues nos descubririan los enemigos.

Y por primera vez le flaquearon las rodillas.

—¿Teneis frio, Filipina?—dijo, sentándose á su lado.—Os envolveré en mi ferreruelo... Ah! Le he perdido. ¡Miserable! ¡Vais á padecer por causa mia!

La condesa no respondia ni una palabra, y el conde continuó diciendo:

—¿Es el silencio de la muerte... ó el del desprecio?

Y soltando luego una inmoderada risa añadió:

—En fin, tendremos frio en el sepulgro, cubiertos con mi manto de obispo;

y estaremos mejor que aquí. Sin embargo, yo me abraso.

Filipina se estremeció de horror y compasion, pues vió que empezaba á delirar.

—Enviaré un dote para la hermana del carnicero,—continuó él mas tranquilo,—pues ningun daño me habia hecho y no la aborrecia. Solo aquel hombre del hacha... mas espero que morirá de rabia esta mañana.

La idea de los pesares que Guidon debia sufrir en aquel momento, acabó de desgarrar el corazon de la condesa, y no pudo contener por mas tiempo sus lágrimas y suspiros.

—¿Por qué lloras?—dijo Guillermo. —Aquí vamos á morir: ¿no es eso lo mejor que podia sucedernos, puesto que no me amas?

—Guillermo,—respondió Filipina sin manifestar ningun resentimiento.—Sois hijo de mi hermana, y hubiera amado en vos á un pariente, y á un vengador de mi padre

—Sí, le hubiera vengado,—replicó él con viveza;—y ahora mismo ¿no estoy nombrado obispo de Colonia?

Tengo oro y vasallos, y puedo hacer guerra á Francia. ¡Pero ya es tarde! añadió apoyándose en la pared del subterráneo, como agoviado por el dolor.

Filipina se compadeció, y le dijo:

—No estemos mas tiempo aqui. Venid; el subterráneo tiene mas de una salida.

Y diciendo así le cogió de la mano, y le llevó algunos momentos en direccion opuesta á la en que se veia la luz; pero al instante se detuvo Guillermo, esclamando:

—¿Y dónde me llevareis, que pueda evitarme á mi mismo? Filipina, mi suerte se fijó para siempre desde el mismo dia que os vi... Pero, dadme una palabra, y prometo sacaros de aqui. No volvais nunca al lado de ese estrangero... á lo menos hasta que yo encuentre ocasion de morir peleando contra los enemigos de nuestra familia.

Filipina callaba, y él esclamó en tono humilde:

—Yo consagraré mi sangre y todo mi poder à la defensa de vuestra causa.

Vasallos, aliados rentas... todo lo pondré á la disposicion de Koning... pero no volvais á ver á ese francés! ¿Es pedir demasiado por ese precio?

—¿Y quereis venderme el auxilio que deis á vuestro abuelo?—preguntó Filipina.

—Yo os lo suplico,—repitió él con voz alterada.

—Está bien,—dijo Filipina;-no quiero afligiros mas. Evitaré cuanto pueda el reunirme con el señor de Malegreve, y.., demasiado probable es que no le volvere á ver nunca.

El dolor que manifestaba su acento, en tanto que pronunciaba estas últimas palabras, arrancó otro suspiro al infeliz eclesiástico, pero fué el postrero.

—Os doy las gracias,—dijo á Filipina,—y por vos sola conservaré mi vida, aunque mas me valiera la muerte. No me atrevo á pediros la mano, porque la mia está llena de sangre.. pero seguidme sin temor. El camino es muy fácil.

Dirigiéronse de nuevo hácia la puerta de donde habian venido, y despues

de haber caminado por mas de una hora entre tinieblas, llegaron á la escalera que daba al interior del palacio. Este desgraciado jóven se habia tranquilizado algun tanto en el camino, y la postracion y el remordimiento habian reemplazado á su furor.

—No me maldigais, —dijo cuando llegó á ellos el primer rayo de luz, —pues si lo haceis, no tendré fuerza para salvaros. ¡Ah! ¡Qué se hizo aquel tiempo feliz de nuestra infancia, en que corriamos juntos por estas bóvedas, y no concebia yo que el parentesco era una barrera que se elevaba entre nosotros! Mi memoria no ha perdido la idea de ninguna parte de este edificio, y me acuerdo perfectamente á donde sale cada puerta, ó cada pasillo. Vos, Filipina, lo habreis olvidado todo, sin duda.

Suspiró acabando de pronunciar estas palabras, y dijo á su compañera que caminase con cuidado. La especie de pasillo por donde iban entonces, estaba construido en el grueso de una pared, y no daba paso mas que para una sola persona. Algunas

veces estaba separado de las habitaciones del palacio por un simple tabique; pero en general las paredes laterales parecian bastante fuertes y gruesas, y la luz que se percibia era únicamente la que entraba por los intérvalos de las esculturas góticas de las habitaciones, desde las cuales no podia observarse la abertura de dichos huecos, escondidos entre el follage. En fin, despues de haber dado una multitud de vueltas, llegaron á una puerta de madera de encina, parte de la cual representaba una verja con muchos adornos tan espesos que apenas se podia ver por entre ellos, y el resto era macizo.

—Ya estamos libres,—dijo Guillermo, despues de haber mirado con inquietud á la sala á donde salia aquella puerta;—no hay nadie.

Pero aun resonaba la última sílaba de sus palabras cuando le hizo retroceder el ruido de los pasos de varios hombres. Aplicó el oido, y percibió que decian en tono de descontento y groseria:

—Mejor seria que volvieseis á la tar-

de, caballero: ha salido, y acaso no volverá hasta la noche.

—Le esperaré,—contestó una voz, que hizo estremecer á Guillermo y Filipina, la de Guidon de Malegreve.

Viéronle entrar en la sala, y en su rostro advirtieron pintada la desesperacion que le animaba. Entraron con él, inquietos y turbados, algunos soldados que eran de los que habian acompañado al bastardo de Barfleur á su hazaña nocturna, y uno de ellos dijo:—Si quereis tener la bondad de decirnos lo que habiais de manifestar á nuestro capitan, acaso no os arrepentireis de ello.

—Pues decidle—contestó Guidon en tono seco—que si no es tan cobarde como desleal, venga á recòger el guante que arrojo aquí,—y arrojó en el suelo el de la mano izquierda.

—¡Ah señor!—replicó el soldado—No puede venir á levantarle, porque ha muerto.

—¡Ha muerto! —repitió el caballero perdiendo el color; y despues de una breve pausa continuó:—¡Era hermano de mi madre!

¿Quién cuidará ahora de su sepultura?

—Primero era menester que se pudiese encontrar el cuerpo, —contestó el soldado, encogiéndose de hombros. —Una vieja ciega, y sin duda endemoniada, se arrojó anoche con él por un precipicio.

—¿Y las otras mugeres que estaban presas?—preguntó Guidon temblando; —¿qué es de ellas?

—Sábelo Dios—dijo el soldado.—Una, la han robado, y la otra ha huido sola. De la espedicion de esta noche no hemos sacado mas que el trabajo... sin hablar de la puñalada que nuestro guia acaba de recibir. Miradle; ya traen su cadáver, que van á colocar aquí, para celebrar el juicio en su presencia.

Con efecto entraron dos criados, trayendo en unas angarillas el cadaver, cubierto con un ferreruelo. Colocáronle en medio de la sala, y el soldado le descubrió. Guillermo y Guidon de Malegreve ignoraban quién le habria muerto; pero cuando vieron la herida espantosa, que se estendia por

todo el pecho del difunto, no pudieron menos de reconocer la venganza de Juan Breydel.

—¡Y han cogido al matador?—preguntó Guidon.

—Si señor, se ha entregado sin resistencia, y pronto se concluirá su proceso. Luego que el señor de Chatillon venga á palacio, será condenado y probablemente ahorcado.

El caballero se dirigió en silencio al hueco de una ventana, tratando de ocultar su agitacion: Filipina que le veia y adivinaba sus pensamientos, se apoyó trémula contra la pared y dijo:

—No hay duda, se espondrá á todo por libertar á su huesped. ¡Ay, Guillermo! ¡Cuántos males habeis causado!

—Ni yo le abandonaré tampoco,—respondió Guillermo echando mano á la daga.—He podido ser culpable; pero hasta ahora ninguno de mí familia ha incurrido en la nota de cobardia.

Abrieron en aquel momento la puerta principal de la sala, y salió de la pieza inmediata una muititud de caballeros y señores franceses y flamencos.

Unos se agruparon al rededor del cadáver: otros se sentaron con indiferencia en las banquetas que adornaban la sala. Entró al fin Jacobo de Chatillon, gobernador de Flandes, magníficamente vestido y rodeado de sus principales capitanes, y fué á colocarse en el sillon que en otro tiempo estaba reservado para los condes; mientras que por el lado opuesto conducian á Juan Breydel, sin perpunte, y con los brazos y la parte superior del pecho casi desnudos. Su aspecto era triste, pero altivo é intrépido: dirigió una atrevida mirada á la asamblea que le rodeaba, y cuando fijó los ojos en el cadáver, presentó un semblante como de triunfo.

Un escribano delgado y pálido, con el tintero colgado del cinturon del trage, empezó entonces á leer las primeras diligencias que habia hecho; pero al punto le mandó Jacobo que callase, y fijando sus negros ojos en el carnicero le preguntó:

—¿Has muerto tu á ese soldado?

El rostro severo y aun brutal del gobernador de Flandes hubiera sin duda alguna intimidado á un criminal; pero

ninguna impresion produjo en Breydel, que respondió con la mayor serenidad:

—Si, yo he sido.

—En tal caso, no se necesitas hablar mas,—replicó Jacobo;—te ahorcarán.

—¿Me permite V. E. que le haga una observacion?—dijo con voz tímida el escribano.-Habiéndose cometido el crimen contra un soldado, y dentro de las puertas de este palacio, sería muy conforme á la ley descuartizar á ese malvado, y mandar que sus miembros se colocasen en diferentes puertas de la ciudad.

—¿Y sus bienes?—preguntó el gobernador de Flandes, en tono que indicaba claramente su avaricia.

—Quedan confiscados á beneficio de V. E.—replicó el escribano, haciendo una profunda inclinacion de cabeza.

—¿Y qué tienes tú?—preguntó Jacobo al carnicero.—¿Tienes bienes, dinero, créditos?.. ¿No respondes, bestia? ¿O no entiendes el francés?

—Soy ciudadano de Brujas,—respondió Juan Breydel,—y nadie puede juzgarme sino los magistrados de la ciudad.

—Eso lo verás ahora mismo, ¿Nada tienes que decir en tu defensa?

El carnicero repitió:—Digo que no sois mis legítimos jueces; pero no quiero tampoco que se me tenga por asesino. Le he muerto cara á cara, y con muy justa razon, pues sabia por mi hermana, quien fué el que la noche pasada introdujo en mi casa un peloton de soldados.

Estas pocas palabras produgeron cierto rumor en la asamblea, y uno de los circunstantes dijo en voz perceptible. —Vaya, era sin duda de los que fueron á la espedicion de Oliver, el despiadado, y el bastardo de Barfleur.

Oyólo Chatillon, á quien habia sorprendido y disgustado la muerte de aquellos dos capitanes, y esclamó sumamente colérico:—Caballeros, siento muchisimo lo que ha pasado anoche en este palacio. Parece que aquí cada uno trata de agarrar lo que pueda, en vez de servir al rey, á quien de ese modo pronto quedará menos que nada. ¡Vive Dios! Yo quisiera que todos los que roban sin órden mia

encontrasen el pago que ese miserable.

La mayor parte de los presentes se sintieron ofendidos por aquel lenguage, y lo manifestaron así con sus miradas y murmullos; pero el altivo é imperioso Chatillon no hizo mas que reirse de su enfado.

—No necesitais hacer muchos votos para eso,—dijo el acusado complacido en ver la humillacion de los nobles.—Hay en Brujas bastantes cuchillos para todos los partidarios de la flor de lis.

Uno de los nobles flamencos que estaban presentes se levantó furioso, y dijo al gobernador de Flandes:

—Si V. E. en lugar de reprimir á esta canalla anima su insolencia, debemos esperar efectivamente que nos degüellen, á no ser que, con la ayuda de Dios, nos defiendan nuestras espadas.

—¡De veras!—replicó Jacobo con aspereza. —¿Queriais que le mandase ahorcar sin oirle? Habla, muchacho, yo te que prometo que como puedas probar paque tuviste motivo para ma-

tarle, saldrás del paso con una multa.

—Yo no tengo mas que decir,—respondió Breydel;—pero si alguno piensa que no he dicho la verdad, estoy pronto á ofrecerle el combate.

Una risotada general se siguió á estas palabras, y los caballeros de ambos paises esclamaron ofendidos:

—¡Miren el bárbaro! ¿Si creerá que alguno de nosotros ha de querer batirse con él ? Eso seria envilecernos?

¿Y qué especie de combate es el que ofreces? — preguntó Jacobo en tono burlon.

—Cualquiera; el que elijan, —respondió con orgullo el carnicero.

—Vamos, señores nobles de este pais de Flandes, —continuó el gobernador; —aqui teneis una ocasion escelente para reprimir la insolencia de vuestro pueblo.

—Señor gobernador,—dijo al momento una voz varonil:—los viejos podrán deciros todavia, que en la batalla de Bouvines, nuestros padres no quisieron montar á caballo para pelear contra las tropas de Felipe Au-

gusto, porque todas se componian de plebeyos.

—Pues que vayan á buscar otro soldado de la compañia del muerto, que quiera batirse contra el carnicero con el palo, á la manera de los aldeanos; y ¡si acaba con él, le daremos algunos sueldos.

—¡Y ese es el precio de la vida de un hombre!—murmuró Juan Breydel.

—No; en este primero he vengado á Filipina; el segundo será por mi madre.

Algunos momentos despues entró un soldado, con un palo de cinco á seis pies de largo, que traia agarrado por el medio.

—¿Eres de la compañia del muerto? —le preguntó Jacobo.

—No señor,—respondió;—pero soy el mejor jugador de palo de la milicia de Picardia, y quisiera ganar los sueldos que habeis prometido.

—¿Y por cuánto te atreves á pelear con él?

—¿Es ese?—dijo el picardo examinando á Breydel de los pies á la cabeza. —Es fuerte y robusto, pero me batiré por diez sueldos.

Juan Breydel se echó á reir, y le dijo:—Muy barato trabajas, picardo; pero aquí en la cintura tengo un bolsillo en que habrá mas de cien sueldos, trata de ganarle si puedes.

En aquel momento se inclinó á él Guidon, y le dijo en voz baja:—Ten cuidado, porque todavia no sabes lo que es un palo largo, en manos de un normando ó un picardo.

—El carnicero le dió las gracias con los ojos, y añadió:—Vamos; estoy pronto.

Levantóse Chatillon, se acercó á la ventana, y dijo despues de haber mirado un momento por la vidriera:—Bajaremos al pátio, y podrán prepararnos los caballos mientras vemos el combate.—Y sin esperar mas, se dirigió á la puerta, siguiéndole los caballeros de ambas naciones.

En tanto que bajaban, se acercó á Breydel el picardo, y le preguntó en tono que manifestaba alguna inquietud:—Hermano, ¿has aprendido tu á manejar el palo?

—Nunca,—contestó el carnicero.

—Una... dos... tres... cuatro...—re-

plicó el soldado hablando consigo mismo;—le perdonaremos el golpe de la sien.—Y le volvió la espalda en ademan de desprecio.

Quedó, pues, solo en la sala Guidon, y se acercó á la ventana, para mirar con la mayor ansiedad lo que pasaba en el patio. Guillermo de Juliers volvió la cabeza, y fijando la vista en Filipina, le dijo:—Me maldecis ¿no es verdad?

—Quisiera no haber entrado nunca en la casa de ese hombre honrado;—respondió ella, sin levantar la cabeza.

—Pues yo sabré castigarme,—replicó el jóven con voz casi ahogada; y cogiéndola de la mano, abrió la puerta y la hizo salir á la sala.

Volvio Guidon la cabeza, y al ver á Guillermo y Filipina, quedó como petrificado.

—Salvadla,—la dijo el conde, con los ojos fijos en el suelo;—salvadla, pues yo no soy digno de hacerlo.

Diciendo asi, colocó la mano de su compañera en la del caballero francés, y apretando un resorte abrió otra puerta secreta, añadiendo:—Esa galeria os conducirá fuera de palacio.

—¿Y vos qué hareis?—preguntó Filipina.

—Huid, huid, Filipína y compadecedme,—contestó él.

Luego que salieron de la sala, volvió á cerrar la puerta secreta, y bien fuese porque despreciaba el peligro que podia correr en aquel sitio, ó bien porque se olvidó de él, se acercó con lentitud á la ventana, para ver el combate de Breydel y su adversario.

Los caballeros que acompañaban á Jacobo de Chatillon habian formado un círculo en el patio del palacio, y el mismo gobernador de Flandes estaba de pié en le primera fila, teniendo á su derecha é izquierda á los dos campeones, que solo esperaban la señal.

El soldado estaba muy derecho, en la postura clásica de un maestro de esta especie de esgrima, y ténia su arma cogida por el medio. El carnicero, cuyo palo era mucho mas corto, le tenia cogido, poco mas ó menos, como un sable ó una hacha, y su ademan tranquilo é indiferente formaba un singular contraste con la postura estudiada de su enemigo, pues pa-

recia que se fiaba mas en su fuerza que en su destreza, y en su valor mas que en su habilidad.

—Ea, á ello, valientes,—dijo Chatillon.

El picardo saludó á la asamblea, y dió tres pasos á compás; mas Breydel saltando como un tigre, atravesó en un instante la distancia que los separaba. Empezó á descargar con la rapidez de un relámpago una multitud de golpes sobre su adversario, pero todos daban en el palo de este, que hacia el molinete con una imperturbable sangre fria. Los circunstantes le oyeron pronunciar distintamente. «una, dos, tres, cuatro», y el carnicero retrocedió, herido en un hombro y en la pierna.

Entonces resonaron por todas parter gritos de triunfo, y el vencedor creyó que debia dar las gracias con un nuevo saludo; despues de lo cual se acercó con lentitud á Breydel, manteniéndose siempre en actitud defensiva.

—Es un maldito modo de pelear,—dijo entre dientes Juan Breydel dando una patada en el suelo.—Es preciso

que le rompa el palo en la mano; si no me va á matar con él.

Murmurando asi, volvió á la lucha, y descargó tan terribles golpes, que hubieran ciertamente desarmado á cualquiera hombre menos robusto y diestro que su adversario; pero el picardo parecia invencible, y volvió á repetir: «una, dos, tres; cuatro,» y el flamenco retrocedió otra vez.

—Ahora, señores,—dijo el soldado marchando con lentitud,—vais á ver el golpe de la sien; y si se resiste á él, puede alabarse de que tiene la cabeza bien dura.

Sintió Breydel que le hervia la sangre en las venas al verse hecho objeto de tan grosera burla, y se dijo á si mismo:

—¡Ola! Parece que quiere divertirse con el oso pero todavia no está encadenado Y echándose detrás de las orejas sus largos cabellos, se encaminó de nuevo á la desigual pelea.

—Ya no da tan recio,—dijeron algunos espectadores.

El soldado volvió á empezar su acostumbrada maniobra, pero esta vez contó un golpe mas.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco;—y el flamenco puso una rodilla en el suelo.

¡Ya está perdido!—esclamaron por todas parte. Pero en vez de dar nuevos golpes, perdió el picardo el color y trató de retroceder. Breydel, que se habia bajado únicamente con el objeto de evitar el arma de su enemigo, le cojió por medio del cuerpo de tal modo, que no le dejaba hacer uso del palo. Arrancósele de la mano, le giró por cima de su cabeza, y todos los espectádores se estremecieron, persuadidos de que iba á dar á su contrario el golpe de muerte. El valiente carnicero prolongó un momentó su incertidumbre, sujetando con la mano izquierda al soldado por la garganta, de modo que no podia hacer el menor movimiento, y meneando el palo con la derecha; pero demasiado altivo para matar á un hombre que ya estaba indefenso, soltó á su enemigo y arrojó con toda su fuerza por el aire el palo que le habia quitado, diciendo:

—Bastante tiene por diez sueldos.

—El pícaro es valiente,—dijo el gobernador,—y no hay duda de que ha

vencido. Le hago, pues, el favor de perdonarle, bajo la condicion de que no vuelva á entrar en la ciudad.

—¡De veras!—respondió Juan Breydel arqueando las cejas. ¿Y á eso dais el nombre de favor? Yo seré mas generoso, señor de Chatillon, si algun dia llegamos á ser los mas fuertes,— y dirigiendo una orgullosa mirada á los que le rodeaban, se abrió paso hasta la puerta del palacio.

Hacia ya mucho tiempo que se habia retirado, cuando aun permanecia Guillermo de Juliers apoyado en el antepecho de la ventana, y entregado á sus remordimientos.

—¡Esa sangre ha corrido por causa mia,—esclamó fijando la vista en las señales que habia dejado Breydel en el suelo.—Y las lágrimas de Filipina, ¿no las he ocasionado yo tambien? ¡Ah, sacerdote sacrílego! El infierno ha empezado ya para tí .. Aqui está.—Y fijó su ardorosa mano sobre el corazon.

Separóse despues muy despacio del lugar en que estaba, abrió de nuevo la puerta que habia indicado á la con-

desa, entró en la misma galeria y dos horas despues se hallaba ya en la Esclusa.

# XXVI.

Tal fué la sorpresa de Guidon cuando se presentaron á su vista Filipina y Guillermo de Juliers, que no tuvo fuerza ni presencia de ánimo para hacerles pregunta alguna; pero luego que se vió solo con la condesa, en medio del oscuro pasillo que le designó su rival, se detuvo, y preguntó á su compañera, á dónde pensaba ir.

—¿Creeis que sea posible salir de la ciudad?—dijo Filipina.

—Las puertas están cerradas,—con-

testó él muy turbado.—Sin embargo, como hay algunos pedazos de muralla caidos, podré atrevesar el foso á nado, y vos en mi caballo, que es bastante fuerte para llevarnos despues áentrambos; pero será preciso esperar á que se haga de noche.

Avergonzóse Filipina pensando que habia de estar tanto tiempo bajo la proteccion del caballero y respondió en voz débil:—He oido decir que se halla ahora en Brujas un honrado señor zelandés, muy amigo de toda mi familia: si os parece nos retiraremos á su casa, pues creo que sabré conduciros á ella, aun que he tenido bastante tiempo para olvidar el camino. Venid, que ahora quiero yo serviros de guia.

Al momento se puso delante de él, y empezó á caminar con tal rapidéz como si no quisiera dejar á Guidon tiempo bastante para pensar en que estaban solos. Llegó al fin á la puerta que daba salida á la ciudad, pero estaba cerrada, y fué preciso que el hacha de Guidon rompiese los cerrojos, que entraban en la misma pared. Esta puerta sale á una calle muy poco pasagera,—dijo Filipina;

—sin embargo, es preciso cuidar de que no nos vean... Pero me parece que no hay nadie... salgamos de aqui cuanto antes.

Salieron con efecto inmediatamente y sin ninguna desgracia: mas apenas habian andado cinco minutos, cuando oyeron que detras de ellos venia uno á caballo. Parecia hombre de bastante edad, y su rostro indicaba tanta bondad y franqueza, que prevenia indudablemente en su favor; sin embargo, la atencion con que miraba á los dos fugitivos incomodó de tal suerte á Guidon que iba ya á preguntarle, por qué les observaba tanto, cuando el desconocido se adelantó y le dijo:—Caballero, no es costumbre en esta ciudad ir con las armas en la mano, cuando se acompaña á una señora.

—¿Y qué os importa?— respondió Guidon con altivez.

El de á caballo no manifestó cólera alguna, no por efecto de miedo, pues en sus facciones se notaba la intrepidéz del leon, sino porque habia pasado ya de la edad de los arrebatos. Solo quisiera saber—replicó en tono muy tranquilo,—

si esa hacha que llevais en la mano tiene por objeto ofender ó atemorizar á esa señorita.

—¿Y la defenderiais en caso que lo necesitase?—preguntó Guidon; en tono que no espresaba ya resentimiento.

—Si por cierto; lo haria porque creo que deberia hacerlo,—respondió el desconocido con gravedad.

Hasta entonces no había podido ver las facciones de Filipina, pero en aquel instante volvió ella la cabeza, y quedó el caballero inmovil de admiracion. Echó pié á tierra se acercó á ella y le preguntó con interes.

—¿Estais libre, señora?—Manifestóle Filipina que si por medio de una inclinacion de cabezá, y el caballero continuó.—Permitidme que os acompañe; os conozco y podeis fiaros de mi, pues soy Juan de Renesse, el emigrado de Zelandia.

—A vuestra casa ibamos, caballero, —dijo Filipina.

Conmovio tanto al zelandes aquella prueba de confianza que brillaron en sus ojos alguas lagrimas de alegria y alargando la mano á Guidon, le dijo:—Se-

reis bien venido á mi casa, caballero; y en cuanto á vos, señora, jamás olvidaré el honor que me haceis. Pero no permitiré que vayais á pié por mas tiempo; mi caballo es muy dócil y manso.

Llamó entonces al hermoso corcel, que obediente á su voz vino á colocarse junto á la condesa, y dobló los brazos, para que ella pudiera sentarse sin trabajo sobre su lomo; al instante que montó en él se levantó, enderezó las orejas y sacudió su larga crin como si se ensoberveciese de llevar tan noble carga. Sonrióse Filipina; y por un momento la viveza propia de su edad, reemplazó á la gravedad precóz con que la habian familiarizado las desgracias.

—Hasta luego, caballeros,—dijo soltando la rienda al caballo;—ya estoy un poco cansada de tanta vigilancia; —y desapareció en un momento.

Guidon y el señor de Renesse continuaron á pié su camino, y aunque de edad muy diferente, no tardaron en ponerse de acuerdo, porque habia una grande analogía en su situacion.

El zelandés se hallaba espatriado por no haberse querido someter al despotismo del conde, su señor, y una causa muy parecida habia precisado á Guidon á que abandonase su pais. Uno y otro echaban de menos su patria, y el acento melancólico, que al instante perciben los que sufren, daba á su lenguage un sentido mas estenso que el que presentaban las palabras.

Poco tardaron en llegar á la casa de Renesse, única cosa que habia podido conservar de todos los bienes de su familia. Encima de la puerta ancha y baja que daba paso al interior, habia un escudo de piedra, en que estaban cuartelados varios leones. Míróle Guidon, y Juan de Renesse le dijo;

—Esas son las armerias de los feudos que he perdido. En otro tiempo peleé contra Flandes en favor de Holanda, y el conde Gui respetó mi casa; pero el señor á quien defendí á costa de mi sangre, me ha despojado de todo por enriquecer á uno de sus bastardos. Sin embargo, señor de Malegreve, bien sabe Dios que nunca hu-

biera sacado la espada para vengarme, si no hubiese tenido hijos.

Calló al decir esto, y volvió el rostro para ocultar su emocion y acaso sus remordimientos, pues aunque injustamente oprimido, conocia que habia hecho mal en introducir el fuego y la desolacion en su propio pais.

En lo interior de la casa se percibia un aspecto de grandeza y magnificencia muy superior á la actual fortuna de su poseedor, y el corto número de sirvientes que en ella se veian formaba un singular contraste con la riqueza de las habitaciones; pero Juan de Renesse no se juzgaba humillado por eso.

—Hubo un tiempo—dijo á su huésped,—en que tuve en mi castillo de Moermón trecientos y sesenta hombres de armas á mi servicio; y he ocupado á Floeresden con cerca de dos mil vasallos armados; y ahora una docena de mis antiguos criados componen toda mi servidumbre. Pero á la verdad, es una vicisitud bien pequeña, en comparacion de las desgracias del conde de Flandes.

Hablando asi, entraron en una sala, en que se hallaban Filipina y la señora de Renesse. Esta, que habia sufrido con una constancia admirable las desgracias de su esposo, tuvo las mayores atenciones con el caballero Guidon, y manifestó un afecto verdaderamente maternal á la condesa. Comunicábase á los huéspedes algo del incontrastable valor de aquella familia desterrada, y cuando Juan de Renesse contó á Malegreve, que aunque no era mas que un simple caballero, habia hecho temblar á un mismo tiempo al conde de Holanda y al obispo de Utrech, empezó á pensar que los proyectos de Pedro Koning no eran impracticables.

Pasóse el tiempo en conversacion hasta la hora de comer, y entonces se reunieron á la mesa todos los habitantes de la casa, sin mas diferencia que la de haber un corto intérvalo entre los amos y los criados de dícha casa, y que estos últimos no tenian el servicio de plata. Al fin de la comida, trajeron dos grandes cuernos, con adornos de plata sobredorada, y mostrán-

dolos Juan de Renesse á Guidon:

—Estos son,—le dijo, las copas de que usaban mis antepasados para ofrecer á sus amigos el vino de la hospitalidad. Son cuernos de toros salvages que mataban en otro tiempo en el bosque de Hertz los condes de Seyn, de que yo desciendo. El uno es un poco menor que el otro, que verdaderamente es un cuerno monstruoso; y con respecto á él se cuenta una tradicion ya muy antigua. Entre los cazadores que perseguian al toro, se hallaba un estranjero, que quiso disputar á mi abuelo la honra de haberle muerto. Batiéronse, y habiendo esperimentado recíprocamente su valor, se hicieron muy amigos: cada cual dió al otro uno de los cuernos del animal que habian vencido, grabando en el metal con que los adornaron, las respectivas armerias; pero el tiempo las ha borrado ya un poco.

Dirigió Guidon la vista al escudo del tal cuerno, y se puso colorado. Sacó despues un anillo de hierro groseramente grabado, y se lo presentó al caballero zelandés, que vió que eran las

mismas armas; dos torres y dos águilas, teniendo únicamente mas el mote «Malegreve.»

—¡Me alegro infinito!—esclamó Juan de Renesse.—Renovaremos la amistad de nuestros padres.

Y volviéndose á su escudero, añadió:

—Llévate mi copa, que con una sola tenemos bastante.

Llenó entonces el mayor de los cuernos, con una cantidad de vino que asustaria hoy al mas intrépido bebedor, pero que no era escesivo para las fuerzas de los guerreros de aquella época, y de aquel pais. Por conformarse con las leyes de la cortesia le acercó Guidon á sus lábios, y bebió todo cuanto pudo, y tomándole en seguida el caballero zelandés le desocupó enteramente.

—Señora,—dijo á su esposa despues de haber entregado el cuerno al escudero para que le llenase de nuevo;—en otro tiempo admiraba vuestra voz en la corte de nuestro conde, y me parece que con el tiempo no ha perdido nada. ¿No querreis divertir á nuestros huéspedes, cantándoles alguna cosita de nuestro pais?

—Dispensadme, señor,—respondió con voz firme y muy suave,— no penseis en eso por ahora.

Juan de Renesse volvió la cabeza, y vió un muchachito perfectamente vestido y sumamente hermoso, que fijaba en el la vista con mucha atencion. ¿Qué quiéres, hijo mio?—le preguntó con dulzura.

—¿No sois vos el emigrado zelandés? —dijo el niño.—El antiguo señor de Moermont y de Haemstede? ¿El que hizo la guerra al conde y al obispo?

—Si,—respondió el caballero,—yo soy.

—Pues bien, Juan Renesse, tengo una cosa que decirte.

—Hijo mio,—repitío Renesse,—ven á sentarte junto á mi, y la señora de Renesse te dará frutas y bollos, porque eres muy hermoso, y tienes á fé mia, el acento zelandés. Ven... luego te escucharé cuanto quieras.

El niño con ademan desdeñoso contestó:

—No puedo aceptar nada de ti, porqúe soy hijo de tu enemigo.

¡Es el hijo del bastardo!—esclamó

Juan de Renesse, arrugando el entrecejo.

Incomodóse el niño, y acercándose á él como si quisiera pegarle, le dijo: Mal caballero, bien sabes que el conde habia dado á mi abuela su palabra, y se hubiera casado con ella, si hubiese vivido.

—Haces bien en sostener el honor de tu padre, niño-replicó el caballero, tratando de alejar de sí algunos tristes recuerdos; —pero ¿que es lo que me quieres?

—Quiero salvarte,—contestó con viveza el niño.—He venido aqui con el senescal de mi padre, á quien he oido hablar con el señor de Chatillon, y sé que quieren matarte.

—¿A mí?

—A tí y á otros muchos,—dijo el niño; pero son cobardes y traidores, que no se atreverian á mirarte á la cara, y quieren degollarte de noche. Pero no tengas cuidado, que yo se lo dire á mi padre, y el senescal morirá en una prision.

—Segun eso, ¿crees que tu padre sentiria el asesinato de su enemigo;

—esclamó Juan de Renesse en tono grave.

—Mi padre tiene una buena lanza y un escelente caballo,—repuso el niño,—y no te teme, aunque sabe que eres valiente guerrero, y tanto que todos nuestros vasallos están siempre hablando de tí, cuando se reunen alrededor del fuego en el invierno. Pero yo sentiria mucho que tu murieses, porque quiero pelear contigo cuando sea grande, para tener la honra de vencerte.

—Amigos mios,—dijo entonces el noble desterrado volviéndose hácia sus sirvientes;—cualquiera que sea el resultado de mi querella, es indudable que mis vasallos tendrán un señor valeroso, ó en mi hijo ó en este niño. Bien sabe Dios que esa idea me hace menos sensible la usurpacion del.... del hijo del conde.

—A Dios, Juan de Renesse,—dijo el niño.—Me volverás á ver cuando pueda manejar las armas.

Diciendo asi, salió de la sala, dejando absortos y consternados á todos cuantos le habian oido. Solo el caba-

llero zelandés conservaba su tranquilidad.

—Querido huesped,—dijo á Guidon; —vuestros compatriotas son naturalmente tan poco pérfidos que cuando traman una maquinacion siempre se sabe á tiempo. Desde esta mañana he sabido yo que Jacobo de Chatillon piensa degollar á los principales habitantes de la ciudad, y he visto con placer que muchos caballeros se estaban preparando para ausentarse, á fin de no presenciar tan vergonzosa carniceria. Hay uno que ha tenido la bondad de advertirlo á la señora en cuya casa estaba alojado... y ya veis que tenemos tiempo para prepararnos hasta mañana la noche, en que nos han de matar.

—¿Y qué pensais hacer?—preguntó Guidon con inquietud.

—Rogaros,—respondió Juan de Renesse—que permanezcais quieto en esta casa desde la puesta del sol hasta que yo vuelva. Ningun peligro correreis en ella; pero como podrá suceder que haya algun ruido en la ciudad, vuestra compañia tranquilizará á estas dos señoras. Por ahora no pen-

seis mas en eso, y pasemos alegremente el resto del dia.

Llenaron y vaciaron varias veces el enorme cuerno; pero el generoso licor que contenia no inspiró alegria al triste Guidon, que estuvo muy pensativo hasta la tarde. Al ponerse el sol, salió solo Juan de Renesse, á pié y sin armadura; y habiendo atrancado sus criados cuidadosamente las puertas, fué Guidon á buscar á las señoras, que se habian retirado á su aposento. Al llegar, observó en sus rostros una agitacion estraordinaria; mas á pesar de eso, no le hablaron sino de cosas muy indiferentes, hasta que al fin esclamó Filipina.

—Señor de Malegreve, ¿no podriais pronunciar bien estas tres palabras en flamenco: «Schild end vriénd?»

El tono con que se lo preguntaba, no permitia dudar de que daba gran importancia á una cosa al parecer tan pueril. Sorprendióse, pues, el caballero y aun se afligió estraordinariamente, porque le parecia que ninguna frivolidad debia ocupar la imaginacion de la hija de Gui de Flandes. Sin embargo

por darle gusto trató de repetir las palabras que ella le decia; mas era una empresa superior a sus fuerzas, pues no podia imitar el acento y pronunciacion septentrional. A pesar de todo, en vez de contentarse las señoras con los primeros ensayos, le obligaron á repetirlos, haciéndole que articulase con el mayor cuidado todas las sílabas sucesivamente, y no cansándose nunca de corregirle. Al fin consiguieron que pronunciase bastante bien las tres palabras, y entonces demostraron en sus rostros la mas viva alegria, como si aquellas palabras hubiesen tenido algun mágico poder.

—Pero ¿qué significan esas palabras bárbaras?—preguntó Guidon con una impaciente curiosidad.

—«Escudo y amigo,»—respondió la señora de Renesse;—pero, querido mio os habeis comprometido bajo palabra de honor á no separaros de nosotras: con que acompañadnos á la torre de esta casa; veremos si sucede algo en la ciudad.

Empezaron entonces á suscitarse algunas vagas sospechas en la imagina-

cion de Malegreve. La franqueza y honradez de Juan de Renesse, no le permitia suponer que tuviese otro objeto que el de atacar á la guarnicion francesa á viva fuerza. La idea de que ecsistiese un plan semejante, cuya ejecucion hubiera puesto en libertad á Filipina, pero derramando mucha sangre francesa, le hacia estremecer. Siguió pues á las dos señoras á la torrecilla, sin proferir ni una palabra, y sentándose con ellas en uno de los bancos que habia en la plataforma, dirigió en derredor de si algunas inquietas miradas.

Por el momento nada justificó sus esperanzas ni sus temores. La noche estaba oscura, pero tranquila, los edificios de la ciudad se presentaban como sombras ligeras, sobre el fondo casi negro del cielo, y aunque brillaban acá y allá algunos puntos luminosos por las campiñas inmediatas, eran en muy corto número. Solo en las murallas de Brujas habia de trecho en trecho; y principalmente en las puertas, hogueras encendidas, alrededor de las cuales se calentaban los soldados.

Las dos señoras y Guidon dirigieron en vano sus miradas al rededor de si por mucho tiempo: mas al fin el último, que estaba acostumbrado a descubrir en el horizonte el paso de algunas embarcaciones muy distantes, observó como una masa negra que se movia á lo largo del canal de la Esclusa. Estremecióse, arrojóse al suelo, y escuchó con la mayor atencion.

Parecióle entonces que de cuando en cuando resonaba en medio del silencio de la noche, un ruido semejante al que hace un ejército que marcha, pero aquel ruido venia del lado opuesto, y las casas, murallas, y aun algunos árboles elevados, impedian que la vista pudiera alcanzar á mucha distancia por aquella parte.

La casa de Juan de Renesse estaba situada en la mas baja de la ciudad, y á corta distancia de tres puertas casi juntas, á que solian llamar las puertas de agua hácia las cuales observó Guidon que dirigian continuamente sus miradas las dos señoras.

—Vos me ocultais algun misterio, señora, —dijo á Filipina. —¿Suponeis

que sentiria yo veros en libertad?

—Si el secreto hubiese sido mio,—contestó la condesa,—nunca os le hubiera ocultado; pero observad que acaban de encender una hoguera en la torre principal de la Esclusa.

En el instante en que acababa de pronunciar estas palabras, se oyó por tres veces al otro estremo de la ciudad un grito parecido al rugido de un leon. Era el grito nacional «Flanderen den Leeuvv;» al Leon de Flandes; é inmediatamente respondió otra terrible en la puerta mas inmediata: «All dat walsch is, falsch is. ¡Slae dood!» (1)

Arrodilláronse entonces las dos señoras, y se pusieron á rezar, en tanto que el caballero, en un estado de ansiedad imposible de describir temblando á un mismo tiempo por ellas, y por sus compatriotas, alargaba la cabeza por entre las almenas de la torre, para ver lo que pasaba. Acababa de trabarse un sangriento combate en las

(1) Todo francés es traidor; mata, mata.

puertas de agua: una multitud de flamencos que se habian reunido en lo interior de la ciudad, atacaban á las guardias de aquellos puestos, mientras otros escalaban las murallas.

La milicia de Picardia, á quien habian confiado la puerta del medio, se defendia obstinadamente; pero los aventureros que guardaban las otras huyeron desde los primeros golpes. Abrieronse, pues, aquellas dos puertas, y la columna negra que Guidon habia divisado, y se componia de la ciudad, entró en esta, como un torrente que acababa de romper sus diques.

Un instante despues empezaron á tocar a rebato las campanas de algunas iglesias, y varios destacamentos de caballeria francesa se formaron apresuradamente, recorrieron las calles principales, y aumentándose cada vez mas fueron por fin á reunirse todos en la plaza del mercado. Allí formaron tres escuadrones bastante numerosos, y Guidon no pudo menos de esclamar:—¡Pobre Koning!

—¿Tan terribles os parecen esos gi-

netes?—preguntó la señora de Renesse.

—Mucho, —contestó él. —Nada les podrá resistir en un terreno llano como el de la ciudad, y en medio de la oscuridad, que no permitirá á los emigrados que puedan formarse con órden.

—Pero hay buenos flecheros en la ciudad,—replicó la señora.—Observad; ya empiezan á caer algunos caballos.

Con efecto, algunos flecheros y ballesteros flamencos, que se habian fortificado en una iglesia que estaba en el mercado, empezaron á lanzar desde ella una nube de flechas y bodoques, que obligaron á la caballería á que abandonase el puesto. Metióse, pues, por una calle estrecha y tortuosa, que desde entonces ha conservado el nombre de Juan Breydel, en memoria de que en el momento de entrar en ella los franceses por un estremo, el valiente carnicero llegaba por el otro al frente de un puñado de hombres resueltos, que habian saltado por encima de las murallas de la ciudad. Encontró á la caballería com-

primida entre las casas, y sin atreverse á caminar mas que al paso, porque el suelo estaba todavia lleno de las ruinas de una pared de la ciudadela, á que llamaban ciudad vieja. Toda la ventaja estaba, pues, de parte de los de infanteria, y la aprovecharon tan bien, que á la mañana siguiente se encontraron en aquella calle sola los cadáveres de diez y ocho caballeros ó barones entre los de una multitud de hombres de armas, escuderos y criados.

La derrota de la caballeria francesa decidió casi inmediatamente de la suerte de la ciudad; pues el resto de la guarnicion, bien fuese por no tener conocimiento de los sitios, bien por estar atemorizada, nunca llegó á reunirse, sucediendo lo contrario á las masas flamencas, que cada vez se hacian mas poderosas. Guidon conoció á los soldados alemanes de Guillermo de Juliers cuando se apoderaban de la plaza mayor; vió que á su presencia se dispersaban muchos soldados fugitivos, oyó los lamentos de los heridos, y sintió renacer en su corazon el recuer-

do de Francia. Aunque la libertad de su amada dependia de la victoria de los sublevados, cada nueva ventaja que conseguian estos le arrancaba un suspiro, hasta que al fin se retiró de las almenas, y acercándose à las dos señoras que no habian querido presenciar el combate por tanto tiempo, les dijo:

—La suerte está ya decidida; pero ahora no pelea ya el pueblo por la victoria, sino por la venganza.

—Mi esposo, señor de Malegreve, no permitirá que se cometan inútiles crueldades, —dijo la señora de Renesse.

—No es posible que las impida, señora,—respondió Guidon. —En cada barrio, en cada calle, tal vez en cada casa, se levanta en este momento el cuchillo contra franceses... ¡Qué no pudiera yo defenderlos!

—No os separeis de nosotras!—esclamó Filipina en tono de súplica. Acordaos de que habeis prometido á mi padre que cuidareis de mi.

—¡Ay señora! No sois vos quien está ahora en peligro,—respondió;—pe-

ro conozco vuestra generosa compasion... Estaré aqui hasta que vuelva Juan de Renesse.

—Mis hermanos Juan y Guí de Namur, que acaban de salir de la tutela de su madre, están con él,—replicó Filipina,—y quiero, cuando vengan, presentarles yo misma el caballero que me ha libertado de.. ¡Ojalá, señor de Malegreve, pudieran emprender su primera campaña bajo la direccion de dos guerreros como vos y nuestro huesped! ¡Cuánto se alegrarian mi padre y Roberto de Flandes!

Mientras Filipina hablaba de este modo, pensó Guidon un momento con el mayor dolor, en la felicidad de que hubiera podido disfrutar, si el opresor de aquella noble familia hubiera sido cualquiera otro principe, y no el Rey de Francia. ¡Con qué gusto hubiera conducido á la primera batalla á los hermanos de la condesa! ¡Con cuánto ardor hubiera pronunciado él mismo el grito de guerra de los flamencos! Pero aunque se estremecia al considerar la injusticia del Rey, aunque deseaba

el triunfo de la buena causa, por una deplorable fatalidad no podia tomar parte en ella sin ser criminal. Saltáronsele de los ojos algunas lágrimas de rabia, y levantándolos hácia el cielo, parecia que espresaban una reconvencion.

Al paso que los flamencos se iban apoderando de las principales plazas de la ciudad, los soldados franceses, rechazados de puesto en puesto, se retiraban á las calles mas escusadas. Percibíanse perfectamente desde la torre los gritos de «ausilio! socorro!» pronunciados con voz desmayada; y aquellos lúgubres acentos helaban el corazon de las dos señoras, y sobre todo el del desgraciado caballero, que mordia el cabo de bronce de su hacha, en que tenia apoyados sus pálidos lábios; hasta que al fin dismimuyó algo el peso que oprimia su corazon, el ruído que hizo la puerta de la casa al girar sobre sus pesados goznes.

—¡Ellos son! —esclamó Filipina.— Oigo la vóz de mis hermanos,—ycorrió hácia la escalera, en tanto que Guidon permanecia inmóvil, habiendo to-

mado una resolucion irrevocable, pues no escuchaba mas que los gemidos de sus compatriotas que se hallaban en peligro.

Juan de Renesse, que habia tomado una antorcha en la mano para alumbrar á sus compañeros, fué el primero que llegó á la plataforma. Estaba muy tranquilo y en la espada, que aun traia en la mano derecha, no se advertia ninguna gota de sangre. Detrás de él entraron dos jóvenes cubiertos con armaduras negras, y con los rostros graciosos encendidos por el ejercicio y el calor del combate.

—¡Hermana mia?—esclamaron ambos á un mismo tiempo, arrojándose á los brazos de la condesa.

Despues que un largo abrazo satisfizo algun tanto el amor fraternal, dijo el mayor de ellos conmovido:

—Filipina, tu ejemplo nos ha decidido. Nos hemos avergonzado de permanecer ociosos, mientras tú arrostrabas todos los peligros por defender á nuestro padre. Si contribuimos algo á su libertad y á la de Flandes, será, sin duda alguna, obra tuya.

—No por cierto,—hermanos, —respondió ella sonriéndose, en tanto que brillaba en sus hermosos ojos una lágrima de alegria. —Estoy segura de que al primer rumor de los esfuerzos de los ciudadanos de Brujas, habriais recordado qué sangre corre por vuestras venas. Pero ¿qué hace nuestra madre? ¿Os ha dejado marchar sin lamentarse?

—Nos hemos escapado de su lado, —respondió uno de ellos.—La desgracia le ha inspirado suma timidéz, y no le queda mas que sus hijos; pero mañana sabrá nuestra victoria y esa noticia enjugará sus lágrimas.

En tanto que uno de los dos hermanos hablaba de este modo con Filipina, se acercó Guidon á Juan de Renesse, y le dijo:

—Señor huesped; os habia dado mi palabra y la he cumplido. Ahora que ya soy aqui inútil, otro deber.... un deber todavia mas sagrado, reclama mi brazo y mi sangre. Acordaos de mi alguna vez, cuando vacieis esa copa en que hemos bebido juntos.

Y volviendo la cabeza para ocul-

tar su turbacion, se dirigió hácia la escalera.

—¿A dónde vais?—esclamó Filipina asustada.

—A morir con mis compatriotas,—respondió gravemente; —pero moriré satisfecho, pues sé que no está perdida vuestra causa.

—¿Pues no me has dicho que el Rey te lo habia quitado todo?—replicó Juan de Renesse —¿No le has abandonado tu feudo, y renunciado á su obediencia? ¿por qué has de ir ahora á defender á sus soldados?

—Porque son franceses,—respondió Guidon con noble arrogancia.

Los dos hermanos de Filipina se acercaron a él entonces sonriéndose, y el mayor de ellos, cuyas facciones recordaron al francés las de Roberto de Flandes, le dijo:

—Señor de Malegreve, permitidnos que os hagamos prisionero. El señor de Renesse nos ha manifestado cuánto nos debe nuestra familia, y podeis creer que trataremos como á hermano á un prisionero como vos.

La emocion no permitió al pronto

al caballero que respondiese, pues comprendió la estension que aquel jóven daba á las palabras «como á hermano»; mas oyendo en aquel mismo instante los gritos que daban algunos fugitivos, les preguntó con voz alterada.

—Señores, que hariais vos si fuesen flamencos los perseguidos?.. Vuestro silencio me dice lo bastante. Adios.

Animado por la idea de la muerte que iba á buscar, se atrevió en aquel momento, de última separacion, á coger una mano de Filipina y llevarla á sus lábios, y despues, reuniendo todas las fuerzas de su alma, se separó de aquel sitio y bajó precipitadamente la escalera.

## XXVII

A pocos pasos que anduvo por las calles de la ciudad encontró un pelotón de fugitivos que no sabiendo á donde dirigirse buscaban los pasos mas oscuros y los sitios mas solitarios.

—A mí! A mí!—esclamó con voz fuerte; pero ninguna otra le respondió, pues tan atemorizados estaban que les parecia oir en todas partes el grito fatal «Flanderen den Leum.»

—¡Miserables!—esclamó el caballero.—¡Y estos cobardes mercenarios están deshonrando con su ferocidad el nombre de Francia!

Volvióse atrás, abandonándolos con desprecio, y se dirigió hácia otra parte donde le pareció que oia ruido de armas y gritos de guerra. Con efecto, no tardó en descubrir, en medio de una calle larga y recta, los restos de la milicia picarda que se retiraban en buen órden ante una columna enemiga, á quien sus picas mantenian en respeto. Pero aunque hasta entonces no se habian desordenado, iban sin embargo aquellos valientes tristes y abatidos. Conocian demasiado la inutilidad de sus esfuerzos, y á cada instante esperaban verse atacados con piedras, desde lo alto de las casas, ó atravesados con flechas de enemigos á quienes no pudieran llegar sus picas.

—¿A dónde vais asi, camaradas?—esclamó el caballero.—Siguiendo esa direccion os internais en la ciudad, en vez de buscar las puertas.

—Posible es, señor,—respondió uno de ellos,—mas para nosotros es ya cosa muy indiferente. Bien veis que no nos queda otro recurso que morir aqui habiéndonos abandonado los señores y caballeros que echaron á correr. Pe-

ro volved la cabeza y mirad que el enemigo está tambien á vuestra espalda.

Dirigió Guidon atrás una mirada, y quedó consternado al ver el aspecto que presentaba la embocadura de la calle. Los herreros acababan de colocarse en ella, y andaban distribuyendo martillos grandes de hierro enrojecido que sacaban de una fragua inmediata. Aunque estaban á mas de doscientos pasos de los franceses, uno de ellos giró en el aire aquella terrible arma y la lanzó con tanta fuerza, que vino á caer en medio de las filas. Los soldados á quienes hirió despidieron terribles gritos, á que contestaron los flamencos con su lúgubre «Sloedoot,» y movieron por el aire otras mazas de hierro, que agarraban con fuertes guantes hechos á propósito.

—¡Estamos perdidos! —esclamaban los picardos, y el mismo Guidon casi desesperó de poderlos salvar; pero en aquel momento se acordó de las palabras que le habian enseñado Filipina y la señora de Renesse, y levantando la voz, esclamó:

—«Schild end vriend.

Al oir aquellas palabras bajaron los herreros sus martillos, y por tres veces repitieron:

—Al leon de Flandes, y se dirigieron á otras calles buscando nuevos enemigos.

—Si esas palabras les hacen huir, señor caballero,—dijo uno de los soldados,—mucho favor pudiérais hacer á nuestros compañeros, que se hallan terriblemente acosados en el otro estremo de la calle.

—Pues los libertaré si puedo,—contestó Guidon. Y abriéndose paso por entre las filas de la milicia, trató de llegar al parage en que todavia estaban peleando. Alli dió y recibió algunos golpes de un adversario que, como él, estaba armado con una hacha, y despues de haber peleado algunos instantes, reconoció á la luz de una antorcha, que estaba luchando contra Juan Breydel. Detuviéronse ambos á un mismo tiempo, y el carnicero le preguntó en tono admirado:

—¿No eres de los nuestros, francés?

—Breydel,-respondió Guidon,—ahora no sois los mas débiles.

—No, no. Pero ¿no son esos soldados los que robaron á mi madre, á mi hermana y á tu amada? ¿Cómo pues, puedes defenderlos? Ven con nosotros y ¡pobre Chatillon! Ahora le sacaré yo á él al patio, para que se diviertan los mios.

Aunque los recuerdos que suscitaba el flamenco conmovieron á Guidon, no pudo decidirse á desamparar á sus compatriotas.—Amigo mio,—dijo al carnicero:—vé á buscar otros contrarios, pues no quisiera herirte con mi hacha, ni perecer á los golpes de la tuya.

Breydel volvió la cabeza hácia la multitud que detrás de él pronunciaba en alta voz el grito de muerte «slae doodt, slae doodt,» y elevando su voz sobre todas las demás le preguntó si querian cederles aquellos picardos.

—Aun no estamos en tu poder, perro —esclamó uno de los franceses que entendia bien el flamenco.

El carnicero, sin responderle, volvió á repetir su pregunta, y la multitud le concedió, aunque con digusto, lo que

pedia. Entonces mandó retroceder á los suyos y acercándose solo á los soldados les dijo con arrogancia:—Este caballero ha sido huesped mio, y pues que veo que no querria retirarse sin vosotros, os salvaré con él. Seguidme, que voy á llevaros fuera de la ciudad.

El valor que habia manifestado, y la sangre que le cubria, no permitieron que se dudase de su buena fé. Por otra parte, no quedaba ya esperanza alguna á los picardos, y aceptaron con gusto el único camino de salvacion que se les ofrecia. Todos los que quedaban de aquel cuerpo que llegarian á trescientos ó cuatrocientos hombres, tomaron la direccion que les indicó el carnicero y llegaron sin obstáculo alguno á las puertas de la ciudad, yendo Guidon en la retaguardia.

—Amigo,—dijo Breydel al pasar por delante de él;—acabas de manisfestar que «nobleza y villania» son palabras insignificantes. Si alguna vez puedo ser útil á cualquiera de tus compatriotas, me acordaré de ti.

Diéronse las manos, uno y otro olvidaron la distancia que establecian entre

ambos las opiniones de los hombres, y la diferencia de patria: El flamenco entró en la ciudad, cerraron la puerta, y la milicia, admirada de no haber muerto en medio de aquella poblacion enemiga, tomó apresuradamente el camino de Francia. Por mucho tiempo creyeron oir los gritos de los vencedores y de los vencidos, bien fuese una ilusion suya ó bien porque en realidad el viento llevase á ellos en medio del silencio de la noche, aquellos lúgubres sonidos. De cuando en cuando solian tambien pasar á galope por el lado de los fugitivos algunos caballeros que habian atravesado nadando los fosos: y á su vista apresuraba el paso la columna para libertarse de un nuevo ataque, de modo que llegaron por la mañana á Courtray, que entonces era la ciudad mas septentrional de la Flandes francesa.

Durante todo el dia fueron llegando allá los restos de la guarnicion de Brujas, y algunos nobles del partido francés, que no se atrevian á esperar en sus castillos los efectos del resentimiento del pueblo. El mayor nú-

mero habia huido con precipitacion, y solamente algunos traian parte de sus hombres de armas. Jacobo de Chatillon, á quien salvó la vida un compasivo habitante de Brujas, pasó tambien por Courtray, pero no se detuvo en la ciudad. No hubo en esta órden ni mando hasta el segundo dia, en que habiendo tenido noticia de que Pedro de Koning habia salido á campaña, trataron los que se hallaban en ella de tomar algunas medidas defensivas. Once caballeros, la mayor parte flamencos aunque del partido francés, se reunieron en el castillo para deliberar acerca de lo que se habia de hacer, y Guidon concurrió con ellos, no porque hubiese tratado de reclamar los derechos de su rango, sino porque en su porte esterior se notaba un no sé qué, que anunciaba ser hombre de valor y talento.

La deliberacion no fué larga. Los habitantes de Courtray pasaban realmente por adictos al conde, y uno de los caballeros propuso que se saquease y quemase la ciudad, despues de llevar todos los víveres á la ciu-

dadela, donde se encerrarian ellos con las tropas; otros diez aprobaron su propuesta, y solo calló el último, que era Guidon.

—Parece que el señor de Malegreve no aprueba nuestro plan,—dijo uno de ellos al verle salir,—pero como aqui no tiene tropa alguna bajo sus órdenes, es de muy poca importancia su opinion.

—Cómo!—esclamó uno de los flamencos.=¿No manda la milicia de Picardia?

—No por cierto,—respondió el primero.—Se ha salvado de la ciudad con ella, y no hay mas.

Pero cuando salieron de la sala en que se habian reunido, se echaron sobre ellos los soldados picardos que ya se habian apoderado del castillo, y los pusieron presos á todos, sin distincion de clase ni pais; Guidon lo habia mandado, y ni un solo soldado pensó en si tenia ó no derecho para hacerlo. Ordenó que condugesen á los presos á lugar seguro; tomó el mando de la ciudadela, y dispuso que saliesen de la ciudad los restos de las

bandas indisciplinadas, que eran mucho mas temibles para los habitantes que para los enemigos.

—Mirad, señor, que os perdeis de ese modo,—le dijo uno de los subalternos que le obedecian subyugados por el ascendiente de su valor,—porque os acusarán de traicion.

—Pero salvaré la ciudad,—respondió él friamente,—y evitaré á mi patria un negro borron.

Los dias siguientes se supo que Damme y Winendale se habian rendido á los de Brujas, y que las tropas de Guillermo de Juliers, que habian tomado por asalto el último puesto, habian pasado á cuchillo á la guarnicion. Acercóse tambien á Courtray un cuerpo de infantería, y empezó á disponer los preparativos para un asalto. Entonces el caballero ordenó que saliesen de la plaza los gefes franceses y flamencos á quienes habia puesto presos, y los escoltó él mismo á la cabeza de algunos soldados hasta que estuvieron fuera del alcance de las picas y flechas de los flamencos, diciéndoles con desprecio que pues no

habian tenido botin alguno, no seria justo que quedasen espuestos á los peligros de un sitio.

El número de los sitiadores se aumentaba de dia en dia. Separaron sus cuarteles, y todas las mañanas descubria Guidon desde las torres de la ciudad á Juan y Gui de Namur, al señor de Renesse, á Breidel y Koning. Cada gefe tenia su bandera particular, y solo Koning llevaba la de la ciudad de Brujas. El sitio, sin embargo, no presentaba todavia mas que la apariencia de un bloqueo, pues apenas se tiraban algunas flechas los ballesteros de ambas naciones; pero los flamencos iban preparando máquinas inmensas, cuya estructura admiraba á los soldados franceses.

Al cabo de algun tiempo se reunió el ejército Guillermo de Juliers con un puñado de gente, solicitó una conferencia con Guidon, y entró atrevidamente en lo interior de la ciudad. Trabajo costó al caballero reconocerle; su rostro habia perdido su natural frescura, sus facciones ennegrecidas parecian mas duras, y únicamente sus

miradas eran las mismas, brillando en ellas todo el fuego de las pasiones que le devoraban.

—Malegreve,—dijo al francés;—las personas que me confiasteis estan en Brujas. No ignoro á quién deseais que defiendan, y podeis estar seguro de que no la abandonarán un momento.

—Os doi las gracias, señor conde, —respondió Guidon.—Ya sabia yo que no las emplearíais contra mi pais.

—Pero vamos á atacar la plaza que defendeis,—replicó Guidon;—¿por qué no entregais el mando á algun otro noble? Nuestras máquinas están preparadas, y la lluvia de piedras y dardos que arrojarán en breve sobre la ciudad, os amenazará con una muerte indigna de vos.

—Conde de Juliers,—dijo Guidon en tono grave,—solo derramando mi sangre por la patria, puedo legitimar un mando que debo á la fuerza; y nunca he apreciado en tanto el honor, como desde que no tengo otro bien.

—¡Y qué no sufrirán aquellos que han perdido hasta el mismo honor!—esclamó Guillermo... —¡Vos sois toda-

via feliz, señor de Malegreve, pues podeis presentaros con la cabeza erguida sin temor de que vuestro casco y coraza os acusen ante los hombres, ante Dios y ante la misma á quien amais.

Separáronse entonces, y pocas horas despues empezaron á obrar las máquinas de los sitiadores, obligando en breve á los sitiados á que se refugiasen en la fortaleza. Pero animados en ella por el ejemplo de su gefe, y socorridos por los habitantes de la ciudad que les proporcionaban cuanto era necesario, sostuvieron los valientes picardos con una invencible constancia el mortífero efecto de los instrumentos de guerra, y los frecuentes ataques de los flamencos Su prolongada resistencia dió tiempo para que las tropas francesas se reuniesen por la parte de Lila, para venir á socorrerlos, y Guidon lo supo cuando vió arder á lo lejos las aldeas que incendiaban los merodeadores franceses, en tanto que los aldeanos huian al campo con sus familias y los pocos ganados que podian librar de las llamas y de las ma-

nos del enemigo. Todos los dias llegaban nuevas tropas, á pesar de que Guillermo de Juliers recorria la campiña para defender el pais, y se señalaba haciendo prodigios de valor y actividad. El caballero, que lo veia todo desde los muros de la ciudadela, se sentia conmovido por la compasion; y cuando pensaba que su firmeza en sostener el sitio habia impedido que el ejército flamenco protegiese las fronteras de Flandes, casi sentia no haber sucumbido ya.

Una tarde, cayó en la muralla, junto á él, una flecha, á la cual venia atado un billete dirijido á su nombre, y firmado por todos los gefes de los flamencos.—Sabemos lo que has hecho en favor de la ciudad—escribian al caballero,—por lo cual te damos las gracias y no quisieramos pelear contra ti. Permitiremos, pues, que entre mañana un nuevo gobernador que envian para reemplazarte, pues aunque haya algunos soldados mas en la fortaleza, no estarás tu con ellos, y será mucho mas fácil de tomar.

Con efecto, el dia siguiente se pre-

sentó un cuerpo de caballeria en el camino de Lila, que los sitiadores habian dejado libre, de intento, y entró sin dificultad alguna en la plaza. El caballero que le mandaba traia credenciales del conde Roberto de Artois, hermano de la Reina, en cuya virtud le pertenecia el gobierno de Courtray, mandándose en ellas que Guidon se presentase al mismo conde para informarle acerca de las fuerzas del enemigo.

—Os daré la escolta que gusteis, caballero,=le dijo el nuevo gobernador.

No la necesito,—contestó el desdeñosamente;—á no ser que crean que no me atreveré á presentarme á Roberto de Artois.

—A decir verdad,—replicó el primero,—os ha de ser dificil justificaros en su presencia. Os acusan de cosas muy estrañas, señor de Malegreve, y me parece que hariais muy bien en aprovechar la ocasion que se os presenta para huir.

=Seria la primera vez en mi vida, —respondió Guidon.

Algunos momentos despues salió de la ciudad, solo, pero armado de pun-

ta en blanco, y montado en un caballo flamenco que habia comprado el dia siguiente al de su llegada. A un cuarto de legua de las puertas vió que se acercaba á él un peloton de caballeros, pero sin hacer ninguna demostracion hostil, y poco despues reconoció á los dos príncipes flamencos, y á Juan de Renesse, con algunos fieles criados. Venian á disuadirle de que pasase á Lila, donde le esperaba un príncipe prevenido contra él, pero Guidon fué inexorable.—Dentro de poco acaso no quedará de mi mas que el recuerdo—dijo, contestando á las instancias que le hacia el señor de Renesse,—pero á lo menos nadie podrá decir fué traidor.

Al pronunciar estas palabras le parecia que oia suspirar á uno de los caballeros que acompañaban á los condes; pero era una circunstancia tan improbable que creyó que se habia engañado. Sin embargo, mudó de color, y se despidió de todos en voz muy alterada.

Al acercarse á Lila vió los fuegos del campamento francés, que se habia es-

tablecido junto á las murallas de aquella plaza. Los hombres de armas que pasaban junto á él, llevaban en sus cotas los escudos normandos de los condes de Eu de Tancarville, y un poco mas allá se distinguian los pabellones de la nobleza de Champaña, reuniéndose de este modo las fuerzas reales desde los estremos de Francia, para batir á un puñado de menestrales y aldeanos. Pero lo que sorprendió sobre todo al caballero, fué ver que á la entrada de la ciudad ondeaban entre las banderas de las provincias francesas, algunas con leones de oro bordados.

—¿Qué significa esa mezcla?—preguntó á un caballero anciano y muy sencillamente vestido que llevaba el mismo camino que él.—¿No bastan nuestros caballeros para tan pocos enemigos?

—Es que cada cual quiere tener su parte en la presa,—respondió el viejo. —Ahi está acampado Godofredo de Brabante, que todos los dias tiene disputas con nuestro general, sobre la estension de tierras que supone le han

de dar. Los soldados que veis al otro lado de la plaza, pertenecen á Juan-sin-Misericordia, hijo del conde de Holanda y de Henao, que solo desea la muerte de su anciano tio Gui de Flandes y de todos sus primos para reclamar despues la herencia. Los mas avaros y furiosos son los flamencos que se nos reunen, pues aunque se conquistasen diez provincias no bastarian para satisfacer la ambicion de todos. Pero ¿quién sabe si tendrán que contentarse con encontrar en Flandes algunos pies de tierra?

—Pero ¿tan débil es el ejército flamenco, que ya se da por hecha la conquista?—preguntó Guidon.

—Si por cierto,—replicó el viejo:—es débil y nosotros numerosos. Gante y las demas ciudades de oriente están en favor nuestro; los de Brujas no han hallado socorros sino en Ipres, de donde les han llegado quinientos hombres, de modo que apenas tienen con que detener á una compañia nuestra, pero su número irá aumentando, si continuamos nuestro sistema de no dejar en los campos un

árbol ni una casa en pié, como previenen las ordenes de la Reina. Pero tengo que separarme de vos, caballero, pues voy á entrar en esta casa.

¿Y podreis indicarme la de Roberto de Artois?—preguntó Guidon.

—Esta misma, contestó el otro un poco admirado.—¿No veis las armas de Francia que hay sobre la puerta?

Al acabar de decir estas palabras, se legó á él un señor, que le saludó con el título de condestable. Entonces recordó Guidon haber oido hablar muchas veces de las sencillas y antiguas costumbres el Raoul de Neelle, condestable de Francia, y conoció que acababa de conversar con aquel hombre célebre. Saludóle, pues, con ademan de respeto y admiracion, agradeciéndole acaso, y tal vez sin saberlo él mismo, mas bien que la cortesia que habia usado con un simple caballero, las dudas que manifestára acerca del resultado de la campaña.

Habiendo contestado á su saludo, entró en la casa el condestable, sin prevenir que entrasen recado; pero Guidon llamó á un page, y le encar-

gó que preguntase al conde si podia dar un momento de audiencia.

Entretanto que, sin bajar de su caballo, esperó la vuelta del mensagero, empezó á concebir una idea mas favorable de las fuerzas que se hallaban reunidas en Lila, de que hasta entonces no habia visto sino muy pequeña parte, al reparar la multitud de capitanes, barones y grandes señores que entraban en casa del conde. Hallábase allí con efecto, siguiendo el lenguage unánime de los escritores de aquel siglo, «la flor de Francia» (1), pues la celebridad de que gozaba Ro-

(1) Sin embargo, hay mucha exageracion en lo que cuentan los escritores franceses, de las fuerzas de su ejército en aquella época. El «Spigel historial,» crónica flamenca casi contemporánea, les dá tan solo diez á doce mil caballos, y casi igual número de infantes y es de advertir que los flamencos, habiendo quedado vencedores, estaban mas interesados en aumentar el número de sus enemigos que no en disminuirle.

berto de Artois, el marcadísimo ódio que la Reina su hermana tenia á los flamencos, y la antipatia de la nobleba con aquellos villanos rebelados, hazian hecho que tomasen las armas cuantos deseaban adquirir honra ó recompensas.

Ya empezaba á impacientarse el caballero de no recibir respuesta, cuando volvió á presentarse el page:—Os esperan,—dijo;—pero si yo estuviese en vuestro lugar...—Y una mirada hácia la calle esplicó el resto de su pensamiento.

—Llévame á donde está tu amo,
—Contestó Guidon echando pié á tierra.

Obedeció el page admirado, y atravesó con él una multitud de salas, á cuyo estremo y en un gabinete cubierto de negro, estaba el conde de Artois, solo, sentado y como estudiando en una mala carta de Flandes, delineada sin duda por algun monge de aquel siglo (1). Era hombre de

(1) Hay una de Zelandia, que suponen es del año 1274.

hermosa estatura, de rostro varonil y severo, y se notaba en toda su persona cierto aire de grandeza y magestad, que recordaba su origen real; pero decian que jamás se le habia visto reir, desde que murió su hijo único en la batalla de Franes, peleando contra el hermano de Guillermo de Juliers.

—¿Eres tú el que se ha nombrado gobernador de Courtray?-dijo cuando vió entrar al caballero.—¡Por el alma de mi padre que me esplicarás por qué y con cual autoridad!... Pero yo te he visto en alguna otra parte.

—Poco faltó para que tuviese yo la honra de batirme con vos,—respondió Guidon en tono tranquilo é indiferente.

—Ah! ¿Eres tú aquel atrevido?... No importa: el inglés quedó humillado y te perdono de todo corazon.. Pero ¿has visto el ejército flamenco?

—He visto la parte que habia alrededor de la ciudad de que estaba encargado.

—¿Y cuántos te parece que serian?

—De siete á ocho mil,—respondió el caballero.

Levantóse repentinamente Roberto de Artois, y animado de un súbito arrebato,—repitió:—¡Siete á ocho mil! Eso se llama ver y hablar. Eres hombre valiente, y mañana mismo los atacaremos.

—Monseñor, —replicó Guidon con una especie de terror:—yo no he visto sino á los que me sitiaban.

—No hay otros, dijo el conde,—sino un puñado de hombres que trae consigo el obispo electo de Colonia... el hermano del matador de mi hijo.

Esparcióse en su rostro una lívida palidez al pronunciar estas últimas palabras; pero duró solo un momento y continuó:—Caballero, una gran parte de los nobles que se hallan en el ejército van á cenar conmigo esta noche; sereis uno de tantos y nos contareis lo que habeis visto. Ya es tiempo de que quede satisfecho el honor de Francia.

# XXVIII.

Reuniéronse á cenar en casa delconde mas de doscientos señores y caballeros, y costó gran trabajo al senescal el poderlos colocar del modo mas conveniente, segun el rango y grado de nobleza de cada uno. Sin embargo, desconcertó todo su plan la órden espresa que recibió de su señor, para colocar á Guidon á la cabecera de la mesa, y lo mas cerca del conde que fuese posible. La mayor parte de los que ocupaban aquellos puestos de ho-

nor, vieron con una sorpresa que se acercaba mucho al disgusto, que aquel desconocido se colocaba entre ellos, y en puesto preferente al que ocupaban una multitud de parientes y amigos suyos; mas el caballero estaba entregado á pasiones demasiado violentas para observar las siniestras miradas que le dirigian, ni la frialdad de sus modales.

La toga del canciller Pedro Flotte, la cota parda del condestable Raoul de Neelle, y la armadura negra de Guidon, se distinguian por su sencillez en medio de tan ricos trages y tan brillantes armaduras. El mismo contraste se advertia tambien, despues de comenzada la cena, entre la figura, rostro y lenguage de los demas convidados, y el de aquellos tres personages El canciller, que solo habia venido á Flandes, para indicar los medios de hacer que aquellos pueblos contribuyesen aun mas al Erario, estaba disgustado de que se mandase al ejército que lo talase y lo destruyese todo, pues bien conocia (y era demasiado conocer para aquel tiempo) que de un pais

arruinado poco ó nada podria sacar el real Tesoro. El condestable compadecia á los flamencos y á los franceses, pues descendiendo de las casas de Claremont y Neell, miraba aquella guerra como una verdadera guerra civil, de que tanto debia condolerse el vencedor como el vencido. Guidon pensaba en los presos del Louvre, y sobre todo en Filipina.

La conversacion giraba casi esclusivamente sobre los medios que deberian adoptarse para terminar cuanto antes la campaña, y parecia que todos estuviesen de acuerdo en que no seria de larga duracion; pero Roberto de Artois sorprendió á sus convidados, diciéndoles que, segun su modo de ver acabaria el dia siguiente.

—¿Qué decís, monseñor?—esclamaron á un mismo tiempo Godofredo de Brabante y Juan sin Misericordia que estaban á su lado derecho.—¿Los ha perdonado acaso el Rey?

¿Qué os parece, señor de Flotte? preguntó el conde sin responder á los otros.

Alegróse el rostro del canciller, y contestó:

—Siendo eso asi, yo aseguro á S. M. que he de sacar un millon de libras, solo de la ciudad de Brujas.

—¡Sea en hora buena,—replicó Juan sin Misericordia con la espresion del furor mas brutal—¡Sea en hora buena, si un millon de libras son mas útiles al Rey de Francia que aliados como mi padre y el duque de Brabante!

Los señores franceses no se mostraban menos irritados.

—Bien sabemos, señor de Flotte, —dijo uno de ellos,—que desde que habeis visto la riqueza de estos villanos, estais siempre aconsejando al Rey que emancipe y arme á nuestros vasallos. Si S. M. os creyese, deberia vender la libertad á todas las aldeas de Francia.

Mucho ganarian en ello S. M. y el Tesoro,—respondió friamente el canciller.—¿Sabeis, señores, que del ensayo que acababa de hacerse para organizar una milicia parisiense, resulta que aquella villa podria proporcionar al Rey hasta cien mil infantes y veinte mil caballos? ¡Muchos llama-

mientos se habian de necesitar, para reunir igual número de tropas de la nobleza!

—Dénme seis mil hombres de armas,—esclamó Jacobo Chatillon,—y yo me obligo á barrer toda esa turba de paisanos.

—Para eso deberiais haber empezado por defenderos mejor de los de Brujas,—respondió desdeñosamente el favorito del Rey.

Entonces resonó en la sala un voto unánime diciendo:

—Sí; los esterminarémos todos, hasta el último.

Y varios añadieron:

—Ni debemos sufrir que haya milicias cívicas en Francia, pues con ellas nada serian nuestros hijos.

En medio de aquel tumulto, se dirigió Guidon al Canciller, y le preguntó en tono grave:

—¿Va á decidirse aqui la causa del pueblo francés?

Pedro Flotte, que le conoció en aquel momento, se estremeció sorprendido; mas sin embargo respondió con bastante urbanidad:

—La del pueblo, la del tesoro, la del poder real, y otras muchas; por ejemplo, la estension de Holanda y del Brabante, y la omnipotencia de una señora muy elevada.

A este tiempo se habia levantado el conde de Artois, y cuando vió que todos fijaban en él los ojos, anunció que no se trataba de paz ni perdon, sino de batalla, y señalando á Guidon, añadió:

—Los flamencos se hallan á cinco leguas de nosotros, y aqui está un caballero que ha visto todo su ejército, que subirá hasta ocho mil hombres. ¿Dudais todavia del buen resultado, señor condestable?—Añadió dirigiéndose á Raoul de Neelle.

—Monseñor,—replicó el anciano;—tampoco dudaba de él vuestro abuelo, antes de la batalla de Masaura. Por lo demas somos suficientes en número para aniquilar al enemigo, pero bastante imprudentes para perder la batalla

Ofendido de la alusion que acababa de hacer á la suerte de su abuelo,—respondió Roberto de Artois con estas palabras injuriosas:

—Preciso es que hayais tragado pelo de esos conejos, cuando teneis tanto miedo á sus orejas.

—Si, señor,—contestó el condestable, cojiéndole la mano y apretándosela con fuerza;—si, señor; por mis venas corre sangre flamenca, y por lo mismo me vereis ir mañana á parages por donde no os atrevereis á seguir la cola de mi caballo.

Perdió el color el conde, y echó mano á la espada, pero reprimiendo el primer arrebato de su cólera se contentó con decirle.

—Pues hasta mañana, señor Raoul; y recaiga la vergüenza en el que permita que el otro se le adelante.

—Hasta mañana,—contestó el viejo; y levantándose de la mesa, saludó á los demas convidados, y se retiró;

—Es que su hija se ha casado con Guillermo de Flandes,—dijo uno de los señores en voz baja, y cuando ya no se oian su pasos,—y sabe que nuestra victoria producirá la muerte de los presos.

—¿Creeis semejante cosa, señores?—esclamó Guidon, cuyos cabellos se erizaron en la cabeza.

Nadie respondio afirmativamente, pero tampoco hubo uno que negase que aquella era la opinion general. Solo Pedro Flotte, inclinandose hácia el oido del conde de Artois, le dijo en voz baja:

—Mandad que prendan á ese jóven, pues de lo contrario va á pasarse al enemigo.

—No le supongo tan loco.—respondió el conde, encojiéndose de hombros.

—¡Por qué soy francés!—decia entretanto el caballero, con el rostro enteramente descolorído.

—Vamos, caballero, alegraos un poco,—le dijo, dándole una palmadita en el hombro el conde de Beaune, señor Borgoñon, que estaba sentado junto á él.—Las hijas de esos patanes son muy lindas, y vamos á conquistarlas; porque supongo que la órden de abrir cerdos y puercas, no se entiende sino con los hombres y las mugeres viejas.

—¡Y unos nobles, unos caballeros, unos franceses, han podido recibir semejantes órdenes!—esclamó Malegreve, dirigiéndole una mirada de indignacion.

-Podeis abandonar el ejército si aca-

so os disgusta,—le dijo secamente uno de los gefes.—No hay otro mal sino el de que no faltará quien diga que os habeis retirado de miedo.

—¿Y qué dirán,—esclamó el caballero,—si me olvidase de que no he nacido en Flandes, y de que no me es lícito pelear contra unos bandidos, solo porque son franceses?

Los señores mas inmediatos á él se preparaban ya á pedirle satisfaccion de aquel lenguaje; pero se anticipó á ellos Geofredo de Brabante, que empezaba á exaltarse con el vino.

—No tienes mas que ponerte enfrente de mis brabanzones, —dijo.— Ya he oido hablar de ti, caballero del hacha: y me alegraré saber cuánto pesa tu arma famosa. Pero temo que me suceda contigo lo que sucedió al duque mi hermano en Paris.

—¿Y qué sucedió á vuestro hermano? —preguntó con arrogancia el conde de Artois.

—Bien os podeis acordar del lance,—contestó el primero.—Desafió públicamente á todos cuantos habian acusado á nuestra hermana Maria, y nin-

gun francés se atrevió á recoger su guante.

Estremecióse Roberto al oirlo y dirigiéndose á Guidon, le dijo:

—Jóven, puesto que estás desligado del servicio de Francia, puedes dar al señor Godofredo la satisfaccion que desea; y si lo haces, te juro bajo mi palabra de honor, que ningun mal te sucederá por haber seguido el partido de Flandes.

—Lo agradezco, monseñor, —respondió el caballero con un gesto orgulloso,—pero no pido favor alguno y ni aun estoy en el caso de aceptarle, pues si mañana quedais vencedores, solo tendré que esperar el perdon de aquel que ha hecho hermanos á todos los hombres, y que ha dado una misma ley á los franceses, y á los flamencos.

—Escucha,—esclamó Juan sin Misericordia,—si vas al ejército de esos villanos, di á Juan de Renese que le buscaré en el campo de batalla; que se defienda bien, porque si le cojo, le he de enviar á Zelandia, encerrado en una caja de hierro.

—No es tan facil coger á un hombre como Juan de Renesse,—respondió desdeñosamente Guidon.

Roberto de Artois le contenplaba en silencio, y parecia que admiraba su baronil firmeza.

—Pues no te has de ir asi,—esclamó al fin. Has salvado un cuerpo de milicia, has defendido á Courtray valerosamente. Y no permitire que te separes de mi sin recibir alguna recompensa. Pídeme lo que quieras.

—Escepto dinero,—murmuró Pedro Flotte,—por que antes de mucho no habrá una malla en el Tesoro.

—Señor conde, respondió Malegreve;—me habeis ofrecido para mi una proteccion que no necesitaré; pero si quereis concederme uña verdadera gracia, permitidme que ponga bajo vuestro amparo á otra persona... Por este servicio podeis disponer de toda mi sangre. Pelearé con el señor Godofredo, con Juan sin Misericordia, con todos cuantos haya en vuestro ejército que no sean franceses, á pié ó á caballo, solo ó en medio de la batalla, mañana ó esta noche.

—Pues nombra al que quieras, con tal que salgas victorioso,—dijo el conde,—y está seguro que lo salvaré, aun cuando sea el mismo tejedor.

Levantóse al momento el caballero, se acercó al conde, y le dijo algunas palabras al oido. Roberto de Artois perdió el color inmediatamente, pero sin embargo, contestó con dignidad:

—Has recibido mi palabra de noble y de caballero, y te la cumpliré; sal vencedor, que yo la protegeré aun contra mi misma hermana.

Demasiado conmovido Guidon para poder darle respuesta alguna, cogió la mano del príncipe, y la acercó á sus lábios. En seguida salió de la sala, subió á caballo y se dirigió hácia la puerta de la ciudad.

Aquella misma noche se pusieron en movimiento casi todas las tropas francesas, y el dia siguiente á la salida del sol, estaban ya á la vista de Courtray y de las tropas flamencas.

Habían armado la tienda de Roberto de Artois en una pequeña eminencia, desde la cual se descubria á lo lejos la llanura en que estaban acam-

pados los enemigos, y aun no se habian disipado las tinieblas, cuando el conde trataba de distinguir su posicion y fuerza; pero no tenia á su rededor mas que á sus escuderos y criados, porque los gefes del ejército yacian entregados al reposo, no teniendo, como él, hijos que vengar.

—Cosa estraña es, monseñor,—dijo uno de los escuderos,—que no oigamos relinchar los caballos esta mañana. Los flamencos dirian que eso era mal agüero.

Un momento despues salió del bosque inmediato una multitud de cuervos, y pasando por cima del ejército flamenco, vino á revolotear sobre el campamento francés.

Indiferente el conde á estos presagios, mandó que le pusiesen la armadura; pero cuando quisieron enlazarle la coraza, empezó á gruñir y enseñar los dientes un lobo domesticado que le seguia á todas partes.

—Brun, Brun,—esclamó el conde. —¿Tu tambien quieres asustarme?

El fiel animal, como si lo hubiese entendido, se abalanzó á los que te-

nian la coraza, se la arrancó de las manos, y se acostó encima de ella.

—¡Atrás, Brun!—dijo Roberto de Artois apartándole.—Entonces el lobo lanzando un doloroso ahullido, salió de la tienda; y es tradicion comun entre los habitantes del pais, que desde aquel momento, no se le volvió á ver jamás.

Siatióse un poco conmovido el conde, á pesar de la firmeza de su alma, y esclamó algo turbado:

—¿Será mi destino el de perecer á manos de estos rebeldes? ¡Como ha de ser! No moriré solo, y por lo menos quedrá vengado mi hijo. ¿No se han levantado algunos señores?

Uno de los escuderos salió fuera de la tienda, y volvió diciendo:

—Aquí viene, segun me parece, el señor condestable.

—Efectivamente, el anciano Raoul de Neelle se presentó pocos momentos despues armado de pies á cabeza, y montado en un caballo bastante pequeño. Echó pié á tierra delante de la tienda, entró en ella sin titubear, y acercándose al conde le di;o con tan-

ta calma como si hubiese olvidado la injuria recibida.

—Monseñor, es preciso que el enemigo no saque fruto de nuestra querella. Nadie os obedecerá hoy con mas docilidad que yo.

Avergonzóse Roberto de Artois, y respondió alargándole la mano.

—Condestable, siento mucho lo que ayer pasó entre nosotros. Elegid vos mismo el puesto que querais; vuestro nacimiento y valor, y vuestros largos servicios, todo se autoriza á conducir la vanguardia; pero crer que ambos cargaremos á un mismo tiempo para destruir de un golpe al enemigo.

—Ese seria sin duda el mejor partido, si se pudiese atravesar la llanura, —respondió Raoul de Neelle,—pero me ha parecido que está cortada por anchos y profundos fosos, y no podremos desplegar nuestras tropas en un terreno semejante. Si quereis creerme, enviaremos delante á los ballesteros y demás infantería; y bien sea que el enemigo retroceda, ó bien que los persiga, siempre hallarémos ocasion de cargar sobre ellos con mas ventaja.

Admiró el conde la prudencia de este plan, y respondió:

=Señor Raoul, sois escelente consejero. Pero ¿quereis tener la bondad de dar vos mismo las órdenes á esta parte del ejército? Sé que no es cosa digna de un condestable ..

—¿Y porqué no, cuando de ello puede depender el éxito de la jornada?— interrumpió el anciano con viveza. Y montado en su caballo se ausentó al galope.

Al momento resonaron los prolongados toques de las cornetas en todo el frente del campo; la infanteria francesa, mas numerosa ella sola que todo el ejército enemigo, se formó en fuertes columnas al rededor de las cuales se diseminaron nubes de honderos y ballesteros. Viósele bajar de la colina, y perderse de vista entre la niebla que cubria la pradera y poco tiempo despues indicaron su paso torbellinos de llamas, pues iban incendiando cuanto encontraban.

Entretanto habian dispertado al resto del ejército el ruido de las cornetas y el movimiento de la infanteria y la

nobleza corria de todas partes á reunirse al conde de Artois, esperando cada cual con una impaciencia mezclada de inquietud, las órdenes que debian fijar su puesto y rango; pero aunque el conde hasta entonces jamás habia consultado á nadie, pues su carácter era decisivo é imperioso, parecia que en aquel momento titubeaba sobre la resolucion que tomaria. Preguntaba á los que tenia alrededor, escuchaba sus respuestas con ademan reflexivo, y él mismo se admiraba de no conocerse.

—¿En cuántos cuerpos formaremos el ejército?—preguntó al conde Luis de Clermont, sobrino del condestable.

El caballero se escusó de responder diciendo:

—Soy todavia demasiado jóven para dar mi parecer en un negocio de tanta importancia.

—¿Y qué decís vos, conde de Beaune?—continuó Roberto.

El borgoñon respondió sin titubear:

—Yo quisiera que se dividiese en tres; uno á vuestras propias órdenes, otro á las del condestable, y el ter-

cero á las del duque Godofredo de Brabante.

Este último nombre escitó algunos murmullos, pues habia en el ejército una multitud de señores que se creian, por lo menos, iguales al brabanzon. Cediendo, por primera vez en su vida, Roberto de Artois al temor de descontentar á sus inferiores, decidió, aunque interiormente aprobaba el consejo del conde de Beaune, que se dividiese la caballeria en nueve escuadrones ó batallas, de desiguales fuerzas. El condestable, su hermano Gui de Neelle y su sobrino, debian mandar tres de ellos; dos, compuestos de la nobleza de Artois y de Picardía, quedaban á las órdenes del conde de Saint-Pol y del señor de Benlas; uno de normandos, seria mandado por el conde de Eu, uno de los de champaña y otro de brabanzones por sus respectivos duques; y el último, que era él solo mayor que todos juntos, y se componian de holandeses, heneses, borgoñones, nobles de la isla de Francia, y compañias de tropas regulares, reuniendo en todo hasta siete mil caballos, quedaba al

mando del mismo Roberto de Artois.

Habiéndose disipado la niebla, en tanto que se hacian estos arreglos, descubrieron á los flamencos formados en batalla delante de sus tiendas Eran muchos mas que los que Guidon habia dicho, pues la tarde y noche anterior les habian llegado refuerzos muy considerables, pudiendo calcularse su fuerza en aquel momento en cerca de quince mil hombres, todos de infantería, escepto el puñado de alemanes que traia consigo Guillermo de Juliers. La posicion que ocupaban, elegida por Juan de Renesse, parecia á primera vista enteramente descubierta; pero la pradera que se estendia á su izquierda era un verdadero pantano, y su derecha estaba guardada por un foso ancho y profundo; de modo que para llegar hasta ellos era preciso vencer una especie de desfiladero, detrás del cual se mantenian en buen orden.

—Bien se puede apostar á que no es un pañero el que los ha colocado asi,—dijo el conde, despues de haberlos observado con atencion.—Nuestra infantería se halla detenida á derecha

é izquierda, y los del centro no se atreverán á penetrar mas. Vamos, caballeros; en tanto que les divierten esos villanos es preciso que oigamos misa; los patanes se presentan bien, y ¡quién sabe si sus picas echarán por tierra á algunos de nosotros!

—¿Y dónde hallaremos sacerdote?—dijo el señor de Grecy.—Desde que ecsiste el entredicho fulminado por el Papa contra nosotros, se aprovechan de cualquiera ocasion para escaparse, y acaso anoche no quedaria en Lila ni uno solo.

—Cabalmente acaban de coger á un fraile flamenco,—espuso uno de los escuderos del conde,—y bien podrá decir la misa. Voy á traerle aqui.

Volvió algunos momentos despues, trayendo consigo á un monge benedictino, de anchas espaldas y rostro colorado.

—¿Quién eres, bigardo?—le preguntó el conde de Artois.

—Soy fray Guillermo de Sastinghen, —respondió el flamenco con voz sonora,—monge indigno de la santa abadia de Ter-Dock.

—¿Y vienes r,quépor aqui?—volvió á pregunt condee.álar

—Señor contestó él,—he nacido noble, y aunque el prior encuentra en mi siempre muchas faltas, por lo menos no miento jamás. Heme escapado del convento, saltando por encima de una tapia para venir á la batalla.

—¿Y puedes decirnos misa?

—¿Por qué no? Aqui estamos en tierra de Flandes, y fuera del entredicho del Santo Padre. Mas espero que si quedais satisfecho de mi brevedad en decirla, me permitireis que continúe el camino. Hay un cartujo en el ejército flamenco, que es el primero que subió al asalto de Winendale, y el honor de nuestra órden está interesado en que se vea que no le cede un benedictino.

La arrogancia de esta peticion admiró verdaderamente al conde, que le preguntó en tono sério y grave:

—¿Y hay entre esos villanos, muchos tan determinados como tú?

—Tanto como yo,—replicó el benedictino, —seria mucho decir, porque

soy hijo-dalgo y monge. Pero lo que yo sé decir es que los de Brujas no han de ceder un palmo de terreno; los aldeanos son canalla, y á esos os costará muy poco trabajo vencerlos.

—Está bien; pues dinos la misa y encomienda tu alma á Dios, porque si te juntas con ellos no te ha de librar tu habito negro.

—Asi lo supongo, monseñor; sacudiré y me sacudirán, y la Virgen ayude al que mejores golpes dé.

Levantaron de prisa una especie de altarcito delante de la tienda, y el monge se revistió con algunos ornamentos que venian entre el equipage del conde. Acercóse, sin titubear, y empezó la misa, pronunciando él mismo las respuestas, por no tener quien se la ayudase, y procedió con tal rapidez, que todo' el sacrificio no duró diez minutos. Luego que concluyó, mandó que le trajesen su caballo, y salió al gran trote á reunirse con sus compatriotas.

Durante este intérvalo, la infantería francesa, mas valiente que lo que suponian los señores, y conducida por algunos militares viejos, babia empe-

zado el combate en el centro de la línea flamenca. A las descargas de flechas se habia seguido otro ataque mas sério y mortal, y el centro de los enemigos empezaba ya á moverse y retroceder.

—Bueno va, monseñor,—esclamó el condestable que volvia al galope.—La milicia de Lila y la de Amiens han hecho ya perder terreno á los flamencos.

—¡Vive Dios!—replicó Juan sin Misericordia.—¿Y hemos de dejar todo el honor á esa canalla? A nuestros puestos, caballeros y barones, no hay que perder mas tiempo.

—¿No mandais retirar la infantería, monseñro?—preguntaron á la par varios gefes al conde, en tanto que otros corrian á ponerse á la cabeza de su gente.

—Si,—dijo Roberto de Artois;—que les den órden de retirarse, que nosotros destruiremos á los flamencos.

—¡Por Dios!—esclamó el anciano señor de Neellé.—Un poco de prudencia. Tenemos la victoria en la mano; no la perdamos por culpa nuestra.

—Pero su voz no se oyó entre los repetidos gritos de «adelante! Montjoy San Dionisio!» y vió que el escuadron de Godofredo de Brábante, que formaba el ala derecha, bajaba ya al galope hácia la llanura.

—¡Está hecho!=esclamó. —Puesto que no hemos querido vencer, es preciso pensar en morir con honor.

—Y diciendo asi, fué á colocarse al frente de su escuadron.

Presentóse entonces un admirable espectáculo, al ver que se movian y salian al galope, uno despues de otro los nueve cuerpos de caballeria del ejército. Aquellas tropas magníficas, cubiertas de hierro, y adornadas con los colores mas brillantes, formaban una linea de casi de media legua de estension, llena de banderas, pendones y lanzas. La derecha, que fué la primera que cargó, se dirigió rectamente al pantano, y trató de atravesarle, aunque los caballos de los brabanzones se metian en el fango hasta las cinchas; pero la izquierda conservó aun menos órden, y para evitar el foso que la detenia, hizo una

parte de conversion, de modo que cerró el paso al centro. Para remediar aquella falta, fué preciso doblar la velocidad, y algunos destacamentos de infantería que, por desgracia suya, se hallaban en aquel sitio, se vieron atropellados y pisados por los caballos. Las milicias de Lila y de Amiens, temiendo que les tocase igual suerte, se dispersaron entonces para atravesar el foso, y librarse así de la caballería; pero el escuadron del conde de Eu, compuesto de caballeros normandos, montados en caballos de su país, llegó al mismo tiempo al foso, le atravesó al galope, y maltrató á una gran parte de aquellos infelices.

—Triste principio es este, —dijo al condestable el castellano de Lila, que se hallaba en su escuadron.— Ya hemos hecho mas daño á nuestras propias tropas que pudieran hacerles los nueve gremios de Brujas; y será preciso que mañana desafie yo, en combate singular, á ese loco conde, que acaba de atropellar tan brutalmente á las gentes de mi ciudad.

—Castellano.—respondió Raoul de Neelle;—ya no es tiempo de formar proyectos; estad seguro de que no habrá «mañana» para vos, para él, ni para mi.

# XXIX.

Despues de haber caminado algunas horas, llegó Guidon á media noche al campamento de las tropas flamencas, y mandando que le condujesen á donde estaba Juan de Renesse, le contó todo lo que le habia sucedido. El valiente zelandés tuvo una verdadera satisfaccion en saber que al dia siguiente se iba á dar la batalla, por lo cual dijo al caballero.

—La jornada va á ser hermosa; y ya vereis, señor de Malegreve lo que

es la infantería. La resolucion que habeis tomado de pelear en favor nuestro, nos da una probabilidad aun mayor pero de lo que me alegro mas de todo, es de que con ella quedais libre de un voto fatal, pues no ireis á la cruzada de Prusia.

—Es muy probable que no,—respondió el caballero en voz melancólica,—porque aqui terminará mi viage.

—Asi lo espero,—replicó Juan de Renesse sonriéndose;-pero hablemos mas bajo, no sea que despertemos á las señoras.

Una mirada rápida y penetrante de Guidon le preguntó qué querian decir aquellas palabras, y le respondió:

—Aqui se halla mi esposa, porque está acostumbrada á no creerse segura sino cuando participamos de los mismos peligros y del mismo asilo. Pero debeis estar muy fatigado, señor de Malegreve. Acostaos en esta cama; —y le señaló con la mano un monton de hojas secas, cubiertas con una piel de leon.

Asomábanse otras preguntas á los

labios del caballero, pero temiendo la penetracion de aquel á quien hubiera querido interrogar, calló, se acostó en la piel y á pesar de la turbacion de su alma, tardó muy poco el sueño en cerrarle los ojos No sucedió otro tanto al señor de Renesse que salió inmediatamente de su tienda y á la pálida luz de la luna estuvo estudiando hasta las mas pequeñas particularidades del terreno que estaba delante del ejército; fué á sondear con su misma lanza el foso y el pantano que guardaban el campamento; midió varias veces el espacio por donde podia penetrar el enemigo, y no pocas espresó su varonil semblante alguna inquietud; pero luego que acabó de hacer su reconocimiento militar, levantó la cabeza y dijo con energia.—Vengan cuando quieran.

Al rayar el dia, pasó de tienda en tienda á llamar á los demás gefes y á comunicarles sus designios. Todos habian puesto en él su confianza, como que era el único que antes habia mandado ejércitos y asi recibieron sus consejos como órdenes y sus instruc-

ciones como oráculos. Solo Juan Breydel á quien obedecia una fuerte columna de habitantes de Brujas, declaró que él no entendia de maniobras combinadas de antemano.—Dejadme que obre como me parezca—dijo al zelandéz.—Yo observaré bien cuando baja el toro la cabeza y entonces le daré la estocada.

—Pero no te apresures demasiado, —replicó el señor de Renesse.

—Los cobardes son los que no saben esperar,—contestó el carnicero.

En tanto que las tropas se armaban precipitadamente, Juan de Renesse se llegó á donde estaba Guidon y le dijo:—He escogido tu puesto á mi lado; desde allí podrás ver por donde se dirige el brabanzon, y si acaso viene en compañia de Juan sin Misericordia, los cargaremos juntos. Ven conmigo, que nuestra presencia no será inutil á unos soldados que no tienen mas prendas que una buena voluntad.

Montaron ambos á caballo y se dirigieron hácia el montecillo en que ondeaba la bandera de Flandes, cuya cus-

tolia habian encargado al noble zelandés. La tropa que debia marchar á órdenes y se componia de algunos centenares de hombres, estaba destinada para la reserva, y aunque se reunió de prisa, tardó poco en presentar el aspecto de un buen batallon. Un poco mas lejos se colocaron quinientos hombres vestidos de encarnado, soldados de Ipres, destinados á guardar el campamento y las máquinas. El resto del ejército se desplegaba al frente, en una sola línea, que se subdividia en tres cuerpos. Los aliados de Brujas, esto es, los alemanes de Guillermo de Juliers, los del país de Alost y de Dendermonde, y mil quinientos ganeses, que la víspera se habian escapado de su ciudad, contra la voluntad de los magistrados, ocupaban la izquierda; los habitantes de las aldeas y pueblecitos dependientes de Brujas formaban el centro; y la derecha se componia enteramente de vecinos de la ciudad.

Entre los defensores de la libertad flamenca se contaban tan solo diez caballeros, incluyendo en este número

á los dos príncipes Juan y Gui, que acababan de recibir aquel título. Dos se hallaban en él á la izquierda, á saber, los señores de Boulut y de Poprode, gefes de los ganteses y de los de Alost; cuatro en el centro, esto es Roberto de Leuwerghem, Enrique de Basseghem, Arnoldo de Dixmude y Balduino de Comines; dos á la derecha, Juan de Renesse y Guidon. Pero si el corto número de nobles y gefes que se veian al frente de los batallones podia inspirar algun temor, daba ánimo el continente altivo y marcial de los infantes, que armados con largas picas, se estrechaban unos contra otros, y se animaban mútuamente al combate. Algunos gremios, como los bataneros y los herreros, se distinguian de las demas tropas en que en vez del «goderdae» llevaban martillos de hierro ó grandes mazos. El ardor de todos era uno mismo, y á su natural valor se unia todo el poder que dá el espíritu de cuerpo, porque unos militaban bajo la bandera de su gremio y otros bajo la de su parroquia.

La niebla que cubria la llanura al rayar el dia no dejaba que se percibiese el ejército enemigo, pero cuando las primeras llamaradas anunciaron que se acercaba su vanguardia, los flamencos profirieron todos juntos su grito nacional, y cada gefe dirigió á su tropa alguna corta alocucion. Pero Juan de Namur, que deseaba acabar de adquirir la confianza de los vecinos de Brujas, mandó que saliesen de las filas Pedro de Koning y Juan Breydel, y les dió la acolada de caballeros. La multitud prorumpió al verlo en grandes aclamaciones, como si al conferir á dos plebeyos la órden de caballeria, hubiese ennoblecido el príncipe á toda la ciudad. Koning mismo recibió con entusiasmo aquella inesperada honra, pero el carnicero volvió á su puesto con la cabeza baja, y las megillas encendidas, diciendo en voz casi imperceptible:

—En fin, siempre soy el mismo Juan Breydel, y espero que este espaldarazo no hará que mis ojos se avergüencen de descender de un carnicero.

Las descargas de flechas de una y otra parte se siguieron á estos preparativos de combate y la infantería francesa, despues de haber titubeado un momento, se formó en masa y vino á arrojarse con intrepidez al centro del ejército, donde precisamente se hallaba colocada la parte de soldados flamencos con quien menos se podia contar, y que efectivamente fueron desordenados, y empezaron á retirarse poco á poco.

—¿Por qué no mandais que ataquen las dos alas á un tiempo?—esclamó Guidon con impaciencia, volviéndose hácia Juan de Renesse.

—¿Y qué nos quedará entonces para oponer á su caballeria?—respondió el zelandéz con calma.—Pero mira hácia la derecha, amigo Guidon. Ahí vienen por esa parte los leones de oro de Brabante; veremos como atraviesan los pantanos.

Enjugándose el sudor que bañaba su frente, dió algunos pasos hácia adelante el caballero francés, y descubrió toda la línea de caballeria que bajaba de la colina. Parecióla que la

tierra temblaba bajo el peso de aquella masa de hierro; y enteramente conmovido, contenia el aliento y se inclinaba sobre el cuello del caballo.

Los cuatro escuadrones que componian la derecha del ejército francés, eran el de Godofredo de Brabante, los de los dos señores de Neelle, y el del sobrino de estos. Arrojáronse con impetuosidad en el pantano, y le atravesaron algunos, pero cansados los caballos con aquel esfuerzo, no tuvieron el vigor necesario para cargar con buen éxito á la infantería flamenca. Los gaeteses los recibieron en sus largas picas, y los echaron por tierra con tanta mas facilidad, cuanto que llegaban en desórden.

—Rendios, señor condestable,—gritó Simon Borlut al señor de Neelle. Mas el intrépido anciano respondió con firmeza:

—No he llegado á la edad que tengo para desear la vida despues de la pérdida de tantos valientes, de la flor de los caballeros franceses. Y avanzando con su caballo, derribó algunos piqueros mas, hasta que cayó lleno de heridas.

Godofredo de Brabánte fué mas feliz que el condestable. Atravesó el pantano con sus trecientos ginetes, formó sus filas al llegar á terreno seco, y sostuvo muy bien el choque de Guillermo de Juliers, que cayó sobre él á la cabeza de su tropa. El combate entre los dos gefes fué fatal al conde, pues el fiero brabanzon le derribó de una lanzada, y ya iba á pisotearle con su caballo, cuando se le presentó Guidon.

—¿Vienes a cumplir tu palabra?—le dijo el vencedor.

—Ya lo ves,—respondió el caballero; pero tu lanza está hecha pedazos.

Y diciendo así, arrojó la suya.

Atacáronse entonces, armados uno con la espada y el otro con su hacha. Tres veces los separaron los demas combatientes, y otras tantas volvieron á reunirse; mas á la cuarta, cayó al suelo sin vida el brabanzon.

Salió Guidon de su caballo, y quiso levantar al conde de Juliers; mas este le dijo:

—Déjame y vé á defender á Filipina.

—¿Dónde está?—esclamó el caballero asustado.

—La encontrarás al lado de sus hermanos,—respondió con voz moribunda, y volvió á inclinar la cabeza.

Herido por aquella noticia como por un rayo volvió á montar Guidon á caballo, é hizo los mayores esfuerzos para reunirse con él á la opuesta; pero los obstáculos que halló, y la vista de lo que entonces pasaba en aquel lado, detuvieron su carrera. Los de Brujas, despues de haber rechazado al conde de Eu, habian acometido á los escuadrones inmediatos, y acaso por primera vez desde el tiempo de los romanos, se vió á la infanteria atacar á escuadrones y hacerlos retroceder (1). Despues de algunos minutos de combate, quedó derrotado todo aquel cuerpo, y la mayor parte de los que le

(1) El comendador francés de la crónica de Nangis, que refiere esta circunstancia añade para esplicarla, que las picas de los de Brujas eran muy largas y de una calidad escelente. «Longis hastis et exquisitis.

componian, rechazados hasta el foso encontraron en él la muerte.

Parecia, pues, que la batalla estaba decidida en favor de los flamencos, cuando llegó el último cuérpo, que era el del conde de Artois, y á su ímpetu retrocedieron los de Brujas, que se habian desórdenado un poco á consecuencia del primer encuentro. Quedó con esto libre un espacio bastante grande al frente del ejército, y al momento se desplegaron en él los siete mil caballos del conde.

Temblaron entonces cuantos flamencos tenian alguna esperiencia de combates, y sabian hasta donde llegaba la pujanza de las lanzas enemigas. Roberto que pasaba por el mejor general de Francia, no quiso precipitar movimiento alguno, escarmentando con la derrota de sus dos alas. Dispuso, pues que se colocasen á la derecha los caballeros de Borgoña, mandados por el conde de Beanne, á la izquierda los heneses y holandeses de Juan-sin-misericordia, y él, cubierto de armas doradas y montando en un caballo que se habia hecho célebre por su tamaño prodijio-

so, se conservó en el centro, á la cabeza de los franceses, desafiando á las piedras y flechas, y estudiando con una ojeada que no se engañaba jamás, todos los movimientos de las tropas enemigas.

De repente mandó tocar ataque, y partió al momento la izquierda. Los caballeros de Holanda y de Henao, montados en caballos pesados pero vigorosos, marcharon de frente, y llegaron en pocos segundos al gran batallon de los gremios de Brujas. Los infantes tenian apoyado en tierra el cuento de sus picas, pero el choque con las armaduras quebró la mayor parte de ellas y la caballeria penetró la linea.

Sin embargo, no retrocedieron, sino que reunidos en pelotones sostuvieron el combate con obstinado valor, animándoles con el ejemplo Juan de Namur y su hermano. Cayó por un momento el estandarte de Brujas, pero al momento volvió á enarbolarse, sostenida por uno que parecia jóven y vigoroso; no llevaba armas, pero la bandera, que movia sin cesar, parecia que reanimaba el ardor de los flamencos. Indig-

nóse al verlo Juan sin-misericordia, y abandonando á los que peleaban con él, corrió al imprudente porta-estandarte, que se habia adelantado hasta la primera fila. Enristró su lanza contra él, y le dirigió un golpe, pero en aquel instante se atravesó un hombre y recibió en el pecho el hierro del arma enemiga; aquel hombre era Guidon.

Durante este tiempo el resto de la caballeria habia atacado con igual éxito á los demas cuerpos flamencos. Los borgoñones, despues de haber atropellado á la milicia de Alost y de Dendermonde, rodearon á los mil y quinientos ganteses, y en ninguna parte fué la lucha tan terrible.

—Hijos mios,—gritaba sin cesar el valeroso Simon Bourlut á sus soldados: —es preciso que peleemos no como quince mil sino como mil y quinientos, porque representamos á la primera ciudad de Flandes.

En fuerza de sus exortaciones aquella corta tropa sostuvo sin atemorizarse, los esfuerzos del numeroso escuadron que la rodeaba; pero en el centro cayó como el rayo el conde de Artois sobre

los guerreros de Brujas y de las campiñas inmediatas, y su temor fué tan grande, que una multitud de aldeanos arrojaron las armas, y huyeron sin haber peleado.

Tal era el estado de los negocios cuando se movió Juan de Renesse con la reserva. Uniéronse á él los quinientos soldados de Iprés, y todos juntos salieron á recibir al conde, sin que les intimidase la derrota de parte de sus compatriotas. Al principio avanzaron lentamente y en buen órden; pero cuando llegaron á un tiro de ballesta del sitio en que la caballería estaba peleando con los restos del centro, se arrojaron á ella al paso de carga. Roberto de Artois que los vió acercarse, se volvió contra ellos con un puñado de nobles y barones. Dos veces se alzó de manos su caballo y se negó á caminar; pero al fin impelido por la espuela, dió un salto el altivo animal, y condujo á su amo á donde habia mas enemigos. Nada pudo resistir al choque del conde; Juan de Renesse cayó debajo de su caballo, las filas de los infantes se abrieron, y continuando Roberto su carrera, no vió de-

lante de si mas que dos frailes, uno de los cuales conoció que era el que le había dicho la misa.

—De rodillas, hermano,—le dijo con voz terrible,—que ha llegado por fin tu hora.

—Maldito escomulgado,—replicó Fr. Guillermo de Saftinghen,—tu mal ángel te inspiró que me dejases venir acá, porque voy á vengar en ti las injurias hechas al papa.

Diciendo estas palabras se acercó el intrépido benedictino al caballo del conde, y dicen—pues es casi imposible dar fé á una cosa tan estraña,—que alargando los brazos alrededor del pretal del bruto, que no tenia igual en tamaño y fuerza, le hizo detener de repente. Roberto quiso librarse del monge atravesándole con la espada, pero lo impidió el otro monge, que con un gran sable turco que tenia en la mano, le cortó el brazo de un solo golpe, tal que cayo el conde sin haber recibido otra herida, pues con el brazo vino abajo parte del hombro, y toda la sangre se salió por tan estensa herida.

«Requiescat in pace,»—dijo el cartujo.

—¿Estás loco?—replicó el benedictino.—Estaba escomulgado, y su alma se hallara ya ardiendo en los infiernos.

Parecía de pronto que la muerte del conde no debiera alterar en nada la suerte de la batalla, pues sus soldados la ignoraban, no habiéndole podido seguir ninguno de su ejército; pero Juan de Renesse, que se habia levantado de entre los muertos, consiguió reorganizar un poco su tropa, y aucsiliar á los puntos que mas sufrian. Reanimados con aquel momento de descanso, volvieron á la carga los restos de los cuerpos desbaratados, y hasta los mismos que huian, reunidos por los dos monges, se presentaron de nuevo en el campo de batalla. Poco á poco se halló estrechada la caballeria, y en términos de no poder egecutar otra vez las formidables cargas, en que consistía su fuerza.

Pedro de Koning, que hasta aquel momento habia conservado ilesos sus tegedores, se retiró con ellos de la línea, atravesó con rapidéz el campo de batalla, y se arrojó sobre los que atacaban á los ganteses. El escuadron del

conde de Beaune, oprimido de este modo entre dos bosques de picas, cedió y se desordenó. El grito «al leon de Flandes» resonó de un estremo á otro de la llanura, y en la izquierda de los flamencos dejó el combate de serlo, convirtiéndose en la mas atroz carniceria pues las nuevas tropas de caballeria que se formaban entre el pantano y el foso, arrojaban sobre el enemigo á los que venian en desórden. Sin embargo de todo, con un valor difícil de concebir, y que bien dirigido por la disciplina les hubiera hecho invencibles, los restos de aquella ala vencida se obstinaron en continuar por mas de una hora el combate en tan fatal terreno. Los de Champaña, que se habian reunido al otro lado del foso, vinieron despues á renovar la lucha sobre los cadáveres de sus compañeros, y no pudiendo atacar unidos, y ni aun siquiera tomar el galope, corrieron á una derrota inevitable. No lo ignoraban, pero no podian resolverse á huir, y preferían la muerte á la vergüenza.

Jamás se dió batalla mas sangrienta. Escuadrones enteros, encerrados á la

derecha, entre los de Brujas y el foso' cayeron sin gloria alguna al rigor de los martillos de los herreros, y de los mazos de los tundidores. Jacobo de Chatillon encontró á Breydel, armado tan solo con el hasta de una pica, cuyo hierro habia quedado en el cuello de un caballo; pero á pesar de tan enorme desventaja, el carnicero, que aun tenia en el corazon la afrenta que habia recibido, no titubeó en salirle al encuentro; y rompiéndole en la cabeza el mango de su «godendae,» le dijo:

—Es preciso que aprendas como yo á manejar el palo.

Los condes de Eu y de Tancarville se ahogaron en el lodo, al querer atravesar el foso; el de Aumale cayó al golpe de la lanza de Juan de Namur; y el canciller Pedro Flotte fué tambien del número de los muertos, pero espiró en medio de un grupo de nobles, diciéndoles maliciosamente:

—Vaya, señores, ¿qué decis de las picas de estos villanos?

Por lo que hace al feroz Juan-sin-misericordia halló al fin al emigrado ze-

landés y pagó con la vida el encuentro que habia deseado. La pérdida total del ejército francés fué de cerca de veinte mil hombres, todos muertos en el combate, pues los flamencos, completamente fatigados, no tuvieron fuerza para perseguir á los que huian. La mayor parte se tendieron armados en el campo de batalla, y pasaron la noche al aire libre entre los muertos y los moribundos, y todo el ejército continuó al dia siguiente acampado en la misma llanura, pues aun los mas valientes y robustos no podian ya soportar la fatiga. Pedro Koning fué el único á quien no se oyó queja alguna, y á propósito decia Breydel:

—Verdaderamente creo que este veedorcillo es mas fuerte que yo.

Apesar de tanta pérdida de tiempo, la batalla de Courtray ó de Groeminga produjo las mas importantes consecuencias. Gante, Lila, y todo el resto de Flandes se unió á los vencedores, que pocos dias despues tomaron á Courtray, en cuya iglesia mayor depositaron las espuelas de oro

de los caballeros franceses muertos en la accion, espuelas, que segun las crónicas de aquel tiempo, llegaban al número de tres mil.

# XXX.

Retiraron á Guidon de enmedio de los muertos, pero pasaron muchas semanas antes que los médicos diesen la menor esperánza de conservarle la vida, y aun sin que recobrase el uso de los sentidos.

Cuando volvió en si, se halló acostado en un lecho magnífico, enmedio de un aposento cuya riqueza le dejó admirado, y oyó que á su lado decia una voz con la mayor ternura:

—¡Hijo mio!

Abrió los ojos, y viendo inclinado á su cabecera al anciano conde de Flandes, esclamó con la mayor sorpresa:

—¿Es sueño? ¿O estoy ya en un mundo mejor que el de la tierra?

El anciano le dió á entender por señas que se tranquilizase y mantuviese en silencio, é inmediatamente se retiró. Parecióle á Guidon que al mismo tiempo oia otros pasos en la misma sala, pero estaba demasiado débil para levantar la cabeza, y no sabia que pensar.

El dia siguiente vino á sentarse al lado de su lecho Guillermo de Juliers, pálido, abatido, y con el brazo sostenido en una banda, y le dijo:

—Caballero del hacha: dos veces me has salvado de la muerte, pero me deberás mas que la vida, pues yo mismo he revelado á mi abuelo el secreto de tu corazon. Mañana saldré para Colonia y no volveré sino con el título de obispo á bendecir tu matrimonio.

Al decir esto oyeron algun ruido á la puerta de la habitacion, y percibieron que un criado decia:

-Señores caballeros: VV. EE. no pueden verle todavia.

=Aqui no hay tales escelencias, camarada,—contestó la voz de Juan Breydel.—Somos simplemente dos ciudadanos de Brujas, pero hemos de entrar á verle.

Guillermo de Juliers apretó entonces la mano del enfermo y se retiró, y un momento despues entraron Pedro de Koning y Juan Breydel.

—¿Qué ha sucedido?—les preguntó Guidon.—¿Dónde está el anciano conde? Y yo mismo ¿dónde me encuentro?

—En Winendale,—respondió el tejedor.—Asustado el rey de Francia con nuestros triunfos, ha elegido por mediador al conde Gui; y fiándose en la palabra de este noble anciano, le ha enviado á que haga un tratado de paz entre las dos naciones.

—¿Y Juana de Navarra?—preguntó el enfermo sorprendido.

—Ha muerto,—respondió Koning.—Las reconvenciones de su esposo, que le imputaba la pérdida de tantos caballeros; el desprecio de la nacion que atribuia esta funesta guerra á sus celos indiscretos; y sobre todo, el despecho nacido de su impotencia, le han causado

la muerte. » Creo que con ella habrán muerto tambien los odios de la corte, y que la paz se restablecerá fundada en ventajas recípro cas.

La alegria que tales noticias causaron al caballero, mucho mas poderosa que la ciencia de los médicos, apresuró su restablecimiento. Al momento que pudo levantarse, le anunció el conde de Flandes, dándole el nombre de hijo, la resolucion que habia tomado de satisfacer sus ardientes deseos. Isabel de Namur, aquella madre tierna aunque tímida, que habia llorado la muerte de sus hijos cuando vió que se armaban en favor de su padre, vino tambien á prometer al libertador de su hija la recompensa que tanto habia merecido; y antes de mucho se celebró el matrimonio de Guidon y Filipina en la capilla del castillo.

Despues de haber presenciado tan feliz union, el anciano conde, que habia disuadido á su pueblo de que aceptase condiciones vergonzosas, volvió á su prision cual nuevo Régulo, y entonces le encerraron en el castillo de Compiegne, separándole de sus hijos Roberto y Gui-

llermo. Pero en 1304 se vió obligado Felipe el Hermoso á volverle de nuevo la libertad, despues de haber sufrido otra derrota en la jornada de Mons en Puelle. Su hijo, Juan de Namur, Filipina y Guidon, corrieron á noticiarle personalmente su libertad.

El anciano los estrechó en sus brazos, derramó muchas lágrimas de alegria... y murió, colmándolos de bendiciones.

Observóse que desde la referida jornada de Mons-en-Puelle, en que los flamencos tomaron é hicieron trizas el oriflama de Francia, y en que los habitantes de Paris, que mostraron mucho mas valor que la nobleza, salvaron á Felipe el Hermoso, empezó Guidon de Malegreve á usar nuevamente la espada. Nadie supo la causa de aquella mudanza, pero se cuenta por tradicion, que persiguiendo muy de cerca Guillermo de Juliers al Rey fugitivo, salvó á este un desconocido que le dió su caballo.

Guillermo reconoció al libertador del monarca y en el primer arrebato de su cólera, le dijo que se defendiese, acusandole de haber nacido para su desgracia.

El incógnito, viéndose atacado seriate, tuvo precision de defenderse y ofender. Cerca de allí se hallaba un pantano muy profundo, y Guillermo de Juliers no volvió á presentarse nunca, ni se consiguió encontrar su cadáver.

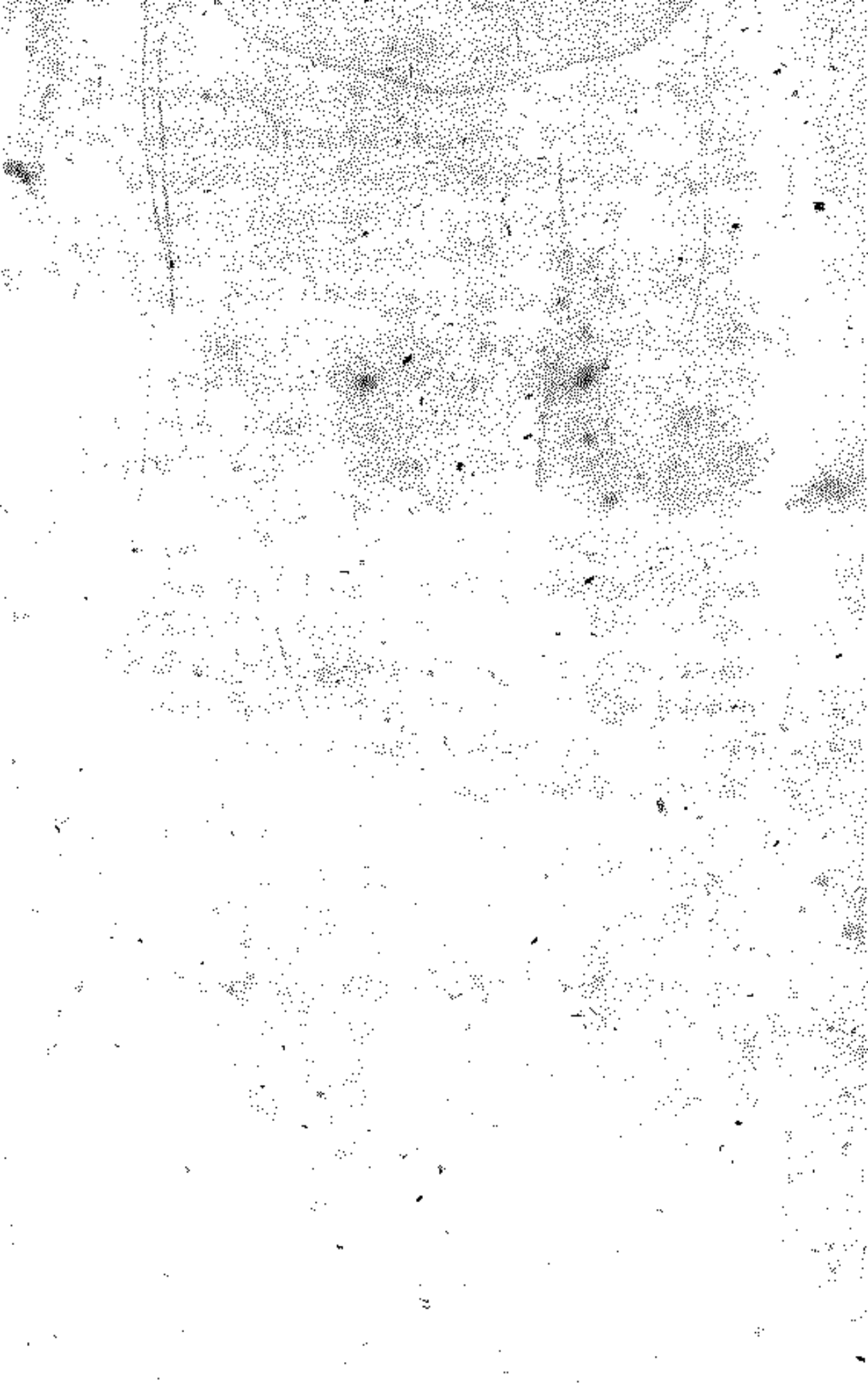
Despues de aquella batalla no continuó Guidon de Malegreve habitando en Flandes, pues Felipe el Hermoso le devolvió sus posesiones, añadió á ellas otras muchas y le trató siempre con el mayor aprecio, creyendo los normandos que aquella benevolencia la debia a la circunstancia de haberse casado con su ahijada.

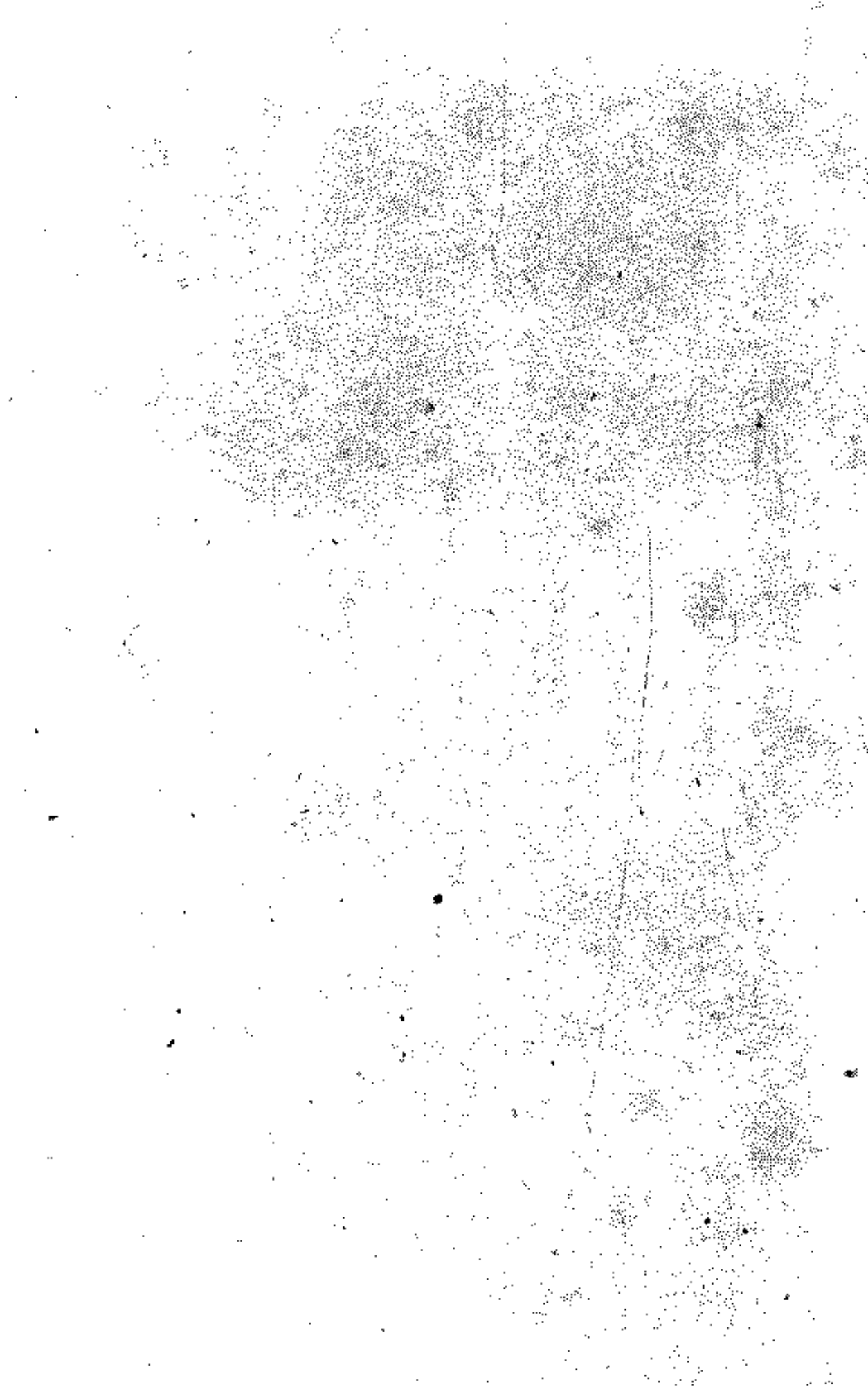
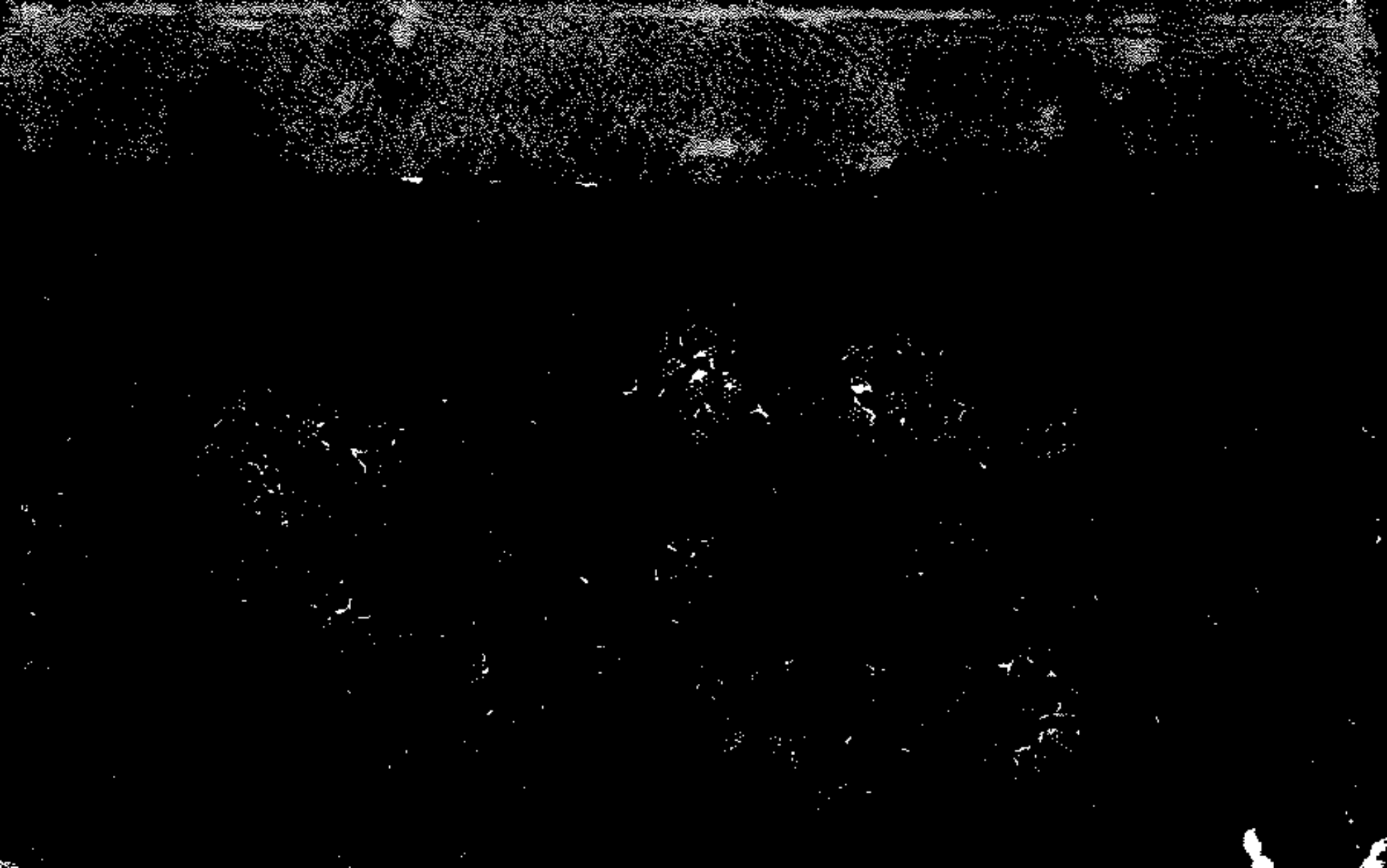
Roberto de Flandes salió de la prision y gobernó su pais gloriosamente. Es verdad que se vió obligado á aceptar algunas condiciones injustas, pero se vengó de ellas con triunfos. Dos veces durante su reinado salió de Flandes, para ir á pasar algun tiempo en un retiro desconocido. Algunos autores suponen que en aquellos intérvalos fué á vivir al lado de su dichosa hermana; mas sin embargo la crónica asegura que Filipina murió en las prisiones del Louvre. ¡Tan difícil es desarraigar un error popular!

La descendencia de Pedro de Koning que no se ha estinguido aun, ocupó un rango distinguido entre las familias nobles de Flandes; pero Breydel y los suyos continuaron siendo carniceros; y su escudo de armas que traia tres cabezas de caballo embridadas, quedó para siempre colgado de los ganchos de un poste.

Por lo que hace al valiente Juan de Renesse, continuó su carrera de aventurero hasta el año 1304, en que le sumergió en las aguas del Vahal, cerca de Heusden, una chalupa en que iba embarcado, pero en los dos últimos años de su vida tuvo la satisfaccion de haber derrotado completámente al conde de Holanda, y haber hecho prisionero al obispo de Utrecht.

FIN DEL SEGUNDO Y ULTIMO TOMO.



3000
2 tom. 1 vol

- AN
- LUI
- SXIX